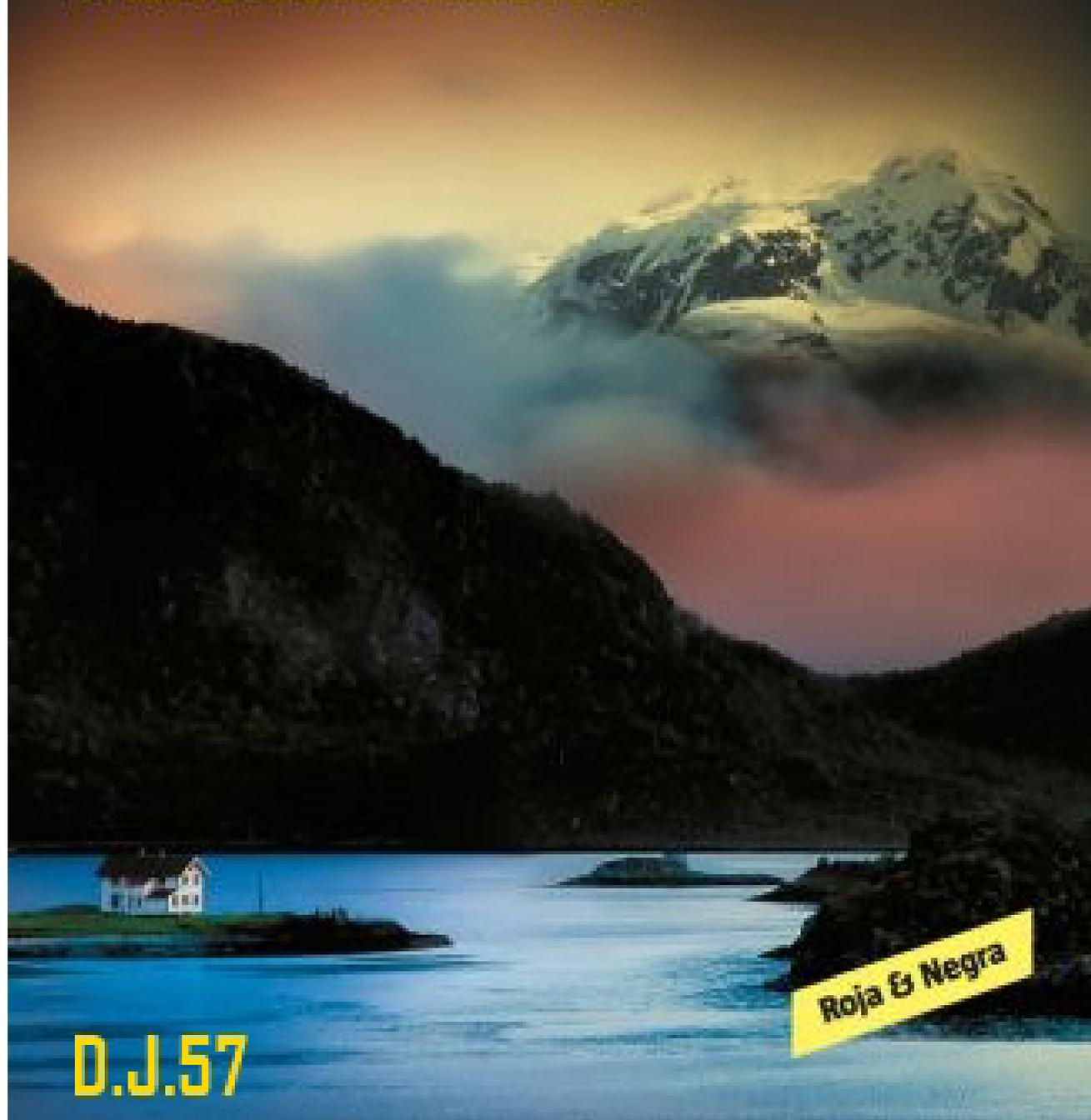


LOS INDESEADOS

YRSA SIGURÐARDÓTTIR



D.J.57

Roja & Negra

LOS INDESEADOS

YRSA SIGURÐARDÓTTIR

Traducción de
Fabio Teixidó

R

ROJA Y NEGRA

www.megustaleerebooks.com

*Este libro está dedicado a mi hermana,
Lauvey Ýr Sigurðardóttir.*

El final

Óðinn tosió y se sobresaltó. ¿Cuánto tiempo llevaba dormido? Quizá solo acababa de echar una cabezada. Soltó una risa ahogada y le sorprendió su propio resuello. Se sentía bien, pero le pareció que iba a dormirse otra vez e hizo un esfuerzo por evitarlo. ¿Dónde se encontraba? Trató de sonreír, pero su intento se redujo a un mero esbozo y no pudo evitar que le volviera a entrar la risa. Seguidamente todo quedó en silencio. Solo se oía el rugido del motor. Su hechizante sonido le cerraba los párpados. ¿Estaba borracho? De nuevo una tos. Pero, en esa ocasión, no procedía de su garganta. Entreabrió los ojos y miró alrededor con dificultad. Seguía en su sitio, en el asiento del conductor. Sentada a su derecha estaba su hija Rún, con la cabeza hundida sobre el pecho y el pelo negro caído hacia delante ocultando su delicado rostro. Se echó a reír como si no hubiera visto nada más gracioso en su vida. Pero algo raro ocurría allí. Estaba borracho frente al volante. Aunque no del todo. Y, aun así, estaba contento.

Rún volvió a toser y su cabeza dio una sacudida. Su pelo onduló adelante y atrás, adelante y atrás, como movido por el viento, y Óðinn volvió a soltar una carcajada. Sin embargo, a pesar de aquel extraño estado de felicidad, algo le decía que la situación no tenía ninguna gracia. Pero, al mismo tiempo, una sonrisa radiante le iluminaba el rostro.

Estaban dentro del coche. En un garaje. Óðinn apoyó la mandíbula contra el pecho y luego levantó lentamente la cabeza, que parecía hecha de fino cristal. ¿Qué garaje era ese? Seguro que lo sabía pero no conseguía acordarse

de ninguna manera. ¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué me siento tan raro? En su cabeza retumbaban las respuestas pero estas no se dejaban atrapar. Y eso le provocaba irritación, ya que era importante dar con ellas. Muy importante.

Óðinn respiraba sin fuerza por la nariz. Al parpadear podía distinguir los objetos que lo rodeaban pero siempre tenía la sensación de que sus ojos se iban a cerrar por última vez. De nuevo sintió un estallido de felicidad y esa vez consiguió sonreír de verdad. O eso le pareció. Le invadió el placer. A duras penas consiguió agarrar la delicada mano de su hija. Sintió que estaba desprovista de fuerza. Óðinn apretó la palma, fría y húmeda, mientras se le pasaba la risa tonta. Rún no oponía resistencia, simplemente estaba allí con la cabeza colgando por encima del cinturón de seguridad.

De pronto hubo un atisbo de sentido común en medio de aquella bruma de bienestar. Algo grave estaba ocurriendo. ¿Qué hacían sentados en ese coche? ¿Y por qué estaban en ese garaje que tanto le sonaba? Estaba seguro de que lo sabía, así que volvió a hacer memoria para recordar cómo habían llegado hasta allí. Pero, en cuanto parecía que algo iba a aclararse, sus pensamientos se esfumaban. Se diluían y se desvanecían. Lára. Lára. Lára. Su ex mujer, la madre de Rún. ¿Qué pintaba ella? Hacía mucho que había fallecido. Volvió a darle la risa a pesar de no verle la gracia por ninguna parte.

Esa vez tosió él y le escoció en el pecho. Al recuperar la respiración, le pareció que flotaba algo extraño en el aire. Era ácido. Tóxico. Sin dejar de sonreír, buscó a tientas el regulador de la calefacción para ajustar la ventilación al máximo pero su mano no llegó muy lejos y se desplomó sobre la palanca de cambios. Tenía que haberse hecho daño, estaba seguro, pero el dolor era tan difuso que su rostro ni siquiera se inmutó. Era como si llevara un grueso traje de esquiar. Bajó la mirada y comprobó que vestía ropa normal y corriente. Ni siquiera llevaba abrigo. Qué extraño. ¿No hacía frío fuera? Era

invierno, ¿no? Óðinn no estaba seguro. Pero le daba igual. Algo o alguien le decía que todo iría bien. Quizá fuera Lára. Al menos parecía su voz.

La imagen de Rún con la cabeza colgando a su lado era desoladora. Le arruinaba por completo la alegría. Apartó la mirada. Despacio. Muy despacio, siempre con la cabeza de fino cristal. Su mandíbula alcanzó el hombro izquierdo y sonrió. Mucho mejor así. Entonces se dio cuenta de que la ventanilla del conductor estaba abierta y su corazón dio un respingo. Fuera del coche, el aire parecía turbio y gris. ¿Por qué le resultaba todo tan familiar? Los gases del tubo de escape. La exhalación tóxica del motor. Algo tenía que saber sobre lo que estaba ocurriendo. Algo relacionado con su trabajo. Óðinn probó a contener la respiración y su mente pareció aclararse. Su demencial estado de felicidad dio paso al desespero y recordó haber leído u oído que las personas que fallecían por falta de oxígeno sentían un inmenso placer justo antes del momento final. Que el cerebro asistía al desdichado en el sprint final. Morir feliz. Mejor así.

¿Quién les había hecho aquello? ¿Quién? ¿Quién? ¿Quién? Óðinn volvió a reírse pero en esta ocasión sintió una lágrima deslizarse por su mejilla. Tenía que acordarse. ¿Dónde habían estado? En su boca notó un regusto a hamburguesa y recordó vagamente haber ido a algún restaurante de comida rápida. Con Rún. Pero ¿dónde estaban en ese momento? La niebla volvió a echarse encima y dejó de recordar. Nada emergía en su cabeza salvo la horrible certeza de haber desperdiciado una valiosa energía pensando en lo que poco importaba ya. Más le habría valido intentar salir del coche y sacar a su hija. Rún. Querida Rún. Once años. Al diablo con él mismo. Apenas logró girar la cabeza hacia ella. Sentía ganas de gritar pero no le quedaban fuerzas. Allí estaba su hija con la cabeza colgando por encima del cinturón de seguridad, agonizando ante sus ojos, y él ni siquiera podía alcanzarla.

Óðinn se reía mientras las lágrimas manaban a borbotones. Le traía sin

cuidado aquella felicidad. ¿Quién quiere sentirse como si estuviera borracho en el momento de morir? ¿Y, peor aún, viendo cómo agoniza su propia hija? Nadie. Se oyó un sonido ronco, una mezcla entre tos y risa. Se acercaba el final y era demasiado tarde para cambiar nada. Le había fallado a su hija. Otros padres quizá habrían conseguido salir del coche y arrastrarse por el suelo hasta la puerta del copiloto para salvar a su hijo. Bastaba con abrir una rendija la puerta del garaje para salvar sus vidas. Al menos la de ella. La suya le daba igual con tal de que ella sobreviviera.

Ríe por última vez, ordenó el cerebro. Óðinn obedeció y se rió a carcajadas sin apenas moverse; se reía sin fuerza y despojado de toda alegría. Pero enmudeció cuando la niebla de sus pensamientos comenzó a espesarse de repente. Recordaba dónde estaban pero no podía deducir cómo habían llegado hasta allí. Recordaba por qué Lára era importante aunque estuviera muerta. Recordaba a aquellos dos chavales que tiempo atrás habían perdido la vida del mismo modo. Es más, sabía quién andaba detrás de lo que les había ocurrido a aquellos dos desdichados. La rabia hizo un tímido intento de invadirlo pero la pena se había anclado en su pecho. Incluso aquella alegría embriagadora se estaba consumiendo. Ya no había nada de lo que reírse.

Óðinn no podía aguantar más la respiración. Había llegado el final. Abrió la boca y tragó el aire tóxico.

Óðinn Hafsteinsson echó en falta tener un martillo en la mano para blandirlo y aporrear el clavo galvanizado de diez centímetros. En sus años de estudiante no había hincado los codos ni un minuto más de lo necesario y, poco después de terminar la escuela técnica, había dejado su trabajo en un gabinete de ingenieros porque se veía condenado a pasarse las horas sentado frente a la pantalla del ordenador. Sin embargo, Óðinn había encontrado su sitio en la constructora de su hermano, donde se había ocupado de la elaboración de presupuestos y ocasionalmente había llevado la contabilidad. Aunque ese trabajo en realidad le había exigido pasar la mayor parte del tiempo entre cuatro paredes, se las había arreglado para escaparse de vez en cuando a las obras. En definitiva: el trabajo de sus sueños. Sin embargo, pasado un tiempo había vuelto a cambiar y ahora se había convertido otra vez en un chupatintas gris e insignificante, vencido por la desidia y la apatía después de tres meses de encierro en su nueva oficina. Además, ese día era de los peores: fuera rugía un feroz vendaval, todas las ventanas estaban cerradas y sobre su cabeza sentía un peso que se acentuó cuando lo llamaron para que se reuniera con el jefe de oficina, Heimir Tryggvason.

Como de costumbre, el ojo vago de Heimir se desviaba hacia un lado y a Óðinn le entraron ganas de mirar en esa dirección para ver qué le llamaba la atención.

—Contacta conmigo para cualquier cosa —le indicó Heimir—. No conozco el caso del todo bien pero quizá pueda serte de ayuda.

Habiendo agradecido ya dos veces su disposición, Óðinn se limitó a asentir.

—Lo más importante es que nos hagamos una idea de las dimensiones del problema, que averigüemos si podría tratarse de una bomba de relojería. Evidentemente, esperamos que no sea así pero si acaba siéndolo quizá por una vez podríamos adelantarnos a los medios y a la conmoción de la que siempre vienen acompañados los casos como este. No estaría de más.

Heimir esbozó una sonrisa melancólica; tenía el ojo tan desplazado a un lado que solo se le distinguía media pupila.

—Entonces ya está todo, ¿no? Creo que más o menos sé lo que se espera de mí. Retomo el hilo donde lo dejó Róberta y concluyo el caso.

La sonrisa de Heimir se desvaneció.

—Sinceramente, no sé cuánto provecho podremos sacar de su trabajo. Nadie se dio cuenta de lo mal que lo estaba pasando; probablemente su situación repercutió en su eficiencia. Lo peor fue que no advertimos adónde se encaminaba todo. Está claro que nadie sospechó que pudiera ser tan grave.

Óðinn abrió la boca para hablar pero después decidió no decir nada. A nadie podía haberle pasado desapercibido que a Róberta le ocurría algo. Suspiraba a cada paso que daba y a menudo se agarraba el brazo y el hombro izquierdos con una mueca de dolor. A pesar de que nadie hablara de ello, a pocos les sorprendió el hecho de que hubiera fallecido a causa de un paro cardíaco. Tampoco dijeron nada al enterarse de que había sucedido en la propia oficina, después de que los demás se hubieran marchado a sus casas. Róberta solía ser la última en salir. Aun así, a muchos les horrorizó la noticia, ya que su compañera había pasado muerta toda la noche en su lugar de trabajo. Era triste pensar que nadie la había echado de menos, o que nadie había intentado localizarla al ver que no regresaba a casa. Los que habían llegado primero aquella mañana parecían especialmente afectados y Óðinn

dio gracias por no haber sido uno de ellos. Encontraron a Róberta sentada en su silla, con la espalda apoyada en el respaldo, los brazos colgando a los lados, la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta y el rostro desfigurado por el dolor.

Nadie se explicaba cómo a Heimir se le había ocurrido encomendarle a Róberta uno de los pocos proyectos que podían provocar cierto estrés. Evidentemente no era muy psicólogo. Tal vez Heimir había elegido a Róberta siguiendo el mismo criterio que utilizaba ahora para encomendarle el trabajo a Óðinn: tenía formación de ingeniero y, por tanto, no le afectaban las pequeñeces. Es decir, era improbable que abordara la investigación con excesiva emotividad o sensiblería.

—Empezaré por averiguar lo que hizo. A lo mejor llegó más lejos de lo que pensamos.

—Vale, pero no te hagas ilusiones —dijo Heimir dirigiéndole una mirada compasiva.

Óðinn se levantó. Estaba ilusionado: por fin le habían asignado una investigación con sustancia y ya no tendría que desesperarse buscando algo que hacer para llenar sus horas de trabajo. Se trataba de un caso de verdad, un informe sobre un reformatorio llamado Krókur y destinado a la reeducación de jóvenes delincuentes que había estado en funcionamiento en los años setenta. Óðinn debía averiguar si los antiguos internos habían sufrido daños permanentes como consecuencia de malos tratos o agresiones y, de ser así, si tenían derecho a una indemnización. Un sospechoso muro de silencio rodeaba aquel reformatorio. Nadie había reclamado compensaciones ni había hecho declaraciones ante los medios, supuestamente porque allí no había ocurrido nada malo.

—Encontrarás los documentos de Róberta en su compartimento.

Pese a su pequeñez, la Agencia Pública de Supervisión tenía cierta

jerarquía interna. Aunque a todos les habían adjudicado los mismos muebles anodinos, unos se sentaban junto a la ventana mientras que otros trabajaban cara a la pared. Óðinn pertenecía al segundo grupo; no obstante, le parecía gozar de mayor estatus que Róberta, que había ocupado el compartimento más alejado de todos. Solo los que tenían que hablar con ella se habían acercado a ese lugar. A cambio, Róberta había podido trabajar en paz y decorar su compartimento sin provocar la irritación de nadie, a diferencia de otros compañeros, que recibían órdenes de deshacerse del más mínimo objeto decorativo. Seguramente, nadie se había fijado en su escritorio. Óðinn trataba de entender aquel batiburrillo pegado en la pared del compartimento de Róberta, pero lo único que veía era un intrincado puzzle de fotografías inconexas.

—Vaya follón, ¿eh?

Sentada en el compartimento contiguo, Diljá Davíðsdóttir se había asomado tras el panel separador, contenta de tener compañía.

—Bueno, mejor que una pared vacía. —Óðinn se inclinó hacia una de las fotografías que, a diferencia de las demás, era original y no una imagen impresa. A juzgar por lo descolorida que estaba y por la vestimenta de los fotografiados, tenía que ser bastante antigua. Unos años más y quedaría reducida a un rectángulo blanco y brillante—. ¿Parientes de Róberta?

Dos muchachos que llevaban vaqueros con los bajos doblados y jerséis desgastados y sucios posaban sobre una explanada de hierba. Al fijarse bien, Óðinn reparó en que los dos se parecían tan poco entre ellos que difícilmente podían estar emparentados. A primera vista el rostro de uno le resultó familiar, pero la sensación desapareció al escrutarlo. No era más que otra de tantas caras islandesas redondas.

—Ni idea. Róberta nunca me contestaba cuando le preguntaba y no tenía ganas de irle detrás. La dejaba recortar y pegar las fotos tranquila.

Óðinn desvió la mirada de la fotografía y enderezó la espalda. No valía la pena intentar entender lo que se escondía detrás de ese mosaico ya que la única persona que conocía su significado yacía en un féretro en el barrio de Grafarvogur. Óðinn decidió echar un vistazo a las carpetas. Con el rabillo del ojo percibió que Diljá seguía observándolo.

—¿Sabes si tenía algún sistema para organizar sus archivos?

—Ya lo creo. Dudo que haya alguien más ordenado que ella. Eso sí, lo que ignoro es si su sistema tenía algún sentido. —Hizo una pausa y clavó la mirada en los enormes ojos azules de Óðinn—. Seguro que es un lío.

—Esperemos que no.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Te ha tocado revisar sus documentos? —Esbozó una amplia sonrisa—. Uf, estaba convencida de que iba a caerme a mí.

—No cantes victoria tan pronto. —Óðinn abrió una carpeta y hojeó rápidamente su contenido—. Solo tengo que revisar lo relativo al reformatorio Krókur. Lo más seguro es que encarguen a otro de los demás casos. ¿Tal vez tú?

La sonrisa se borró del rostro de Diljá. Esta inclinó el mentón hacia delante y sus labios rojos dibujaron una línea recta.

—Yo no me haría cargo de ese caso ni loca y, si fuera tú, me andaría con cuidado.

La carpeta parecía guardar relación con Krókur, así que Óðinn la dejó en la mesa y pasó a la siguiente.

—No es que andemos sobrados de casos interesantes.

Con los años la agencia se había ido quedando a la zaga de otros organismos que resolvían con éxito casos que antes se les adjudicaba a ellos. Los proyectos de los que se encargaban ahora eran o bien las migajas que se caían de las mesas de otras oficinas gubernamentales, o bien proyectos que

Heimir conseguía con lloriqueos en sus reuniones mensuales con representantes de ministerios y directivos de otras instituciones.

—Me da igual. No me gustaría investigar a personas que en el pasado fueron jóvenes delincuentes. Por mucho que hubieran recibido malos tratos. Ya es agua pasada; además no estamos hablando de unos pobres inocentes como los de los otros centros.

—En mi opinión «jóvenes delincuentes» no es la expresión adecuada. — Óðinn apartó la carpeta, que no tenía nada que ver con Krókur, y cogió la siguiente—. Por lo que tengo entendido, ninguno había cometido delitos graves. No eran más que unos críos.

Diljá resopló.

—Eso no quiere decir nada. Los niños pueden infringir la ley perfectamente. El otro día leí en un foro de internet que un chico había matado a dos niños en el norte. Todavía no era adolescente. Puede que en ese reformatorio hubiera uno igual. Así que no me interesa, gracias.

—A mí eso me da igual. Allí no había ningún asesino, créeme. Si no, ya se habría sabido.

Diljá dejó vagar la mirada por el escritorio de Róberta.

—Hablabas sola todo el rato —dijo mirando fugazmente a Óðinn—. Róberta, quiero decir. —Vaciló un momento y luego continuó—: A veces hablaba de manera tan confusa que me era imposible saber lo que decía. Otras veces solo murmuraba. Pero en una ocasión pude entender palabra por palabra. Una cosa de lo más extraña, te lo aseguro.

—¿Y...? —preguntó Óðinn, absorto en el contenido de las carpetas.

Las alusiones de Diljá no habían conseguido captar su atención. Apenas la conocía y no le interesaban especialmente los comentarios que la mujer solía hacer junto a la máquina del café sobre personas desconocidas o políticos que la ponían enferma. Óðinn no dejaba de felicitarse por no haberse acostado

con ella dos meses atrás después de la cena de empresa. En realidad en aquel momento le había parecido un gran plan. Pero había tenido que ir un momento al servicio y, al regresar, ella se había mostrado más interesada por el otro hombre soltero de la oficina. En los días siguientes había habido tal tensión entre Diljá y aquel tipo que todos respiraban tranquilos cada vez que uno de los dos faltaba al trabajo. Si Óðinn se echaba una novia alguna vez, esta no sería del trabajo. A decir verdad, tampoco existían grandes probabilidades de que fuera a ocurrir en algún otro lugar. El hecho de ser un padre soltero de una niña de once años, no particularmente guapo ni rico, no lo convertía en el solterón más cotizado de la ciudad. Pero no podía quejarse. A veces bastaba con mencionar a su hija para que las chicas huyeran por la mañana después de una aventura de una noche.

—Creo que lo que le causó la muerte es ese caso. Hay algo extraño, así que antes de decidirte a cogerlo piénsatelo dos veces.

—En realidad ya lo he decidido.

A Óðinn no le apetecía alargar la conversación recordándole que mucho tiempo antes de que se pusiera a investigar la historia de los jóvenes de Krókur, Róberta ya parecía enferma. Que la dificultad del caso hubiera sido la gota que colmara el vaso era otra cuestión.

Por otro lado, Óðinn estaba convencido de que el caso no le afectaría; no estaba dispuesto a involucrarse emocionalmente con las penas de otros, bastante tenía con las suyas propias. A diferencia de los pobres desdichados de Krókur, él se había forjado su propio destino. A los veinticuatro años había conocido a Lára, la madre de su hija, una chica dos años mayor que él. Se fueron a vivir juntos, se casaron y al cabo de un año tuvieron una hija. El nacimiento de la niña vino a confirmar de forma irrefutable lo que ya tenía claro desde hacía tiempo: Lára y él eran incompatibles. Así que decidió abandonar a su mujer y a su hija recién bautizada, Rún. Por su parte, Lára

tampoco pareció especialmente afectada por su partida. Ambos se adaptaron a la nueva situación y la vida siguió su curso normal, sin duda mucho más difícil para Lára que para él.

Luego, hacía menos de medio año, había ocurrido el desastre. Lára se había caído por la ventana y, a partir de ese día, la existencia de Óðinn había cambiado radicalmente. El papel de padre de fin de semana había pasado a la historia; ya no bastaba con ir al cine o comer una hamburguesa un sábado de cada dos. Buscó otro trabajo para poder ocuparse de su hija debidamente y la vida fácil que había llevado hasta entonces se le acabó. Todavía no se había acostumbrado al cambio, pero poco a poco iba reubicándose.

—No es broma. Róberta suspiraba y resoplaba como si sus problemas fueran a acabar con ella o el estrés la superara. —Diljá vio que Óðinn no se inmutaba ante su comentario, así que añadió otro con un poco menos de entusiasmo—: A veces parecía estar hablando con alguien. Conmigo no, desde luego.

—Habría sola o murmuraría. Le pasa a mucha gente, no tienes que estar mal de la cabeza para hacerlo.

Hasta ese momento Óðinn nunca había pensado que una cardiopatía pudiera causar delirios o trastornos mentales pero ¿qué sabía él? Se arrepintió de haber hecho ese comentario. Si se lo hubiera ahorrado, Diljá lo habría dejado estar, habría vuelto a su silla y lo habría dejado en paz.

Cuando Diljá volvió a tomar la palabra no quedaba ni rastro de aquel tono de niña pequeña que solía poner para atraer a los hombres. Ahora habló con una voz adulta e indignada. A Óðinn le gustaba mucho más así.

—Después de haberla escuchado durante casi dos años sé lo que me digo. No empezó a hacer esas cosas hasta hace poco. Era algo fuera de lo normal y el cambio tuvo que ver con ese caso. Si me crees o no, es cosa tuya. Pero que conste que te he avisado.

Dicho esto volvió a sentarse a su mesa sin esperar la reacción de Óðinn. Total, si este respondía podría oírlo a través del delgado panel separador. Sin embargo, Óðinn prefirió no decir nada. Cuando hablaba con mujeres solía meter la pata, así que continuó revisando los documentos.

Cuando por fin dio con otra carpeta cuyo contenido estaba relacionado con Krókur, ya era demasiado tarde para retomar la conversación. Aunque pareciera mentira, echaba de menos el parloteo de Diljá; le incomodaba leer aquellos papeles sin su compañía. En la primera página encontró una fotocopia de la misma foto que le había llamado la atención en la pared. Debajo, Róberta había escrito dos nombres de varón y había dibujado una cruz detrás de cada uno:

Þorbjörn (Tobbi) Jónasson †

Einar Allen †

Solo entonces Óðinn sintió el aire helado que le llegaba desde el respiradero que tenía encima. Se le erizó el cuero cabelludo y cerró la carpeta de golpe. En su compartimento no hacía tanto frío, así que decidió revisar allí las carpetas. Sin embargo, aunque hubiera dejado de tener la hoja ante sus ojos, seguía viendo las cruces de trazos torcidos. En su intento de sacudirse el escalofrío de encima salió del compartimento de Róberta. Por alguna razón, no tenía ganas de que los chicos de la foto lo miraran fijamente. Quizá porque sabía que habían contemplado impasibles el forcejeo de Róberta contra la muerte. Tal vez se alegraban de que él ahora estuviera con ellos y así se les concediera por fin la oportunidad de contarle a alguien lo que había ocurrido en Krókur.

Enero de 1974

Se le había agujereado uno de los guantes de fregar. Aldís apretó los dientes; por los pocos platos que le quedaban por lavar no iba a cambiar el agua sucia. Además, no le apetecía aguantar ningún sermón sobre despilfarros y lujos. No tenía ni idea de cuánto costaba el detergente pero, visto cómo se las gastaban allí, seguro que lo consideraban oro líquido. Eran tan rácanos con el producto que la espuma desaparecía nada más introducir la vajilla sucia en el fregadero. Y no es que solo lavara los platos de un par de personas sino de siete chavales, nada menos, aparte de los de los empleados y de ella misma. Si el matrimonio que dirigía el reformatorio fuera medianamente normal, ya habrían comprado un lavavajillas hacía tiempo. Pero no. Ya se podía dar con un canto en los dientes si le pasaban unos guantes de goma nuevos.

—Hay que ver lo lenta que vas siempre. —Lilja apareció de repente, como si Aldís la hubiera invocado al pensar en ella y su marido, Veigar. Se le había acercado disimuladamente por detrás y le respiraba en la nuca—. Sabes que esperamos la llegada de un chico nuevo y que tienes que dejar su habitación preparada.

—No.

Aldís sabía perfectamente que su respuesta podía malinterpretarse. Sin embargo ignoraba por qué no se había explicado mejor. Lo último que quería era que la mujer se pusiera como una fiera.

—Mira que te lo he repetido miles de veces. ¿Cómo se te ha podido

olvidar? Ni que tuvieras que usar mucho el cerebro.

Su tono de voz traslucía lo encantada que estaba Lilja al constatar el olvido de su empleada.

Aldís se miró a los ojos en el reflejo de la ventana situada encima del fregadero. Estaba haciendo mejor tiempo de lo habitual en esa época; la nieve se había fundido y hacía mucho que no nevaba ni llovía.

—Lo que quería decir es que no tengo que preparar su habitación. Ya lo he hecho. —Se hizo el silencio y Aldís pensó que Lilja estaba buscando una buena respuesta pero no se le ocurría ninguna—. Sabía que no me daría tiempo por la tarde. Además, prefería hacerlo mientras los chavales no estaban.

Al nuevo interno se le había asignado la litera superior de un cuarto para dos personas. La habitación llevaba vacía un mes; su anterior ocupante había sido un muchacho que había pasado tan desapercibido que Aldís no lograba recordar su aspecto. Quizá por eso se le había dado tan bien robar en las tiendas antes de que fuera a parar al reformatorio; definitivamente, en aquel mundillo venía muy bien ser invisible.

—Hombre, por fin das muestras de tener dos dedos de frente.

La idea de elogiar a alguien era impensable para Lilja. Las pocas veces que expresaba satisfacción, sus palabras sonaban igual que cualquiera de sus reprimendas. Durante sus primeras semanas en Krókur, hacía medio año, Aldís no había tenido ningún problema con su jefa, pero en los últimos dos meses esta se había comportado como un ogro. Aunque, visto lo visto, no era de extrañar. Y se portaba peor en ratos como aquel, cuando Veigar se iba un momento a la ciudad, cosa que afortunadamente no hacía a menudo. Por muy absurdo que pareciera, Aldís estaba segura de que Lilja no confiaba en su marido, aunque este solo hubiera ido a buscar al nuevo interno. Estaban hechos el uno para el otro: ella era una amargada y él gruñía todo el santo día.

¿Qué clase de mujer podía enamorarse de un hombre así? Aldís no entendía por qué a Lilja le preocupaba que su marido le pudiera poner los cuernos, aunque probablemente su actitud tenía que ver con la traumática experiencia que había sufrido. Quizá Veigar había perdido el interés por su mujer después de lo ocurrido, y Aldís pensaba que a lo mejor, cada vez que veía a Lilja, a su jefe le venía la misma imagen a la cabeza que a ella: una escena horrible imposible de borrar de la memoria.

Aldís continuó fregando. No le apetecía pensar en aquello, bastante tenía ya con sus cosas. Trató de ignorar a la mujer, que seguía detrás de ella, e hizo todo el ruido que pudo con la vajilla para no oír su respiración y hacer como si no estuviera allí. Sabía que no valía de nada pedirle que se fuera a otra parte ya que, a pesar de que los otros empleados seguían trabajando, Lilja nunca los vigilaba. Probablemente le daban miedo los hombres.

De pronto pensó que Veigar había empezado a fijarse en ella y que esa era la razón del comportamiento de Lilja, y tomó conciencia del desagradable guante húmedo. Aquella posibilidad le resultaba insoportable. Como si no tuviera suficiente con los internos. La seguían con la mirada a cada paso que daba; a veces se sentía como una gallina huyendo de una manada de lobos. No es que temiera que fuese a pasar algo, pero le incomodaba notar cómo la examinaban de arriba abajo. Los muchachos tenían entre trece y dieciséis años, mientras que ella iba a cumplir veintidós. Pero a ellos les daba igual la diferencia de edad: era una mujer y punto. No conseguía quitarse sus miradas de encima por mucho que evitara la ropa ceñida, se maquillara lo menos posible y se hiciera siempre una coleta. Y pronto habría uno más.

Para colmo siempre se quedaban mirándola en el más absoluto silencio, como si esperaran expectantes a que sucediera algo; Aldís prefería no saber qué. A menudo soñaba con que siete niños le clavaban la mirada en silencio y se despertaba sobresaltada en plena noche. Nunca conseguía recordar lo que

sucedía a continuación y cada vez que, a la mañana siguiente, intentaba hacer memoria, se le aceleraba el pulso y solo veía ante sí unos ojos negros como el carbón. Todos sus ingenuos esfuerzos para convencerse de que su sueño reflejaba las carencias de cariño y calor que sufrían los muchachos eran en vano, y con el tiempo había aprendido que simplemente debía apartarlo de su mente nada más despertarse. Solo tenía que darse la vuelta y pensar en otra cosa. Como, por ejemplo, en cuándo le diría adiós a aquel lugar. O calcular mentalmente todo el dinero que había podido reunir al final de cada mes y los ahorros que todavía le quedaban. Si no se equivocaba, le quedaba poco para poder irse a Reikiavik; pronto le llegaría para alquilar una habitación y cubrir gastos mientras buscaba trabajo. Un trabajo de verdad. Y no volvería a poner los pies allí nunca más. Y no echaría de menos nada.

Aldís dejó el último plato en la rejilla del escurrerplatos y se quitó los guantes, que apestaban a goma.

—Hay que comprar guantes nuevos. Estos están rotos.

Lilja todavía estaba en la cocina, aunque había dejado de respirarle en la nuca a Aldís y se encontraba inspeccionando los vasos del armario en busca de manchas. Fingió no haber oído el comentario y, en lugar de repetir sus palabras, Aldís dejó los guantes y le dio las buenas noches. Quizá era mejor así. Mientras Lilja la ignorara tampoco podría encomendarle una nueva tarea. Aldís se largó de la cocina, fue a buscar su abrigo y salió.

Su habitación estaba en un pequeño edificio que quedaba a poca distancia de la casa principal. El recinto consistía en tres edificios, una vaqueriza y dos pequeños cobertizos medio en ruinas. Los anteriores dueños apenas habían sobrevivido con unas pocas reses y, cuando la propiedad había pasado a manos de Veigar y Lilja, el matrimonio se vio en una disyuntiva: tirar la toalla o buscar otros medios de subsistencia. Así se les ocurrió la idea de hacer de la granja un reformatorio con una pequeña finca agrícola. De todas

maneras, el sudoeste de la península de Reykjanes no era precisamente un lugar propicio para la ganadería; había pocos pastos y la tierra, castigada por el viento, era yerma. Quizá la idea de los primeros propietarios había sido abrir un terreno en la lava y hacerlo cultivable, pero el proyecto no había prosperado. Tal vez solo buscaban paz y tranquilidad. De eso había de sobra.

Keflavík quedaba a unos treinta minutos en coche y Reikiavik a más de una hora. Al principio, Aldís había pensado que iría a la ciudad tanto como le fuera posible pero, al final, rara vez había tenido ocasión de visitarla. No tenía coche y sus jefes no parecían muy dispuestos a acompañarla cuando se lo pedía. Siempre le ponían alguna excusa: que el coche estaba lleno de trastos o que no sabían cuándo tenían que estar de vuelta. Pero tampoco se acababa el mundo, así que no insistía. Mejor para ella: así gastaría menos y podría marcharse antes.

Ahora, a cada paso que daba sentía que se quitaba de encima el sopor que poco a poco había ido apoderándose de ella a lo largo del día. Buscaba con la vista a aquel pobre pajarillo que había aparecido en otoño; probablemente había quedado rezagado mientras otros migraban hacia el sur. Quizá, al echarse a volar, se había dado cuenta de que era ya demasiado viejo para un viaje tan largo, o quizá estuviera herido, aunque no lo parecía. A Aldís le daba pena aquella pobre criatura sola e indefensa. Por eso había comenzado a darle a escondidas migas de pan y sobras de la cocina para mantenerlo con vida. Hasta que durara.

Aldís no veía al pájaro por ninguna parte pero le dejó un trozo de pan seco donde siempre, junto a la fachada del edificio principal. El lugar estaba a resguardo del mal tiempo y, si el pan no acababa enterrado en la nieve, el pájaro se lo podría comer más tarde o esa misma noche. Aldís apretó el paso, a pesar de que no tenía nada importante que hacer. Al final del día solía leer tumbada en la cama o escuchar el serial radiofónico antes de echarse a

dormir. A Aldís casi nunca le gustaba la historia, pero la prefería a los ronquidos de los empleados con los que compartía la casa.

Le llegó un ligero olor a tabaco y distinguió la punta incandescente de un cigarrillo que iluminaba la cara de Hákon. Los tres hombres que compartían la casa con ella fumaban como carreteros. Aunque solían fumar dentro, a veces la humareda era tan asfixiante que debían salir a las escaleras de la entrada. Hákon tenía la mirada perdida y no parecía haber visto a Aldís, a pesar de que debía de haberse dado cuenta de que llegaba. Por lo general, Hákon era hombre de pocas palabras, y aunque llevaban medio año durmiendo bajo el mismo techo, Aldís apenas lo conocía. Lo mismo ocurría con Malli y Steini, que también tenían una habitación en aquel agujero que recibía el pomposo nombre de «residencia del personal». Sin embargo, entre ellos siempre se referían al lugar como «la casita». Tenían un salón común que nunca usaban; el televisor no funcionaba y faltaban dos cartas en la baraja de la mesilla. Lo mejor era permanecer cada uno en su habitación y dejar vagar la mente.

—¿Ahora terminas? —La pregunta vino acompañada de una nube de humo que Hákon parecía expulsar con desgana.

—Sí. Los chicos han estado una eternidad reparando la valla y han llegado tarde a cenar.

Los muchachos del reformatorio tenían que trabajar en la granja aunque no se les pagara por ello. A veces iban a granjas vecinas para hacer reparaciones, a cambio de las cuales recibían dinero, igual que en las contadas ocasiones en que había trabajo temporal en las factorías de pescado de la zona de Suðurnes. Pero trabajaban como esclavos y cobraban una miseria. Como ella, de hecho.

—Luego vendrá uno nuevo.

—Sí.

No había muchas cosas de que hablar en aquel lugar y, en un día normal, Hákon se hubiera contentado con hacerle a Aldís un gesto con la cabeza y, como mucho, darle las buenas noches. Era bastante mayor que ella y, si los chismorreos de Lilja eran ciertos, contaba con un expediente plagado de pequeños delitos entre los que figuraban la falsificación de cheques y una serie de robos que había cometido para financiar las cantidades industriales de alcohol que consumía. Al parecer, había comenzado a controlar su alcoholismo, si bien continuaba teniendo la mirada perdida y era incapaz de mantener las manos quietas.

—¿Sabes algo de él? —añadió Aldís para no parecer cortante.

En el fondo, el nuevo no podía importarle menos. Al llegar, los chicos siempre armaban bulla y se ponían como energúmenos, pero enseguida se les bajaban los humos. Hasta los más violentos cedían ante el desespero de verse allí encerrados. No recibían ni una visita ni una carta. Igual que ella.

—Es de ciudad. De Reikiavik, creo. Metió la pata y el sistema se le ha echado encima. No parece ser un pendenciero de esos que quema puentes.

—¿Ah, no? ¿Y qué hizo entonces?

Aldís vio que el humo del cigarrillo desaparecía en la oscuridad y que de repente se iluminaba al aparecer los faros de un coche por el camino que daba acceso a la finca.

—Algo malo. Algo muy malo.

Hákon dio la última calada y se frotó los brazos. Aldís admiraba su capacidad para fumar hasta que la brasa le alcanzaba la yema de los dedos.

Permanecieron en silencio observando cómo se acercaba esa enorme chatarra americana. Los faros se apagaron y todo volvió a quedar a oscuras hasta que se abrieron las portezuelas del vehículo y se encendieron las luces de su interior. No podían distinguir a los pasajeros pero sabían que uno de ellos era Veigar. El otro era más delgado y parecía más joven. Cuando las

puertas se cerraron, las dos siluetas se dirigieron hacia el edificio principal. El chico llevaba una bolsa tan pesada que caminaba inclinado hacia un lado como si fuera tullido. Pero debía de ser fuerte, ya que iba sin dificultad al paso de Veigar, que no se había molestado siquiera en ofrecerle ayuda. Aunque tal vez el muchacho la había rechazado.

—No sé por qué pienso que la cosa se va a poner entretenida. Por no decir algo peor.

Hákon se levantó con esfuerzo y lanzó la colilla a la oscuridad.

Aldís se quedó mirando fijamente la puerta por la que acababan de entrar Veigar y el recién llegado.

—No será muy distinto que con los otros. Habrá jaleo al principio pero luego se calmará todo. Si al final son todos iguales.

—Si tú lo dices.

—¿No te lo parece?

—Siempre hay excepciones. La verdad es que la mayoría acaban siendo unos angelitos, como tú dices. Pero no todos. —Hákon escupió en la grava y se limpió la boca con el dorso de la mano—. Los hay que llegan mal y acaban peor. Llevo trabajando aquí mucho tiempo. Tienes suerte de no haberlo visto. Yo que tú andarías con ojo.

Se despidió y Aldís se quedó sola. Se puso a pensar en aquellas palabras sin saber si debía inquietarse o simplemente sentirse ilusionada por la novedad. Cualquier posibilidad de cambio le parecía bien. Aunque en su fuero interno sabía que no era así.

Por la noche la asaltó el sueño de siempre y se despertó aterrorizada, empapada en sudor. Algo había cambiado, los ojos que la miraban eran más amenazantes que en los sueños anteriores y el círculo que formaban los niños alrededor de ella se había estrechado más. Miró hacia el techo en busca de la tranquilidad que el sueño le había arrebatado. Apretó los ojos con fuerza y se

obligó a pensar en otra cosa. Por ejemplo, en Reikiavik y en cómo decoraría la habitación que alquilara allí, en el tocadiscos que quería comprarse y en los discos que le gustaría escuchar. Pero justo cuando su estrategia estaba a punto de surtir efecto, la angustia regresó de nuevo. Aldís intentó que los discos volvieran a aparecer en su mente murmurando los nombres de los grupos que pasarían a formar parte de su colección, pero no le venía ninguno a la cabeza; solo veía la imagen de la sangre en el suelo de la habitación de Lilja y Veigar y unos charcos de color rojo oscuro en las blancas sábanas de la cama matrimonial. A Aldís le entraron ganas de gritar. ¿Por qué no podía olvidarse de aquella escena, igual que se olvidaba de otras cosas que sí eran importantes? En el instituto se había ganado un suspenso en un examen de historia por no acordarse del año en que se había firmado el tratado de Kópavogur, pese a que se había esforzado mucho en retenerlo en su memoria. A lo mejor tendría que haber intentado olvidarse de la fecha. Quizá así se le hubiera quedado grabada.

Aldís se volvió hacia el lado derecho y a continuación hacia el izquierdo. Como no se encontraba cómoda, decidió tumbarse boca arriba. Pero recordó que esa era la postura en que Lilja había dado a luz entre gritos y aullidos, así que se apresuró a ponerse bocabajo. Si Lilja no hubiese gritado tanto, Aldís no se habría puesto a escuchar a escondidas ante la casa donde vivía el matrimonio y no habría visto aparecer a Veigar con un bulto entre los brazos y con la cara tan blanca como las partes de la sábana que no estaban sucias de mucosidad y sangre. Enseguida se había dado cuenta de que pasaba algo raro. Por un lado, los aullidos de Lilja no expresaban dolor sino algo muy distinto y, por otro, nadie envolvía a un recién nacido en una sábana del modo en que lo había hecho Veigar. El bebé estaba completamente tapado y ni se movía ni emitía el menor sonido.

Aldís se incorporó. Le habían pedido que limpiara la habitación y la cama

después del parto y a veces aún le parecía sentir el olor a hierro de la sangre. Pero por sí solo el olor no la habría dejado tan traumatizada; la experiencia quizá la habría afectado unos días pero después la habría olvidado. Sin embargo, la mala suerte había querido que Veigar resbalara mientras se alejaba de la casa y que con el movimiento la sábana se retirara de la cabeza del bebé. Entonces Aldís había ahogado un grito y se había frotado los ojos. Ojalá no hubiera visto nunca la monstruosa cabeza gris del recién nacido. En un primer momento pensó que se trataba de una muñeca de plástico a la que le habían aplastado la cabeza de un golpe. Pero después se dio cuenta de que era un niño cubierto por una especie de grasilla blanca y de que, aunque realmente parecía que su cabeza terminaba justo por encima de los ojos, no había indicios de que sufriera ninguna lesión. Sobre la piel tenía pegados unos finos rizos de cabello negro y la cabeza parecía achatada de nacimiento. Entonces sus párpados cerrados se abrieron de repente. Horrorizada, Aldís miró fijamente aquel engendro y los ojos del niño parecieron devolverle la mirada, unos ojos negros que se clavaban en los suyos, como los de los niños con los que soñaba. O bien había visto mal o bien los ojos del bebé se habían abierto solos al resbalar Veigar. Ninguna de las dos hipótesis parecía probable pero, aun así, eran más realistas que la tercera posibilidad: que el niño no hubiera nacido muerto.

Aldís agarró la almohada y se tapó la cabeza. Se quedó tumbada bocabajo sobre el colchón tarareando en voz baja una estrofa que su madre canturreaba mientras hacía punto. Tampoco es que a Aldís le apeteciera mucho pensar en su madre, pero hacerlo era más soportable que el recuerdo de aquel bebé deforme fallecido. Pensar en su madre le causaba dolor y rabia, pero no angustia.

Cuando por fin estaba a punto de quedarse dormida, la sobresaltó un ruido al otro lado de la ventana. No fue el sonido en sí lo que le hizo aguzar el oído

sino la idea de que quizá había alguien fuera. ¿Tenía la ventana abierta o cerrada? La cortina no parecía moverse, lo cual era buena señal, aunque tampoco quería decir nada: era una noche tranquila.

Aldís escuchó su propia respiración y volvieron a asediarla toda clase de pensamientos desagradables. En realidad, nadie sabía qué había hecho Veigar con el niño. No había salido de la granja en los días siguientes al parto y nadie tenía noticias de que allí hubiera llegado un cura u otra persona para recoger al bebé y enterrarlo. Si había algo de verdad en la teoría de Hákon, los dueños de Krókur eran demasiado devotos como para querer enterrar en suelo sagrado a un bebé sin bautizar. Así que, según él, lo más seguro era que hubieran enterrado al niño en alguna parte cerca de la granja o que lo hubieran tirado a la basura tras aquella noche espantosa. Aldís se negaba a creer que alguien pudiera tener la sangre fría de tratar el cadáver de un recién nacido como un vulgar desperdicio y por eso se había pasado los días siguientes rastreando los alrededores en busca de una pequeña tumba. Finalmente pensó que, si el niño estuviera enterrado allí, el lugar no sería visible y no quedaría ninguna señal de que hubieran removido la tierra. Hasta la fecha no tenía la menor idea de qué había podido ser de la pobre criatura.

De nuevo oyó un ruido y Aldís se tapó las orejas con la almohada. Por mucho que lo intentara, le era imposible recordar si había cerrado la ventana o no. Pero una cosa sí tenía clara: por nada del mundo se levantaría para comprobarlo.

Había tantas cosas en su vida que a Óðinn le hubiera gustado hacer de otra manera; muchas decisiones que en su momento le parecían poco importantes habían terminado pasándole factura. Una de ellas había sido quedarse en el centro esa noche fatídica en vez de irse a casa con sus amigos cuando la fiesta empezó a decaer. En realidad, no era ni la primera ni la última vez que lo hacía. Normalmente daba igual: solo se despertaba un poco más resacoso que si hubiera vuelto antes a casa y se lamentaba de haber usado la tarjeta de crédito más de la cuenta. Pero, en aquella ocasión, alargar la noche le había costado algo más que un dolor de cabeza y unas náuseas.

En la fila de los taxis había hablado con una chica. Se llamaba Lára y andaba haciendo esos, igual que él. Óðinn era incapaz de recordar de qué habían hablado pero estaba claro que se la había ligado pese a su cháchara de borracho, porque habían acabado en su casa. El sexo de aquella noche también se le había borrado de la memoria, pero si había sido como sería más tarde en su relación de pareja, no se había perdido nada. En todo caso, Óðinn la había llamado por teléfono medio mes más tarde, cuando la mujer de la tintorería le había dado un papel arrugado con el número de Lára que habían encontrado en el bolsillo del pantalón. Nunca, ni antes ni después de aquel día, un empleado de la tintorería le había devuelto nada que no fuera un recibo de la tarjeta de crédito.

Pero así habían ocurrido las cosas y, a partir de ese momento, ya no había habido vuelta atrás. Óðinn desdobló el papel, llamó a Lára para invitarla a

cenar y a continuación se desencadenó toda una serie de acontecimientos. Tras aquella primera cita, Óðinn había tenido incontables ocasiones para escabullirse pero en lugar de hacerlo se habían ido a vivir juntos y más tarde se habían casado, pese a que estaba claro que eran totalmente incompatibles. Las pocas veces en que Óðinn sugería que cada uno siguiera su camino, Lára lo sorprendía con algo encantador que lo cautivaba y le hacía replantearse su decisión. No se rindieron a la evidencia hasta después de la boda y, cuando comenzaron a mencionar la posibilidad de divorciarse, se dieron cuenta de que era la primera vez que estaban de acuerdo en algo. Pero, para sorpresa de ambos, Lára descubrió que estaba embarazada, así que al final decidieron no separarse.

El nacimiento de su hija no mejoró la situación en absoluto. Fue una niña difícil desde el primer día; tenía cólicos y se pasaba el día llorando y, aunque Óðinn quería a esa criaturita, su amor mermaba a medida que sus ojeras aumentaban. Poco después de casarse se habían comprado un pequeño ático en el centro que había ido convirtiéndose en una cárcel para Óðinn. Tampoco ayudaba el hecho de que Lára hubiera sufrido la depresión posparto y que cuando estaba despierta no tuviera muchas ganas de hablar con él. A los cuatro meses del nacimiento de su hija, ya no aguantaba más. Al marcharse, le dejó el piso a Lára y dio por hecho que ella se quedaría con su hija, de lo contrario no se habría ido. En su opinión, Lára no salía ganando precisamente, por lo que no le pareció bien reclamar la mitad de las pocas cosas que tenían en el cuchitril. La madre se quedaría con la niña y el piso. A cambio él obtendría la libertad.

Ahora que las circunstancias habían cambiado se daba cuenta de que se había portado como un cabrón. Después de irse de casa solo había tenido que ocuparse de su hija un fin de semana de cada dos y cuando a Lára se le complicaban las cosas. Y no es que él hubiera cumplido con su parte del trato

sobradamente. Cuanto más tiempo pasaba desde la separación, menos ayuda le pedía Lára y, aunque ahora él se avergonzaba de ello, Óðinn siempre se había justificado diciéndose que trabajaba mucho y que necesitaba descansar en sus días libres. Al fin y al cabo Lára había recibido la pensión por la niña todos los meses, que era lo más importante. De hecho, era el Estado quien se había encargado de los pagos y de enviarle después la factura a Óðinn, pero aun así. Una cosa tenía bien clara: no estaba orgulloso de cómo se había comportado.

Óðinn esperaba a Rún dentro del coche, frente al polideportivo. De pronto comenzó a hacer frío y quiso subir la calefacción, pero se dio cuenta de que ya estaba al máximo. Abrió la ventilación todo lo que pudo pero no ocurrió nada. Contrariado, se sopló las manos para entrar en calor y se reconfortó pensando que aquel coche no le había fallado nunca. Pensó que quizá era un problema puntual. Con el frío que hacía era imposible conducir un coche sin calefacción, así que golpeó el salpicadero para arreglarla. No sucedió nada. Levantó de nuevo el puño, pero al oír un crujido en el asiento trasero se quedó paralizado. Aunque el sonido no había sido especialmente amenazador se le disparó el corazón. Le vinieron a la mente las noticias sobre drogadictos y borrachos que agredían a taxistas por la noche y, aunque la idea era descabellada, Óðinn pensó que algún delincuente podía haberse escondido en el coche con la intención de agredirlo. El sonido procedía de la bolsa de plástico que había dejado en el asiento de atrás al salir del supermercado. A lo mejor se había colado alguien en el coche mientras estaba comprando. Pero eso no tenía ni pies ni cabeza porque cuando había metido la bolsa, el coche estaba vacío. Reprimiendo el impulso de salir corriendo, se obligó a girarse rápidamente. Vio que el asiento estaba tan vacío como cuando se había sentado al volante y se sintió mejor. La bolsa solo se había caído un

poco. Suspiró tranquilo y dio gracias por que nadie hubiera sido testigo de su estupidez.

Estaba seguro de que su conciencia le había jugado una mala pasada por haber pensado en Lára. Aunque nunca se lo reconocería a sí mismo, por un momento había pensado que su ex mujer estaba en el asiento trasero, con el cuerpo destrozado por la caída y riéndose de sus remordimientos. Qué disparate. Aun así, encendió la radio para no oír más ruidos a su espalda.

Al cabo de unos minutos vio salir a la pequeña Rún del polideportivo y apagó la radio. Ahora la elección del nombre de su hija le parecía un tanto infantil, pero Lára y él tampoco es que fueran muy mayores cuando tras conocer el sexo de su hija por una ecografía se habían puesto a revisar los libros en busca del nombre perfecto y único. Ahora Rún tenía once años y no era como los niños de su edad. Siempre andaba cabizbaja, y sola, al contrario que las chicas que hacía un momento habían salido del aparcamiento, riendo y hablando todas juntas. Pero eso no quería decir que le pasara nada raro; Rún solo era una niña poco sociable y melancólica por naturaleza. Cuando vio el coche, sonrió, saludó con la mano y apretó el paso.

Teniendo en cuenta sus deficiencias como padre, le parecía increíble que su hija siempre lo hubiera adorado. Cuando se acababa el fin de semana que le tocaba con Óðinn siempre preguntaba por qué no podía vivir con él siempre, y entonces el muy mezquino siempre le respondía que su madre no quería. Probablemente había hecho cosas que le avergonzaban más; aun así, ese recuerdo le atormentaba. Soltarle una mentira piadosa era mejor que confesar que no se veía capaz de tenerla en casa o que simplemente no le apetecía. Pero ahora ya no tenía opción: padre e hija vivirían juntos hasta que ella se independizara.

—Hola, guapísima. —Óðinn apretó el enclenque hombro de su hija y el reluciente abrigo naranja crujió—. ¿Qué tal ha ido?

—Bien. —Rún esbozó una leve sonrisa que ni siquiera dejó ver sus dientes —. Quiero borrarame de balonmano.

Óðinn respiró hondo. Llevaban meses discutiendo el tema tres veces a la semana, después de cada entrenamiento. Pero él insistía: ella había prometido entrenar en invierno y tenía que cumplir con su palabra. Todavía no había hecho amigos en su nuevo colegio y Óðinn esperaba que el balonmano la ayudara a abandonar su coraza. No tenía ni idea de cómo las chicas trababan amistad. Cuando él tenía su edad era como si las niñas no existieran. Iban a la misma clase que él, claro, pero ni él ni sus amigos hubieran sabido decir algo más sobre ellas. Sin embargo, recordaba que las chicas de la clase que jugaban a balonmano siempre iban juntas.

—Aguanta un poco más. Ya verás cómo dentro de un tiempo te enfadarás conmigo si no puedes asistir a algún entrenamiento —dijo apretándole más el hombro para animarla—. Recuerda el trato. Si continúas, en verano nos iremos de viaje a algún sitio chulo.

Rún se mordía el labio superior mientras miraba por la ventanilla. Sus ojos transmitían una inmensa pena que Óðinn no sabía cómo mitigar. Le remordía la conciencia no haberla llevado a un especialista para que la ayudara a superar la pérdida de su madre, tal y como el médico de cabecera le había recomendado. Él había preferido confiar en su sentido común, pero no parecía servir de mucho. De repente Rún se giró hacia él y la tristeza de su rostro se había evaporado.

—Vámonos a casa. Tengo hambre.

No dijo una palabra sobre el trato y Óðinn tampoco volvió a mencionarlo. ¿Para qué? Ambos sabían que la niña asistiría al próximo entrenamiento.

Como de costumbre, de camino a casa no intercambiaron muchas palabras. Ninguno de los dos era especialmente hablador. En ese sentido eran iguales, aunque físicamente no tenían nada que ver. Ella era diminuta y delicada; él,

alto y robusto. Rún era morena y de ojos oscuros, con una piel excepcionalmente blanca que nunca se bronceaba; en cambio, Óðinn era rubio con los ojos azules y se ponía moreno enseguida. Eran el día y la noche.

Óðinn condujo en dirección al bloque de pisos donde vivían. Lo había construido la empresa de su hermano Baldur, quien prefería llamarlo «vivienda plurifamiliar». Pese al nombre rimbombante los apartamentos no se vendían. Aparte de la señora mayor de la planta baja y ellos, que ocupaban el segundo piso, no vivía nadie más en el edificio. Cuando Rún había tenido que mudarse con Óðinn y a este no le había quedado más remedio que renunciar a su piso de soltero en el barrio de Hlíðar, Baldur le había dejado el piso a su hermano tirado de precio. Óðinn había aprovechado ese momento para abandonar su agotador trabajo en la constructora y buscar otro empleo. Casa nueva, trabajo nuevo, vida nueva.

Óðinn sonreía mientras accedía en coche a su edificio. La ventaja de su nuevo hogar era que siempre había sitio de sobra para aparcar. Normalmente dejaba el coche fuera porque le parecía un poco deprimente aparcarlo en el desangelado garaje del sótano. La anciana no tenía coche, y el desierto garaje parecía sacado de una película apocalíptica en la que Rún y él eran los únicos supervivientes del planeta. En realidad, Óðinn prefería ignorar la verdadera razón para no usar el garaje: el presentimiento de que alguien los acechaba tras las columnas de hormigón gris. Lo que era una ridiculez, por supuesto.

Pasaron por encima de la propaganda desperdigada en el suelo de la portería y subieron hasta el segundo piso. En la escalera solo se oía el rumor de la radio en casa de la anciana. El ascensor no funcionaba todavía pero no les importaba subir andando; al fin y al cabo, la bolsa de la compra no pesaba demasiado: unos panecillos, mantequilla y queso para el almuerzo de Rún del día siguiente. Óðinn todavía no se había habituado a hacer la compra de forma organizada, así que tenía que bajar a la tienda de la esquina cada dos

por tres para comprar lo que se le había olvidado. Ya iría puliendo ese aspecto con el tiempo, como tantas otras cosas que quería mejorar.

Sin querer, Óðinn vaciló antes de girar la llave en la cerradura. Rún lo miró extrañada.

—¿Por qué no abres? —preguntó dejando la bolsa de deporte en el suelo como si supiera que iba a tener que esperar un rato.

—No lo sé —respondió Óðinn con una sonrisa tonta—. Bobadas.

«Bobadas» era la palabra correcta. Había sentido una premonición que le aconsejaba no abrir, no sabía por qué. Tal vez todavía estaba nervioso después de la paranoia que le había cogido en el coche. Pero sabía que algo había cambiado. No tenía por qué ser en su casa, simplemente sabía que algo había dejado de ser como siempre o que todo lo que él daba por seguro estaba a punto de cambiar de arriba abajo. Un año atrás se hubiera reído de aquella idea, pero ahora ya contaba con más experiencias de ese tipo. El día en que Lára había muerto, había tenido exactamente la misma premonición; estaba tirado en la cama con una resaca del quince cuando le sonó el móvil y vio que en la pantalla aparecía un número desconocido. No quería contestar.

«No contestes, tu vida no volverá a ser la misma. No contestes.»

Aquel presentimiento, igual que el que lo atormentaba en ese momento, le ordenó que no contestara el teléfono. Pero cuando llamaron por tercera vez se rindió y respondió. «Adiós, papá de fin de semana.» Ahora la naturaleza del mensaje no estaba tan clara, era como si realmente no importara que abriera la puerta o no.

Seguramente aquella sugestión no guardaba relación con lo que le esperaba dentro de casa; al menos no resonaba como un eco constante en su cabeza: «¡No abras!». Todavía estaba nervioso por el susto que le había dado la bolsa en el coche. Óðinn se liberó de la angustia y le sonrió a Rún. No eran más que bobadas, como él mismo le había dicho. Y si lo pensaba bien, la

premonición del teléfono no había acertado. Aunque era verdad que con Rún su existencia se había complicado y la convivencia podía llegar a ser agotadora, tampoco quería volver a su antigua vida. Se le había brindado la oportunidad de corregir sus errores y daba gracias por ello. Giró la llave en la cerradura.

Al abrir los recibió un aire fresco y Rún frunció el ceño. Al principio Óðinn no entendió la reacción de su hija pero enseguida cayó.

—¿Qué hace una ventana abierta? —preguntó Rún asustada, en un tono de voz más agudo de lo habitual.

En la casa seguían a rajatabla la norma no escrita de no abrir las ventanas a no ser que existiera una buena razón para ello. Óðinn solía dejar una rendija abierta en su habitación cuando Rún dormía pero procuraba siempre cerrarla por las mañanas antes de despertar a la niña. No hacía falta ningún psicólogo para entender la razón de aquella costumbre: su madre se había caído por la ventana. El ático que Óðinn le había cedido a Lára finalmente le había costado la vida. Para Rún las ventanas abiertas eran trampas mortales y Óðinn ni siquiera había intentado explicarle la diferencia entre una ventana de guillotina y una de hojas batientes, como la ventana por la que se había caído su madre. Ya habría tiempo para hacerlo más adelante. Tampoco había tratado de explicarle que la ventana no había succionado a su madre y que Lára no se había caído a causa de una fuerza incontrolable. Como solía hacer, se había sentado en el alféizar para fumar, con medio cuerpo dentro y medio fuera. En el desagüe que bajaba desde el tejado, junto a la ventana de la cocina, habían encontrado una maceta pequeña y una escoba, así que supusieron que Lára había golpeado la maceta sin querer y la había hecho caer por el desagüe. Al intentar pescarla con la escoba, había perdido el equilibrio.

—Debo de haberme dejado la ventana de mi habitación abierta, cariño.

Esta noche me estaba asando de calor y la abrí un poquito. No habría cabido ni una mosca.

Óðinn trató de quitarle importancia y no dejar que Rún se diera cuenta de que esa explicación no era verdad. Recordaba muy bien haber cerrado la ventana, pero igual se estaba confundiendo de día. Tampoco ayudaba el ligero olor a humo de cigarrillo que flotaba en el aire. Él no fumaba, y Rún tampoco, claro. ¿Quizá la anciana de abajo había empezado a fumar a escondidas?

Rún olisqueó el aire y puso cara de angustia.

—No quiero entrar.

—Vale. —Óðinn se sentía orgulloso de la sorprendente fluidez con que manejaba la relación con su hija—. Entraré yo primero y cerraré la ventana. Y en cuanto compruebe que todo está como debe estar, entras tú. No te vas a quedar en el rellano para siempre. Además, no me apetece tener que sacar la cama aquí. ¿Te acuerdas de lo que costó pasarla por la puerta?

Rún sonrió, aunque la situación no le hacía gracia.

—Huele a tabaco. Como en casa de mamá.

A veces convenía decir la verdad y otras soltar una mentirijilla. Óðinn lo sabía perfectamente.

—Lo sé. Baldur me ha dicho que hoy han venido unos obreros que han estado fumando en el cuarto de calderas. Me ha dicho que quizá la casa olería a tabaco. —Por fuerza tenía que haber una explicación, pero a Óðinn no le parecía el momento adecuado para ponerse a considerar las infinitas posibilidades cuando todas ellas podían tener sentido. O tal vez no lo tuviera ninguna. Debía decirle algo a Rún aunque eso implicara fingir que había hablado con su hermano—. A lo mejor luego han entrado en casa y han abierto la ventana mientras estaban dentro. —Óðinn se arrepintió de haber añadido esa última frase. Ahora había dos posibles explicaciones para la

ventana abierta en lugar de la única teoría de que se le había olvidado cerrarla. Rún parecía más angustiada todavía—. Quédate aquí mientras cierro la ventana.

Sin esperar respuesta, Óðinn entró con decisión en su dormitorio y abrió las cortinas. La ventana estaba cerrada. Tal y como recordaba. Dio media vuelta y se metió en la cocina sin molestarse en echar un vistazo a la ventana del comedor. En su fuero interno sabía que el aire no venía de ahí. Ni el olor a humo.

La ventana de la cocina estaba abierta de par en par. La sujeción se había soltado y la hoja estaba abierta hacia fuera, asomándose al mundo. A pesar del aire fresco, se notaba el olor a tabaco, como si alguien acabara de apagar un cigarrillo. Óðinn no dejó que lo paralizara el hormigueo que trepaba por su pierna y cerró la ventana. Al hacerlo fue como si el olor a humo hubiera desaparecido y todo volviera a la normalidad. Se quedó de pie junto al fregadero y miró por la ventana. Tenía que ser cosa del cansancio y el estrés. Sometidas a una gran tensión, las personas podían experimentar todo tipo de visiones. Así que ¿por qué no malos olores también?

Entonces se acordó de las palabras de su hija cuando la había despertado esa mañana. Se había incorporado en la cama y, aunque tenía los ojos abiertos como platos, lo había mirado como si todavía estuviera dormida. Entonces le había preguntado en voz baja y somnolienta si su madre seguía enfadada. Óðinn se había quedado de piedra y le había respondido que en el cielo nadie estaba enfadado con nadie. En lugar de sonreír y levantarse de la cama, Rún había seguido mirándolo fijamente y había añadido que su madre no estaba en el cielo. Estaba todavía demasiado enfadada para ir allí. Óðinn había resoplado y había preferido no preguntarle con quién podría estar tan enfadada su madre: mucho se temía que conocía la respuesta. Naturalmente, en la época en que él le había decepcionado una y otra vez, Lára le había

odiado. Un castigo bien merecido. Pero de ahí a que su enfado persistiera más allá de la tumba, eso era demasiado. Al menos había que reconocer que Lára había tratado de ocultarle a Rún su resentimiento. Y, si había sido capaz de contenerse en vida, seguro que podía hacerlo una vez muerta. Sin duda la ocurrencia de Rún no era más que fruto de sus pesadillas.

Aun así, Óðinn no conseguía quitarse de encima ese malestar. La bola de nieve acababa de empezar a rodar. Algo le decía que aquello guardaba alguna relación con Krókur, con aquellos dos niños que habían fallecido sin que a nadie pareciera haberle importado. Tal vez había llegado la hora de la verdad.

Enero de 1974

Aldís ardía en deseos de saber qué delito había cometido el nuevo interno. Algo tenía que haber hecho, allí no se enviaba a nadie si no había alguna razón. Normalmente los chavales cometían delitos menores, pero algo le decía que no era el caso del recién llegado, Einar. A diferencia de los otros chicos, tenía un aire calmado y parecía haber recibido una buena educación. Daba la impresión de ser mucho más maduro, como si hubiera aprovechado más cada año de su vida. En cambio los otros no dejaban de moverse, como si un motor interior les llevara a hacer todo lo prohibido. El recién llegado no encajaba en ese grupo y a Aldís le parecía que se había producido un error y que el Einar que deberían haber enviado a Krókur era otra persona completamente distinta.

Sus intentos por indagar sobre su pasado no le habían dado ningún resultado. Veigar y Lilja le habían dicho que no era asunto suyo y sus compañeros de trabajo no sabían nada de él. No conseguía adivinar el delito que había cometido, pero estaba segura de que era lo bastante grave para poner a su autor fuera de circulación. Pero ¿qué habría hecho? Veigar siempre parecía estar alerta en presencia de Einar, no le quitaba la vista de encima, como si quisiera tenerlo localizado en cada momento. Aldís ya había visto antes ese tipo de comportamiento; su tío tenía un perro enorme que en una ocasión había mordido a su esposa, y desde entonces la mujer se comportaba exactamente igual en presencia de aquella bestia. Es más, hasta

Aldís le había comenzado a tener miedo aunque a ella no le hubiera hecho nada. Las miradas inquietas de Veigar le producían el efecto contrario; en lugar de tenerle miedo a Einar, este le intrigaba cada día más. De hecho, una voz lejana y maliciosa le susurraba en el subconsciente que lo único que despertaba su interés era el aspecto físico del chico, pero Aldís apartaba enseguida ese pensamiento ya que la contrariaba el hecho de que pudiera atraerle alguien mucho más joven que ella. En la residencia no había nadie mayor de edad, o mayor de dieciséis, y a sus ojos todos eran unos críos. Aun así, resultaba imposible no fijarse en que Einar destacaba entre los otros chicos. No tenía la cara llena de granos ni aquella mirada lasciva. Su rostro, casi adulto, y sus fuertes mandíbulas no acababan de encajar con su cuerpo delgado, al que le faltaba muy poco para estar bien formado. Era más alto que la mayoría y parecía como si solo hubiera que bombearle un poco más de aire. Aldís veía en sus ojos una seductora melancolía, aunque aquella impresión tanto podía ser fruto de su imaginación como de su astigmatismo.

—Puedes llamar a los chicos a comer —dijo Lilja asomando la cabeza por la puerta de la cocina.

Aldís estaba poniendo la mesa en el comedor, esforzándose como siempre en que quedara lo más acogedor posible, aunque nunca lo conseguía. Los manteles estaban sucios y los cubiertos estaban desperejados. Ella hacía lo posible por que la mesa quedara bien, procurando seguir los consejos de su madre, que siempre le había insistido en que mostrara respeto por la comida, tanto al prepararla como al servirla. No había que dar por hecho que nunca iba a faltar de comer. Mucha gente en el mundo se acostaba por la noche con el estómago vacío.

En realidad, Aldís nunca había puesto un pie fuera de Islandia pero tampoco le hacía falta hacerlo para saber que su madre exageraba un poco. Los pocos que conocía que habían salido al extranjero nunca habían

mencionado nada sobre gente pobre. Ella misma estaría dispuesta a pasar algo de hambre con tal de poder viajar. Disgustada por haber pensado en su madre, alineó con el plato un cuchillo que estaba torcido. De vez en cuando Aldís tenía que recordarse el rencor que todavía le guardaba y mantener viva la cólera que se iba apagando con el tiempo. Notó que se le calentaba la mejilla derecha de solo pensar en aquella bofetada que le había arruinado la vida y en el chasquido de la palma curtida de su madre al golpearle la cara con fuerza.

Aldís se sorbió la nariz sonoramente. Siempre había pensado que todo cambiaría cuando apareciera un hombre en la vida de su madre. Cuando había ocurrido, se había alegrado por ella porque al fin dejaría de sufrir las penurias de ser madre soltera, así que había hecho todo lo posible por ser amable con él. Pero había bajado la guardia demasiado. Se le habían pasado por alto las miradas depravadas del hombre y su tendencia a refrotarse contra ella, hasta que un día aquel monstruo llegó a casa apestando a aguardiente, le agarró los pechos por detrás y le dijo al oído que se había dado perfecta cuenta de que ella lo deseaba y que al fin ella y él podrían... Estaban solos en casa y la primera reacción de Aldís fue darle un empujón y balbucear que no quería que la tocara. Nunca. Entonces él le soltó una serie de groserías que ella no tenía ganas de recordar y se largó. Cuando su madre regresó de la reunión del club femenino, Aldís se lo contó todo, convencida de que la mujer defendería a su hija y pondría a aquel tipejo de patitas en la calle. Aunque siempre había llevado a su hija en palmitas y se había esforzado en darle un hogar decente, en esa ocasión su madre le clavó una mirada gélida, se echó a temblar y le dio una bofetada; a continuación la acusó de estar celosa y de tener envidia porque ella había encontrado por fin el amor. Antes de que volviera a levantarle la mano o continuara hablando, Aldís vio cómo la vida de su madre se desmoronaba de golpe. Esta se llevó una mano venosa

a la boca, como para asegurarse de que no decía nada más, se sentó y rompió a llorar. En lugar de consolar a su madre y proponerle que sacaran entre las dos los bártulos del hombre a la calle, Aldís entró en cólera, hizo la maleta y se marchó. En un abrir y cerrar de ojos se encontró en la calle helada frente al desconchado edificio; miró por última vez la ventana de su habitación y, desde entonces, nunca había vuelto a tener noticias de su madre.

Aldís volvió a sorberse la nariz y se calmó. De poco servía comerse el coco con el pasado, lo único que importaba era el futuro. Dejó el último vaso sobre la mesa y contempló el resultado con cierta frustración. A cualquiera que lo viera le parecería una chapuza, pero prefirió no darle más vueltas y salir a buscar a los chicos. Se dio prisa porque había pescado hervido para cenar y, si se quedaba en la olla mucho tiempo, perdería todo el sabor. Los chicos llevaban toda la tarde trabajando como mulas y los pobres no se merecían que se les echara a perder la cena. No podía decir que fueran precisamente sus amigos; había veces en que le daban miedo, pero eso no significaba que le fueran indiferentes. No podía evitar sentir pena por ellos por haber acabado en aquel reformatorio que no servía de nada. De allí no salían convertidos en mejores personas por muchos sermones edificantes que les echaran y por duramente que les hicieran trabajar.

Los chicos dormían en un anexo del edificio donde se encontraban el comedor y la cocina. Las dos construcciones no se comunicaban entre sí y el anexo de los dormitorios permanecía cerrado con llave por la noche. Para acabar de hacerlo más acogedor, habían colocado rejas en las ventanas para evitar que los internos se escaparan al abrigo de la noche. Poco después de comenzar a trabajar en Krókur, Aldís le había preguntado a Veigar si no temía que los chicos quedaran atrapados si se incendiaba la casa. La respuesta fue bastante seca, algo así como que no eran tontos y sabrían pedir ayuda. Aldís dio gracias a que en la casita donde ella se alojaba rigieran otras reglas.

Aldís caminó hasta la puerta del anexo donde dormían los chicos y contuvo un bostezo. Las noches anteriores la había desvelado un ruido que entraba por la ventana y que, sin embargo, no se oía cuando se despertaba por la mañana. En una ocasión la cortina se había movido y, medio dormida, le había parecido que alguien entraba por la ventana. Lo cual era un disparate ya que, por un lado, su habitación estaba en el piso de arriba y, por otro, ahí fuera no podía haber nadie. Aun así había tenido que taparse los oídos con la almohada para conciliar el sueño de nuevo.

Al abrir la puerta la recibió un gran escándalo y de pronto se dio cuenta de lo cansada que estaba: demasiado como para poder ignorar aquellos gritos. Vaciló un momento en el umbral y se preguntó si no corría un riesgo al entrar. Los chicos se desgañitaban y parecían estar animando a alguien o bien pidiéndole que parara. Pero Aldís se dijo que no se trataba de la típica pelea entre chicos, así que, sin pensárselo dos veces, entró para ver lo que sucedía. Si iba en busca de ayuda, la situación se le iría de las manos y la disciplina que impondrían Veigar y Lilja a los muchachos también repercutiría a los trabajadores.

La casa no era muy grande: cuatro dormitorios, una sala de estar, unos aseos y unas duchas con lavabos. Aldís apartó a dos niños pequeños que estaban en la entrada de la sala, tapando lo que ocurría. Se dieron un susto de muerte, pero también parecieron alegrarse de verla, como si hubiera llegado el Salvador en persona para ahuyentar los malos espíritus.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí?

Tuvo que gritar con todas sus fuerzas para que su voz se oyera por encima del alboroto. Aparte de los dos pequeños que estaban en el pasillo, Aldís contó cuatro chavales. Parecía increíble que siendo tan pocos montaran tanta bulla. Los cuatro le daban la espalda y seguían sin perder detalle de lo que ocurría junto al viejo tresillo.

Las palabras de Aldís fueron sorprendentemente efectivas. Los cuatro se giraron y la miraron desconcertados. Aldís no supo qué hacer. Los ojos de los chavales brillaban de excitación y casi todos tenían la boca abierta, congelada a mitad de grito. Aldís no lograba ver qué miraban todos con tanta atención pero oyó un forcejeo detrás de ellos.

—¿Qué os pasa?

Nadie dijo nada; se la quedaron mirando fijamente.

—¿Qué está ocurriendo aquí? Apartaos.

Su voz resonó con una fuerza impropia de ella y, por suerte, obedecieron y se hicieron a un lado. No estaba segura de qué habría hecho si se hubieran vuelto contra ella.

En el suelo había dos chicos peleándose. En realidad, las peleas estaban a la orden del día en Krókur y Aldís ya había visto más que suficientes desde su primer día de trabajo. Pero esa era diferente de la típica riña en la que dos chicos se agarraban con todo su odio y se daban puñetazos en la espalda.

Los dos chicos tirados en el suelo no se estaban agarrando.

Era el recién llegado, Einar, con uno de los mayores y más veteranos, Keli. Los más pequeños le tenían más miedo que a Veigar, pues se le daba muy bien encontrar sus puntos débiles y parecía deleitarse torturando a los más indefensos. Para sorpresa de todos, alguien lo había derrotado; de hecho, Aldís no recordaba haber visto que nadie le pegara. Las víctimas de sus torturas eran lo bastante sensatos como para no defenderse, así que nunca se había dado el caso. Sin duda esa era la razón de la algarabía. Todos los presentes tenían sed de venganza. Aldís se preguntaba qué hacer. No era lo bastante fuerte como para liberar a Keli de Einar y, aun teniendo la fuerza de un hombre, no estaba segura de que se hubiera atrevido a separarlos. Einar, que normalmente tenía un aire triste y somnoliento, parecía estar fuera de sí y mostraba los dientes como un perro o un animal salvaje a punto de desgarrar

un trozo de carne. En sus ojos había tanta furia que cualquiera habría pensado que pertenecían a un hombre adulto.

En cambio Keli estaba aterrorizado. Einar lo tenía agarrado del cuello y su cara se ponía cada vez más roja. Aldís tragó saliva.

—¡Basta ya! ¡A cenar! —Las palabras salieron solas de su boca y las pronunció como si no ocurriera nada especial.

Se dio media vuelta y salió. Al pasar por la puerta, uno de los pequeños le susurró conspiratoriamente:

—Le ha dicho que su novia era una puta. Una puta de mierda.

El cuidado con que Aldís había puesto la mesa no había servido de nada. Los chicos habían comido a toda velocidad como si estuvieran en una competición y lo habían dejado todo como si hubiera pasado por allí una cuadrilla de monos, con los cubiertos tirados, los vasos bocabajo y los manteles manchados de grasa. Sin embargo, Aldís no estaba ni molesta ni enfadada: así eran las cosas. Comían para no morir de hambre y no tenían por qué andarse con buenos modales. De hecho, habían cenado más callados de lo habitual, la mayoría no había levantado los ojos del pescado y apenas habían hablado entre ellos. Quizá se estuvieran recuperando después de los gritos. Aldís había ayudado a servir la comida y cada vez que había entrado en el comedor, los chicos habían intercambiado una mirada entre ellos, como reflexionando si tenían que hacerle el vacío o alegrarse de verla. ¿Era de los buenos o de los malos?

—Gracias por no haber dicho nada —oyó Aldís detrás de ella. Casi se le cae el plato que llevaba en las manos pero consiguió disimular el susto. Estaba tan ensimismada que no se había dado cuenta de la presencia de Einar —. ¿Te ayudó a recoger? Entre los dos lo haremos en un pispás.

—No. No, gracias.

Einar estaba demasiado cerca y Aldís prefería que se alejara.

—Te ayudo igualmente. Te lo debo, me podías haber metido en un lío bien gordo.

—Ya estás metido en líos. Por algo estás aquí. —Aldís se giró y siguió amontonando platos—. Pero la próxima vez que te pille machacando a otro chico no sé si me callaré. Has tenido suerte, nada más. Aunque igual Keli se lo había ganado. —Aldís se giró y vio que Einar había comenzado a recoger los platos sucios de la otra mesa. Hasta entonces, a ninguno de los chicos se le había pasado por la cabeza echarle una mano y se dio cuenta de que se sentía cómoda con él a su pesar, y de que había olvidado el miedo que le había dado cuando intentaba estrangular a Keli—. Ve con ojo. Seguro que intenta vengarse.

—No tiene nada que hacer conmigo —se jactó—. Pero, claro, no quiero problemas. Quiero volver a casa. No se ha chivado de mí, así que puede que me deje en paz. Al menos eso espero. Tengo que salir de aquí cuanto antes.

Cuando terminó de hablar, ya había acabado de amontonar los platos.

Aldís cogió la pila, que estaba torcida porque Einar había colocado un plato encima del otro sin preocuparse de retirar los restos de comida. De pronto Aldís reparó en lo mal vestida que iba y se ruborizó. Su ropa era vieja y encima estaba sucia después de haberse pasado todo el día trabajando. Él acababa de llegar de la ciudad, donde las prendas que Aldís vestía estaban pasadas de moda. Además, llevaba el pelo recogido en una coleta desde por la mañana y seguro que tenía la cara roja y brillante por el sudor. Normalmente no se preocupaba de su aspecto; es más, cuanto peor fuera, mejor. Así reprimía las miradas obscenas de los chicos.

—No hace falta que sigas. Ya termino yo.

La amabilidad había desaparecido de su voz, pero solo porque quería estar

sola. Sola con la vajilla, como todas las noches.

—No, mujer, te ayudo. ¿Tienes que fregar? Se me da bien secar —dijo dirigiéndole una sonrisa agrídulce, más melancólica que alegre.

—¿Por qué estás aquí? ¿Qué has hecho? —se le escapó a Aldís.

Einar dejó los platos y desvió la mirada. Esa vez fue él quien se ruborizó, y Aldís no supo si se había enfadado con ella por ser una fisgona o si se avergonzaba de sus faltas del pasado.

—Nada. No he hecho nada.

—Bueno, vale.

Aldís lo siguió con la mirada mientras salía del comedor sin despedirse y con los puños apretados. Sintió que un escalofrío le recorría la espalda. ¿Por qué tenía que comportarse así? Ni que todos los días tuviera a alguien que la ayudara a recoger la cocina. Oyó un portazo en la entrada y sintió que se le echaba encima la soledad de la casa. Lilja había salido y no iba a volver esa noche, así que nadie rompería el silencio. Si aguzaba el oído, percibía el goteo del grifo del fregadero. La puerta de la cocina se movió ligeramente y Aldís sintió que un sudor frío le recorría la frente mientras escuchaba el continuo goteo sobre el acero rayado. De repente le asaltó la idea de que había alguien junto al fregadero contando las gotas mientras la esperaba. ¿Cuándo llega Aldís? Una, dos, tres... Aldís tragó saliva y apartó la mirada de la puerta. A través de las cortinas desteñidas se veía el cristal oscuro de la ventana; fuera aguardaban la oscuridad y la noche. Se apresuró a cerrar mejor las cortinas. Presentía que, si se asomaba, vería la silueta de otra cara en lugar de su reflejo.

Ya no quería saber qué guardaba Einar en su conciencia. Tampoco quería saber qué había sido del bebé malformado. Solo quería meterse en la cama y cubrirse la cabeza con el edredón.

Al no haber ventanas en la sala de reuniones, el aire apestaba a productos químicos, una mezcla de todos los perfumes que los asistentes se habían echado por la mañana. A Óðinn le picaba la nariz y se sentía como si le estuvieran taladrando la cabeza. Además tenía los zapatos empapados, que rechinaban al más ligero movimiento. Y todo era culpa de la política de ahorro de la agencia. No había dinero para instalar unos tubos de hojalata y comprar algún aparato de ventilación que pudiera airear aquella habitación claustrofóbica. Tampoco se había llegado a un acuerdo con el dueño del garaje de al lado para adjudicar plazas de aparcamiento a los empleados que iban a trabajar en coche. La oficina estaba en el peor sitio del centro, sin duda. Cuando Óðinn había dejado a Rún en el colegio esa mañana, los estudiantes de instituto ya se habían hecho con los sitios gratuitos de los alrededores. Por eso había tenido que aparcar lejos y caminar un buen trecho entre la aguanieve.

—¿Y tú? ¿Cómo va tu proyecto?

Se hizo un silencio y Óðinn se dio cuenta de que las palabras de Heimir se habían dirigido a él. Su mente había desconectado de las tediosas conversaciones de aquella típica reunión de lunes que supuestamente servía para establecer las pautas de trabajo durante la semana. El olor a Old Spice, los zapatos mojados y el problema del aparcamiento ocupaban su mente. La idea inicial era que las reuniones se hicieran de pie para que fueran breves y concisas, pero no tardaron mucho tiempo en comenzar a sentarse y ponerse a

charlar de cualquier cosa ya que, al fin y al cabo, nadie tenía nada urgente que hacer.

—Va avanzando poco a poco. —Óðinn se planteó dejarlo ahí para que la reunión terminara antes pero, ya que su jefe siempre los animaba a que dieran detalles de sus proyectos, decidió hacerle caso y explicarse mejor—. Creo que tengo una buena visión de conjunto de lo que hizo Róberta y estoy continuando con su trabajo. Hay muchos papeles. Además de las fotocopias que había clasificado en carpetas, hay seis cajas con documentos originales que casi he terminado de revisar: fotografías, recibos, registros de los internos de Krókur y cosas por el estilo. Parece que Róberta lo tenía todo claro y había seleccionado lo más relevante. Inquieta un poco ver lo bien organizado que lo tenía todo. Es casi como si hubiera intuido que no iba a poder terminarlo y que alguien tomaría el relevo.

Incomodados por su comentario, los compañeros de Óðinn agacharon la cabeza o clavaron la mirada en las viejas imágenes de paisajes que colgaban de la pared.

Mientras se limpiaba pensativa una capa imaginaria de polvo del esmalte rojo de las uñas, Diljá fue la única que no permaneció impasible a la mención de Róberta.

—Creo que si hubiera sabido que iba a llegarle la hora, habría elegido otro sitio donde morir y no este. Es bastante lamentable morir sentada en una silla de oficina. —Diljá no parecía darse cuenta de que sus palabras podían incomodar todavía más a sus compañeros. Hasta Óðinn sintió un pinchazo en el estómago al volver a escuchar la descripción de aquella visión desoladora. ¿Habría pensado el primero que llegó aquel día a la oficina que Róberta estaba dormida? Quizá incluso la había movido un poco y le había parecido que no era normal que estuviera tan rígida. Diljá hizo con el chicle una

pequeña pompa que explotó al instante—. ¿Se puede sacar algo de lo que recopiló?

Óðinn se quitó de la cabeza la imagen del cuerpo inerte de la mujer con la mirada fija en el estucado y los fluorescentes del techo.

—Sí. Todo lo que hizo está bien. —Óðinn trató en vano de buscar la mirada de su jefe—. Además de clasificar los documentos, hizo un listado de todos los chicos que pasaron por Krókur desde que abrió el reformatorio y elaboró una tabla que había comenzado a rellenar. No estoy seguro de que Protección de Datos lo apruebe, pero ¿qué te parece, Heimir? ¿Continúo rellenándola?

Heimir fingió que llevaba mucho tiempo dándole vueltas al asunto, pero no consiguió engañar a sus trabajadores. Lo conocían bien.

—Tengo que echar un vistazo a mis notas, pero recuerdo que reflexionamos mucho sobre el tema y llegamos a la conclusión de que no había nada ilegal en ello.

—Si lo miraste en su momento entonces no hace falta volver a plantearlo. Si Róberta lo hizo así será porque tú lo consideraste adecuado. Nunca habría actuado en contra de las reglas. Por tanto, puedo seguir recopilando esos datos... —Óðinn se encogió de hombros con despreocupación—, ¿no?

Heimir advirtió demasiado tarde que no podía negarse sin dejar en evidencia que no sabía nada al respecto.

—¿Qué clase de datos son esos? —Diljá cruzó los brazos y sus pechos se realizaron más de lo que el fabricante, e incluso el diseñador del sujetador, seguramente habrían previsto. El hombre que estaba sentado al lado de Óðinn jadeó como si hubiera encajado un leve golpe en el estómago. Al advertir la reacción del tipo con el que se había liado la noche de la cena de empresa, Diljá sonrió fugazmente—. Quiero decir, ¿se trata de información comprometida acerca de los internos o de un mero listado telefónico?

—Hay de todo. —Óðinn se dio cuenta de que la encargada de redactar las actas de las reuniones se había quedado dormida. No se lo reprochaba; nadie leía sus notas, y en su lugar él habría estado tentado de poner tonterías para demostrarlo—. Como digo, hay listas de los nombres de los internos, lugar y fecha de nacimiento, la razón por la que fueron enviados allí, el domicilio actual, a qué se dedican hoy y la fecha de fallecimiento si procede. En la tabla también hay una columna reservada para las circunstancias familiares, pero está vacía. La pregunta es si Róberta intentaba detallar cuál era la situación del muchacho cuando fue internado en Krókur o cuál es en la actualidad. La única columna que había terminado de rellenar es la de los nombres y las fechas de nacimiento. En las otras falta un dato u otro.

—¿Cómo sabes que no falta ningún nombre? —Era obvio que Diljá no le había perdonado a Óðinn lo seco que había estado con ella la semana anterior. Al menos quería hacérselo pasar un poco mal—. Quiero decir que igual tenía pensado añadir cien más. No puedes estar seguro de que la lista esté completa.

La mujer le dirigió una sonrisa irónica. Entre sus labios encarnados, pintados a juego con las uñas, dejó ver unos dientes blancos. A Óðinn le recordó a una extra de una película de vampiros. El hombre que tenía al lado se revolvía en su asiento y parecía esperar con ansia la menor oportunidad para salir de la sala.

—Lo he comparado con los registros del reformatorio y el número coincide. Cotejé algunos nombres y también encajan, igual que otros datos que también comprobé.

Óðinn sintió un picor en los pies. Tenía que ir al servicio para quitarse los calcetines. Seguro que descalzo estaría mucho mejor.

Óðinn estaba muy satisfecho con el resultado del día. Había rellenado un buen número de celdas de la tabla y la mayoría de las que quedaron en blanco pertenecían a los chicos que de adultos se habían ido de Islandia. Hasta que no supiera lo que debía hacer a continuación, no había ninguna razón para buscar sus domicilios anteriores. ¿Para qué perder tiempo si luego resultaba que todo había estado en orden en el reformatorio? De momento no había encontrado ninguna irregularidad. Es verdad que tenía pendiente examinar los documentos pero no parecía que hubiera ocurrido ningún hecho que permitiera reclamar una indemnización. Sin duda alguna su estancia allí había supuesto un mal trago para los chicos, pero el reformatorio no parecía tan nefasto como otros centros similares que ya habían sido investigados.

La principal diferencia respecto a otros centros era que los internos de Krókur no estaban allí debido a una situación familiar difícil. Todos habían cometido algún delito, aunque no fuera grave. Se consideraba adecuado que pasaran una temporada en aquel centro reeducacional, que pretendía hacer las veces de un «correccional para menores que iban por el mal camino», según Óðinn había leído en los viejos documentos.

En los otros centros se consideraba que los familiares de los niños no podían hacerse cargo de ellos; los menores no habían hecho nada malo y solo eran víctimas de las circunstancias. Parecería contradictorio que el sistema hubiera sido más indulgente con los jóvenes más conflictivos. Pero su opinión respecto al trato humanitario de Krókur podía cambiar. Aún tenía que hablar con los antiguos internos; los documentos recogían la versión de todo el mundo salvo la de los que habían sido objeto de ese trato. Aun así, no esperaba que fuera a obtener ninguna información especial de aquellas entrevistas, que pensaba hacer aleatoriamente. Cuando dos años atrás habían salido a la luz las declaraciones de personas que residieran en hogares estatales entre 1945 y 1978, ninguno de aquellos chicos había aprovechado

para hablar con el comité de centros reeducacionales. Krókur había estado en funcionamiento en esa horquilla de tiempo y la investigación de los otros centros se había dado a conocer públicamente. Por tanto, era lógico pensar que los antiguos internos habrían aprovechado la ocasión para liberarse del tormento causado por las injusticias pasadas.

No podía permitirse ser optimista. Además, durante mucho tiempo habían corrido historias terribles sobre los otros centros sin que se hubiera iniciado ninguna investigación estatal. Pero el caso de Krókur era distinto; pocos conocían su existencia, así que aún se sabía menos lo que sucedía de puertas para dentro. Evidentemente, esa falta de información también podía deberse al breve período en que el reformatorio había estado abierto; además, los internos eran mayores y más curtidos que en otros sitios, por lo que, de haber recibido un mal trato, habrían sido menos propensos a quejarse posteriormente.

En definitiva, no podía descartarse el mal funcionamiento del centro, a pesar de la falta de rumores. Por ejemplo, Óðinn todavía no había reunido información sobre los dos muchachos que, por lo que se decía, habían muerto en un accidente. Según sus averiguaciones habían fallecido en el coche del reformatorio. El vehículo se encontraba en marcha y nadie se había dado cuenta de que la nieve había obstruido el tubo de escape. Óðinn no había hallado mucha información sobre el suceso. Había buscado noticias antiguas en internet, pero el periodismo de los años setenta era mucho más vago que el actual. Las noticias eran más cautas y procuraban mostrar tanta consideración hacia los familiares que apenas se daban detalles. Probablemente se consideraba una vergüenza que los chicos hubieran estado en un reformatorio, así que apenas se mencionaba nada. Después de que el espantoso suceso apareciera en la prensa, no se volvió a hablar del caso. Ni siquiera se dedicaron esquelas a los muchachos. Aparte de aquellos antiguos

retazos de noticias, Óðinn contaba con la copia de una carta del gobernador provincial que había encontrado en las carpetas de Róberta. En ella el gobernador declaraba que los resultados de la investigación demostraban claramente que se había tratado de un accidente y que sus causas no podían achacarse a un descuido o negligencia por parte de los supervisores de Krókur o cualquier otro empleado a cargo de los chicos. Nadie había podido imaginar que ambos estuvieran en el asiento trasero y, por otra parte, tampoco cabía esperar que se estuviese pendiente de cada uno de los chavales las veinticuatro horas del día. Y tampoco era posible predecir continuamente las ocurrencias de los chicos. Gozaban de cierta libertad y, en aquel caso, la habían utilizado para cometer una estupidez que les había costado la vida.

Era difícil saber hasta qué punto era fiable ese tipo de declaraciones en aquellos tiempos, pero Óðinn consideró que no había razón para poner en duda la veracidad de la carta. No obstante, le pareció que el tono de la misma era un tanto frío para estar hablando de un suceso tan trágico, pero quizá ese fuera el estilo de los cargos oficiales durante los años setenta. ¿Por qué razón el gobernador provincial habría de encubrir a los responsables de Krókur? Aunque, por otra parte, nunca se sabía lo que podía ocurrir en una sociedad tan pequeña, así que Óðinn estaba decidido a hacerse con los documentos relativos a la investigación del accidente. Si es que todavía podía dar con ellos.

En caso de que los informes oficiales se hubieran extraviado o hubieran sido destruidos, era posible que estuvieran en posesión de los familiares de los fallecidos. Aquella seguía siendo la única anomalía que había hallado respecto al reformatorio y por eso le parecía importante examinar esos documentos. De lo contrario, el informe que tenía que redactar no serviría de nada. Su cometido consistía en determinar si el gobierno debía pagar una

indemnización a los antiguos internos de Krókur por haber sufrido daños graves. Era difícil pensar en un daño más grave que la muerte.

Pese a que coincidía con el gobernador provincial en cuanto a que el centro no era una cárcel, a Óðinn le escamaba que hubiera cerrado sus puertas justo después del accidente. Se temía que existiera un vínculo entre ambos hechos, aunque no tenía ninguna prueba para demostrarlo. Sin documentos, cualquier conclusión que pudiera sacar no sería más que pura invención, así que su misión del día siguiente sería buscarlos y revisar concienzudamente las noticias publicadas en la prensa sobre la tragedia. Si es que las había.

Óðinn guardaba todavía en el armario los informes policiales sobre la muerte de Lára. Su suegra los había conseguido a través de un abogado y se los había dado después de leerlos. Él no había querido ni mirarlos pero, aun así, había decidido guardarlos. Aunque al principio le había parecido que la mujer se tomaba demasiadas molestias para nada, con el tiempo lo entendió. Tarde o temprano acabaría obligándose a leer los informes, pero sobre todo los guardaba para cuando Rún creciera y quisiera saber más sobre la trágica muerte de su madre. Eso le recordó que debía bajar al trastero la caja para camisas donde guardaba los informes. Allí era menos probable que Rún se topara con ellos por casualidad. Todavía era demasiado pequeña para leer su contenido. La caja reposaba en uno de los estantes inferiores de su armario ropero y, aunque dudaba mucho que su hija fuera a fisgonear en aquellas cajas, uno nunca podía predecir sus movimientos. No debía olvidar que su hija era especialmente imprevisible y que él tampoco la conocía lo bastante como para saber si sus camisas y sus trajes podían despertar su curiosidad.

Quizá, cuando fuera a cambiar los informes de sitio, sucumbiera a la tentación de echarles una ojeada. Pero debería leerlos en un momento en que Rún no pudiera pillarlo; no quería tener que esconderlos debajo de un sillón a toda prisa. Pero la pregunta que realmente lo mantenía alejado de la caja no

era cuándo leería los informes sino cuál sería el contenido de los mismos. Temía no poder borrar de su memoria el momento de la muerte de Lára una vez que hubiera leído cómo se había producido. Quizá los familiares de los dos chicos habían tomado una decisión similar cuando les entregaron los informes sobre su fallecimiento y los papeles todavía seguían guardados en cajas polvorientas en los estantes superiores de dos armarios roperos. Su investigación no había avanzado tanto como para saber si algunos de aquellos familiares, seguramente ya octogenarios, seguían con vida, aunque era probable.

Óðinn cogió la taza de café medio vacía, apagó la pantalla, entró en la cocina de la oficina y dejó la taza entre la vajilla sucia del fregadero. Iba descalzo y sentía un picor en la planta del pie. Tenía ganas de llegar a casa. Y, al mismo tiempo, no quería ir. No podía engañarse: desde el día en que habían encontrado en el piso aquel olor a tabaco y la ventana de la cocina abierta, un creciente desasosiego se apoderaba de él siempre que estaba en casa. Se sobresaltaba al más leve ruido y al menor movimiento. Sabía que era una tontería y que no se lo contaría a nadie, pero no podía sino sentir que la vecina, Rún y él no estaban solos en el edificio. La idea no tenía ni pies ni cabeza pero eso no le ayudaba a sentirse mejor. Es más, no había querido que Rún pasara el fin de semana en casa de su hermano Baldur, algo que hasta entonces siempre agradecía, pues le permitía salir un rato con sus amigos o invitarlos a ver el fútbol. Pero ahora la idea de pasar dos noches a solas en el apartamento le horrorizaba. Cuando estaban los dos siempre podía atribuir cualquier ruido extraño a la presencia de su hija; no quería oír esos sonidos estando él solo.

Óðinn regresó al coche siguiendo el mismo camino que había recorrido por la mañana entre la aguanieve. Hacía frío y había comenzado a helar. Tenía los pies congelados y, al ir sin calcetines, notaba más la nieve y la dureza del

pavimento bajo las suelas. Se sentía tan irritado que se preguntó si por fin estaría exteriorizando la ira que llevaba dentro. El psicólogo que le habían recomendado le había dicho que el fallecimiento de Lára y los cambios en su vida podían causar ese tipo de reacciones. A Óðinn le había costado concentrarse en las palabras del especialista y le había parecido que estaba perdiendo el tiempo. Cuando el psicólogo sugirió que continuara con las visitas, Óðinn dijo que se lo pensaría y desapareció. ¿Qué tenía que decirle un desconocido sobre cómo debía enfrentarse a los cambios de su vida? La vida cambia constantemente. Y cada uno se adapta a su manera a las nuevas circunstancias. Ese mismo hombre le había recomendado encarecidamente que enviara a Rún a algún psicólogo infantil, consejo que Óðinn había escuchado todavía menos. Era su hija y él era perfectamente capaz de cuidar de ella. Aunque hubiera fallecido su madre, no padecía ningún trastorno psicológico. Simplemente estaba triste, y eso podía curarse por otros medios distintos a la ayuda de un especialista.

Pensándolo bien, no había actuado de forma muy inteligente. Ni en lo que se refería a él ni en lo relativo a Rún. Todavía quedaba mucho trabajo por hacer: su hija mostraba mucha inseguridad y rabia reprimida y, en cuanto a él, pese a los meses transcurridos desde la tragedia parecía seguir en estado de shock. Quizá les habría ido mejor a ambos si hubiera aceptado la ayuda del especialista, quizá Rún preguntaría menos qué sería de ella si él muriera, quizá todo sería más fácil si hubiera seguido los consejos del psicólogo. En los meses anteriores le había parecido estar inmerso en una especie de niebla y sospechaba que a Rún le había pasado lo mismo. Sin quererlo, le había arrebatado a su hija la oportunidad de cerrar la herida producida por la muerte de su madre. Había preferido que no hablaran del asunto, eliminar cualquier conversación al respecto e incluso intentar que Rún no pensara ni siquiera en ello. Evidentemente, su estrategia estaba abocada al fracaso. Por si fuera

poco, ambos se habían vuelto hipocondríacos y apáticos. Quizá por eso Rún soñaba tanto con su madre. Y quizá por esa misma razón los sueños se habían hecho cada vez más extraños y aterradores.

Pero lo hecho, hecho estaba. La pregunta era más bien si debía dejar las cosas como estaban o enfrentarse a ellas. Por Rún y su madre difunta debía intentar al menos reencauzar sus vidas con la esperanza de que la niña no tuviera más pesadillas y de que a él dejara de parecerle que algo se escondía en cada rincón de la casa.

Óðinn llegó al coche y buscó a tientas la llave con los dedos entumecidos. Se subió y cerró la puerta. Mientras dejaba escapar enormes nubes de vaho en el interior del coche, decidió que esa misma tarde, después de que Rún se fuera a la cama, emprendería su proceso de enmienda revisando los documentos sobre la muerte de Lára. Ese sería el primer paso. Después buscaría la tarjeta de visita de la psicóloga infantil que le habían recomendado y pediría hora. Juntos encontrarían la solución.

Sonrió y puso en marcha el motor helado del coche sin sospechar lo que le aguardaba en aquellos informes policiales que todavía no había leído y que seguían guardados en una caja para camisas.

El bloque de pisos se encontraba en las afueras del barrio, a merced del viento y las inclemencias del tiempo. Al otro lado solo se extendía un terreno pelado de brezo y grava. Óðinn se había acomodado en el sofá con la ventana abierta y las cortinas cerradas. La tela se movía con las ráfagas de viento, como si la empujara alguien por detrás. La tormenta llevaba más de una hora rugiendo y no parecía que fuera a amainar. En esa época del año era como si al hombre del tiempo le pagaran por predecir tormentas, ya que en cuanto pasaba una advertía de que la siguiente iba a ser todavía peor. Normalmente a Óðinn un huracán así le sacaba de quicio, pero en esas circunstancias le parecía incluso apropiado.

Aunque la pila de papeles que reposaba sobre el sofá no era especialmente grande, le estaba costando mucho examinarla. Había decidido revisar el contenido de la caja letra por letra pero, después de haber leído el primer párrafo del informe de la autopsia, que era a su vez el primer documento del montón, ya no podía más. En él se describían brevemente las lesiones halladas en el cuerpo de Lára y, si aquel texto no era más que una pequeña sinopsis, el informe entero debía de producir escalofríos. Le había resultado muy duro leer sobre los huesos rotos que le habían atravesado la piel en ambos brazos. Pero lo peor había sido enterarse de que las fracturas indicaban que, al caer, Lára había intentado apoyarse con las manos. Estaba claro que no había muerto durante la caída. Óðinn nunca había pensado sobre la causa exacta de su muerte. Se había caído. Había muerto. Por mucho que al fin se

hubiera decidido a afrontar los hechos, lo cierto era que no había estado preparado para algo así. Mientras hacía una pausa en la lectura calculó con el móvil el tiempo que habría tardado en caer aplicando una ecuación simple de caída libre que recordaba del instituto: si Lára hubiera caído en el vacío, cosa que lamentablemente no había ocurrido, habría tardado un segundo y medio. Pensó que serían dos. Dos segundos son muchos si una vez transcurridos a uno le espera la muerte.

A su lado reposaba el informe, que parecía esperar pacientemente a que se armara de valor para reanudar su lectura. Con el teléfono en la mano, miraba la televisión sin verla, y sin enterarse de los problemas de los actores que sobreactuaban en la pantalla. Además tenía el volumen en silencio para no despertar a Rún. Óðinn apartó la vista de la pantalla y miró aquellas inocentes letras negras impresas en papel blanco. Pasó los dedos por la hoja pero no notó el relieve de la impresión. Sin embargo, esas mismas letras le habían herido y desgarrado el alma. ¿Por qué no podían decir simplemente que había muerto ipso facto o simplemente durante la caída? De niño le habían dicho que los que se caían por un rascacielos morían antes de llegar al suelo porque no podían respirar debido a la velocidad, y no hacía falta añadir nada más. Aunque una casa de tres plantas revestida con chapa de hierro no podía considerarse precisamente un rascacielos, era posible que aquella antigua explicación hubiera hecho que, hasta entonces, Óðinn no hubiera pensado mucho en la causa de la muerte de Lára. Lo último que quería era imaginarse cómo había vivido ella la caída. Era más fácil y menos doloroso creer que al menos su muerte había sido rápida.

Óðinn volvió a fijar la mirada en el televisor. Uno de los dos actores se había echado a llorar y el otro parecía no saber qué hacer para detener aquel mar de lágrimas. A Óðinn le pareció una escena tan patética que decidió hacer un esfuerzo y acercó la caja de las camisas. En algún momento tendría

que reunir el coraje para leer el informe de la autopsia, el resto no podía ser tan espantoso. Entre los documentos había encontrado el informe que la policía había redactado dos días después del accidente y sabía que tendría que afrontarlo, no podía comportarse como el llorica de la pantalla. Era cosa del pasado, nada iba a cambiar ya y no podía ser tan cobarde como para no atreverse a afrontar el informe de los investigadores. Nada podía ser más terrible que lo que ella había tenido ante sus ojos mientras caía. Ni siquiera el informe de la autopsia. Al menos estaba seguro de que si lo conseguía, se sentiría más capaz de ayudar a Rún a asumir la pérdida de su madre. O eso esperaba. Pero mientras él continuara ignorando el pasado, no podía esperar que su hija superara su trauma, cosa que Rún necesitaba de un modo desesperado. Por ridículo que pareciera, Óðinn sintió una especie de revelación y de pronto vio claras muchas cosas.

El informe de la policía recogía los interrogatorios que habían realizado a los vecinos de Lára. Además del ático de Lára en el edificio había cuatro apartamentos, aunque Óðinn solo conocía al hombre que vivía en el sótano. El resto de nombres no le decían nada. Los inquilinos no se quedaban mucho tiempo en el inmueble; en general se compraban allí su primer piso, convencidos de que bastaba con dar una capa de pintura a las paredes para mantenerlo en buen estado. Pero en cuanto se daban cuenta de que estaban equivocados, se marchaban. Óðinn empezó por el vecino del sótano, pero de su interrogatorio no sacó mucha información, pues no había estado en casa cuando Lára se había caído por la ventana y no parecía haber mantenido mucha relación ni con la madre ni con la hija. A pesar de haber vivido en el mismo edificio desde su nacimiento ni siquiera sabía cómo se llamaba la niña. Además, a Óðinn siempre le había parecido que el hombre era un bicho raro, un individuo reservado que vivía allí abajo, medio en la sombra.

Las declaraciones de los otros vecinos tampoco aportaban gran cosa. Una

pareja joven que vivía con su hijo en la planta baja tan solo sabía que Lára era madre soltera, que trabajaba como contable y que su madre vivía en la misma calle, dos casas más abajo. Estaban despiertos cuando ocurrió el accidente pero no habían notado nada raro. El padre había salido a correr una hora antes del suceso. Todo había estado en orden tanto al salir como al volver, cuarenta minutos después. No había visto a nadie ni en la escalera ni en el jardín exterior. La mañana había transcurrido con total normalidad hasta que se sentaron a la mesa de la cocina para desayunar y Lára se cayó por la ventana. Le resultó muy desagradable saber que el hijo, que estaba comiéndose las gachas de avena cara a la ventana de la cocina, se había echado a reír inocentemente. Por otro lado, el relato de la pareja daba a entender que el accidente había sido totalmente imprevisto, lo cual concordaba con la descripción de los hechos, tal y como Óðinn la recordaba.

Los del primer piso estaban durmiendo y no se despertaron en ningún momento, así que Óðinn terminó de leer enseguida su versión de lo acontecido. Pero todo se complicó cuando leyó el testimonio de las vecinas del piso de debajo del de Lára. Su relato no casaba con las declaraciones de la pareja joven. Se trataba de dos hermanas que se habían mudado desde el este del país a Reikiavik para estudiar en la universidad. Aunque el piso estaba en venta, lo habían alquilado durante medio año. Óðinn leyó entre líneas que eran dos chicas con los pies en la tierra, aunque podía equivocarse. Se consideraba bastante bueno juzgando a las personas, pero una cosa era leer la declaración de una persona y otra hablar con ella cara a cara. A pesar de ello, no tenía motivos para dudar de sus palabras, por lo que su relato lo dejó desconcertado.

Las hermanas habían oído unos ruidos en el piso de arriba poco antes de que Lára gritara al caer: el sonido de un objeto al romperse y unas voces, aunque podría haber sido una radio encendida. Ninguna podía determinar si

eran voces de hombre o de mujer, o si estaban discutiendo. Al final se retractaron de su declaración porque no estaban seguras de recordarlo bien. Seguramente habían sido ruidos de la calle. Una de las hermanas recordaba haber oído que se abría la puerta del piso de arriba, aunque luego añadió que tampoco estaba completamente segura. Era evidente que no habían prestado atención a los ruidos de la casa pues no podían saber que aquella mañana no iba a ser como las demás. Lo que le hizo dudar sobre si la puerta había chirriado o no fue que no habían llamado al timbre. De eso estaba segura porque era un timbre tan escandaloso que le crispaba los nervios cada vez que sonaba; ya estaba de mal humor porque se había tenido que levantar temprano para estudiar, así que sin duda se habría enterado. Ninguna de las dos había oído que alguien abandonara la casa o bajara disparado por la escalera tras la caída de Lára. De todas maneras, les resultaba difícil decirlo ya que ambas se encontraban en la parte del piso más alejada de la puerta como para observar lo que estaba ocurriendo.

Óðinn dejó el informe y se pasó los dedos por el pelo. Nadie había mencionado la posibilidad de que el suceso pudiera no haber sido un accidente. O bien nadie le había querido decir que tal vez Lára no estaba sola, o bien únicamente lo sabían la policía y las dos hermanas. En todo caso, los medios habían guardado silencio al respecto. Y la madre de Lára también. Sintió cómo le invadía la rabia. ¿En qué narices había estado pensando esa mujer? ¿No se le había ocurrido que quizá fuera importante?

En realidad, los documentos habían estado en sus manos todo ese tiempo, así que no le hubiera costado nada averiguarlo él mismo. Quizá su suegra había estado esperando a que él lo mencionara espontáneamente, o bien había pensado que ya tenía bastante con sobrellevar la situación con la niña. Al pensar en eso se calmó un poco. Seguro que había salido a la luz algún dato

más ya que parecía que la policía no había investigado el caso como un asesinato, lo que hubiera tenido una gran repercusión mediática.

Oyó un murmullo procedente del dormitorio y Óðinn tapó instintivamente la caja con un cojín. Aguzó el oído, esperó un momento hasta asegurarse de que Rún no se había despertado y entonces retiró el cojín. Afortunadamente Rún tenía el sueño profundo, lo que sin duda le había evitado sufrir un trauma todavía mayor. Una cosa era despertarse con la noticia de que su madre había fallecido en un accidente y otra ser testigo de ello: no hacía falta ser un genio para saberlo. Además, Rún habría podido intentar ver qué le había ocurrido a su madre, e incluso asomarse demasiado por la ventana, y entonces quién sabe lo que habría ocurrido.

Óðinn no envidiaba a la abuela de Rún, que había sido quien le comunicó la noticia a la niña. La joven de la planta baja la había ido a buscar inmediatamente, pues el apartamento de Lára estaba cerrado y no quería despertar a la niña, en caso de que estuviera en casa, con gritos y golpes en la puerta. Lo mejor era llamar a algún familiar, y eso era fácil teniendo a la madre de Lára a tiro de piedra. Por eso la abuela había llegado antes incluso que la ambulancia. Solo de pensarlo Óðinn sintió un escalofrío. ¿Habría visto de reojo el cadáver de su hija al entrar por el portal, pero había tenido la entereza de subir sin detenerse por miedo a que le sucediera algo a su nieta? Trató de imaginarse cómo reaccionaría él si alguien llamara a su puerta un domingo por la mañana para anunciarle que Rún estaba muerta y tuviera que ir a ver el lugar del accidente presa del pánico. Desde entonces la abuela de Rún se había comportado de forma algo extraña, lo que no era ninguna sorpresa. Siempre se había mostrado fría con Óðinn y las pocas veces que la había visto después del accidente lo había ignorado por completo; no lo miraba, no le dirigía la palabra y ni siquiera lo saludaba cuando se veían.

Durante años apenas habían tenido contacto y tal vez ya era depresiva

antes del accidente, aunque parecía poco probable. Seguramente la habría cambiado la muerte de su hija; de ser una persona fría se había convertido casi en un fantasma. No obstante, últimamente la situación había mejorado y habían comenzado a hablar por teléfono sobre Rún, si bien sus conversaciones eran siempre superficiales. Probablemente la mujer culpaba a Óðinn de que su nieta no quisiera quedarse a dormir en su casa y que apenas fuera a visitarla. Pero eso estaba lejos de la realidad, ya que era la propia Rún quien decidía. Por otra parte, su abuela era una persona amargada y Óðinn comprendía a su hija, por lo que no la forzaba salvo en casos excepcionales. Así pues, desde el fallecimiento de su madre Rún había visto a su abuela en contadas ocasiones. Si todo iba bien, podría aumentar el número de visitas más adelante, pero mientras Rún siguiera volviendo pachucha y triste de casa de su abuela, lo mejor era minimizarlas. Con el tiempo su suegra se recuperaría.

Rún se dio la vuelta en la cama y a continuación todo quedó en silencio. Su hija estaría soñando. No se había despertado, pero Óðinn no estaba tranquilo del todo. Miró hacia la puerta del dormitorio como si esperara ver algún movimiento. No sabía por qué, pero tenía la desagradable sensación de que Rún lo observaba desde la oscuridad; como si la niña supiera que él estaba desenterrando la trágica historia de su madre y se sintiera excluida. Pero eso era un disparate, claro que dormía profundamente; lo más seguro es que estuviera atrapada en una de aquellas extrañas pesadillas con su madre que parecían atormentarla todas las noches. Por eso Óðinn estaba sentado allí abriendo viejas heridas. La vida de él y su hija tenía que cambiar. No quería vivir un drama parecido al que veía en el televisor, donde los actores discutían acaloradamente y todo parecía indicar que la escena terminaría en tragedia. Óðinn cogió el mando a distancia y apagó el aparato.

Volvió a sumergirse en la lectura y esta vez el contenido no le afectó tanto

como antes. Aun así, se sobresaltó al encontrar una foto de la cocina después del accidente. Lo que le hizo estremecerse no fueron restos de sangre ni nada parecido sino la visión de la ventana. Todo lo demás continuaba prácticamente igual que antes de abandonar a su mujer y su hija, como si en la vida de Lára el tiempo se hubiera detenido mientras que en la suya seguía avanzando. En el fregadero había una pila de vajilla sucia y en un estante el mismo batiburrillo de objetos decorativos. Óðinn no pudo evitar echar un vistazo alrededor y comparar la foto con su apartamento. Era tan obvio que su casa estaba decorada por un hombre soltero que casi le daba vergüenza. Invertía el dinero en aparatos electrónicos y todo su mobiliario se reducía a un buen sofá y una mesilla; carecía de jarrones y otros adornos. Aun así, sobre el televisor reposaba un cuenco de cerámica que Rún había hecho en el colegio. Por fuera estaba bastante logrado, bonito y bien pintado, pero por dentro estaba lleno de pequeñas grietas. Igual que su hija, se dijo, y enseguida se avergonzó de su pensamiento.

Óðinn prosiguió la lectura y no tardó mucho en descubrir por qué la investigación no se había centrado en la posible participación de un desconocido. La policía sostenía que Lára había bajado al sótano para poner la lavadora de la comunidad. Se había ofrecido a lavarle unos manteles a su madre y la colada todavía estaba en la lavadora cuando llegaron los agentes. El hecho fue confirmado por la abuela de Rún. Su lavadora estaba estropeada y no tenía dinero para repararla, pues estaba pasando por una mala época. En el informe constaba que la mujer quería que se deshicieran de los manteles ya que nunca volvería a ponerlos en su mesa.

Por tanto, la conclusión era que una de las hermanas, la que estudiaba para un examen, había oído a la propia Lára y no a un ladrón o a alguien que quisiera agredirla. Lára había bajado un momento al cuarto de la lavadora y, como era de esperar, no había llamado al timbre de su casa al subir de nuevo.

Según la policía, se habría dirigido inmediatamente a la ventana para fumar, lo que tuvo trágicas consecuencias. Después se mencionaban brevemente los pequeños desajustes entre la versión dada por la hermana y la de los policías respecto al momento en que había ocurrido todo. A la joven le había parecido oír el grito inmediatamente después de un ruido de pasos entrando en el piso, pero eso descartaba la posibilidad de que Lára se hubiera sentado en el alféizar para a continuación encenderse un cigarrillo, tirar la maceta sin querer, buscar la escoba, volver a asomarse por la ventana e intentar coger la maceta segundos antes de caerse. Cuando la policía volvió a interrogar a la vecina, esta se retractó de sus anteriores afirmaciones y dijo que no se atrevía a concretar el tiempo transcurrido entre el ruido de la puerta al abrirse y el grito. En la cocina no había evidencias de que allí hubiera habido alguien más, pero la radio estaba encendida y quizá las voces que creían haber escuchado las hermanas provenían de ella. En el suelo hallaron los fragmentos amontonados de un cuenco roto que alguien había barrido. En la escoba no se habían hallado huellas dactilares de desconocidos y se asumía que ella misma había roto el cuenco, incluso puede que lo hubiera hecho al golpear la maceta sin querer y que hubiera barrido los trozos antes de intentar sacar el tiesto del desagüe. Bajo el cadáver se había encontrado un cigarrillo a medio fumar. Todo apuntaba en la misma dirección. Un accidente. Óðinn no sabía realmente si se sentía más aliviado. ¿Qué era mejor, un accidente o un homicidio? ¿Qué llevaría mejor, que se hubiera producido una desgracia o que hubieran asesinado a un ser querido? Y, en caso de que fuera un asesinato, ¿por qué? El resultado era el mismo. No había respuesta. Independientemente de lo que hubiera ocurrido, a Óðinn no se le había ocultado nada misterioso en relación con el suceso.

Sin embargo el informe mencionaba un hecho del que no cabía ninguna duda: poco antes de su muerte, Lára se había separado de un hombre con el

que había tenido relaciones durante dos años y con el que incluso había convivido unos meses. Según fuentes policiales, la separación no había sido precisamente amistosa. Óðinn se quedó boquiabierto. Lo ignoraba por completo. Lára había mantenido una relación seria durante todo ese tiempo y no le había dicho nada, y Rún tampoco. Lára no tenía por qué mantenerle informado de sus asuntos, claro, pero lo de Rún era otra cosa; Óðinn tenía derecho a conocer unos cambios tan trascendentales en la vida de su hija. ¿Por qué no le había dicho nada? Seguro que Rún se había dado cuenta de que el tipo que quedaba con su madre a todas horas era su novio, ya era bastante mayor para enterarse de esas cosas. Y aun cuando se lo hubieran ocultado desde el principio, la situación habría caído por su propio peso cuando el hombre se había instalado en casa con sus pertenencias. Difícilmente pensaría que el individuo que compartía cama con su madre era un inquilino.

Reprimió el impulso de entrar corriendo en la habitación de Rún para interrogarla. Solo habría conseguido que la niña se encerrara aún más en su caparazón. Ahora que lo pensaba, recordaba que hacía mucho Lára le había dicho que tenía un nuevo novio, y que él no le había preguntado nada. Imaginársela con otro hombre le resultaba tan incómodo como hablar del tema. Cuando Lára dejó de mencionarlo, Óðinn supuso que la relación había terminado; esas cosas pasaban, bien que lo sabía él. Quizá hasta había visto al tipo sin saberlo alguna vez que había ido a visitar a su hija. Rara vez subía al piso, Rún solía esperarlo en la calle, y aquel tipo quizá estaba por allí. Su nombre, Logi Árnason, no le sonaba de nada.

Óðinn miró la hora y vio que todavía no era medianoche. Cogió el teléfono y marcó el número de Kalli, un amigo que había seguido en contacto con Lára después de que se separaran, no porque Kalli fuera especialmente considerado sino porque su mujer, Helena, era prima de Lára. Su divorcio

había roto el grupo de amigos. Los que tenían mujer o novia se habían ido con Lára mientras que los pocos que todavía seguían solteros se habían mantenido leales a Óðinn. Tras la muerte de Lára habían resurgido algunos de los primeros, pero la relación se había vuelto extraña y no estaba claro que fueran a continuar siendo amigos por mucho tiempo. No obstante, se alegraba de poder telefonar a Kalli sin que la llamada fuera a pillarle totalmente de sopetón.

—¿Por qué no me contaste que Lára tuvo una relación? —preguntó saltándose las cortesías iniciales y sin molestarse en pedir disculpas por llamar a esas horas. Se había limitado a decir quién era e ir al grano. Se percató de lo mal que sonaba, sobre todo teniendo en cuenta que había bajado la voz para no despertar a Rún—. Perdona, ¿te he despertado?

—No. —La voz de Kalli no sonaba particularmente animada—. Pero si hubieras llamado diez minutos después seguro que me pillabas durmiendo. ¿Te has vuelto loco? Al menos lo pareces. ¿Qué se supone que debería haberte contado?

Óðinn no tenía ganas de disculparse más.

—No lo sé. Que mi hija compartía techo con un desconocido. No me dijiste nada.

A Óðinn le pareció oír un suspiro al otro lado de la línea.

—¿Te estás quedando conmigo?

—No. Solo pregunto. ¿Por qué te lo callaste? ¿Por qué nadie me dijo nada? No me creo que solo lo supieras tú.

Su comentario era injusto, pero le daba igual. Cuando quedaba con aquel grupo de amigos nunca se hablaba de Lára.

—Yo no era el único que lo sabía, Óðinn, pero si crees que desenterrar el pasado va a ser bueno para ti y tu hija, me temo que no te voy a servir de mucha ayuda. Aquel tipo no era nadie en especial. Se llamaba Logi o Láki...

—Logi Árnason.

—Eso. Logi. Era artista, pintor o algo así, no era mi tipo de persona. Lo vi alguna que otra vez pero Lára dejó de invitarnos a comer con él cuando vio que no había forma de que congeniáramos. —Kalli respiró hondo, quizá para no seguir hablando mal de Logi—. En fin. Cuando empezaron a vivir juntos, solo los iba a ver Helena. A mí se me concedía el honor de quedarme en casa. Cuando cortaron, Helena me dijo que el tío era un cabrón. Según lo que me decía yo le contestaba sí o no, sobre todo sí, no fuera que arremetiera contra mí. Ya sabes cómo son las mujeres cuando hablan de sus ex novios.

Óðinn no lo sabía pero podía imaginarse a Lára y a Helena hablando de él. Y a Kalli diciendo a todo que sí. Prefirió no preguntarle al respecto.

—¿Era violento? ¿Le pegaba?

Kalli se echó a reír.

—No, me habría enterado seguro. Creo que era un tío normal y corriente, un poco antipático, pero normal. Lára había estado con un capullo después de que os separarais y no iba a permitirse estar con otro. Lo mandó a freír espárragos a la primera bofetada. No era ninguna tonta.

—¿Así que Logi no era el primero con el que estaba después de mí?

En cuanto pronunció esas palabras se dio cuenta de lo ridículas que sonaban. Lára era una mujer joven con las mismas necesidades que él. Que se hubiera quedado a cargo de Rún no quería decir que se hubiera vuelto una mojigata. Tampoco él se había metido a cura precisamente. La diferencia entre ambos estaba en que, tras su separación, Óðinn no había vuelto a convivir con nadie.

—Mmm, hubo algunos. No muchos. Pero sin duda tú te llevas la palma en la cama, por si te sirve de consuelo.

—No. Me da igual. Me alegro de que encontrara a alguien. —Óðinn sintió la necesidad de justificarse ante Kalli; no quería perder su amistad o que

pensara que estaba loco—. Estaba mirando los informes de la policía y se me ocurrió que quizá alguien había empujado a Lára por la ventana, pero no parece haber pruebas. Al leer que se acababa de separar de un hombre se me cruzó por la cabeza la idea de que quizá las cosas no eran tan sencillas, que ese hombre podría haber tenido algo que ver. Pero seguramente no son más que chorradas mías. No estoy pasando por mi mejor momento.

—No te preocupes, Óðinn. Llama cuando quieras, todas las veces que quieras. Pero si puede ser no tan tarde.

Cualquier otro día, a Óðinn le hubiera parecido embarazoso precipitarse así, pero en esos momentos su inquietud había alcanzado tal magnitud que le daba igual sentirse incómodo al teléfono.

Fuera, la tormenta bramaba sobre el brezal y la grava y golpeaba las ventanas con más fuerza que antes. Óðinn sentía que sus sienes palpitaban con cada ráfaga de viento. No le hacía sentir mejor ver cómo se hinchaban las cortinas y luego volvían a su sitio sin llegar a caer del todo. Detrás de ellas parecía perfilarse la silueta de una persona. De baja estatura. De la altura de Lára.

Por nada del mundo hubiera bajado la mirada hacia los pies de las cortinas, donde quizá le esperaba la insoportable visión de unas piernas rotas y amoratadas. Sabía perfectamente que eran solo imaginaciones suyas pero, aun así, decidió recoger los documentos a toda prisa, apagar la luz y salir del salón. Por si acaso.

Enero de 1974

De sus tareas, la que menos le gustaba era limpiar el despacho de Veigar. Y no precisamente porque fuera grande sino por todo lo contrario. Era una ratonera donde apenas cabían un escritorio, tres estantes y otra silla tan embutida en la habitación que las visitas de piernas largas tenían que encogerse. Algunos chicos eran ya unos grandullones y cuando el director los llamaba a su claustrofóbico despacho para leerles la cartilla seguro que sentados en esa silla su tensión aumentaba. Por si no era ya bastante difícil hacer cualquier cosa en aquel cuartucho, Aldís tenía que estar siempre pendiente del enorme montón de papeles que parecía ir a caerse del escritorio en cualquier momento. A menudo se preguntaba qué pondría en aquellos documentos y por qué Veigar no los archivaba. Alguna vez había cotilleado las hojas superiores pero no había visto nada interesante y nunca había cedido a la tentación de mirar más abajo por miedo a que el director la pillara. Tenía tendencia a aparecer cuando Aldís estaba limpiando, como para asegurarse de que su empleada no haraganeaba.

Aldís se asustó cuando el teléfono del escritorio sonó y las vibraciones hicieron temblar los papeles. Estaba barriendo en un rincón y se enderezó tan rápido que se golpeó el hombro contra un enorme estante lleno de libros. Dejó la escoba, se masajeó la zona dolorida y clavó la mirada en el teléfono negro. Al cabo de un rato, dejó de sonar. Cuando se disponía a seguir barriendo, el aparato atronó de nuevo, aparentemente con más fuerza. Tras

nueve tonos volvió a guardar silencio. Aldís observó el teléfono y reparó en que nunca había sonado antes mientras ella estaba en el despacho. Se quedó hipnotizada, y le dio la impresión de que el teléfono estaba esperando a que reemprendiera la limpieza para volver a sonar con estruendo.

El aparato retumbó de nuevo en cuanto Aldís cogió la escoba. Cada tono la dejaba más intranquila, como si la llamada tuviera algo que ver con ella. Quizá su madre quería decirle a Veigar lo rastrea e inútil que era su hija y avisarle de que la había denunciado a la policía por haberle robado dinero del bolso la tarde que se fue de casa. Puede que la idea fuera algo rebuscada, pero a saber. Su madre nunca había hecho el más mínimo intento de contactar con ella, así que seguramente todavía estaba enfadada. Podía haberla llamado o escrito, sabía perfectamente dónde encontrarla. La amiga que la había alojado las primeras noches que pasó fuera de casa le había contado a su madre que Aldís había respondido a un anuncio de trabajo: «Se busca chica joven para labores de limpieza y asistencia en cocina en centro reeducacional próximo a la capital, sueldo según tarifas oficiales, etcétera». Aldís no podía imaginarse que esa descripción era un tanto generosa. No había duda de que Krókur estaba mucho más cerca de Reikiavik que de Akureyri, pero lo de «próximo a la capital» era exagerar un poco. Aunque le hubiera dado lo mismo: ahora solo quería irse de allí.

¿Y si la que llamaba era su amiga? Las pocas veces que ponía un pie en la civilización Aldís la telefoneaba desde una cabina. Sin embargo, entre una llamada y otra la distancia entre ellas parecía haber aumentado, al punto que Aldís no creía que volviera a llamarla la próxima vez que tuviera la oportunidad. Tal vez su amistad habría continuado si la hubiera llamado a escondidas desde el despacho. Se habían hecho amigas al quedarse al margen de las pandillas que se habían formado al comenzar el colegio. Seguro que después de que Aldís se marchara, su amiga se había buscado otros

compañeros. En su última conversación telefónica le había hablado de una tal Halla, que trabajaba en la pescadería. Seguramente ella había ocupado su lugar.

El teléfono paró pero volvió a sonar inmediatamente. Ahora sí que Aldís estaba convencida de que la llamada guardaba alguna relación con ella, la que fuera, y que nada bueno cabía esperar de ello. Se mordisqueó el interior de la mejilla y trató de decidir qué hacer. Pero antes de que su cerebro hubiera llegado a alguna conclusión, su mano ya había descolgado el auricular. Se puso roja en cuanto se lo llevó a la oreja. Hacía muchos meses que no hablaba por teléfono y era la primera vez que atendía a un teléfono ajeno. No sabía qué tenía que decir pero en el fondo estaba contenta de haberlo hecho; si hubiera seguido limpiando y se hubiera ido sin responder, se habría pasado todo el día, o incluso toda la semana, pensando que estaba a punto de ocurrir algo malo, y que su madre volvería a telefonar y que Veigar atendería la llamada.

—Hola... —Era la voz de una mujer que sonaba tan extrañada de que hubieran respondido que no sabía qué decir ni cómo presentarse—. Mmmm, hola. Buenos días, solo quería hablar con alguien que pudiera darme noticias de mi hijo. Me gustaría más hablar con él personalmente pero tengo entendido que no está permitido. —Como Aldís no dijo nada, la mujer continuó atropelladamente. Se notaba que la llamada la ponía muy nerviosa—. Lo he intentado ya tantas veces que estaba a punto de desistir. Estoy en un descanso en el trabajo y me han dado permiso para llamar, de lo contrario solo puedo hacerlo por las tardes, pero entonces no contesta nadie. Empezaba a pensar que tenía el número equivocado.

—Yo solo soy la mujer de la limpieza. No puedo ayudarla.

A Aldís le pareció que había sonado un poco tajante pero, al fin y al cabo, era la verdad.

—¿No podría llamar a algún superior? No lo molestaré mucho. —La mujer daba muestras de estar angustiada—. Tengo que volver a trabajar, así que no lo entretendré.

La mujer tenía una voz suplicante, como si Aldís poseyera una medicina que pudiera salvarle la vida. Pero la joven apenas podía hacer nada por ella.

—Aquí siguen unas reglas muy estrictas respecto a la comunicación con los padres. Los chicos tienen prohibido hablar con ellos por teléfono y sé que Veigar tampoco quiere tener contacto directo con ustedes. —Notó que la mujer al otro lado de la línea vacilaba: no debía de saber quién era Veigar—. Es el director y el que toma todas las decisiones.

—Entiendo. ¿Y no estaría dispuesto a hablar conmigo un segundo? Estoy desesperada y solo quería tener alguna noticia. Es terrible estar aquí sin saber nada.

Aldís quería decirle a la mujer que lo intentara más tarde, que ella no podía ayudarla, pero su voz sonaba desconsolada.

—¿Cómo se llama su hijo?

—Einar. Einar Allen. ¿Lo conoce?

Aldís bajó la mirada y contempló sus alpargatas rotas. En la punta tenía los cuadros borrados a causa del agua de fregar que le había salpicado día tras día.

—Sé quién es.

—¿Me podría decir cómo se encuentra? Por favor. —Aunque por el tono de voz parecía una mujer orgullosa, su pregunta daba muestras de sumisión y desamparo.

—Se encuentra bien. —Aldís no tenía corazón para decirle otra cosa. Igual que los demás, su hijo estaba a punto de volverse loco por el sinsentido de su estancia en el reformatorio. Y la situación iría a peor con cada día que pasara.

O al menos eso creía. Se moría de ganas de preguntarle a la mujer qué había hecho Einar para estar allí, pero no se atrevió—. Le va bien.

La mujer no parecía ninguna tonta.

—Si no fuera así, ¿me lo diría?

—Quizá no. —Aldís creyó oír unos pasos—. Tengo que irme. No puedo hablar con usted. Si me pillan, me puedo meter en problemas.

Miró hacia la puerta como si pensara que fuera a abrirse en cualquier momento. Pero no oyó ningún ruido en el pasillo, así que se calmó un poco.

—Una cosa antes de que cuelgue. Dele recuerdos. Dígale que pienso mucho en él. —Parecía haber abierto su corazón. Hizo una pausa y seguidamente añadió—: Y también que tenga en cuenta que fue la decisión correcta. Las otras opciones eran mucho peores. Es muy importante.

Aldís no tenía claro si era muy importante que se acordara de darle aquella última información o si debía decirle a Einar que era muy importante que lo tuviera en cuenta. Probablemente ambas cosas. No sabía si transmitiría sus mensajes pero dijo a todo que sí para poner fin a la conversación cuanto antes. Le remordía un poco la conciencia por no haber sido del todo sincera con la madre de Einar y, para compensarlo, se le escapó que solía limpiar aquel despacho los martes y los jueves a esa misma hora, por si la mujer quería llamar otro día. Después colgó y se maldijo por haberse metido en los asuntos entre madre e hijo. Bastante tenía ella con lo suyo como para además hacer de recadera entre aquel chico tan extraño y su madre, aunque en parte le apetecía participar en aquel juego secreto, como si volviera a formar parte de una familia cariñosa. Quizá pudiera aprender algo para cuando tuviera sus propios hijos.

—¿Quieres que salga mientras limpias? —preguntó Einar incómodo desde

la puerta de su habitación. Había abierto con cara de pocos amigos pero se relajó al ver quién era—. Los otros no están. Tienen una hora más de clase, pero yo me he librado.

Lilja estaba a cargo de la enseñanza en el reformatorio, aunque era más una formalidad que otra cosa.

—No hace falta que salgas. Solo voy a barrer.

Aldís sabía que él iba a estar en la habitación; Lilja había estado protestando porque, después del café, los chicos tenían que ir a una clase de refuerzo pero Einar y algún otro se habían escapado. Aldís le había dicho a Veigar de pasada que quería barrer las habitaciones de los internos, pero estaba demasiado absorto en las facturas que habían llegado con la furgoneta de la leche como para mandarle que hiciera otra cosa. Por eso mismo tampoco se había dado cuenta de que se había arreglado más de lo habitual, llevaba el pelo suelto y bien peinado y lucía sus mejores galas.

Einar abrió la puerta del todo y la dejó pasar sin moverse del sitio de forma que cuando Aldís entró se rozaron. Ella esperó que no se notara que se le habían subido los colores.

—Enseguida acabo.

En el fondo, Aldís sabía que en su interior se había encendido la chispa de una atracción que no podía permitirse avivar. No debería haber ido allí. Lo más sensato era evitar a Einar. Probablemente su atracción se debiera a que destacaba entre los demás varones de Krókur, lo que en verdad no era decir mucho. De alguna manera era como un adulto, pero sin ser mayor ni tener el aspecto cansado de los empleados. Un alumno ejemplar en una clase de zopencos. Pero era demasiado tarde para sensateces, ahora ya estaba en medio de su habitación y, si quería hacerle llegar el mensaje de su madre, aquella era seguramente su única oportunidad. No estaba segura de que pudiera quedarse a solas con él los próximos días.

—¿No te parece aburrido tu trabajo?

Einar se tumbó en la litera inferior, aunque Aldís sabía que era la de su compañero de habitación.

Aldís se encogió de hombros y se ruborizó todavía más. ¿Qué le pasaba? Era mucho mayor que él y tendría que ser al revés, tendría que ser él quien se sintiera intimidado en su compañía. ¿Por qué iba a avergonzarse de su trabajo cuando su situación era mucho mejor que la de él? A ella no la habían metido en una cárcel para menores.

—Está claro que podría ser mucho más divertido. En cuanto haya ahorrado lo suficiente me iré.

—¿Qué te gustaría hacer?

Einar apoyó la mejilla sobre la palma de su mano y la miró fijamente, casi sin parpadear. Su mirada era provocadora y era difícil adivinar lo que escondían sus ojos oscuros.

—Quiero trabajar en una tienda de moda. O ser azafata.

Aldís no podía ruborizarse más al dar aquella inesperada respuesta. Nunca había contado sus planes a nadie, aunque, pensándolo bien, hasta entonces nadie le había preguntado sobre su futuro.

—¿Sabes inglés?

Aldís agradeció que el chico no se hubiera burlado de sus sueños y no le hubiera dicho que nunca podría ser azafata ni trabajar en una tienda de moda con lo mal vestida que iba, que jamás podría abandonar la escoba.

—Un poco. Tengo un libro de texto que estoy leyendo.

Einar seguía mirándola fijamente.

—Hubo un tiempo en que quería hacerme piloto. Mi padre trabajaba en las fuerzas aéreas.

Einar tenía apellido extranjero así que Aldís no se sorprendió.

—Seguro que tu padre se sentiría contento. Orgullosa, quiero decir.

Tal vez un día los dos acabaran trabajando a bordo del mismo avión, se dijo Aldís.

—No se preocupa mucho por mí, nunca se pone en contacto con mi madre. Tiene otra familia en América.

Aldís se apoyó en la escoba.

—Al menos tienes una madre como Dios manda. La mía es horrible. Espero no verla nunca más. —Se enderezó, un poco contrariada por sus propias palabras. No era una descripción justa de su madre. Siempre se había portado bien con ella, hasta que le falló. Pero decidió dejarse de sentimentalismos y arrepentimientos. No quería perdonar a su madre. No se lo merecía—. De hecho, por eso estoy aquí. Te traigo un mensaje de parte de tu madre.

Al incorporarse y sacar las piernas fuera de la cama, Einar hizo crujir el viejo somier. Por un momento Aldís temió que se abalanzara sobre ella y se acordó de lo bruto que podía llegar a ser. Si la atacaba como a Keli el día anterior, estaría completamente indefensa. Pero, por suerte, Einar no tenía esa intención.

—¿Dónde has visto a mi madre?

—He respondido al teléfono del despacho de Veigar. No sé por qué lo he hecho, pero tu madre se ha puesto muy contenta. Veigar nunca habría hablado con ella.

Al ver que Einar no decía nada, Aldís le preguntó con cautela si no debería habérselo dicho, y si quería saber el mensaje que su madre tenía para él.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha pedido que te dijera que se acordaba mucho de ti. O que pensaba mucho en ti. No me acuerdo de las palabras exactas. Pero da igual. Parecía echarte de menos.

Einar asintió con la cabeza.

—Gracias. ¿Te ha dicho alguna cosa más?

Aldís iba a negarlo pero se acordó de lo que su madre había añadido al final: era importante.

—Sí, me ha dicho que la decisión había sido la mejor opción. O algo así. Y que era importante.

Einar volvió a asentir, esa vez con mayor decisión. Aldís era incapaz de saber qué le parecía la noticia.

—¿Has entendido lo que ha querido decir?

—Sí, bueno, no sé.

Einar no parecía querer hablar de la cuestión así que Aldís no insistió. ¿Cómo podía entenderlo y a la vez no entenderlo?

—Si tu madre llama otra vez, ¿quieres que le diga algo?

Aldís se puso a barrer de nuevo procurando rehuir la mirada de Einar. El suelo estaba bastante limpio, no había polvo bajo la cama, solo un calcetín del revés. Se agachó, lo cogió y lo dejó encima de la litera. Al principio le daba asco tocar calcetines sucios, y no digamos quitar los pelos de los desagües, pero hacía tiempo que ya no sentía náuseas.

—Dile que tengo ganas de volver a casa. —Einar levantó los pies del suelo mientras Aldís deslizaba la escoba bajo la litera—. En realidad no tengo nada más que decir. ¿Qué te gustaría escuchar a ti si estuvieras en su lugar?

—¿A mí? —Aldís sonrió, pero de pronto vio que hablaba en serio—. No lo sé. Tal vez que a pesar de todo te encuentras bien. No sirve de nada decirle que estás fatal. Si lo estás. Entonces ella se sentiría tan mal como tú. Es mejor contarle una mentira.

—No me va ni bien ni mal, así que puedes decirle eso tranquilamente sin tener que mentir. Estar aquí es como vivir dentro de una caja, es como si me hubieran sacado de mi vida y me hubieran encerrado en un trastero. Más o menos todos están así, como si estuvieran esperando a que esto termine; cada

día que pasa estamos un día más cerca de volver a casa y de seguir con nuestra vida anterior. —Agarró el mango de la escoba y lo sujetó con firmeza. Era mucho más fuerte de lo que parecía y Aldís se asustó—. Tu caso es distinto, de alguna manera. Tu vida no se ha parado de repente.

Aldís se preguntó si eso era bueno o malo. Sospechaba que si Einar tenía razón era porque no tenía quien la esperara fuera del reformatorio. A él lo esperaban sus amigos. Y su madre. A ella, nadie. A su amiga la daba por perdida. Miró la mano que agarraba el mango de la escoba.

—Tengo que acabar. Se está haciendo tarde y tengo que ir a echar una mano con la cena.

Einar soltó la escoba y volvió a subir las piernas a la cama. Se quedó callado y Aldís no se atrevió a reanudar la conversación. Había muchas cosas sobre él que quería saber, pero temía que se le escapara algún comentario desafortunado. En lugar de continuar hablando, se concentró en terminar de barrer el suelo. Se agachó para poder llegar del todo debajo de la litera y, cuando la escoba alcanzó la pared, se encontró con un objeto pesado y blando a la vez. Oponía una desagradable resistencia al paso del cepillo y no se parecía a nada de lo que solía encontrar debajo de las camas de los chicos. La ropa cedía mejor que las revistas, los libros o los zapatos, que siempre se quedaban pegados al suelo. Miró fugazmente a Einar pero su rostro era impenetrable. Ninguno de los dos dijo nada, aunque debía de ser evidente por su expresión que algo no encajaba.

Quizá fuera por ese silencio opresivo, pero de pronto a Aldís se le quitaron las ganas de mirar debajo de la cama y sacar el objeto con la escoba. Aun así, prefirió agacharse a quedarse ahí de pie junto a la litera. Y al hacerlo se dio un susto de muerte. Debajo de la cama no había nada. Salvo por un extraño olor a musgo húmedo o a tierra, todo estaba en orden. Un instante después volvió a mirar debajo de la litera, pero no distinguió nada en la oscuridad. No

había ningún objeto que pudiera oponer resistencia a la escoba. El olor era más fuerte que al principio, pero esa vez le pareció que apestaba a podrido, como un filete de pescado que llevara más de un día en la encimera de la cocina.

En lugar de preguntarle a Einar si notaba el olor, Aldís decidió callar. Su instinto le decía que él no notaba nada y que solo ella vivía esa experiencia. Terminó su tarea a toda prisa, y se marchó dejando sin barrer debajo de la litera. Tras cerrar la puerta, dijo algo entre dientes y Einar le contestó con un murmullo. De camino a la cocina no podía dejar de pensar en el objeto que había golpeado con la escoba: el bebé muerto de Lilja cubierto de sangre seca y ennegrecida, con los ojos abiertos y revestidos por una película de moho gris. Aldís estiró las mangas de su jersey alrededor de sus dedos para intentar quitarse el frío de encima. ¿Qué había sido de aquel niño?

A Óðinn le parecía oír el polvo al caer. Hasta ese día habría jurado que era capaz de trabajar en cualquier situación, pero esa mañana el silencio de la oficina le estaba resultando muy agobiante. Incluso echaba de menos la cháchara de sus compañeros de trabajo, que normalmente le exasperaba. Se había convencido de que trabajando el sábado podría terminar todo lo que le quedaba pendiente de la semana. Pero él sabía mejor que nadie que no era más que una excusa. No tenía nada urgente.

Para ser sincero, debía admitir que había ido a la oficina porque no le apetecía estar solo en casa mientras Rún visitaba a su abuela. En el piso no podía relajarse, siempre estaba alerta y se le ponía la carne de gallina con cada sonido o movimiento que percibía. Ni él mismo sabía realmente a qué le tenía miedo, pero estaba seguro de que no era nada bueno o agradable. Le parecía mejor ir a trabajar a la oficina. Habría preferido pasar la tarde con su hija, ir al cine o a tomar un helado, o hacer algo que le gustara a ella, quizá incluso ir al zoo. Pero no le había quedado más remedio que llevarla a casa de su abuela, de lo contrario habría sido el cuarto fin de semana seguido que Rún se libraba de verla con excusas poco convincentes. Como de costumbre, Rún había protestado, pero al final había obedecido, así que en ese momento padre e hija se encontraban en sitios distintos de la ciudad deseando que las agujas del reloj se movieran más rápido. Quizá el día se le habría hecho más corto si tuviera algún trabajo urgente del que ocuparse.

Como para subrayar que Óðinn no tenía que estar allí el fin de semana, la

cafetera se negaba a aceptar sus órdenes. Los posos de café se habían acumulado en su interior y no había manera de desatascarla. El café instantáneo sabía como si el bote llevara allí desde que se había construido el edificio, y como si los carpinteros que habían montado los muebles de oficina se hubieran abstenido de probarlo. Pero el mejunje lo despejó y le ayudó a combatir el soporífero zumbido de los ordenadores que sus compañeros no se habían molestado en apagar al marcharse el viernes. La luz que entraba por la ventana volvía el ambiente aún más somnoliento: nubes grises, calles cubiertas de nieve sucia a juego con los nubarrones, ni rastro de cielo azul. Era como si el cielo y la tierra se fundieran en uno. Habían pronosticado otra tormenta y las nubes aguardaban ansiosas la oportunidad de arrasar la ciudad con una nueva tempestad de nieve. Óðinn esperaba que no lo hicieran inmediatamente. La abuela de Rún vivía en el centro y no tenía ganas de recorrer callejones intransitables de una dirección con las ruedas desgastadas de su coche. Si empezaba a nevar de repente iría a buscar a Rún antes de hora. Ni se planteaba pasarla a recoger más tarde. Sin duda la abuela estaría encantada de que su nieta se quedara más tiempo, pero sabía que a Rún no le haría ninguna gracia. Con suerte, las nubes aguantarían un poco y podría ir a buscar a su hija a la hora convenida. De lo contrario, su ex suegra era capaz de culparlo de la nevada. Estaba claro que no se podía complacer a todo el mundo. De hecho, complacer a la gente nunca había sido su fuerte.

De pequeño, su hermano Baldur era el preferido de todos. Óðinn tampoco había sido nunca el más popular de su grupo de amigos. Lo apreciaban pero siempre había alguien que le hacía sombra. Quizá por ello se aferraba tanto a Rún; era muy agradable ser su favorito.

Seguramente los jóvenes de Krókur no habían sido el ojito derecho de sus padres ni de nadie. Los chicos que salían en las fotos que Róberta había recopilado tenían pinta de haber vivido toda clase de experiencias y,

seguramente, pocas habían sido buenas. En lugar de mirar el futuro con ilusión tenían la expresión de la gente que espera lo peor; mostraban la mandíbula apretada y el entrecejo fruncido. Óðinn dudaba que aquella expresión se debiera únicamente al reformatorio. Si bien su estancia allí no podía volverlos más alegres, los adolescentes no se endurecían tanto en unos pocos meses. Y pocos habían pasado allí más de un año. En cuanto alcanzaban la mayoría de edad no podían prolongar su estancia ya que se trataba de un reformatorio, no de una cárcel.

En aquella época, una temporada en ese tipo de centros se consideraba una manera adecuada de apartar a los jóvenes del mal camino. Pero la medida no había dado buenos resultados. Cuando Krókur cerró, no se demostró que los internos del reformatorio hubieran terminado siendo ciudadanos ejemplares. Las investigaciones de otros centros reeducativos en los que habían residido chicos de ambos sexos y aún más jóvenes (y no a causa de delitos menores) habían revelado que los menores habían sido víctimas de medidas severas y maltratos a los que nadie parecía haber hecho mucho caso. Como tantas otras cosas que se habían hecho con la intención de solucionar problemas sociales, la idea de apartar a los niños de sus familias y del entorno que los rodeaba había resultado desastrosa con la perspectiva de los años. Sin duda en la actualidad se estarían cometiendo errores similares, pensó Óðinn con tristeza, pero nadie se daría cuenta hasta unas décadas después. Y, para entonces, ya sería demasiado tarde.

Esas cavilaciones, sumadas a la parsimonia del día, dejaron a Óðinn al borde de la depresión. Su único logro en las dos últimas horas había sido confeccionar el índice de su informe y titular los capítulos. Decidió levantarse, estirar un poco las extremidades y echar un vistazo en el compartimento de Róberta por si se le había escapado algo.

La fragancia del perfume de Diljá le picó en la nariz y estornudó tan fuerte

que el sonido retumbó por toda la oficina. A continuación solo se oyó el zumbido de los ordenadores. Óðinn aguzó el oído y le pareció escuchar que el ordenador de Róberta estaba encendido. Decidió comprobar si contenía documentos guardados en el disco duro en lugar de en el servidor de la oficina, como teóricamente debían hacer los empleados. No sería la única, ya que las continuas reparaciones y actualizaciones del sistema causaban verdaderos retrasos y todos habían acabado saltándose las normas. En cuanto hubo tomado asiento fue consciente de que su acto infringía una o más reglas internas, tal vez incluso alguna ley o reglamento. Pero no pasaba nada por intentarlo; si encontraba la contraseña, entraría. Cuando había comenzado a trabajar en la oficina, le habían dado una contraseña y le habían dicho que podía cambiarla, pero nunca se había preocupado de hacerlo. Si tampoco Róberta lo había hecho, podía entenderse que no le importaba que accedieran a su ordenador. Escribió el nombre de la empleada seguido de las cifras 789.

El equipo le dio la bienvenida a Róberta Gunnarsdóttir. Óðinn tuvo un instante de vacilación, pero enseguida se puso manos a la obra. Solo abriría los archivos que estuvieran relacionados con el trabajo. Si encontrara algo personal, lo cerraría de inmediato. Quizá estaba rozando los límites de lo permitido, pero qué más daba.

En el escritorio no había ningún documento guardado. Á Óðinn se le hizo raro ya que era lo contrario a lo que él tenía en su ordenador. Vio que en la parte inferior de la pantalla había unos documentos de texto abiertos y al hacer clic en ellos comprobó que, para su sorpresa, estaban vacíos. Los archivos llevaban el nombre de los dos jóvenes que habían fallecido en el accidente de Krókur: einar.docx y tobbi.docx. Probó a hacer clic varias veces en «Deshacer» en ambos documentos por si se había borrado algún texto, pero no ocurrió nada. Era imposible saber qué información pretendía recopilar Róberta, pero estaba claro que no formaban parte de su informe.

Nunca se había pretendido que este fuera tan exhaustivo como para hablar específicamente de cada uno de los chicos, aunque hubieran muerto en Krókur. En principio solo había que investigar si los empleados del centro habían causado algún daño a los jóvenes y si el gobierno debía pagar una indemnización.

Tenía que tratarse de algún síntoma de estrés laboral derivado de un mal estado de salud. La redacción del informe la había desbordado, aunque quizá no fuera esa la causa de su enfermedad, como Diljá le había dado a entender. Más bien la mujer no había estado bien de salud y habría sido incapaz de abordar el proyecto. Quizá había caído en un círculo vicioso; primero se había sentido demasiado cansada para concentrarse, lo que la habría estresado y habría hecho que su estado empeorara, lo que habría perjudicado su trabajo y así sucesivamente.

Tras buscar en las carpetas del ordenador, Óðinn estaba bastante seguro de que no guardaban nada relacionado con el reformatorio, excepto los dos documentos vacíos. Se preguntaba si se atrevería a mirar su correo electrónico, ya que al hacerlo estaría invadiendo la intimidad de Róberta. Por otra parte, en la red de la oficina no había ningún correo de ella relacionado con Krókur así que quizá estuvieran en su ordenador. Si no consultaba ahora el correo, tendría que solicitar permiso formalmente, lo que podría llevar meses. Y, para entonces, él ya habría entregado su informe. Óðinn abrió el programa de correo electrónico.

Primero emergió una ventana con todo tipo de recordatorios destinados a Róberta: dos avisos de reuniones, una cita en el mecánico para cambiarle el aceite a su cuatro latas, la fecha de una boda y una hora en la peluquería pedida para ese mismo día. Óðinn se preguntó si la peluquera habría recibido un aviso de que Róberta no podía ir a causa de su fallecimiento o si habría esperado impaciente la llegada de aquella cliente que nunca iba a hacer acto

de presencia. Óðinn cerró cada uno de los recordatorios hasta que la ventana desapareció y procedió a revisar el calendario por si había guardada alguna nota sobre posibles entrevistas con antiguos internos de Krókur. Pero no encontró nada.

En la bandeja de entrada apenas había poco más de cien e-mails, de los cuales dieciséis no estaban abiertos. Óðinn revisó los títulos de los mensajes y vio que sobre todo eran anuncios o notificaciones del banco referentes a pagos que a Óðinn no le incumbían. Continuó bajando por la lista hasta que llegó a un e-mail prometedor. Se enviaba desde una dirección de Gmail y se titulaba «Krókur. Leer inmediatamente». Como para asegurar que a Róberta no le pasara desapercibida la importancia del mensaje, este venía acompañado de un llamativo signo de exclamación rojo. Expectante, Óðinn abrió el e-mail. Mientras no encontrara nada se sentiría simplemente como un idiota entrometido, pero todo cambiaría si daba con algo relevante.

Óðinn tuvo que parpadear y volver a leer el texto para asegurarse de que lo había entendido bien. El remitente lo había escrito todo en mayúsculas para que el mensaje tuviera más impacto.

VIEJA COTILLA DE MIERDA. NO TE METAS.
O TE ARREPENTIRÁS.

Óðinn se apresuró a ordenar los e-mails según el remitente y vio que Róberta había recibido siete mensajes similares, todos desde la misma dirección de correo electrónico: reformatoriokrokur@gmail.com. ¿Por qué no había dicho nada? ¿Tal vez lo había hecho pero nadie se lo había contado a él? No parecía que Róberta hubiera reenviado o contestado ninguno de los e-mails, así que probablemente se había guardado aquella monstruosidad para ella. Óðinn decidió revisar los mensajes en orden cronológico.

Todo comenzaba de buenas maneras. En el primer e-mail se le pedía amablemente que no comenzara a desenterrar los viejos asuntos de Krókur. Nadie saldría ganando, y menos los que habían pasado por allí. Seguro que después de casi cuarenta años nada les importaba menos. Róberta había respondido claramente en representación de la institución. En su e-mail se negaba a dejar la investigación y, a cambio, le indicaba al remitente que podía presentar una reclamación a la administración provincial competente. Con su respuesta no hizo más que echar leña al fuego. La ira del remitente aumentaba gradualmente y lo que le esperaba a Róberta si continuaba con su investigación era cada vez más desagradable. Óðinn se reenvió a sí mismo los e-mails a toda prisa. No le apetecía leerlos en la oficina y a solas.

De pronto le entró la misma inquietud que en casa. Le agobiaba estar ahí solo y, cuando se levantó de la silla y se asomó por encima del panel separador, le pareció que unas sombras se escondían rápidamente entre los muebles. Era como si hubieran salido reptando para combatir la falta de luz y se hubieran escondido para que él no las viera. Óðinn se arrepintió de haber encendido únicamente la luz de la mesa. Y cuando le pareció oír unos pasos en dirección a la sala del café, decidió apagar la pantalla y marcharse. Al oír el chasquido de la puerta al cerrarse le pareció percibir el ruido de una silla al moverse en el interior de la oficina. Hasta que no se sentó en la tiendecita que había cerca de casa de la abuela de Rún, no comenzó a sentirse mejor. No tenían café, que era lo que le apetecía más, así que se compró una Coca-Cola y el periódico. Cuando hubo leído el periódico de cabo a rabo, incluidos los anuncios por palabras, le pareció que ya había esperado suficiente: salió y se fue a buscar a Rún. Al diablo si se adelantaba veinte minutos. Seguro que Rún se alegraría.

Cuando la abuela abrió la puerta, la niña salió corriendo y saltó a los brazos de su padre. La abuela no estaba tan contenta como su nieta.

—Llegas pronto. —Sus palabras eran tan secas como la expresión de su cara.

—Sí, es que han anunciado tormenta y no quería arriesgarme a quedarme atascado con el coche. No voy en jeep.

—¿Acaso algún día dicen que no va a haber tormenta?

—Igual la próxima vez hace mejor tiempo.

—¿Y cuándo será la próxima vez? Espero que no pase otro mes hasta la próxima visita.

—No, no. Esperemos que no.

Óðinn intentó decirle a Rún telepáticamente que se diera prisa en ponerse los zapatos. Sonrió nervioso a su ex suegra, que esperaba con sus escuálidos brazos cruzados y parecía más cansada que nunca. Se dio cuenta de que tenía muchas preguntas que plantearle, pero con Rún delante no podía. Recordaba que Lára y su madre habían tenido una relación muy estrecha ya que las dos habían estado solas. Suponía que, tras su separación, Lára había buscado el consuelo de su madre y, por tanto, tenía que ser la persona que más cosas sabía de su vida antes del accidente. Seguramente podría darle detalles de la relación entre Lára y Logi, y así él podría evaluar si existía la más mínima posibilidad de que él la hubiera empujado por la ventana en un arrebato.

Pero mientras Rún estuviera cerca, no había manera de sacar el tema y Óðinn no se veía quedando a solas con su suegra para hablar de ello. Además de preguntar sobre Logi, quería conocer más detalles sobre aquella mañana fatídica, escuchar de primera mano cómo había reaccionado Rún al conocer la noticia, si cabía la posibilidad de que su hija hubiera notado la presencia de alguien en el apartamento y que no lo hubiera querido decir por miedo a correr la misma suerte que su madre. Óðinn también quería saber si su suegra había subido con la colada a casa de Lára por la mañana y había visto algo fuera de lo normal, por ejemplo a Logi. Recordaba que no constaba que la

policía le hubiera preguntado si había percibido alguna irregularidad. Quizá se lo hubieran preguntado pero no habían visto razón para incluir sus respuestas en el informe.

—Adiós, Rún, mi vida. Vuelve pronto.

La mujer se agachó y besó la cabeza de su nieta con sus labios resecos. Rún no intentó evitar la caricia de su abuela pero se notó que no le hacía gracia. Óðinn también quería preguntarle a su suegra si Rún había sentido siempre la misma indiferencia hacia ella o si su actitud tenía que ver con el trauma que había vivido. Al fin y al cabo era su abuela quien le había dado las malas noticias y quizá su mente de niña no podía perdonar al mensajero de aquella catástrofe.

Una vez en el coche, Rún se abrochó el cinturón de seguridad y Óðinn apoyó una mano sobre el hombro de su hija.

—Has hecho muy bien en visitarla, Rún. Tu abuela te quiere y se pone triste si no puede verte nunca. A veces hay que hacer cosas que a uno no le gustan, sobre todo con los más allegados. Con el tiempo te alegrarás de haber mantenido relación con ella.

—¿Qué significa «allegados»?

Rún miraba al frente con ojos inexpresivos.

—No importa. Lo que importa es que sepas que has hecho feliz a una mujer que te quiere más que a nada en este mundo. Eres lo único que tiene.

—Le sonrió, pero ella no pareció darse cuenta, solo miraba al vacío. Óðinn añadió—: Desde luego, yo no le caigo especialmente bien.

—No es buena.

Rún apretó los labios y Óðinn interpretó ese gesto como que ya no iba a sonsacarle nada más.

Óðinn puso el coche en marcha y recorrieron en silencio la calle pasando por delante de su antigua casa. Mientras Rún clavaba la mirada en su regazo,

Óðinn levantó la vista hacia la chapa ondulada que revestía el edificio y miró hacia la ventana por la que Lára se había caído. El apartamento todavía estaba en venta y la ventana estaba a oscuras. Por su cabeza sobrevolaron recuerdos en los que por algún motivo prefería no pensar, y se sintió aliviado cuando dejaron atrás la casa.

Enero de 1974

De la brasa del cigarrillo ascendía un hilillo de humo gris que se deshacía en todas direcciones una vez que rebasaba la cabeza de Hákon. Era como si el humo supiera que debía evitar los ojos del fumador o, de lo contrario, el cigarrillo no podría colgar de la comisura de sus labios. Sentada pacientemente en un taburete, Aldís observaba a Hákon arreglar la lavadora, contenta de tener una excusa para holgazanear un rato.

—¿Por qué quieres trabajar aquí?

Aldís no sabía por qué demonios se le había escapado aquella pregunta. Llevaban meses viviendo bajo el mismo techo, igual que Malli y Steini, pero nunca habían sacado el tema de su estancia en Krókur. Todos eran muy reservados y no solían hablar de otra cosa que no fuera el tiempo. Y no porque les diera vergüenza que ella estuviera presente, aunque estuvieran solos apenas abrían la boca.

Sorprendido, Hákon se giró lentamente hacia ella. Aldís no sabía si no le había hecho gracia su curiosidad o si estaba contento de al fin poder hablar de sí mismo, de sus esperanzas y sus deseos.

—¿Que por qué quiero trabajar aquí? —Por su tono de voz, a Hákon no parecía apetecerle mucho pensar la respuesta que exigía aquella pregunta—. Bueno, la verdad es que no sabría decirte. Los hombres como yo no podemos trabajar en cualquier sitio y haciendo cualquier cosa.

—¿Por qué no?

De nuevo las preguntas se le escapaban sin que le diera tiempo a pensar si eran inoportunas.

La llave grifa golpeó un tubo de la pared y ambos se dieron un susto, sobre todo Aldís.

—Tengo que mantenerme alejado del puñetero aguardiente. Este sitio me viene muy bien para conseguirlo. Aquí no hay tentaciones. Ni una sola.

Esta vez Aldís se lo pensó bien antes de hablar. Así que Lilja tenía razón. No era extraño que Hákon tuviera pinta de haber sido un alcohólico empedernido, con el rostro surcado de arrugas, la piel ajada y el pelo fino como el de un muñeco viejo. A pesar de que todavía conservaba los dientes, los tenía muy deteriorados y sospechosamente separados. A Aldís siempre le había parecido que, si mordiera una manzana, se le quedarían uno o dos dientes enganchados en la fruta.

—Pero ¿no estarás pensando en quedarte aquí para siempre solo porque no hay aguardiente?

Hákon alzó ligeramente sus hombros esqueléticos.

—Me da igual. No tengo un lugar mejor adonde ir. Y aquí tengo cama y comida.

Dio una calada sin coger con la mano el cigarrillo, que se irguió y después volvió a quedarle colgando de los labios.

—Hay alojamiento en todas partes. Cuando me vaya de aquí quiero alquilar una habitación. En la ciudad.

Hákon deslizó la lengua por el interior de su mejilla. Al hacerlo se le alisaron las arrugas y su aspecto mejoró ligeramente. Si engordara un poco quizá sería algo más agraciado.

—Que consigas alquilar una habitación en Reikiavik no quiere decir que yo fuera a correr la misma suerte. Eres joven y guapa y tienes toda la vida por delante. —Dio otra calada, más corta que las anteriores, tragó el humo y

luego lo expulsó—. Procura aprovechar bien tus oportunidades. No vayas a terminar como yo.

La cara de horror que puso Aldís provocó la risa ronca de Hákon, aunque se notó que la reacción de la joven le había sentado mal. A Aldís no se le ocurría nada que decir para compensarlo así que decidió quedarse callada en su taburete y seguir observando la reparación. Hákon dio la última calada al cigarrillo y apagó la colilla en el suelo de cemento pintado. La brasa dejó una raya negra que luego le tocaría limpiar a Aldís. Ella pensó que lo había hecho a propósito, una pequeña venganza por la ofensa. Hákon terminó la reparación sin decir nada más. Cuando hubo recogido sus viejas herramientas y se disponía a salir, se detuvo en la puerta con aire pensativo. Entonces se giró hacia Aldís y la miró fijamente con sus ojos claros.

—Si yo fuera tú, dejaría de trabajar aquí ahora mismo. Este sitio no tiene nada que ofrecerte. No es lugar para una chica joven, Aldís. No es para ti. — Al ver que Aldís no asentía para mostrar su acuerdo, vaciló un momento y añadió—: Si estás buscando compañía entre los de aquí, te estás metiendo en terreno peligroso. En tu lugar yo me largaría cuanto antes. Ninguno de estos chicos tiene futuro, créeme.

Dicho esto se marchó sin despedirse, dejando a Aldís con las mejillas sonrojadas. ¿Era tan obvia su atracción por Einar? ¿Hablarían de ello cuando ella no estaba delante? La sola idea la ofuscaba. Si había algo que no podía soportar eran los cuchicheos y las risitas a sus espaldas. Ya había tenido su buena ración en el colegio.

Aldís cogió unas sábanas sucias de una enorme pila y las metió en la lavadora como si estuviera lanzando a su peor enemigo al infierno. Estaba enfadada con todo y con todos, pero más con ella misma. Sin embargo, se sintió algo mejor al ver la ropa dando vueltas en el tambor. No importaba, poco podía hacer por cambiar la opinión de los demás. Aun así, Hákon le

había abierto los ojos. Tenía razón, ese lugar no tenía nada que ofrecerle. Si vivía austeramente, el dinero que tenía le llegaría para poder mantenerse unos meses mientras buscaba otro trabajo. Lo peor era que los precios subían continuamente. Desde que había comenzado a trabajar allí y a ahorrar dinero, todo se había puesto por las nubes. Las habitaciones de alquiler que se anunciaban parecían mucho más caras que cuando había comenzado a mirar, y el número de anuncios había disminuido poco a poco. Cuanto antes se fuera de allí, mejor. De pronto su idea inicial de esperar hasta la primavera y buscar trabajo en un lugar más cálido le pareció ridícula. Daba igual que hiciera frío o calor. Cuanto antes se marchara, antes alcanzaría su objetivo: ir a cualquier lugar que no fuera Krókur ni la región donde se había criado.

Cuando salió a la oscuridad de última hora de la tarde, su determinación se había desinflado. Tan solo acababan de dar las ocho y ya no veía lo que tenía a un palmo. Por encima de su cabeza oyó el vago gorjeo del pájaro, que seguramente le indicaba que había llegado el momento de darle de comer. Pero tendría que esperar hasta el día siguiente. A lo mejor solo quería decirle que estaba allí. Si se marchaba a la ciudad, el pobre animal tendría los días contados. Nadie en Krókur se pondría a cuidar a un pájaro miserable que no daba más que trabajo. Quizá fuera más sabio atenerse al plan original y ponerse en marcha en primavera. Dejando aparte al pobre pájaro, a Aldís no le gustaba la oscuridad, la hacía sentirse sola y esa sensación no mejoraría estando en Reikiavik. Aunque al menos en la capital había alumbrado público. En cambio en el reformatorio solo estaban iluminadas las pocas ventanas donde todavía quedaba una luz encendida. Cuando todo el mundo se fuera a dormir, el lugar quedaría tan a oscuras como la cara oculta de la luna.

El frío era húmedo y punzante. El cuarto de la lavadora estaba en la planta baja de la casa de Lilja y Veigar, y Aldís había salido con una chaqueta de punto. Se arrepentía de no haberse puesto el abrigo. Al oír que la aguanieve

empezaba a repiquetear contra el revestimiento de chapa ondulada, le había parecido que era mejor apresurarse. De regreso a su casa, se fijó en que la puerta del edificio principal estaba abierta y que el viento la movía lentamente. Sin embargo, dentro no se veían luces. Aldís aminoró el paso y se planteó hacer como si no la hubiera visto, pero pensó que si no la cerraba a la mañana siguiente se encontraría con el suelo encharcado y manchado, así que decidió aproximarse. Total, ya estaba empapada. Se tapó el rostro con el brazo y corrió en dirección al edificio con la lluvia de cara. Solo cuando llegó a resguardo levantó la vista y se sacudió la aguanieve del pelo. La puerta de entrada se abrió ligeramente y se escuchó el chirrido de las bisagras, que ya iba siendo hora de engrasar. Cuando estiró el brazo hacia el pomo, Aldís recordó que había sido la última en marcharse aquella tarde. Y había cerrado la puerta al salir. Estaba segura.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Aldís retiró la mano del pomo. No obtuvo respuesta; dentro todo estaba en silencio. Si escuchaba con atención podía oír el gran reloj de pie que había junto a la entrada. Le dieron ganas de salir corriendo a buscar a Hákon, que debía de haberse metido en su habitación tras reparar la lavadora. Juntos podrían comprobar que todo estaba en su sitio. En teoría no tendría que haber nadie en el comedor después de cenar. Veigar y Lilja tenían su propia cocina y en un rincón de la casa que Aldís compartía con los otros empleados había una cocinilla con un hervidor de agua. Alguno de los chicos debía de haberse colado a escondidas. O más de uno, quizá. Se giró hacia los dormitorios de los muchachos y vio que todavía había luz. Seguro que a Hákon no le haría ninguna gracia que lo hiciera salir a enfrentarse con la aguanieve y el frío. Probó a vocear de nuevo:

—Si hay alguien ahí será mejor que salga ahora mismo. Voy a cerrar con llave. Lilja no se pondrá muy contenta cuando abra la casa por la mañana.

Ni llevaba la llave encima ni la puerta quedaba cerrada por la noche, aunque eso los chicos no podían saberlo. Pero no respondió nadie ni se oyó ningún ruido. ¿Se habría abierto la puerta sola? Aldís permaneció inmóvil con la mirada clavada en la penumbra.

Le pareció que en el suelo se veían unas pisadas. Aldís se acercó un poco para estar segura. Sí, no cabía ninguna duda. Alguien había entrado y, además, no hacía mucho. Recordaba que el suelo estaba seco cuando había ido a poner la lavadora después de fregar los platos. Era imposible distinguir si las huellas eran de un empleado o de alguno de los chicos, ya que muchos de estos tenían los pies grandes. Pero el contorno estaba lo bastante bien definido como para ver que solo entraban, no salían. Quien fuera que anduviera por allí no había salido.

—¿Hola?

La voz de Aldís no sonó tan segura como a ella le hubiera gustado. En vez de parecer fuerte y valiente, había sonado débil y floja. El que estuviera allí escondido sabía que no tenía nada que temer. La puerta volvió a moverse un poco y Aldís la terminó de abrir. Ante ella tenía el recibidor y el pasillo vacío. Tras asegurarse de que nadie se ocultaba detrás de la puerta, dio un paso con cautela y estiró el brazo hacia el interruptor de la luz.

Aldís entornó los ojos para acostumbrarse a la luz amarillenta de las sucias lámparas del techo.

—Sé que estás ahí. —Su voz reflejaba ahora el arrojito que le había conferido la iluminación—. O sales de ahí o voy yo a buscarte.

Eso era ya decir demasiado. No estaba nada segura de querer buscar ella sola a ese intruso. Entonces oyó un sonido indistinguible procedente del interior de la casa, demasiado débil como para saber si habían sido unas palabras o solo un murmullo o un gemido. Pero le había bastado para distinguir que no era un sonido aterrador. Tenía un tono lastimero. Aldís se

adentró un poco más para oír mejor. Tal vez fuera un animal, un gato suelto o un perro que había buscado refugio en el comedor.

Pero los animales no abrían puertas ni llevaban zapatos.

Fuera de la casa se oyó el rugido del viento; la tormenta arreciaba. Como para confirmarlo, la puerta golpeó a Aldís en el brazo. Mientras se lo masajeaba, la puerta se cerró de un golpe. Aldís se mordisqueó el interior de la mejilla. No eran más que tonterías, por supuesto que no había ningún peligro, su imaginación le estaba jugando una mala pasada. Allí dentro no había nadie que quisiera hacerle daño; solo tenía que encontrar al intruso y sacarlo de ahí. Así de simple. Las pisadas eran de una sola persona así que no había razón para temer que se hubiera escondido un grupo de chicos. A no ser que algunos fueran en calcetines. Pero no recordaba haber visto zapatos en la entrada. Probablemente podría contra uno, ya que era mayor que ellos, pero nunca con dos, tres o más. Teniendo eso en cuenta avanzó por el pasillo y encendió otra luz antes de seguir adentrándose. Avanzaba dando unos pasos cortos y precavidos que no se correspondían con la valentía que creía haber recuperado.

—¿Dónde estás?

No obtuvo respuesta. Aldís se preguntaba por dónde debería empezar a buscar pero enseguida se dio cuenta de que tenía la respuesta delante. Las huellas recorrían el pasillo y, aunque cada vez era más difícil distinguirlas, se encaminaban claramente hacia la puerta del comedor. ¿Por qué se habría escondido allí el intruso? En el comedor no había más que mesas y sillas, un aparador con manteles viejos y cosas por el estilo. Si se trataba de un ladrón en busca de objetos de plata se había equivocado de lugar. Allí no había nada de valor.

Sin darse cuenta, Aldís había comenzado a caminar sigilosamente en dirección a la puerta del comedor. Si pillaba al intruso por sorpresa, tendría

unos segundos de ventaja. En caso de tratarse de uno de los mayores, podría dar media vuelta y salir corriendo. Cinco pasos, cuatro pasos, tres pasos. Las luces parpadearon pero no llegaron a apagarse. Asustada, Aldís dejó escapar un jadeo demasiado alto y con ello se desmoronaron todos sus planes de entrar a hurtadillas. Si allí había alguien, debía de haberla oído. Se detuvo y, mientras esperaba a que su corazón se calmara, pudo oír por fin el sonido que emitía el dueño de las pisadas. Era el mismo gemido ronco e irreconocible que había percibido al principio, pero Aldís estaba ahora más cerca y podía distinguirlo mejor. Le pareció que era uno de los chicos, pero su voz era demasiado baja y sonaba demasiado extraña como para reconocerla. Quizá se había hecho daño, a lo mejor se había dado un golpe en la cabeza, se había despistado y había terminado allí dentro. Pero en el pasillo no había ni sangre ni nada que indicara que se hubiera producido un accidente.

El rumor volvió a producirse y Aldís creyó oír unas palabras de súplica. Le parecía que el niño decía: «Vete, vete». Se preguntó si se referiría a ella o si estaría hablando en sueños. Que ella supiera, ninguno de los niños era sonámbulo, aunque, a la vista de todos los secretos que se guardaban en aquel lugar, no podía estar segura. Las palabras se repitieron y esa vez no tuvo ninguna duda: «Vete, vete». El niño había elevado la voz y parecía estar aterrorizado. ¿Había alguien más con él? Ningún niño le tenía miedo especialmente y, después de haber preguntado desde el pasillo, le tenía que haber quedado claro que era ella la que andaba por ahí.

Las luces parpadearon de nuevo. Aldís se recompuso mentalmente y dio los dos pasos que le faltaban para alcanzar la puerta. No tenía ganas de estar allí a oscuras sin saber quién había al otro lado. El interruptor de las luces del comedor no estaba al lado de la puerta, así que Aldís no podría encenderlas al entrar. Tendría que contentarse con la luz del pasillo. A pesar de la penumbra, Aldís pudo percibir la silueta de un niño sentado sobre la mesa del fondo.

Estaba de espaldas a ella, así que no podía saber quién era, pero sí pudo distinguir que era uno de los más pequeños. La estremeció un escalofrío cuando el niño volvió a hablar sin girarse, como si tuviera ojos en la nuca.

—Vete y déjame en paz.

—Ven. No deberías estar aquí —dijo Aldís con calma, bastante segura de que el niño estaba aturdido.

No era peligroso. Solo estaba confuso.

Entonces el niño se giró lentamente y Aldís pudo ver su rostro pálido y el brillo de sus ojos negros.

—No hablaba contigo.

En ese momento, Aldís se dio cuenta de que no estaban solos en la casa. Las luces del pasillo palidecieron y un segundo después todo quedó sumido en la oscuridad.

—Si comparas cómo te encuentras ahora con cómo te encontrabas antes de vivir con tu hija, ¿cuál es la principal diferencia? ¿Estás más contento, más ansioso o irascible? A veces pasa todo a la vez.

Nanna, la psicóloga, miraba a Óðinn a los ojos como si la pregunta tuviera para ella una importancia personal. O era una actriz consumada o bien muy empática. Aunque en su tarjeta de visita se leía «Psicóloga infantil», también parecía tener cierto conocimiento sobre los adultos. Cuando Óðinn la había llamado, ella se había mostrado dispuesta a tratar a Rún, pero le había dicho que antes quería que él se pasara por la consulta. Necesitaba conocer primero el panorama familiar, aunque Óðinn tenía la impresión de que sus preguntas se parecían bastante a las que le había hecho su psicólogo hacía medio año. Aun así, Óðinn aceptó y dejó que removiera las heridas que él, en realidad, habría preferido dejar como estaban. De hecho, debía reconocer que la especialista había logrado que su interrogatorio pasara por una conversación normal entre iguales. Además, Nanna era joven y guapa, así que no le parecía mal pasar una hora hablando con ella. Con todo, él habría preferido disponer de más tiempo para prepararse las respuestas, pero ella solo estaba libre el mismo día en que Óðinn la había llamado.

—Creo que estoy más tranquilo. Pero tampoco es que haya pensado mucho en ello. —Le pareció que su respuesta había sido un poco seca, así que añadió—: Nada me inquieta especialmente, salvo quizá lo que haré cuando Rún sea adolescente y empiece a llevar a casa a algún idiota. Aparte de eso,

creo que nos irá bien. Todavía es demasiado pronto para decir si me siento más feliz o más triste, digamos que los dos estamos en proceso de adaptación mutua.

—Pero ¿antes te sentías más contento?

—Sí. No. Me sentía distinto, solo pensaba en el trabajo y en mis cosas. Así cualquiera se siente bien. De hecho, en mi otro trabajo tenía muchísimo más estrés que ahora. Pero lo controlaba. Quizá porque era mi propio dueño y señor, por así decirlo.

—Ha sido un cambio radical para ambos. Para tu hija, el mundo ha cambiado de arriba abajo y, en tu caso, tienes un nuevo trabajo, una nueva situación doméstica y dolor.

Nanna guardó silencio y por primera vez no remató sus palabras con una pregunta. Le sonrió amistosamente y se puso el cabello rizado detrás de las orejas. Óðinn reparó en que al sonreír se le formaba un profundo hoyuelo en una de las mejillas pero no en la otra. Era como si una no se divirtiera tanto como la otra.

—Dicho así suena peor de lo que era. Me parece. A decir verdad, ocurrieron tantas cosas a la vez en tan poco tiempo que se me ha borrado todo de la memoria. Aún no he conseguido hablar de todo esto con Rún, así que tengo que conformarme con imaginar cómo ha sido para ella. Y no es que no lo haya intentado. La culpa es mía, siempre siento alivio cuando ella cambia de tema y nunca la fuerza a hablar de lo que pasó. Simplemente soy incapaz, y tengo miedo de confundirla todavía más.

—No tienes que tratar de imaginarte cómo se siente o cómo se sintió. Yo intentaré sacárselo. Pero dime una cosa: ¿dormías mal después de que se produjera el accidente?

—Sí, bastante. —Pese a que no había transcurrido tanto tiempo, Óðinn no conseguía recordarlo bien—. No he pensado mucho en esos días pero hace

poco encontré las pastillas para dormir que me habían recetado y entonces me acordé de lo mucho que me costaba dormir después de que Rún se mudara a mi casa. Aunque la verdad es que nunca me las tomé. No soy mucho de tomar pastillas. Me resigné a dormir poco y mal. Igual fue un error.

Aunque no lo dijo en voz alta, de pronto se le pasó por la cabeza que quizá sus noches en vela habían dañado alguna región de su cerebro y por eso tenía aquella imaginación tan portentosa. Las visiones y los sonidos que percibía lo acompañarían durante toda su vida. Tragó saliva y notó que le subía y bajaba la nuez.

—No, claro que no. Hiciste bien. —Sonrió y Óðinn se sintió como si hubiera pasado una entrevista de trabajo y lo hubieran contratado—. El cuerpo utiliza el sueño para fijar la información en la memoria y clasificarla para que la podamos encontrar más tarde. Por eso es muy importante dormir después de estudiar; si estudias la noche entera, el cerebro no tiene tiempo de procesar la información. Se almacena en algún sitio pero no sabes dónde. Como unos papeles que uno deja sin pensar en cualquier parte en vez de hacerlo en un lugar concreto. Y cuando hacen falta, no los encuentras. Pasando las noches sin dormir y encontrándote mal impediste que los recuerdos de aquellos días ahora sean muy nítidos. —Nanna sonrió de nuevo y Óðinn volvió a sentirse como si fuera una persona ejemplar. Quizá se sintieran así todos los que acudían a su consulta—. ¿Me equivoco? ¿Recuerdas bien cómo fueron aquellos días y cómo te sentías?

Óðinn reflexionó unos segundos antes de contestar. Hasta entonces no había intentado especialmente recordar aquellos días. Nunca había visto ninguna razón para pararse a pensar en los momentos difíciles o dolorosos. No valía de nada atormentarse por el pasado o angustiarse por el futuro. Esa era al menos su experiencia. Hasta entonces.

—No, no puedo decir que me acuerde bien de todo, aparte de lo esencial,

claro está. No recuerdo expresamente qué pensaba o cómo me sentía.

Óðinn se dijo que la respuesta había sido un tanto pobre pero no sabía cómo contestar mejor. Desvió la mirada y contempló el tráfico a través de la ventana. En realidad, no quería decir más por miedo a que las preguntas lo llevaran por derroteros que él quería evitar. No le extrañaría que le preguntara cómo se había sentido al recibir la noticia del fallecimiento de Lára y de eso prefería no hablar. Aquel día estaba tirado en la cama con una resaca monumental que no le dejaba ni articular palabra, así que todavía había sido menos capaz de hacerse a la idea de lo que el suceso representaba para él.

En el momento en que Lára se estrelló contra el cemento, él volvía de la juerga, tan borracho y cansado que ni siquiera se acordaba de cómo había regresado a casa o dónde había pasado sus últimas horas de marcha. Recordaba vagamente haber hablado con un tipo que estaba de despedida de soltero, tan borracho como él. Mientras Lára intentaba desesperadamente amortiguar el golpe con las manos, él debía de estar pagando un taxi con dedos temblorosos. Óðinn procuraba que no se notara la desaprobación que él mismo sentía ante su miserable comportamiento. No quería que Nanna se diera cuenta de lo que estaba pensando en ese momento. Si le contaba lo que se le estaba pasando por la cabeza desaparecería aquella bonita sonrisa de sus labios, y no quería que lo viera como un mierda o un borracho. Esos días eran agua pasada.

—Pero si he logrado olvidarlos, ¿hay alguna razón para ponerme a recordarlo todo y colocar los recuerdos en el lugar adecuado del cerebro?

La sonrisa de la joven se atenuó ligeramente pero luego continuó hablando suavemente.

—No, no tiene por qué haberla. Solo trato de hacerme una idea de lo que ocurrió. Para poder ayudar mejor a tu hija. Y quizá también a ti. Has mencionado que sufrías extrañas alucinaciones que crees que guardan

relación con el accidente de tu mujer. Es bastante inusual y estoy tratando de entender las circunstancias. Lo que describes indica que todavía estás lidiando con todo ello y se manifiesta de ese modo. Que uno no esté continuamente pensando en las cosas no quiere decir que no estén ahí. Te recomiendo encarecidamente que tú también busques ayuda mientras trato a Rún. El psicólogo al que acudiste la última vez tiene muy buena reputación.

Óðinn no se lo había planteado. Miró de reajo hacia el enorme reloj minimalista de la pared.

—¿Y qué hará él para que deje de tener alucinaciones? Todo esto me tiene harto, por no decir otra cosa, y te estaría muy agradecido si me pudieras dar algún consejo.

—No es tan sencillo. No puedo sacarme de la manga ninguna solución mágica. Lo siento. Si eres absolutamente reacio a seguir una terapia con un psicólogo podría pedirle a un médico que te recete algún ansiolítico. Se sabe que este tipo de medicamentos funcionan bien con pacientes que muestran un miedo como el que describes. Vivimos rodeados de todo tipo de ruidos y movimientos que no registramos, ya que nos volveríamos locos si respondiéramos a todos esos estímulos. Se trata de una estrategia protectora que uno adopta al empezar a vivir en comunidad, como en ciudades y pueblos. Dejamos de percibir los sonidos de nuestro entorno. Creo que lo que ocurre en tu caso es que simplemente presentas un desequilibrio emocional y por eso estás ansioso y en alerta continuamente. Oyes y percibes cosas que antes te pasaban inadvertidas. Los ansiolíticos mitigan ese efecto. Y una terapia también.

—Gracias, pero no. —Óðinn no se encontraba tan mal como para ponerse a tragar pastillas o comenzar una terapia. No podía imaginarse acudiendo regularmente a un elegante despacho para hablar de sí mismo. De hecho, aunque no sabía mucho del tema, estaba convencido de que las sustancias

psicotrópicas tenían numerosos efectos secundarios y que creaban adicción —. Pensaba que igual había otro modo. Hipnosis o algo por el estilo. Un método que conozcas y puedas aplicar aquí y ahora.

Nanna se echó a reír.

—Empleo diversos métodos, pero solo trato a niños. Una psicoterapia como la que necesitarías en tu caso exige más de una sola cita. El objeto de esta conversación es Rún, no tú. Por tanto, no saldrás de aquí libre de tu malestar, sintiéndote como antes. Pero entiendo perfectamente que hayas tenido esas expectativas.

Óðinn no se molestó en negarlo; su necesidad imperiosa de deshacerse de su ansiedad no le avergonzaba. Pero estaba claro que no iba a tener tanta suerte.

—¿Piensas que estoy loco?

—No, no lo creo. Pero fíjate en que solo digo que no lo creo. Te conozco muy poco como para poder pronunciarlo al respecto. La gente se vuelve loca, usando tus palabras, de maneras muy distintas. Muy pocos lo manifiestan. Pero yo no me preocuparía mucho.

Esa no era la respuesta que Óðinn esperaba oír. Había preguntado para escuchar un no rotundo.

—No es que me preocupe mucho. Sobreviviré, aunque tenga que aguantar esto un poco más. La que me preocupa más es Rún, como ya sabes. Aunque no expresa sus sentimientos, tiene muchas pesadillas con su madre y sospecho que está experimentando lo mismo que yo. Así que dudo que yo pueda darle suficiente apoyo, aunque hago lo que puedo. —Enderezó la espalda para parecer menos patético—. Pero estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para ayudarla a recuperarse. Menos ir al psicólogo. Y tomar medicamentos.

—¿Empezasteis a presentar los síntomas al mismo tiempo? —Por primera

vez en la conversación, la psicóloga parecía tomarlo en serio. Lo cual no podía ser buena señal—. Me llama bastante la atención que experimentarais las mismas alucinaciones, y que os ocurriera a la vez.

—Rún comenzó a sentirse mal cuando se mudó a mi casa. Como es comprensible. Había perdido a su madre. Pero su malestar era distinto al que ha mostrado últimamente. Dormía bien por las noches y no parecía tener miedo, como ahora. Solo estaba anonadada. —Óðinn se lo pensó un momento—. Comenzó más o menos al mismo tiempo.

—En ese momento, ¿cambió algo? ¿O poco después? —Nanna desvió la mirada—. ¿Una nueva mujer en tu vida, por ejemplo?

—No. Nada por el estilo.

—¿Y en el trabajo? ¿Ha aumentado el estrés?

Óðinn no pudo contener una sonrisa.

—Ha aumentado un poco pero sin llegar a ser agobiante. Por fin me han adjudicado un proyecto decente, pero la cosa está muy tranquila para mi gusto. Vamos, que ha cambiado algo pero el cambio ha sido a mejor.

—¿Puede ser que el estrés sea mayor de lo que quieres reconocer y que influya en tu hija sin que te des cuenta? ¿Te llevas trabajo a casa, por ejemplo?

—No, no. Antes no tenía nada que hacer y ahora me han dado un proyecto con una fecha de entrega determinada. Eso es todo. Hasta me han dejado que fijara yo mismo la fecha, para que te hagas una idea de mi estrés. Rún no ha notado nada.

La psicóloga no parecía muy convencida.

—Estaba en el médico.

Al llegar a la oficina con la reunión empezada, Heimir no había podido

disimular su curiosidad y le había preguntado de dónde venía. Óðinn no quiso admitir que había ido a la consulta de un psicólogo.

—Esperemos que no sea nada grave —dijo Heimir con una mirada curiosa.

Óðinn sospechó que su jefe cruzaba los dedos bajo la mesa con la esperanza de que se lo contara todo.

—No, no.

—Me alegro. Uno siempre se asusta un poco cuando alguien en la flor de la vida como tú tiene que ir al médico. Pero si dices que no tiene importancia entonces no hay de qué preocuparse.

—No he dicho que no tuviera importancia. Solo que no es grave —puntualizó Óðinn con la intención de confundir a Heimir sin saber muy bien por qué. ¿Para qué iba a irritar a aquel hombre inofensivo? Ni que fuera su culpa que la vida de Óðinn fuera la que era. Al contrario. Lo había contratado y a saber en qué condiciones estarían Rún y él si hubiera seguido trabajando en la empresa de su hermano, que le obligaba a pasar mucho tiempo fuera de casa—. Por cierto, quería comentarte que estoy pensando en hablar con algunos de los antiguos internos de Krókur. Si es que están dispuestos a hablar conmigo. Pero antes me gustaría que me dieras vía libre, no quiero hacer nada que luego pueda estar mal visto.

—¿Por qué iba a estar mal visto? —preguntó Heimir con cara de miedo mientras su ojo bizco comenzaba a moverse.

Heimir deslizó las manos por el escritorio vacío como si estuviera quitando una capa de polvo imaginario. Como siempre, llevaba un elegante traje y corbata, preparado por si había de asistir a alguna de las infrecuentes reuniones en el ministerio.

—Pongamos que, a raíz de la entrevista, alguno de ellos abre los ojos y contacta con la prensa. A día de hoy todavía no se ha oído ninguna declaración de los antiguos internos, así que igual resulta un tanto delicado

remover la cuestión. Pero no valdrá la pena gastar papel en nuestro informe si este no recoge la experiencia personal de los propios residentes. En los documentos que tengo ahora solo consta la opinión de los cargos públicos y la verdad es que el Estado demostró estar ciego respecto a lo que ocurría en los otros centros. Los registros y los informes oficiales no cuentan más que una parte de la historia.

Mientras esperaba la respuesta, Óðinn percibía los sonidos lejanos que penetraban en el despacho a pesar de tener la puerta cerrada. Oía el teclado de la secretaria, el silbido de la cafetera y el irritante sonido de un móvil que al parecer nadie quería coger. Se sintió tan aliviado que tuvo que hacer un esfuerzo para contener una sonrisa. La psicóloga tenía razón, se había vuelto más sensible a su entorno. Todo lo que él había considerado pruebas de que estaba loco o poseído no eran más que sonidos y movimientos cotidianos que estaba tan poco acostumbrado a registrar que había sacado conclusiones disparatadas. Pero cuanto más tiempo escuchaba, más se inquietaba, y sus ganas de sonreír se desvanecieron por completo. Esperaba con ansia que Heimir se decidiera. Tenía la sensación de que el teclado sonaba como si estuvieran escribiendo con él frases repulsivas, como si destruyeran los sueños de algún desamparado, y le pareció que la llamada de teléfono auguraba noticias catastróficas, como el anuncio de alguna muerte prematura o los nefastos resultados de una revisión oncológica.

Óðinn se aclaró la garganta para anular los sonidos aunque solo fuera por un segundo y su carraspeo sirvió para que Heimir retomara la palabra por fin.

—Vaya, no había pensado en lo de la prensa.

Se calló y pareció esperar a que Óðinn tomara la palabra.

—De hecho, cuando el informe salga a la luz es de esperar que la prensa se ponga en contacto con los antiguos internos y, si se revela que lo hemos hecho sin haber considerado su versión de la historia, se armará una gorda.

—Entonces ¿quieres hacer esas entrevistas o no?

—No se trata de lo que quiera yo. Los testimonios de los residentes deben aparecer en el informe. Aunque solo sea para confirmar que la labor de los trabajadores fue ejemplar. Pero la conclusión de las entrevistas también podría ser que la imagen oficial no tiene nada que ver con lo que realmente ocurrió en Krókur.

El ojo vago de Heimir se había detenido de repente, como si hubiera encontrado la respuesta fuera del campo de visión.

—De acuerdo, supongo que tenemos que hablar con ellos. Pero ¿Róberta no había hablado ya con alguien? Creo que sí. Me pregunto si quedará mal que volvamos a hablar con las mismas personas.

—No he encontrado ninguna prueba que indique que habló con alguien, pero tampoco nada que lo desmienta.

—¿Has mirado sus fichas de control de horas?

—No, no sabía que tenía acceso a ellas. La verdad es que ni se me había ocurrido.

—Que yo recuerde, las rellenaba siempre concienzudamente. Describía las tareas diarias con bastante detalle. —Heimir lanzó a Óðinn una mirada silenciosa como para darle a entender que podía seguir su ejemplo—. Te las imprimiré. No puedes acceder personalmente a ellas. Si hizo alguna entrevista tendría que aparecer en las fichas, e incluso el nombre de los entrevistados. Puede que también encuentres anotaciones.

La idea parecía razonable. Óðinn se dispuso a despedirse.

—Una pregunta. ¿Se quejó Róberta alguna vez de haber recibido amenazas?

—¿Amenazas? —preguntó Heimir perplejo—. ¿Qué te hace pensar eso?

—No, nada. Ya te lo explicaré en otro momento. —Óðinn prefirió no hablarle de los e-mails y se arrepintió de haber mencionado el tema—. Aparte

de los que trabajan en esta oficina, ¿quién más sabía que Róberta estaba elaborando el informe?

Heimir frunció el ceño y su ojo regresó a su sitio.

—Un momento, ¿estás insinuando que Róberta recibió amenazas del Ministerio del Interior o de la Agencia de Protección del Menor? ¿Por qué? —preguntó indignado al tiempo que dirigía a Óðinn una mirada de desprecio —. Imposible. Para empezar, nunca hemos mencionado qué persona de esta oficina se encarga del proyecto, ni cuando ella lo llevaba ni cuando tú la sustituiste. Este informe no despierta tanta intriga como para que todo el mundo esté pendiente de nuestros progresos.

Óðinn asintió y se despidió antes de que Heimir pudiera prolongar la reunión. Si nadie dentro del sistema sabía que Róberta estaba redactando el informe, no era muy probable que hubiera enviado los e-mails. Así que la única opción eran los entrevistados. Y, en definitiva, los únicos candidatos eran los antiguos internos de Krókur. O los empleados.

Róberta parecía haber descrito de manera bastante concisa sus tareas en las fichas de control de horas. A Óðinn le habían pasado las de los últimos seis meses, ya que Heimir no recordaba con exactitud cuándo le había hablado Róberta de las entrevistas. Tras llegar a la mitad, hizo una pausa. Una de las entradas decía: «He leído y revisado las cartas». La tarea le había llevado dos horas y media. Al día siguiente aparecía una entrada igual y en esa ocasión Róberta había tardado una hora. ¿A qué cartas haría referencia? No había encontrado ninguna carta entre los documentos que había dejado. Marcó las entradas y continuó. Poco después se encontró con otra entrada que entendía todavía menos. El contenido decía: «He leído sobre la anencefalia». Buscó la palabra en internet y descubrió que se trataba de una especie de malformación

o enfermedad. Vio algunas imágenes y descubrió que nunca había tenido algo tan desagradable ante sus ojos. Las fotos mostraban bebés que a primera vista parecían tener los ojos en la parte superior de la frente, pero cuando uno se fijaba más descubría que estaban en el lugar correcto. Lo que ocurría era que faltaba la parte superior de la cabeza. Volvió al artículo sobre la enfermedad y leyó que se trataba de un defecto de nacimiento que consistía en la ausencia de cerebro en el feto. Como resultado, los huesos del cerebro se desarrollaban en el útero de forma anormal y no se extendían cubriendo el cerebro, ya que este no existía. En consecuencia, la cabeza quedaba aplanada justo por encima de los ojos. ¿Qué relación podía guardar aquella malformación con el caso o con Róberta? Óðinn ni siquiera estaba seguro de que quisiera saberlo. Rápidamente cerró el navegador.

Se acercó a la ventana más próxima y asomó la cabeza para respirar aire fresco. Quizá no fuese el hombre adecuado para aquel proyecto. Pero sus dudas desaparecieron enseguida y regresó al escritorio para sumergirse de nuevo en las fichas de control de horas. Qué pesadilla.

Enero de 1974

Nadie la creyó; salvo quizá Tobbi, pero él no contaba porque también lo había presenciado. Los demás la miraban con indiferencia y, o bien le decían que se lo había imaginado todo, o le pedían que dejara de decir tonterías. Entre estos últimos estaban Veigar y Lilja, que para colmo se enfadaron con ella por atemorizar así a los chicos. Le decían que estaba histérica y que mejor se callara hasta que se tranquilizase. La tarde anterior la habían tomado con ella y habían continuado por la mañana. Hasta el pájaro le había dado la espalda al pasar por delante del edificio principal.

Sentada en el viejo banco de madera que había detrás de la casa donde se alojaba, Aldís balanceaba las piernas mientras esperaba que se le pasara la rabia. El banco había visto tiempos mejores y prueba de ello eran las tres pequeñas depresiones dejadas por todas las posaderas que habían descansado en él a lo largo del tiempo. Sus zapatillas aparecían y desaparecían debajo del banco, aparecían y desaparecían, mientras su ira iba en aumento. La raída tela se le había agujereado en el dedo gordo. Lo primero que haría en cuanto se mudara a la ciudad sería comprarse calzado nuevo y bonito. Con los andrajos que llevaba nadie la contrataría para un trabajo en condiciones. Las azafatas, por ejemplo, llevaban tacones y no unas zapatillas agujereadas. Le dio una calada al cigarrillo que Steini, su compañero de trabajo, le había dado al ver el estado en que se encontraba. Hombre de pocas palabras, era su manera de mostrarle a Aldís que la apoyaba a pesar de saber que no fumaba. Aldís dejó

escapar una densa nube de humo que el viento se llevó enseguida como si se tratara de un juguete.

—¿No tendrás otro para mí?

Airada por la inflexibilidad que le habían mostrado Veigar y Lilja, no se había dado cuenta de la presencia de Einar. Además, el chico siempre se movía despacio y en silencio, no como los otros, que hacían ruido todo el rato. No es que lo hiciera a propósito, parecía más bien un comportamiento innato y a Aldís le recordaba un documental que había visto sobre grandes felinos.

Aldís contuvo una tos.

—No. Solo tengo este. —Le ofreció el cigarrillo torcido a medio fumar y se quitó los restos de tabaco de los labios. No se le daba muy bien fumar el tabaco de liar y la boquilla estaba húmeda y blanda—. ¿Quieres una calada?

Einar se sentó junto a ella y aspiró el humo con avidez.

—Uf, cómo lo echo de menos.

—Yo echo de menos las chucherías. Sueño con una Coca-Cola grande y un regaliz —dijo Aldís rechazando el cigarrillo con un gesto cuando Einar se lo devolvió—. Si ni siquiera fumo. Quédatelo.

Einar sonrió y le dio otra calada.

—Me sabe a gloria. Siento no poder pagártelo con chucherías. —Dio una nueva calada al cigarrillo—. ¿Qué haces fumando si en realidad no fumas?

—Llevo tal cabreo que pensé que no podía sentarme mal. Esperaba que un cigarrillo me calmara.

Aldís no sabía si era por la nicotina o por la presencia de Einar, pero de pronto sintió que se le había pasado la rabia. En su lugar sentía una extraña mezcla de desánimo y sopor, como una mancha en el alma.

—¿Es por lo que pasó anoche? Ya me lo ha contado Tobbi. Cuando volvió a la habitación temblaba como un flan.

El viento cambió de dirección y dirigió el humo hacia la cara de Aldís. Levantó la mano para apartarlo pero se lo pensó dos veces y la bajó. No quería quedar como una mozigata delante de Einar. Bastante tenía con llevar esas zapatillas. Escondió los pies debajo del banco.

—Que se fastidie. Si me hubiera apoyado no me habría caído semejante bronca. —Se humedeció los labios y notó el sabor del tabaco—. Es tonto perdido. Es la única razón para explicar su reacción. Solo me dan ganas de darle un bofetón.

—No vale la pena. Ya se siente bastante mal sin necesidad de que le des un bofetón. Apenas le he entendido una palabra de lo que decía. —El cigarrillo se consumió en los dedos de Einar y este lanzó la colilla, que aterrizó en un lecho de flores adornado con nieve sucia y unos tallos secos del verano anterior—. ¿Qué pasó en realidad? Todos hablan del tema pero nadie sabe nada. Y cuanto más ponen todos de su cosecha, la historia se vuelve más y más extraña.

—Dudo que la puedan hacer más extraña de lo que ya es.

Aldís se arrepentía de no haber aceptado otro cigarrillo de Steini; se lo podría haber dado a Einar y así se habría asegurado de que este se quedaba más rato sentado a su lado. Tampoco es que hubiera hecho ningún ademán de querer marcharse pero, como todo lo bueno, estaba segura de que aquel rato no iba a durar mucho.

—No hace falta que me lo cuentes si no quieres. Pero si quieres desahogarte, adelante.

Einar era muy diferente a cualquier otra persona que hubiera conocido en su vida. Prestaba atención a lo que decía y parecía importarle. Normalmente tenía la impresión de que la gente hablaba con ella solo porque buscaban a alguien a quien contarle sus historias.

—Ya lo creo que lo necesito. Es solo que me sorprende que alguien quiera

escucharme. Veigar y Lilja no me han dejado acabar y han empezado a atacarme.

El matrimonio estaba cada vez más irascible y Aldís ya ni se acordaba de cómo habían sido durante los primeros días. A decir verdad, nunca habían sido especialmente efusivos o divertidos, pero al menos solían ser razonables. Ahora no eran más que un par de tercos. Aldís también se había fijado en que se habían vuelto más desagradables con los chicos, y más fríos y severos. Seguro que el nacimiento del bebé y las dificultades económicas que atravesaban, según le contaban sus compañeros, tenían algo que ver; quizá temían perder la propiedad, que habían comprado hacía poco. ¿Qué sería de los chicos? ¿Y de los empleados? Pero a Aldís le daba igual, ella continuaría con su plan.

—Son unos hipócritas. Me dan ganas de vomitar cada vez que abren la boca. Tan pronto te predicán el cristianismo como te dicen justo lo contrario. No estoy seguro de que ese Jesucristo que tanto adoran estuviera especialmente contento de tenerlos en su equipo. —Einar la miró, esperando a que comenzara a contarle lo sucedido, y añadió—: Te prometo que te dejaré acabar si me lo cuentas. Y no soy creyente, por cierto.

Ahora que por fin había encontrado un interlocutor sensato, la historia le parecía de lo más insignificante y tenía miedo de que él opinara lo mismo. De pronto le dio vergüenza; sus dedos no dejaban de moverse en su regazo y comenzó a balancear los pies de nuevo.

—Suena ridículo cuando lo cuento en voz alta. Pero en ese momento no me pareció ninguna broma. Tampoco a Tobbi, aunque ahora diga que no se acuerda de nada. Allí había alguien, alguien que seguramente lo había seguido hasta el comedor o había ido con él hasta ahí. No tengo la menor idea de cómo acabaron allí los dos o qué habría ocurrido si no llego a aparecer yo.

—¿No sabes si era hombre o mujer? —La voz de Einar delataba un atisbo

de duda, como si la historia le pareciera rocambolesca.

—No. Se apagó la luz y no pude ver nada.

—Entonces ¿no es posible que simplemente no hubiera habido nadie? Aparte de Tobbi, claro.

Un escalofrío recorrió la espalda de Aldís.

—Allí había alguien. Estoy completamente segura. Y Tobbi también. No estaba solo cuando entré. Es más, él mismo me lo dijo. Creo que estaba diciéndole algo a aquella persona pero yo los interrumpí y quien quiera que fuese escapó. A lo mejor era otro de los chicos, pero no lo creo.

Se moría de ganas de mencionar el espantoso olor a sangre que la había rodeado cuando se apagaron las luces pero prefirió callar por miedo a que no la creyera. Y tampoco mencionó el susurro, cuya procedencia no había podido identificar debido a la oscuridad. Le rechinaron los dientes al recordar el patético sollozo de Tobbi, que normalmente era muy valiente para su edad. Aunque Aldís había sentido miedo otras veces, nunca había experimentado nada parecido; sumida en la oscuridad, solo sabía que allí había algo que quería hacerle daño. Simplemente era difícil describirlo con palabras. La gente no estaba dispuesta a escuchar algo desagradable o difícil de entender. Eso ya lo había vivido con su madre y todavía le dolía. Y si su madre había sido capaz de fallarle, no había razón para pensar que los demás fueran a reaccionar mejor. Por mucho que Einar pareciera normal y comprensivo.

—¿O sea que en realidad no viste a nadie? —Su voz no traslucía ironía ni duda. Parecía preguntar sinceramente.

—No. Pero oí unos pasos, una respiración y una especie de gruñido imposible de entender. —En un primer momento, cuando se habían apagado las luces, se le había pasado por la cabeza que fuera un animal salvaje. Aunque ahora le parecía absurdo, eso había creído a juzgar por el sonido y el

olor—. Y había un repugnante olor a sangre. —Aldís decidió desahogarse, sin importarle que él pudiera partirse de risa.

Pero Einar no se rió; en lugar de hacerlo, levantó las cejas sorprendido y la miró con seriedad.

—¿Olor a sangre?

—Sí. A sangre. Pero no había sangre. Solo el olor. Agrio. Fétido. —Se apartó un rizo de delante de los ojos que el viento había sacudido y se lo puso detrás de la oreja—. Cuando volvió la luz, vinieron Steini, Hákon y Veigar y buscamos restos de sangre por todas partes pero no encontramos nada. Ni Tobbi ni yo sangrábamos así que el olor tenía que proceder de ese ladrón, o lo que fuera. Porque el olor desapareció con él.

—¿Crees que estaba herido?

—No lo sé. No había ni una gota de sangre, ni en el suelo ni en ninguna otra parte de la casa, así que al menos el olor no provenía de ninguna herida que sangrara. Igual llevaba un vendaje o algo por el estilo.

—¿Y estás segura de que el olor era de sangre? ¿No podría haber sido de otra cosa?

—No. —Aldís notó que su voz sonaba demasiado aguda e hizo una pausa. Cuando volvió a hablar, lo hizo con un tono más calmado—. Trabajo en una cocina. Sé cómo huele la sangre.

No quería mencionar que el olor se parecía al que había notado tras el parto de Lilja: el olor de aquel pobre bebé deforme y de la habitación que luego le habían hecho limpiar.

—Claro. —Einar frunció ligeramente el ceño, como si le hubiera leído la mente a Aldís y por un momento hubiera visualizado a aquel engendro de piel blanca, envuelto en una sábana—. ¿Y no encontrasteis pisadas? ¿O las había borrado la nieve?

Aldís negó con la cabeza.

—No vimos ninguna huella, pero eso no quiere decir nada. Lilja y Veigar lo usan como prueba para decir que me lo estoy inventando todo. Pero nevaba, y hasta desaparecieron mis propias pisadas. —Irritada, levantó la vista como si la culpa fuera del cielo—. Si el tonto de Tobbi hubiera dicho la verdad no habría importado. Pero no ha dicho ni media palabra y cuando le preguntaban solo negaba con la cabeza. Ahora todos piensan que estoy loca. —Aldís miró a Einar—. Y no lo estoy.

—Te creo. Si te sirve de algo.

Le servía de mucho. Le bastaba con una sola persona.

—Gracias.

No quería decir nada más por miedo a parecer una cursi.

Einar apartó la mirada de ella y se quedó mirando las flores donde había tirado la colilla.

—Uf, qué ganas de fumarme otro.

Aldís permaneció callada, ya que no podía hacer nada al respecto. Probablemente solo lo había dicho para cambiar de tema. De alguna manera, se alegraba de que no hubiera más que añadir. Más allá de los hechos tal y como ella los había vivido, solo cabía hacer especulaciones que no aportaban nada a la historia.

—Hay cigarrillos en una caja que tienen Lilja y Veigar en su salón. Lo limpio cada dos semanas. Podría llevarme uno la próxima vez.

Evidentemente hacer eso no era muy sensato, pero le importaba un pimiento. Nunca se darían cuenta de que faltaba uno, no fumaba ninguno de los dos y, que Aldís supiera, nunca recibían visitas. Seguro que los cigarrillos estaban secos y no se podían ni fumar. Así que podría llevarse más de uno.

—Déjalo. Por mí no lo hagas. Pero sí que aceptaría un paquete si vas a la ciudad uno de estos días. —Sacó una vieja billetera de cuero del bolsillo trasero del pantalón—. Tengo dinero. Al menos como para comprar uno.

—¿Te dejan tener una billetera?

Según las reglas del centro, los chicos tenían que entregar todo lo que llevaban al llegar. Les confiscaban inmediatamente las maletas y revisaban la ropa, los libros y cualquier otra cosa que ellos o sus padres hubieran pensado que podían necesitar. Aldís lo había presenciado a menudo y había visto la dificultad con que los muchachos renunciaban a lo único que los conectaba con su hogar o su vida anterior. Hasta cierto punto era comprensible, ya que los chicos podían colar perfectamente bebidas alcohólicas, revistas porno o cualquier cosa inaccesible en Krókur. Aldís daba por hecho que Lilja y Veigar tampoco les permitirían guardar el dinero con el que hubieran llegado. No es que en Krókur tuvieran ninguna posibilidad de comprar algo pero cabía la posibilidad de que llamaran en secreto a un taxi y se escaparan. O que pagaran a otro por hacer algo prohibido, como robar algún objeto del reformatorio. Aldís sabía que Veigar custodiaba el poco dinero que ganaban los chicos en su trabajo en la factoría de pescado y no se lo entregaba hasta que se marchaban del centro.

—No les dije que la tenía. Le mentí al viejo cuando me preguntó si llevaba algo encima.

—¿Cómo sabes que no te voy a delatar?

Einar se puso rígido al abrir la billetera.

—Lo sé, sin más.

Intentó captar la mirada de Aldís pero ella solo miraba fijamente la foto que asomaba en un bolsillo de plástico del interior de la cartera.

—¿Quién es? —preguntó mirando la imagen.

Einar cerró la cartera de golpe.

—Nadie. —Parecía enfadado, pero Aldís debió de interpretar mal su gesto porque enseguida volvió a mirarla con una sonrisa—. Mi madre. Ya, una cursilada.

—No, para nada.

Aunque un poco sí lo era. Ambos se quedaron mirando la billetera marrón que reposaba sobre la mano de Einar hasta que este la guardó de nuevo en el bolsillo y cruzó los brazos.

—Entonces ¿no quieres que te compre tabaco? —preguntó Aldís con cautela.

—No, no. Quizá más adelante.

No le explicó por qué había cambiado de opinión y la conversación se volvió forzada e incómoda, sin que Aldís se explicara qué había ocurrido. Después de que Einar se despidiera, se quedó sentada un rato más y se sintió más desgraciada que antes. El viento le sacudía los mechones de detrás de las orejas y se los arremolinaba; el pelo parecía desear con todas sus fuerzas escaparse de ella. Intentó recogerse sin ningún resultado, y se quedó sentada un rato con el pelo moviéndose en todas direcciones.

En su interior forcejeaban el dolor y la rabia y se preguntó si no sería mejor que se muriera de frío ahí mismo. Desde luego, hacía frío suficiente. A nadie le importaría que se muriera, pero todos los que le habían hecho daño sufrirían y se arrepentirían de no haberse reconciliado con ella. Como su madre, por ejemplo. Se lo tendría bien merecido. Pero Aldís no había nacido ayer y enseguida comprendió que las cosas no funcionaban así. La mayoría solo habría sacudido la cabeza y habría farfullado que ella nunca había sido más que una tonta. Probablemente Lilja y Veigar habrían dicho algo parecido.

Al final se cansó de su propio enfado. ¿Por qué tenía que dejar que los comentarios de la gente la afectaran de aquella manera? Quien había estado en el comedor la noche anterior era ella, y no los que creían saber lo que había ocurrido. No tenía sentido que la estupidez de los demás la influyera tanto. Y no tenía por qué dudar de ella misma. Más animada que antes, se

puso la capucha. Al hacerlo, el pelo dejó de agitarse y volvió a su sitio. En cuanto pudo ver de nuevo, distinguió la billetera marrón de Einar bajo el banco.

Aldís se agachó para recogerla, le dio la vuelta y limpió un copo de nieve del dorso. Se quedó mirándola mientras se preguntaba si debía correr tras Einar para devolvérsela o aprovechar la oportunidad para echar un vistazo a aquella fotografía que él parecía no querer mostrarle. Miró alrededor y, al no ver a nadie, se puso a revisar la cartera. Ahí estaba la foto, detrás de un plástico rayado y descolorido. No era de su madre, eso estaba claro. Era una foto de Einar y una chica abrazada a su cuello y sonriendo a la cámara. Era guapísima, con los ojos grandes y las pestañas espesas, tenía los pómulos altos y unos labios gruesos que al sonreír dejaban asomar unos enormes dientes blancos. Se parecía más a una modelo de una revista de moda que cualquier otra persona que Aldís hubiera conocido en su vida, y su carisma parecía haber contagiado a Einar, que salía más guapo en la foto de lo que era en persona. Pero Aldís no lo miraba tanto a él como a su novia. La belleza de la joven la irritaba, por muy infantil que fuera su reacción. No era de su incumbencia que él tuviera novia y debía alegrarse de que la chica fuera guapa y no un adefesio. Pero aun así... Ahora solo quería saber cómo se llamaba, quién era y si todavía eran novios. Por cómo había reaccionado Einar ante las palabras de Keli, era fácil adivinar que sí. Nadie se pelea por el honor de una ex.

Antes de que pudiera darse cuenta, Aldís estaba registrando la cartera. Una de las primeras cosas que sacó fue el carnet de identidad de Einar. La hebilla de cobre que cerraba el bolsillo de plástico había dejado una huella en el cuero y el carnet estaba un poco abollado. Se recordó mentalmente que debía dejarlo todo en el mismo sitio. Pero sus pensamientos se desvanecieron al ver

los dos últimos números de su fecha de nacimiento, escrita en rojo en la esquina superior derecha.

No era de extrañar que Einar pareciera más maduro que el resto de los chicos. Era mucho mayor que ellos. Tenía dieciocho años, más próximo en edad a Aldís que a los chavales más pequeños de la residencia. Levantó el carnet hacia el tenue sol del invierno para comprobar si había falsificado la fecha; no era raro que los menores de edad lo hicieran para poder entrar en las discotecas. Pero no era el caso. Los carnets falsos eran fáciles de reconocer a la luz del día pero colaban en la oscuridad de la entrada a los clubes nocturnos. Bajó el brazo convencida de que era auténtico.

Einar estaba a punto de cumplir diecinueve, tenía casi tres años más de los que debería tener según las reglas de la residencia. A Krókur llegaban delincuentes menores de edad que eran demasiado jóvenes como para recibir el mismo trato que los criminales adultos. Un chico mayor de dieciocho años que cometiera un delito no tenía que ir a Krókur sino a la cárcel.

Aldís dejó el carnet en su sitio y cerró la billetera con manos temblorosas. Después la dejó con cuidado debajo del banco. No quería que él supiera que la había cogido. Enseguida notaría que la había estado mirando. No, era mejor así. Se daría cuenta de que no llevaba la cartera, volvería y la vería allí en el suelo; no sospecharía de ella. Aldís respiró más tranquila. Einar no debía saber que había estado cotilleando su cartera.

La anciana apenas podía con las bolsas mientras forcejeaba para abrir la puerta que el viento se empeñaba en mantener cerrada. Óðinn salió del coche y corrió hacia ella para sostener la pesada puerta mientras la mujer entraba en el portal.

—¡Vaya día hace hoy!

Sin esperar la respuesta de la anciana, Óðinn dio un grito a Rún para que se diera prisa. La niña se alejó del coche con cuidado para mantenerse de pie y que el viento no la tirara al suelo, cosa que a su padre no le hubiera sorprendido pues esa mañana la niña había insistido en ponerse unos zapatos de verano. Hacía tiempo que Óðinn había desistido de interferir en la ropa que se ponía y había decidido dejar que Rún aprendiera poco a poco de sus propios errores. O al menos eso esperaba, aun sabiendo que al día siguiente se encontrarían ante el mismo dilema y que su hija habría olvidado el sufrimiento del día anterior.

—¿Qué tal le va a su hija? ¿No se siente sola aquí? En este barrio no hay niños. Bueno, por no haber, no hay ni adultos —dijo la anciana mirando a Rún mientras la niña soltaba un poste de hormigón y corría con dificultad los últimos metros que le separaban del calor del portal.

—Le va estupendamente, gracias. —Óðinn movía la mano animando a Rún. También podría haber ido a ayudarla pero le parecía una opción equivocada. Ella había decidido ponerse aquellos zapatos a pesar de sus advertencias y ahora tenía que pagar las consecuencias—. No estoy seguro de

que le vaya muy bien pasar el día rodeada de niños. Al menos mientras esté recuperándose. Quizá a la larga sea un problema. Pero igual para entonces se ha mudado más gente al barrio, y quizá también al edificio.

—Sí. Seguramente. —La anciana no sonaba muy convencida. Pero parecía contenta de poder recuperar el aliento y de paso hablar con alguien; al menos no parecía tener la intención de seguir su camino. A lo mejor esperaba que la ayudara con las bolsas—. ¿Y qué, Óðinn? ¿Está haciendo obras en la casa últimamente?

Óðinn miró hacia Rún, que estaba ya a escasos pasos de la puerta.

—¿Yo? No. ¿Por qué lo dice?

La ventana abierta y el olor a tabaco le vinieron a la cabeza y se le aceleró el corazón.

—Esta mañana he oído unos pasos en la escalera y unos golpes en las tuberías después de que se marcharan. O eso me ha parecido. Cuando me he asomado al rellano no he visto nada ni tampoco me ha respondido nadie cuando he preguntado. Lo primero que he pensado es que tenía gente trabajando en su apartamento. Hasta ahora su hermano siempre me dejaba un mensaje en el buzón cuando esperaba que viniera alguien. A lo mejor se ha olvidado esta vez. —Los ojos azules de la anciana se clavaron en los de Óðinn. Con la edad, el color de su iris parecía haberse fusionado con el blanco de sus ojos—. Debe de ser eso, ¿no? Aquí no entra ningún vagabundo. Esto está en el quinto pino y, además, no hay nada que robar.

—Vamos, me sorprendería mucho. —Óðinn trató de sonreír—. Luego llamaré a Baldur y le preguntaré. Se habrá olvidado de avisarnos.

Rún dio un brinco que estuvo a punto de hacerla caer y entró en el portal. Sin decir palabra se sacudió los copos de nieve de los hombros y el pelo y después golpeó el suelo con los pies. Se formó un pequeño charco en el suelo.

—Válgame Dios. —La anciana miró a Rún con una sonrisa pero la niña no levantó la cabeza—. ¿No tienes zapatos de invierno, hija mía? ¿No te resbalas con esos?

Sus preguntas no lograrían que Rún entablara conversación con ella y Óðinn decidió interceder.

—Para presumir hay que sufrir —señaló cogiendo las bolsas, que no resultaron tan pesadas como le habían parecido mientras la anciana luchaba contra el viento—. Se las llevo a casa.

La anciana lo invitó a una taza de café pero él declinó el ofrecimiento con la excusa de que estaba cansado tras una larga jornada.

—Ya me dirá qué le dice su hermano —dijo la anciana con voz de preocupación antes de despedirse.

—Sí, ya le diré —confirmó Óðinn.

—Si esto sigue así, habrá que pensar en llamar a la policía. No estoy tranquila en casa sabiendo que por ahí andan unos desconocidos.

Mientras subían las escaleras, Rún le preguntó qué había querido decir la anciana. Óðinn fingió que las palabras de su única vecina no le habían afectado.

—Nada, se ve que había obreros en el edificio terminando los otros apartamentos. Le molesta el ruido.

—¿Llevan martillos? —Como siempre, Rún iba unos peldaños por delante de él. Iba más rápida y solía tener más prisa—. Yo no he oído los golpes.

—Por lo visto hacían ruido al subir y bajar la escalera. De todos modos, sería raro que los hubieras escuchado. No estabas en casa.

—A lo mejor los oigo mañana.

—¿Mañana?

Óðinn deseaba que Rún dejara de hablar mientras subían las escaleras. Después de pasarse los últimos meses sentado en la oficina estaba en baja

forma, y aunque no había ganado kilos le costaba subir las escaleras con rapidez y hablar al mismo tiempo.

—Mañana es el día de los profesores en el colegio. —Bajó el ritmo y miró a su padre—. ¿No te acuerdas? Te di el papel la semana pasada.

—Ah, sí, sí, claro. Se me había olvidado. —Recordaba que había dejado el aviso sin leer—. Mecachis, deberíamos haber pasado por la tienda. No debe de haber nada para comer. Igual trabajo solo media jornada y traigo algo al mediodía. ¿Qué te parece?

—Bien.

Óðinn no habría sabido decir hasta qué punto le gustaba su idea; quizá tuviera ganas de estar sola en casa. A su edad él hubiera preferido que lo dejaran en paz y poder holgazanear en vez de tener a su padre encima, pensando continuamente en algo que hacer con su hijo.

—Tú decides. Haré lo que más te apetezca. Como siempre —dijo con sinceridad.

Rún resopló mientras subía corriendo los últimos escalones. Óðinn no le preguntó qué había querido decir. Seguro que su madre lo habría sabido, pero evitó compararse con ella: sabía cuál sería la conclusión. Cuando Rún llegó al rellano ni resoplaba ni parecía estar pensando en la propuesta de su padre. Se quitó el abrigo, lo tiró al suelo y se metió en casa sin decir nada. Así eran las cosas. Dentro de un tiempo se ocuparía de ese comportamiento, pero en ese momento tenían prioridad otros aspectos de su educación.

La oscuridad confería al piso un aspecto frío y poco hogareño. Óðinn se apresuró a dar las luces y encender la televisión, aunque no pensaba verla. A continuación buscó el teléfono y marcó el número de su hermano Baldur por miedo a que se le olvidara llamarlo, como le había prometido a la anciana. Tardaba en cogerlo y Óðinn esperaba pacientemente junto a la ventana mientras miraba el descampado.

Cuando su hermano respondió se oyó un ruido ensordecedor y un pitido agudo que dificultaba la comunicación.

—¿Qué pasa? Estoy un poco liado.

—Es solo un momento. Dísa, la anciana de la planta baja, ha oído a gente por la escalera. Me ha pedido que te pregunte si habías mandado a alguien a trabajar aquí.

Baldur se echó a reír.

—No, tío. Vamos de culo para terminar a tiempo un almacén. Si alguno de mis trabajadores hubiera estado en tu casa en lugar de quedarse aquí arrimando el hombro, lo echaba a la calle inmediatamente.

—Ya veo. ¿No habrá venido alguien de la inmobiliaria para enseñar los pisos?

—No. Lo dudo. No tienen la llave del edificio.

El pitido se hizo más agudo y Óðinn tuvo que separar el teléfono de la oreja hasta que bajó de intensidad.

—Joder, qué escándalo. ¿No te quedarás sordo?

A Óðinn no se le ocurrió preguntar nada más en relación con los ruidos que había oído la anciana; además no quería que su hermano supiera nada más del asunto. No le interesaba que Baldur, la persona que mejor lo conocía, se diera cuenta de que ocurría algo. Poco tiempo atrás las palabras de Dísa no le hubieran afectado. Lo último que quería era hablar con Baldur de su agotamiento emocional y de sus visitas al psicólogo.

—¿Qué?

—¡Que si no te quedarás sordo! —gritó Óðinn.

—¡Que era broma! —Baldur le dio instrucciones a alguien y continuó—: Tengo que seguir, pero oye, ¿qué os parece si Rún y tú venís a comer el viernes? Sigga estará encantada, últimamente anda medio cabreada conmigo porque casi no me dejó ver por casa. A lo mejor Rún querrá quedarse a

dormir el fin de semana. Así Sigga tendrá compañía en caso de que yo salga a trabajar. A tu hija le va bien estar con mujeres de vez en cuando. Pueden ir juntas al centro comercial o hacer planes de chicas.

Óðinn sonrió. A Rún no le gustaba especialmente ir de compras. Pero tal vez le pareciera más divertido si la acompañaba alguien que no fuera él.

—Suenan bien. De acuerdo.

Se despidieron y Óðinn colgó el teléfono. Continuó mirando el mal tiempo a través de la ventana: no todos los días podía verse el viento, literalmente. La nieve se arremolinaba y vestía la tormenta con un manto blanco, dando forma a un enemigo que normalmente era invisible. Entre ráfaga y ráfaga, Óðinn podía ver momentáneamente el paisaje, pero enseguida volvía a desaparecer de la vista.

A Óðinn le vinieron a la cabeza los dos chicos que habían fallecido en Krókur tantos años atrás, seguramente durante una tormenta similar. ¿Por qué no habían salido del coche al notar en el aire el dióxido de carbono y otros gases del tubo de escape? Quizá hacía tan mal tiempo que preferían el calor del interior del coche pese al aire contaminado, o quizá no habían sido conscientes del peligro. Óðinn había revisado los archivos de los periódicos pero no había encontrado nada salvo las noticias iniciales del suceso. Tampoco había logrado reunir ningún documento relacionado con la investigación; probablemente se habían destruido todos hacía tiempo, o bien se habían extraviado. Los padres de Tobbi habían fallecido ya, igual que la madre de Einar. Ni siquiera había intentado buscar a su padre, que según sus datos era un militar estadounidense que había desaparecido sin dejar rastro tras su estancia en Islandia.

Lo único que sabía Óðinn era que los gases de combustión eran peligrosos si alguien se quedaba dentro del coche con el tubo de escape obstruido. Había leído sobre la cuestión y en un artículo había encontrado la trágica historia de

un niño canadiense. Inconsciente del peligro que suponía la nieve atascada en el tubo de escape, el padre había puesto en marcha el coche para que el niño no tuviera frío mientras él quitaba la nieve que cubría el vehículo. Al volver dentro, el niño estaba muerto. Óðinn también había leído que, en algunos casos, la persona experimentaba una especie de euforia antes de que comenzara a sufrir convulsiones y perdiera el conocimiento. Quién sabe si aquellos chicos habían muerto con cara de felicidad.

La televisión subió de volumen cuando llegaron los anuncios y Óðinn se apartó de la ventana. Estaba de mal humor y no soportaba las alegres melodías publicitarias cuyo objetivo era incitar al espectador a comprar, comprar, comprar cualquier cacharro sin el que no se podía vivir. Se dio cuenta de cuánto echaba de menos su antiguo trabajo. El bullicio de fondo que oía mientras hablaba con su hermano le había traído a la memoria lo mucho que le gustaba trabajar allí; un lugar donde se construían cosas y el esfuerzo se materializaba de un día para otro. Y donde nunca se hablaba de muerte o de dolor.

—¿Qué hay de cena? —preguntó Rún dando un bostezo mientras salía de su habitación.

—Perritos calientes. ¿Qué te parece?

—Genial. Me gusta todo lo que cocinas.

Decir que «cocinaba» era quizá exagerado, pero le sentó bien el comentario. Ella lo siguió hasta la cocina.

—¿Qué te ha dicho Baldur? ¿Hay obreros trabajando aquí?

El bienestar dio paso a la ya conocida ansiedad. Rún se iba a quedar sola la mañana siguiente y era posible que oyera los mismos ruidos que Dísa. Si es que la anciana había oído bien.

—No estaba seguro. Quizá sí. Pero ¿sabes qué? Nos ha invitado a comer el

viernes y me ha preguntado si te gustaría quedarte en su casa y quizá ir con Sigga de tiendas o hacer algo divertido.

Rún frunció el ceño al oír las palabras «ir de tiendas».

—Por mí, sí. Me parece. Pero no quiero ir de tiendas. No me hace falta nada.

Óðinn casi se conmovió al oírlo. Su hija no era codiciosa. Su armario ropero parecía el de la habitación de un hotel, donde solo se cuelga la ropa que cabe en una maleta pequeña. Tampoco tenía muchos juguetes, como los había en las pocas habitaciones de niños que había visto. Desde que se había mudado no había añadido ningún juguete a su colección. Más de una vez le había preguntado si quería ir a comprar alguno, pero ella siempre le decía que no, y era sincera. Se lo pasaba muy bien sola, jugando con la miniconsola o leyendo libros. A menudo veía la televisión con él o se entretenían con algún juego de mesa, una de sus actividades favoritas. A él le aburrían los juegos de mesa soberanamente, pero le daba igual: lo fundamental era que ella se lo pasara bien.

—Iréis de compras si te apetece, cariño. Si no quieres ir, nadie te obligará.

—Ya.

Rún arrugó la nariz al entrar a la cocina pero Óðinn no se lo recriminó. Olía a basura, así que vació el cubo, cosa que había querido hacer por la mañana pero con las prisas se le había olvidado. Ató la bolsa, que estaba a rebosar, y salió con ella al pasillo. En contraste con las modernas comodidades del edificio, la portezuela del conducto que conectaba con los contenedores de basura era descaradamente anticuada, pero aun así cumplía su función. Al abrirla le dio la bienvenida una ráfaga de viento frío que le metió en la nariz el rancio olor de la basura. Se apresuró a tirar la bolsa por el agujero y cuando iba a empujarla le pareció que una voz humana resonaba por el conducto. Óðinn dio instintivamente un paso hacia atrás pero se volvió

a acercarse, sin pensar en el hedor, y aguzó el oído. Tal vez había sido el ruido de la succión al abrir la portezuela. Pero no era así. Por el conducto se oían unas voces. Óðinn no distinguía las palabras, sonaban como un cuchicheo. Probablemente allí había unos mocosos fumando a escondidas o haciendo alguna trastada. ¿No podían haber buscado un sitio mejor? ¿Qué necesidad tenían de colarse en aquel callejón sin salida para esconderse en el contenedor de la basura? El barrio estaba lleno de casas acabadas mucho más acogedoras y cálidas que aquel agujero.

Óðinn dejó caer la bolsa y voceó:

—¡Eh, vosotros! ¡Largo de aquí! —A continuación se oyó el golpe seco de la bolsa seguido de una calma absoluta. Óðinn no estaba del todo satisfecho, hubiera preferido escuchar un portazo o algún alboroto—. ¡Id a vuestra casa! —volvió a gritar—. Si no llamaré a la policía. Esto es propiedad privada.

Óðinn pensó que sus palabras sonaban a la típica regañina ridícula de persona de mediana edad. Él mismo se habría partido de risa si hubiera estado con los chavales de abajo.

Pero no se rió nadie. No se oía más que el leve zumbido de la succión del tubo.

—Muy bien, pues ahora mismo llamo.

—¿Qué estás gritando, papá? ¿Qué pasa? —preguntó Rún desde la entrada mirándolo con cara de preocupación.

—Nada, cielo. Hay unos chicos abajo, en el contenedor de la basura. Les he dicho que se fueran. No deberían estar ahí.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Rún con cara de angustia.

—A veces los adolescentes hacen tonterías.

Óðinn iba a añadir algo más pero se quedó petrificado al oír el ruido de nuevo. No podía evitar prestar atención, por mucho que su hija lo mirara con cara de pánico y los ojos desorbitados. No distinguía palabras sino alguna que

otra risita. De pronto tuvo la seguridad de que se trataba de una sola persona. Susurro, susurro, risita, risita. Juraría haber oído algo como «Espera y verás», la amenaza de un niño pequeño, con la diferencia de que aquel tono no tenía nada de infantil. Sin darle más vueltas cerró la portezuela, se metió con Rún en casa y cerró tras de sí. La risita no le había parecido juguetona en absoluto, nada parecido a: «El muy pardillo todavía está ahí, ji ji». Todo lo contrario, Óðinn tenía la impresión de que aquella risa contenida era maliciosa, así que no quería que su hija oyera nada más. Él ya había tenido suficiente.

Media hora más tarde se despedía de dos agentes de policía. Le habían preguntado si había estado bebiendo, fumando o tomando algún medicamento ya que no habían observado ninguna pisada en la nieve junto a la puerta del cuarto de la basura. Los sonidos habían sido imaginaciones suyas. A Óðinn le daban ganas de ir a buscar a Rún a su habitación para que corroborara su testimonio, pero no quería que se enterara de que no había huellas en la nieve. Bastante tenía con lo que había sucedido.

—¿Al final la poli ha mandado a esos chicos a casa?

Rún había salido de su habitación.

—Cuando han llegado ya no estaban. Habrán oído la sirena.

—No llevaban sirena. He visto llegar el coche.

—Les he dicho que iba a llamar a la policía, así que se habrán ido al saber que estaba de camino.

Era obvio que Rún no se lo creía. No era de extrañar, él tampoco. Trató de consolarse pensando que, al menos, quien fuera que hubiese estado en el cuarto de la basura había desaparecido. Pero no era más que un alivio pasajero. No cabía duda de que volverían. Quizá fuera la misma gente que Dísa había oído. Óðinn miró el endeble cerrojo que los separaba del rellano. Al día siguiente compraría un pestillo para la puerta. Y lo mejor sería llamar

temprano a la oficina para decir que estaba enfermo. No quería que Rún se quedara sola en casa.

Óðinn sabía que debía concentrarse en la visita pero tenía la cabeza en su oficina, donde había dejado a Rún al cuidado de Diljá. En el último momento no había podido fingir una enfermedad, y había preferido llevarse a su hija al trabajo antes que dejarla sola en casa. Tampoco a él le entusiasmaba la idea de pasar el día entero en el apartamento.

Todo había ido sobre ruedas. Rún se había portado como un ángel y se había entretenido con el ordenador en un compartimento vacío contiguo al de Óðinn. Ninguno de sus compañeros había hecho ningún comentario ni le había preguntado por qué había llevado a su hija al trabajo ya que todos conocían su historia. De hecho, Óðinn no llevaba bien las miradas de compasión que le dirigían. No había razón para que sintieran pena por Rún y él; se las arreglarían, fuera como fuera.

Cada vez que Óðinn levantaba la cabeza, Rún lo miraba automáticamente y ambos intercambiaban una sonrisa de complicidad. A veces parecía que se mandaban un mensaje telepático: «Todo irá bien». Pero a mediodía, cuando llegó el momento en que Óðinn tenía que ausentarse, aquella falsa sensación de seguridad se evaporó y hubiera dado cualquier cosa por llevarse a Rún con él. Pero no podía cancelar la cita que por fin había conseguido concertar. Óðinn no podía desperdiciar aquella oportunidad, ya que era el primer hombre que había accedido a hablar con él acerca de su estancia en Krókur y tenía miedo de que cambiara de opinión. Otros se habían negado y, aunque en

la lista todavía le quedaban algunos nombres, el comienzo no había sido muy prometedor.

Como calculaba que la entrevista no duraría mucho, Óðinn había pensado que mientras tanto Rún podría esperar en el coche. Pero hacía tanto frío que el motor tendría que estar encendido, y no habría podido dejar de pensar en su hija sola en plena ventisca y dentro de un coche cuyo tubo de escape podía quedar obstruido por la nieve y llenarse de dióxido de carbono. Sería más tranquilizador pensar que estaba con Diljá.

Mientras intentaba quitarse a su hija de la cabeza, llamó a esa puerta castigada por las inclemencias del tiempo. Una tira de celo sobre el timbre indicaba que no funcionaba. La madera de la puerta era tan maciza que le pareció estar llamando a un muro de piedra. Llamó una segunda vez y golpeó con tanta fuerza que se hizo daño en los nudillos congelados.

Se abrió la puerta y salió a recibirlo una mujer de edad indeterminada. Tenía el pelo recio y de tono apagado, y parecía que se lo hubiera cortado con un cortaúñas. Llevaba un viejo jersey de hombre que le venía grande y que en sus buenos tiempos debía de tener un estampado de colores vivos. Su rostro grisáceo estaba surcado por profundas arrugas excepto en la comisura de los labios, como si la vida no le hubiera ofrecido muchas razones para sonreír. Al ver sus labios marchitos, Óðinn esperó lo peor, pero cuando la mujer empezó a hablar vio que estaba equivocado: tenía una dentadura sorprendentemente blanca y radiante.

—¿Eres Óðinn? —Su voz era tan áspera y ronca como se había imaginado.

—Sí, hola. —Al apretar la mano de la mujer con fuerza, notó los callos de la palma—. ¿Kegga? —No había descubierto cuál era el verdadero nombre de la mujer; las autoridades sociales que le habían ayudado a concertar la entrevista solo le habían facilitado su apodo—. Supongo que conoces la razón de mi visita.

La mujer asintió con indiferencia. Allí solo buscaban refugio los que habían llegado al final del recorrido, así que como conserje o directora de esa vivienda social tenía que estar acostumbrada a visitas más extrañas.

—Está despierto en su habitación. Querías ver a Pytti, ¿no?

—Sí, solo conozco su nombre completo. Kolfinnur Jónsson. ¿Es ese Pytti?

—Sí. —La mujer dejó pasar a Óðinn. El edificio estaba en la calle Snorrabraut y desde fuera parecía un bloque de apartamentos normales y corrientes. Sin embargo dentro lo recibió un inconfundible olor a institución que nada tenía que ver con una casa normal: una mezcla de productos de limpieza industrial, café rancio y los abrigos mojados que colgaban en el pequeño recibidor—. No tienes por qué descalzarte si no quieres.

Óðinn no respondió y decidió seguir con los zapatos puestos, si bien procuró limpiárselos antes de entrar. A pesar del olor a productos de limpieza, el suelo no parecía muy limpio.

—¿Cuántas personas viven aquí?

A juzgar por el número de abrigos, debía de haber unas ocho.

—En este momento, cinco. Tenemos un constante ir y venir. No todos aguantan el mismo tiempo. Les cuesta acatar las reglas de la casa, y romperlas es motivo de expulsión. —Los dueños de los tres abrigos que sobraban debían de haberlos olvidado cuando se les pidió que se marcharan. Óðinn esperaba que hubiera ocurrido en verano. Debía de ser duro sobrevivir en la calle sin abrigo en pleno invierno. A Óðinn le parecía una medida brutal echar a aquellos desamparados a la calle aunque hiciera buen tiempo. La mujer pareció leerle el pensamiento—: Es imposible llevar una residencia de este tipo si los internos se comportan como si todavía estuvieran en la calle o en cualquier tugurio de drogadictos. No es justo para los que se esfuerzan por cambiar sus vidas. —Lo invitó a pasar a una sala que había junto a la entrada

—. Es muy fácil hacer que alguien se desaliente en las primeras fases de la recuperación. Lo sé por experiencia.

Óðinn no supo qué decir. La mujer no podía esperar de él que se interesara por su lucha personal contra las drogas.

—¿Lleva mucho tiempo aquí Kolfinnur, digo... Pytti?

—No. Unos tres meses. Vino desde el centro de rehabilitación Hlaðgerðarkot. Allí estuvo unos siete u ocho años, creo. —La mujer abrió la puerta del pasillo que daba acceso a los dormitorios—. Agga, del ministerio, me comentó las razones de tu visita.

Por lo visto, allí conocían a todo el mundo por su apodo, y Óðinn se preguntó si al saludar a Pytti debía presentarse como Oggi, en vez de usar su nombre de pila.

—No quiero forzarlo a que hable conmigo si no quiere. Me dio la impresión de que me recibiría de buen grado, pero puede que le resulte duro recordar tiempos pasados.

—No tendrá problemas con él. —Se detuvo y se giró hacia Óðinn—. Da igual lo que yo piense, pero te lo voy a decir de todos modos.

—Claro. —A Óðinn le pareció que de repente la mujer se encontraba demasiado cerca para su gusto y dio inconscientemente un paso hacia atrás—. ¿No te parece bien que hable con él?

—No estoy del todo segura. Lo que me preocupa es que le transmitas dos ideas que podrían ser perjudiciales para su abstinencia. —La mujer levantó con ímpetu el dedo índice y dijo—: Culpabilidad. —Seguidamente hizo lo mismo con el dedo corazón y añadió—: Expectativas de dinero.

En vez de dejar caer la mano, la mantuvo en el aire, tan cerca de Óðinn que habría podido pellizcarle la nariz.

—¿Qué quieres decir con culpabilidad?

La mujer bajó la mano.

—Una de las cosas más importantes para rehabilitarte es que logres responsabilizarte de tu propia vida. No estar continuamente compadeciéndote de ti mismo ni preguntándote qué o quién tuvo la culpa. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—No estoy seguro. —Aunque hubiera sido más sencillo fingir que entendía su razonamiento, Óðinn tenía miedo de que le hiciera preguntas y lo dejara en evidencia—. Si uno ha recibido un maltrato injusto tiene derecho a una indemnización, independientemente del camino que haya seguido en la vida. Al menos esa es mi opinión.

La mujer respiró hondo y se le ensancharon las fosas nasales.

—En eso estoy de acuerdo. Lo que quiero decir es que cuando alguien trata de superar su adicción debe mirar hacia delante y también en su interior. Todos tenemos nuestras propias tragedias y siempre hay alguien peor que nosotros. Y, como puedes imaginar, no soñamos con acabar así. Cuando te paras a pensar en las causas de tu desgracia, te encuentras con que puedes haber sido un adicto de nacimiento o que la vida ha sido cruel contigo desde el principio. O las dos cosas. La injusticia te deprime hasta tal punto que te hundes en la autocompasión. Lo que por otra parte es normal, pero no cambia nada. Sigues tan jodido como antes.

—No pienso provocarle esa reacción. Al menos no es mi intención. — Óðinn se preguntó si él mismo tendría la fortaleza a la que ella se había referido. Seguro que no—. Nada indica que los niños de Krókur sufrieran maltratos. Tan solo espero poder confirmarlo. Voy a hablar con más personas que estuvieron allí, pero el número dependerá de lo que ellos me vayan diciendo.

La mujer emitió un sonido gutural ronco, supuestamente una risa.

—Conque no hubo maltratos, ¿eh? Muy optimista te veo.

—¿Te refieres a Breiðavík y otros centros por el estilo? Espero que fueran

más una excepción que una regla.

—Puedes esperar lo que quieras. Pero eso no quita para que si alguien quiere cuidar decentemente a unos niños tenga que gustarle trabajar con ellos. Pero la gente parece incapaz de ello cuando se trata de los hijos de otras personas. Sobre todo si son traviosos, difíciles o están desamparados. Con los recién nacidos es otra historia, pero los adolescentes y los jóvenes nunca han tenido un lugar en casas ajenas y nunca lo tendrán. Así de simple.

Óðinn no quiso recordarle las innumerables adopciones exitosas que había en el mundo ya que probablemente la mujer se refería a los casos en que los niños habían residido brevemente en una casa ajena. Y algo de razón tenía. Las mismas cosas que uno le permite a su propio hijo pueden ser difíciles de tolerar cuando se trata de los niños de otra persona. Si Rún fuera una simple invitada en su casa, seguramente perdería los estribos ante sus constantes cambios de humor y su difícil comportamiento.

La mujer dio media vuelta, enfiló el pasillo y llamó a una puerta con firmeza. Les llegó una voz ininteligible pero lo bastante clara como para que la mano venosa de Kegga agarrara el pomo de la puerta y la abriera.

—Adelante. Si me necesitas, estoy aquí fuera.

Dicho esto se marchó sin presentarle al hombre ni asomarse para comprobar que Pytti estaba en condiciones de recibir a Óðinn.

—Pasa, pasa —dijo la versión masculina de la voz ronca de Kegga.

El hombre estaba sentado sobre una cama estrecha que parecía comprada en cualquier tienda barata de muebles. La ropa de cama no pegaba ni con cola: una almohada con un estampado de flores, un edredón a rayas y una sábana rosa. Al lado había una mesilla de noche que a todas luces habrían adquirido en una tienda de beneficencia, al igual que la silla que había junto a un pequeño escritorio y un armario empotrado en el que apenas cabrían los calcetines y la ropa interior de un hombre normal y corriente aunque sí

parecía ofrecer el espacio suficiente para las pocas prendas que poseía el dueño de la habitación. En la puerta del armario colgaba una imagen de Salomé recibiendo una bandeja de oro con la cabeza de Juan Bautista. El mensaje era claro: «Así que pensabas que tu vida era una mierda».

El hombre le hizo un gesto para que tomara asiento y Óðinn se sentó en una silla endeble preguntándose si aguantaría su peso. Crujió, pero no cedió. Óðinn se presentó y el hombre le respondió con su apodo.

—Me han dicho que estaba dispuesto a hablar conmigo. Espero que no haya sido un malentendido. Prometo no molestarle mucho.

El hombre se echó a reír y Óðinn comprobó que su dentadura no había corrido la misma suerte que la de Kegga. Su boca mostraba una alternancia de huecos y dientes, y las piezas que conservaba eran marrones y estaban descascarilladas. Se había roto la nariz en varias ocasiones, pero no debía de haber recibido asistencia médica en ninguna de ellas, y las orejas también parecían haber recibido una buena tanda de golpes.

—¿Molestarme? Ay, hijo. Hoy no tengo nada mejor que hacer, como el resto de los días.

Óðinn se dio cuenta de que en la habitación no había nada con que entretenerse. Ni televisión, ni ordenador, ni radio, ni libros.

—Nunca se sabe.

—Tengo una reunión a la hora de cenar pero, aparte de eso, estoy libre. Libre como el viento.—El hombre soltó una carcajada pero su risa se transformó enseguida en una tos ronca.

—¿Una reunión? —En un primer momento, Óðinn pensó que estaba bromeando pero luego cayó en que debía de tratarse de una reunión de Alcohólicos Anónimos—. ¿Podría comenzar, entonces?

Óðinn tenía ganas de terminar cuanto antes. Le incomodaba estar tan cerca

de una tragedia humana que nadie iba a cambiar ya. Aquel hombre no iba a recibir más que cuidados paliativos en lo que le quedaba de vida.

—Soy todo oídos —dijo Pytti con sarcasmo, y se rió de su propia gracia.

—Bien. —Óðinn sacó unos apuntes del bolsillo de la chaqueta—. Estoy haciendo una investigación preliminar sobre si los niños de Krókur recibieron un trato correcto, es decir, si allí no ocurrió nada parecido a lo acontecido en otros centros destinados a la acogida de niños y adolescentes.

—Qué gracia. Hablas de niños. A mí no me parecía ser ningún niño cuando estaba allí. Pero ahora, mirando atrás, sé que lo era, claro.

Óðinn miró sus apuntes y calculó mentalmente la edad del hombre. Cruzó los brazos al darse cuenta de que no tenía más que cincuenta y dos.

—Tenía catorce años, ¿no es así? Estuvo casi un año.

—Más o menos.

—¿Recuerda aquellos días?

Óðinn observaba el rostro magullado con la esperanza de poder evaluar si las respuestas eran veraces.

—Sí. No día por día pero creo que me acuerdo bastante bien. Tengo clara en mi memoria la primera parte de mi vida pero después vienen unas décadas borrosas. A lo mejor es que los viejos recuerdos permanecen porque no hay otros nuevos que los reemplacen.

—¿Cómo describiría su estancia allí? Quiero decir, cómo lo trataban. Y cómo trataban a otros, ¿lo recuerda? ¿Recibían alguna vez maltratos por parte de los trabajadores o no había nada de lo que quejarse? Dejando a un lado la falta de libertad, evidentemente.

—Gran pregunta. —El hombre le clavó la mirada, como si estuviera evaluando la sinceridad de su interlocutor—. No fue ni mejor ni peor que los años anteriores o los que vinieron después. Pero ten en cuenta que viví

siempre en condiciones penosas, tanto antes como después de mi paso por Krókur. Así que para mí no hubo mucha diferencia.

—Lamento escucharlo.

Óðinn tenía que andar con pies de plomo. No había ido hasta allí para investigar toda la vida de aquel hombre sino solo los once meses que había estado en Krókur. La mayoría de los chicos que habían pasado por allí habían vivido en condiciones lamentables. No en todos los casos, pero en los informes que Óðinn había leído era notable el número de chavales que procedían de familias alcohólicas. Y cuando no lo eran, entonces los padres eran pobres o se enfrentaban a cualquier otra dificultad. Al final quienes sufrían eran los hijos, que se vengaban de las injusticias del mundo con actos de vandalismo o cometiendo un robo sin importancia, que pagaban con su libertad. Pytti pertenecía al primer grupo: era hijo de unos alcohólicos empedernidos, un matrimonio que lo había desatendido durante la infancia. No le parecía buena señal que para el hombre la situación en Krókur hubiera sido similar a la de su casa.

—¿Por qué era infeliz en Krókur? ¿Había algún motivo en concreto o simplemente estaba descontento, en general?

El hombre se recostó en la cama y se llevó su mano retorcida al mentón con gesto pensativo. Temblaba tanto que sus dedos parecían estar tocando un piano imaginario.

—Fue algo lamentable, e inútil, por así decirlo. Me metieron allí por un delito ridículo, rompí una ventana del colegio en un ataque de rabia. ¿A quién le encierran hoy por una trastada así?

—A nadie —se limitó a responder Óðinn.

No estaba allí para reprochar o justificar la actuación de las autoridades en el pasado. ¿Qué podría decirse entonces sobre otros centros donde habían internado a niños inocentes?

El hombre pareció conformarse con la respuesta de Óðinn.

—Deberíamos haber estado de día en el colegio y luego por la tarde persiguiendo a las chicas. Y no en el culo del mundo contando los días para marcharnos.

—¿No teníais clase?

—Qué va. —Pareció pensárselo un momento—. Sí, algo intentaban meternos en la sesera, pero pasábamos casi todo el tiempo trabajando en la granja. —Pytti volvió a toser—. Cuando era crío se me daba bien estudiar. Pero no tuve ningún apoyo en casa y al final lo dejé y comencé a hacer el idiota. —El hombre desvió la mirada y la fijó en la pared que tenía Óðinn a su espalda. Seguramente estaba pensando en cómo habría sido su vida si hubiera recibido la educación adecuada. Al menos Óðinn no podía quitarse esa idea de la cabeza. Pero cuando Pytti continuó, cambió de tema—: Y mientras intentaban enseñarnos algo y nos esclavizaban en la granja no paraban de sermonearnos. Y no es que el matrimonio de predicadores fuera un modelo de caridad cristiana. Pero teníamos que ver la luz. Salir del camino errado, como decían. —De nuevo la risa ronca—. ¿No tendrás un pitillo?

—No, lo siento. —En ese momento Óðinn se arrepintió de no fumar. Le habría dado algún cigarrillo a aquel pobre hombre—. Así que erais entre cinco y diez chicos cada vez. Seguro que tenían que hacer frente a todo tipo de fechorías. ¿Qué tipo de castigos aplicaban?

—Lo normal. Te apartaban y te echaban un sermón. A veces te dejaban encerrado en la habitación y tenías que leer la Biblia. O te quedabas sin cenar. Te ponían a remover el estiércol. Mandaban cosas de todo tipo.

—¿Algún castigo físico?

—Alguna torta que otra. Una vez se me cayó un diente, si mal no recuerdo. Óðinn apuntó el dato.

—¿Quién le pegó?

—Veigar. El director. Viejo cabrón. Seguro que tenía menos años de los que yo tengo ahora.

—No llegaba a los cuarenta en aquel entonces. —Óðinn dejó el bolígrafo—. ¿Se le iba la mano?

—Bueno, no sabría decirle. Tenía tendencia a perder los nervios. Nada grave, vaya. A los que estábamos acostumbrados a que nos dieran las órdenes con un bofetón no nos afectaba, pero otros lo llevaban muy mal. La vieja era mucho peor, aunque ella nunca nos puso la mano encima. Al menos yo prefería la zurra de toda la vida a cualquiera de sus miradas.

—¿Miradas?

—Sí. Estaba mal de la cabeza. Te miraba como si te pudiera taladrar con los ojos. Se te ponían los pelos de punta. Además soltaba unas barbaridades que te dejaban temblando.

—¿Ah, sí? ¿Como qué?

—Uf, no sé si quiero recordarlo. —Se humedeció los labios y su lengua roja resaltó en el rostro grisáceo del hombre—. Pasajes de la Biblia y comentarios desagradables sobre lo sucios y miserables que éramos. Decía que acabaríamos en la basura. De alguna manera era lo peor que te podían decir, que de allí no irías a ninguna parte. Creo que eso es lo que más me afectaba. No es que no lo supiéramos, pero a veces conseguíamos olvidarlo y no era agradable que nos lo recordaran.

Óðinn respiró hondo y deseó estar en otro sitio. Por ejemplo, frente a su ordenador, desde donde podía vigilar a Rún. Le costaba ver adónde quería llegar un informe sobre unos chavales que habían sido víctimas de la injusticia hacía tantas décadas. No había indemnización, por muy elevada que fuera, que pudiera compensar el daño causado. ¿Y cuál era exactamente el origen de aquel daño? ¿Habría sido distinta la vida de aquel hombre si no lo hubieran enviado a Krókur? Evidentemente, Óðinn no podía saberlo y, al fin

y al cabo, tampoco cambiaría nada con ello. Una injusticia era una injusticia, al margen de lo que hubiera ocurrido antes o después.

—La investigación de otros centros ha revelado que en ocasiones eran los propios chicos los que hacían que la estancia de sus compañeros se convirtiera en un infierno. Los trabajadores no interferían y los pequeños sufrían acoso y recibían palizas de los mayores. ¿Ocurría algo parecido en Krókur?

—No, que yo recuerde. Claro que había peleas de vez en cuando, pero hay que pensar que allí se juntaba una panda dura de roer. Habría sido un milagro que nunca nos hubiéramos pegado. También había burlas, pero nada que doliera. No mucho, al menos.

Por la manera en que recordaba las burlas, era evidente que el propio Pytti no había sido víctima de acoso. Tal vez otro tuviera una historia distinta que contar. Óðinn se agobió con la idea de hablar con más personas en la misma situación que aquel hombre.

—¿Le gustaría añadir algo? ¿Algo que no le haya preguntado?

Óðinn tenía la impresión de que se había dejado algo, pero las ganas de marcharse y de ir a buscar a Rún eran demasiado fuertes.

—Solo que era un sitio horrible. El lugar en sí, digo. La granja y el entorno. No estaba en el campo. Yo no sé dónde coño estaba eso. En el culo del mundo. No tenía sentido que allí hubieran puesto una granja. No, allí había algo que no era como tenía que ser. Algo que no tenía que ver con la gente.

—No entiendo bien. ¿Qué quiere decir?

—No lo puedo explicar, pero yo no era el único que sentía aversión hacia aquel lugar. La sentíamos todos. Era un mal lugar. Algunos pensaban que el viejo había enterrado a su hijo en alguna parte y que por eso reinaba aquella atmósfera tan desapacible.

—¿Su hijo?

Óðinn no había leído en ninguna parte que el matrimonio hubiera tenido un niño.

—Un bebé, o un feto. No sé lo que era pero la mujer dio a luz a un niño que murió en el parto o nació muerto. El caso es que no dio tiempo a bautizarlo, así que aquel matrimonio tan cristiano no podía enterrarlo decentemente en un cementerio o meterlo en un ataúd con otro cadáver. Simplemente cavaron un hoyo en alguna parte. —Pytti desvió la mirada de Óðinn al percibir su expresión de incredulidad—. No me crees, pero eso es lo que pasó. Y hubo dos chicos que cargaron con las consecuencias.

—Un momento. ¿Cómo?

—Murieron los dos. ¿O te pensabas que había sido un accidente?

Enero de 1974

Tras haber pasado la noche en vela, Aldís tenía la cara hinchada y profundas ojeras. El agua helada la refrescó, aunque solo un instante. En cuanto sus mejillas dejaron de estar enrojecidas, su rostro adquirió el mismo aspecto cansado y desarreglado de antes. Le entraron ganas de tapar el espejo con la toalla mientras se lavaba los dientes. Un baño hubiera sido una bendición, pero en la casa solo había una bañera que tardaba una eternidad en llenarse. Además, si se metía tan cansada en agua caliente corría el riesgo de quedarse dormida. Y morir ahogada en ese lugar no era una perspectiva muy tentadora.

Aldís escupió la pasta y se enjuagó la boca. Le habría gustado hacer lo mismo con el cerebro y escupir los pensamientos que la habían mantenido despierta. Todo lo que la torturaba tenía que ver con las dos cosas que más la afectaban: la relación con su madre y el misterio que envolvía a Einar. Mientras daba vueltas en la cama en la oscuridad los problemas se le hacían cada vez más insuperables. Su dolor de estómago se intensificaba y no encontraba ninguna forma de pensar en otra cosa. La agobiante sensación de que todo iba a salir mal la oprimía cada vez más. Y lo que era peor: no podía hacer nada al respecto. Trataba desesperadamente de dar con una manera de enderezar su vida pero le era imposible. Siempre acababa pensando en el destino y en que no estaba en su mano lo que pudiera pasar. Hasta los sueños que había tenido cuando al fin se durmió habían sido malos. El despertador la había sacado de un mundo del que prefería no acordarse. Lo único que

recordaba era la brumosa imagen de un hoyo del que no podía salir y que poco a poco se llenaba de un barro que caía por los bordes. No quería recordar más, y menos todavía la vaga sensación de que allí abajo había algo repulsivo. El lado positivo era que al menos había dormido un poco, aunque no sabía cuánto tiempo. Seguramente más de lo que pensaba. Como siempre.

Abrió el grifo del agua caliente para lavarse las manos y mientras se calentaba el agua recuperó el ánimo y se miró en el espejo. A través del vaho que ascendía por el cristal le pareció distinguir una raya rojiza en la mejilla, justo donde su madre le había dado la bofetada. Aldís no quiso limpiar el espejo para comprobarlo, pero se llevó la mano a la mejilla y notó que estaba caliente y dolorida.

De pronto aporrearon la puerta del baño.

—¡No eres la única que tiene que ir al lavabo!

Aldís recogió sus cosas apresuradamente y salió del cuarto de baño. Apoyado contra la pared, Malli le dirigió una mirada asesina. Aldís sintió ganas de gritarle pero se contuvo. Ella no tenía la culpa de sentirse así. Además, tampoco le apetecía empezar la mañana peleándose tontamente. De vuelta en la habitación, se sintió mejor después de atarse los zapatos y hacerse una coleta. Entonces se dio una palmada en las rodillas como para recordarles a sus piernas que debían ponerse en marcha. Se encontraría mucho mejor conforme avanzara el día. Tenía que aguantar y la mejor manera de hacerlo era recordarse continuamente cuántas horas habían pasado y cuántas le quedaban. Y cuando llevara la mitad de la jornada y ya viera el final, se sentiría mejor. Lo sabía por experiencia. Además tenía que guardarse las energías porque al día siguiente libraba e iría a la ciudad fuera como fuese, andando si hacía falta. Necesitaba algunas cosas y quizá podía aliviar su tormento comprándose algo bonito.

La idea del día de compras la animó y al abrir la puerta para salir casi

golpeó en la nariz a Tobbi, al que no esperaba encontrar frente a su habitación. Su presencia no solía ser amenazadora, pero en esa ocasión Aldís se llevó un susto de muerte.

—Pero ¿qué haces aquí, idiota? ¿Es que no sabes llamar a la puerta?

Aldís no solía ser tan severa con los más pequeños pero no se pudo controlar. El corazón se le había acelerado y su cuerpo necesitaba sacar la adrenalina que corría por sus venas. En realidad, todavía estaba resentida con el niño por no haber dicho la verdad de lo que había ocurrido en el comedor.

—Perdona. Has abierto justo cuando iba a llamar.

Avergonzado, Tobbi bajó la cabeza y se miró los pies. Le había crecido el pelo y el flequillo negro le colgaba por encima de la frente y los ojos. Lilja se encargaba de cortarles el pelo a los chicos, pero últimamente se había descuidado y muchos tenían un aspecto desaliñado.

—¿Has venido para pedirme disculpas? No creerás que te vas a librar así como así. Me importan una mierda las excusas que puedas darme. Si quieres arreglar las cosas, ya estás tardando en contarles la verdad a Lilja y Veigar — dijo cruzando los brazos para evitar la tentación de agarrar al niño y obligarle a que la mirara a la cara.

—No he venido para eso.

Sus palabras eran tan ininteligibles que parecía que hablaba con la boca llena de chicle, cosa que era posible. Su abuela le enviaba regularmente pequeños paquetes con chucherías y, como Tobbi era el encargado de ir a buscar el correo, se las arreglaba para quedarse con el envío como recompensa por la tarea. Recoger el correo implicaba caminar todo el camino de acceso hasta la carretera, ya que lo dejaban sobre una vieja tarima donde también depositaban la lechera. Veigar y Lilja solían incautar todos los dulces alegando que no estaban permitidos en la residencia. Aldís había visto a Lilja echarles a los cerdos los caramelos que llegaban por correo y, que ella

supiera, ni siquiera les decía a los niños que habían recibido los paquetes. No sabía qué era peor, que retuvieran los paquetes o que no les dijeran nada a los niños, pues de ese modo les hacían creer que sus familias se habían olvidado de ellos. Aldís a menudo se planteaba decírselo, pero siempre se contenía. Tenía miedo de las consecuencias, no solo por ella sino también porque podría producirse un motín que terminaría siendo reprimido con firmeza y la situación de los chicos sería todavía peor. En una ocasión se había armado de valor y se lo había mencionado a Lilja, pero esta le había respondido que era mejor dejar las cosas como estaban porque algunos niños no recibían nunca nada y podían sentirse mal o tener envidia de los otros. Es decir, que todos debían sentirse igual de mal. Aldís no se atrevió a replicar.

—Tengo algo para ti.

Tobbi se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y le tendió un sobre doblado pero sin arrugar.

Aldís se tranquilizó. Se quedó mirando el sobre sin decir palabra. Nunca se le había ocurrido pensar que a ella se le aplicaba la misma restricción que a los chicos. Antes de estirar el brazo para cogerlo, le preguntó en voz baja:

—¿He recibido antes otras cartas que se hayan quedado Lilja y Veigar? — Tobbi asintió con la cabeza y a Aldís le pareció que el niño se sentía avergonzado. Echó un vistazo a las palabras escritas en el sobre y reconoció la letra de inmediato—. Esas cartas que he recibido, ¿tenían todas la misma letra?

—Creo que sí. Pero no estoy seguro del todo.

Tobbi se movía con inquietud en el pasillo. Todavía no la había mirado a la cara.

Aldís le arrebató el sobre. Pesaba más de lo que se había imaginado, aunque solo parecía contener papel. Se le hizo un nudo en la garganta, dio un paso hacia atrás y cerró la puerta en las narices de Tobbi sin darle las gracias

ni echarle la bronca por no haber dicho la verdad sobre lo que había pasado en el comedor. Se sentía demasiado cansada, enfadada y triste.

Conocía tan bien aquella fina caligrafía como la suya. Sentía el sobre arder en sus dedos y deseó tirarlo a un rincón. No podía haber llegado en peor momento. Todavía estaba trastornada por esa noche de insomnio en que no había dejado de pensar en su madre y en cómo le había fallado. Parecía cosa del destino, ese mismo destino que por la noche le había susurrado irónicamente que no estaba en su mano lo que fuera a depararle el futuro.

Aldís se guardó el sobre en el bolsillo y salió de la habitación secándose los ojos con fuerza. Ya leería la carta más tarde.

En ocasiones, la rabia podía ser buena compañera. Aldís sintió que la invadía una determinación que se había olvidado que tenía. Alrededor la gente parecía darse cuenta de que algo le pasaba y hasta Lilja, por primera vez, evitaba hablar con ella o darle órdenes. Incluso se mordió la lengua al ver que Aldís se guardaba dos rebanadas de pan en el bolsillo para dárselas al pájaro. Hasta entonces la joven siempre se llevaba las migas a escondidas. Pero en ese momento la reacción de Lilja le importaba un bledo. Aldís pensó que explotaría solo con que Lilja le echara el aliento. Aunque no le vendría mal desahogarse, la convivencia ulterior no sería muy agradable, dado lo resentida y vengativa que era su jefa. Además temía dejarse llevar y decir lo que le parecía que le hubieran estado robando las cartas; aún no quería hablar de eso. Quería preparar bien y repetir su discurso mentalmente una y otra vez hasta que fuera perfecto.

Cada vez que se movía, Aldís notaba el sobre en el bolsillo trasero del pantalón y su rabia aumentaba. Le parecía increíble que el matrimonio hubiera tenido el valor de incautarle el correo. Estaba segura de que no se

habían contentado con robarle las cartas sino que además las habían leído. Solo de pensarlo montaba en cólera como nunca en su vida. No tenían derecho a husmear en su vida privada y a burlarse de las cartas de su madre, que seguramente le escribía para pedirle perdón. ¿Para qué si no? Mientras pensaba en la manera de vengarse de Lilja y Veigar, se preguntaba qué pondría en la carta y siempre llegaba a la misma conclusión: su madre le pedía que tuviera compasión, que se pusiera en contacto con ella y que regresara a casa. No podía poner otra cosa. Raro sería que escribiera a Aldís para seguir insistiendo en que era una maldita embustera que no podía soportar que su madre hubiera encontrado el amor. Esa opción estaba descartada. Quizá quería que le devolviera el dinero, aunque se tratara de una cantidad pequeña. Era ese miedo a que su madre no escribiera en tono conciliador el que impidió a Aldís meterse en su habitación durante la pausa del café para abrir el sobre y leer la carta. Era mejor esperar a que terminara la jornada.

—¿Estás enfadada conmigo? —preguntó Einar acercándose a Aldís, que estaba agachada con el recogedor en la sala donde se celebraban las reuniones cristianas.

Al principio había asistido a las reuniones, no por que quisiera escuchar la palabra del Señor, sino por infundir un poco de variedad a su monótona existencia. Cuando Aldís se había sentado detrás de los chicos, a Veigar y a Lilja se les había iluminado el rostro, pero su alegría se había desvanecido enseguida cuando, después de tres reuniones, la joven no volvió. No podía soportar las repetidas citas de la Biblia que se turnaban en leer, ni sus caras de santurriones. Así que no volvió a entrar en la sala más que para limpiarla una vez por semana.

—No. —Aldís se enderezó—. ¿Por qué iba a estarlo?

No se sentía capaz de hablar sobre nada relacionado con él, y menos aún

de lo de las cartas. Ya lo haría en otro momento.

—Estabas muy rara al mediodía.

—Es que no estoy de buen humor. Pero no tiene nada que ver contigo.

Einar levantó la mano como si fuera a tocarle la cara, pero se contuvo. En lugar de eso se metió las manos en los bolsillos y se meció sobre los talones.

—Tobbi me ha contado lo de esta mañana. Solo quería decírtelo. Y también que Veigar y Lilja son unos cabrones. Unos auténticos cabrones.

Aldís estaba de acuerdo pero no se lo dijo. No tenía claro si debía pedirle que se fuera o alegrarse de su compañía.

—¿Por qué te lo ha contado?

—He visto que esta mañana después de ir a la carretera se metía en tu casa. Tenía que haber ido ayer a buscar el correo, pero se les olvidó enviarlo. No sabía si quería verte a ti o a alguno de los que comparte la casa contigo, así que se lo he preguntado. No me cuesta nada hacerle hablar.

Claro que no le costaba. Tobbi tenía trece años y Einar rondaba los diecinueve, era casi un adulto. Pero Aldís no podía reprochárselo sin admitir que había mirado su billetera. Y no quería decírselo. Quizá más adelante, pero no en ese momento.

—¿Le has preguntado si vio cartas para ti?

A Aldís le parecía una pregunta completamente normal pero Einar puso cara de extrañado al oírla.

—No, no se lo he preguntado. —A Einar no se le daba bien mentir y ambos lo sabían. Como para evitar que Aldís lo acosara a preguntas, se apresuró a añadir—: Si hace buen tiempo esta tarde me escaparé un rato. A lo mejor me voy a caminar para disfrutar de un poco de libertad. Me preguntaba si querrías venirte. Si me meto en problemas, prometo no decir que estabas conmigo.

—¿Cómo vas a salir?

Aldís preguntaba solo para retrasar el momento de tener que responder a su pregunta. Sabía perfectamente que escaparse de los dormitorios era coser y cantar.

—Ya lo veré. —Einar sonrió pero su sonrisa no llegó a sus ojos—. ¿Qué dices? ¿Te apuntas? Te sentará bien, iremos muy lejos para que puedas gritar hasta quedarte afónica. A veces viene bien desahogarse así. —Parecía decirlo por experiencia.

Aldís jugueteaba con el mango del recogedor mientras pensaba la respuesta. Si se iba con él podía meterse en un buen lío, hasta podría perder el trabajo. Pero ¿y qué? No se iba a acabar el mundo si se quedaba sin carta de recomendación de Veigar y Lilja. Total, aunque se esforzaba en hacer bien sus tareas, no podía estar segura de las referencias que darían esos dos. Simplemente volvería a Reikiavik antes de lo que tenía pensado.

—Vale. ¿Dónde nos vemos y a qué hora?

A Einar se le iluminó el rostro. Tras acordar el sitio y la hora, el chico salió de la sala y al llegar a la puerta se giró y le hizo un guiño cómplice. Cuando ella le devolvió el guiño, él ya se había ido.

Antes de marcharse de la sala, Aldís no pudo evitar vaciar el recogedor debajo de la alfombra donde se encontraba el púlpito de Lilja y Veigar.

Con el abrigo puesto y lista para encontrarse con Einar, Aldís abrió por fin la carta. Había pasado un buen rato sentada en la cama mirando fijamente aquel sobre inocente, pero en ese momento lo cogió impulsivamente y lo abrió. Permaneció sentada con la carta en el regazo y con la mirada fija en aquellas letras negras escritas en la parte superior de la hoja que seguían líneas perfectamente rectas, como si su madre hubiera usado una regla para

asegurarse de que ninguna palabra se torcía. Después respiró hondo y comenzó a leer.

Querida Aldís:

Espero que hayas leído mis cartas anteriores aunque no haya obtenido respuesta. Me da mucho miedo que al ver el remite las hayas tirado sin abrirlas. Pero en caso de que estés leyendo estas líneas, te ruego una vez más que te pongas en contacto conmigo, que me llames o me escribas, aunque solo sean cuatro palabras.

Como ya te he escrito en otras cartas, Lárus se ha ido, así que no tienes que preocuparte de que conteste al teléfono si llamas o que lea lo que escribas.

No tengo palabras para expresar cuánto te echo de menos; daría lo que fuera por poder retroceder en el tiempo y hacer las cosas de otra manera. Pero lamentarse no sirve de nada, te he fallado y tengo que vivir con ello e intentar enmendarlo. Desde que naciste le has dado sentido a mi vida, has sido lo único que me ha dado felicidad y alegría. Sin ti, mi vida no vale nada.

Por favor, dame noticias tuyas, querida Aldís, me angustia profundamente no saber cómo te va y cómo te encuentras. Te quiero y siempre te querré y te pido por favor que olvides esos pocos segundos en que dudé de tu honestidad y que, en su lugar, pienses en todos los años en que mis verdaderos sentimientos hacia ti han dictado mi comportamiento.

Tu querida madre

Aldís dejó de nuevo la carta en su regazo. Se contuvo las ganas de leerla otra vez. Para poder saber qué sentía tenía que leer las cartas anteriores. ¿Cuándo se había dado cuenta su madre de que Aldís había dicho la verdad? ¿Había echado de casa a ese cabrón o se había marchado él? ¿Fue entonces cuando su madre había empezado a arrepentirse de verdad? En lugar de intentar ordenar sus pensamientos, Aldís se levantó y se fue. Todavía quedaban más de diez minutos hasta su cita con Einar y mientras tanto quería llevarse un poco de aguardiente de la despensa. Nunca había tenido ganas de beber alcohol, no le gustaba ni el sabor ni ponerse a balbucear y decir

tonterías. Normalmente. Pero aquella le parecía una buena ocasión. Aunque solo fuera por hacer algo de lo que arrepentirse después. De todos modos, su situación no podía ponerse peor. ¿O quizá sí?

—Pensábamos que tardarías más.

Diljá le guiñó un ojo a Rún y le dirigió una sonrisa a Óðinn. El rojo de sus labios se había atenuado durante su ausencia y él lo interpretó como una señal de que Diljá había tenido a Rún bien vigilada, ya que ni siquiera se había escabullido para retocarse el maquillaje en el espejo del baño, como solía hacer con frecuencia. En su fuero interno, Óðinn se debatía entre sentirse agradecido por el favor y tenerle miedo a las posibles razones de su comportamiento. ¿Qué le habría estado contando Diljá a su hija mientras él no estaba?

—Queréis que me vaya otra vez, ¿no? —bromeó Óðinn intentando hacerse el gracioso, pero la mirada inescrutable de Rún le indicó que le había salido por la culata, así que optó por acariciarle el pelo para que viera que no lo decía en serio—. Y yo que pensaba que era indispensable.

—No tanto —aclaró Diljá haciéndole un guiño de complicidad a Rún. Cogió su bolso y su cuerpo se ladeó por el peso. A Óðinn le fascinaba a menudo el peso que cargaban las mujeres. Y luego nunca encontraban nada en el interior de aquellos agujeros negros—. Vigila mi sitio, Rún. Voy a por un café, vuelvo enseguida. ¿Queréis algo?

Dijeron que no y Óðinn la vio salir de camino hacia el baño.

—¿De qué habéis estado hablando? —preguntó girándose hacia su hija.

Rún se encogió de hombros.

—De nada en especial. Solo he estado dibujando.

El escritorio del compartimento de Róberta estaba cubierto de dibujos coloreados. No sabía de dónde había sacado Diljá los lápices de colores, ya que no formaban parte del material de la oficina. A lo mejor los había encontrado en el cajón de Róberta. En todo caso, agradeció a Diljá que no le hubiera dado a Rún un bolígrafo, ya que apretaba tanto que habría dejado marcas en el escritorio.

—¿Quieres llevarte los dibujos a mi compartimento? Prefiero tenerte a mi lado mientras trabajo. Aquí estás tan lejos que, para eso, podrías haberte quedado en casa. —Óðinn había trasladado a Rún al compartimento de Róberta para que estuviera cerca de Diljá mientras él estaba fuera. No se había parado a pensarlo antes de marcharse, pero ahora se arrepentía un poco de haberla dejado en el compartimento de una persona fallecida. Y, para colmo, en el lugar exacto donde había pasado a mejor vida—. Ven, cariño, vamos a cambiar de sitio. Tengo que trabajar un poco más y luego nos iremos.

Le había prometido que terminaría antes de lo habitual para que no tuviera que pasarse todo el día metida en la oficina y quería cumplir con su palabra.

—¿Quiénes son? —preguntó Rún señalando con su pálido dedo hacia la foto de los dos chicos que habían fallecido en Krókur.

Óðinn tragó saliva.

—Unos chicos. Es una foto antigua.

—¿Cómo se llaman? —preguntó mirando a su padre sin bajar el dedo.

—Einar y Þorbjörn.

Por mucho que el relato de Pytti sobre sus muertes le pareciera un tanto inverosímil, no podía quitárselo de la cabeza. ¿Qué pensaba hacer con aquella información? ¿O era mejor omitirla? Si la contaba, nada más publicarse el informe se iría directo a la oficina de empleo. Nadie querría leer en un documento oficial chismorreos sobre un bebé muerto y enterrado en algún

lugar de Krókur. Óðinn tampoco entendía qué relación guardaba aquella historia con la de los dos chicos. Bastante le había costado seguir la enrevesada historia de Pytti sin mezclarla con el asunto del recién nacido. Sin embargo, al final pensó que había llegado al quid de la cuestión: el tubo de escape no había quedado taponado por la nieve. Los chicos habían muerto asfixiados porque alguien había obstruido el tubo con un trozo de algodón. Las teorías de Pytti sobre quién había querido acabar con ellos eran tan difusas como cualquier otra parte de la historia; podía haber sido el matrimonio que dirigía el centro, los empleados o alguno de los otros chicos. Las razones tampoco estaban claras y todos los intentos de Óðinn para averiguarlas fueron recibidos con miradas de indiferencia. Como todas las teorías conspiratorias, la historia de Pytti era confusa, oscura y probablemente falsa. Sin embargo, el detalle tan preciso del algodón le confería cierta veracidad.

—¿Por qué tienes una foto de ellos en el trabajo? —preguntó su hija sin dejar de mirar la fotografía.

—No lo sé. No es mi compartimento. A lo mejor le gustaba a la mujer que se sentaba aquí antes.

—Te miran de frente. —Rún bajó la mirada y frunció el ceño—. Te siguen con la mirada.

—Eso es porque están mirando a la cámara. —Óðinn no pudo evitar dar un paso hacia un lado y, efectivamente, le pareció que los chicos lo seguían con la mirada. Por muy ridículo que pareciera, le daba la sensación de que estaban impacientes por ver cómo continuaría su investigación y si sacaría a la luz la verdad de su historia. Óðinn sintió la tentación de inclinarse hacia la foto y decirles a los chicos que ya tenía suficiente con una muerte misteriosa, que no le hacía falta otra. En ese momento su prioridad era sacar a Rún del compartimento, sobre todo porque había advertido que estaba sentada en la

misma silla en que había muerto Róberta—. Ven. Hay zumo en la sala del café. Tienes que beber algo.

Pero Rún no se movió del sitio.

—¿Dónde está la mujer que trabajaba aquí? ¿Dejó el trabajo como el hombre del otro escritorio?

—Sí, lo dejó.

—¿Y por qué no se llevó sus cosas? Él no dejó nada.

—No tuvo tiempo. Pronto se llevarán todo.

Óðinn giró la silla y tuvo que controlarse para no sacar a Rún de allí.

—Esta no es la silla de Róberta. —Diljá había vuelto a su compartimento y los miraba con una taza de café en la mano. Se había repintado los labios y Óðinn tenía que reconocer que estaba más guapa de lo habitual. Por un momento envidió a Denni el que se hubiera ido a casa con ella la noche de la cena de empresa. Diljá continuó hablando y Óðinn salió de su ensimismamiento—. Le he cambiado la silla a Denni. No se ha atrevido a rechistar, y eso que no creo que esté muy contento con el cambio. —Diljá sonrió y dio un sorbo de café—. Pero ya le está bien.

—¿Por qué? —Rún alternaba la mirada entre Diljá y su padre—. ¿Qué ha hecho?

—Nada. Ese es el problema.

Diljá volvió a colgar el bolso en el respaldo de su silla, se sentó y se puso a aporrear el teclado.

—¿Cómo que nada? —preguntó Rún mirando a su padre—. ¿Y qué le pasaba a la otra silla?

—No le pasaba nada. Diljá está de broma, nada más.

Tal vez habría sido mejor llamar para decir que estaba enfermo. Lo pensó sobre todo cuando cogió los dibujos de Rún. En uno se veía una figura de ángel que a primera vista parecía tumbada en la nieve mientras otra

permanecía de pie y la miraba. Pero enseguida se dio cuenta de que la primera figura tenía la boca abierta y representaba claramente a una mujer que o bien movía los brazos desesperadamente mientras caía, o bien ya estaba en el suelo después de haberse estrellado. De la otra persona solo se veía la espalda, pero también era una mujer, a juzgar por las piernas que asomaban bajo una prenda que parecía ser un abrigo. A no ser que fuera un hombre que llevara pantalones cortos debajo de un abrigo largo. En otro dibujo había una lápida en la que ponía «Mamá». La tumba estaba decorada con unas flores sonrientes que no encajaban del todo ni con la lápida ni con la inscripción. El día siguiente le enseñaría esos dibujos a la psicóloga. Al ver el tercer dibujo se quedó de piedra. En él había un coche rectangular en cuyas ventanas se veían dos caras gritando; sus bocas redondas eran prácticamente iguales a la de la mujer del primer dibujo. Óðinn se giró hacia la fotografía de la pared. ¿Por qué demonios Diljá le habría contado a Rún la tragedia de aquellos chicos? Se lo podía haber ahorrado. Definitivamente, deberían haberse quedado en casa.

—No hacía ninguna falta que le contaras a mi hija la historia de los dos chicos que se asfixiaron en el coche —dijo Óðinn cruzando los brazos para no alzar un dedo admonitorio delante de Diljá. Sentía cómo la rabia se apoderaba de él, y con razón: a una niña pequeña no se le contaban esas cosas—. No entiendo en qué estabas pensando. Ya tiene suficiente con lo que le ha ocurrido para tener que oír semejante historia.

Bastante miedo le daban ya las ventanas abiertas como para que ahora, además, comenzara a negarse a subirse al coche.

Diljá se giró sin ni siquiera molestarse en ocultar la página de Facebook que se veía en la pantalla de su ordenador.

—¿De qué estás hablando?

—De Rún. Le has contado lo de esos chicos que murieron asfixiados en el coche. Los de la foto que hay en el compartimento de Róberta.

Óðinn procuraba hablar en voz baja para que Rún no lo oyera desde el otro lado de la oficina.

—¿Estás loco o qué? —preguntó Diljá levantando las cejas sorprendida—. No le he dicho nada de esos chicos y mucho menos de que murieran asfixiados. —Se enderezó ligeramente y dio la impresión de que iba a ponerse de pie—. ¿Cómo se te ha podido pasar por la cabeza?

Por un segundo la rabia de Óðinn se convirtió en asombro, pero luego volvió a encenderse.

—¿Será porque los ha dibujado mientras la vigilabas? —preguntó sacando el dibujo doblado del bolsillo trasero del pantalón y mostrándoselo. Diljá estiró el brazo como para cogerlo pero Óðinn lo retiró, volvió a doblarlo y se lo guardó en el bolsillo—. No irás a decirme que es una coincidencia.

—Y yo qué sé. No le he dicho ni media palabra sobre los chicos. ¿Para qué? Se lo habrás contado tú. Es tu caso, no el mío. Yo no tengo ningún interés. Cero.

—¿Yo? —Óðinn tuvo que controlarse para mantener la calma—. En la vida se me ocurriría hablarle de eso a mi hija. ¡Estás loca!

—¡Tú sí que estás loco! Yo no le he dicho nada. Hemos hablado de otras cosas.

—¿Ah, sí? ¿De qué cosas?

—De lo imbécil que eres, por ejemplo —respondió Diljá cruzando los brazos a la altura del pecho y señalándolo desafiante con el mentón—. De lo mucho que me extraña que tengas una hija tan buena. Está claro que debe de haber salido a su madre.

Óðinn se quedó sin habla. No tenía ninguna intención de enzarzarse en una

pelotera infantil con Diljá. Y lo que era peor aún: la creía. ¿Por qué razón iba a contarle esa historia? ¿Porque se había quedado sin tema de conversación? No podía ser. Diljá se sabía al dedillo todos los cotilleos de la ciudad.

—Si tú no le has dicho nada y yo tampoco, ¿cómo explicas que supiera la historia de los chicos de la foto?

La rabia había desaparecido de su voz pero, para su irritación, ahora sonaba como un quejica.

—No tengo ni idea. ¿Cómo lo voy a saber? No se me ocurre por qué lo ha dibujado. A lo mejor es gente gritando en una montaña rusa.

La explicación era inverosímil, pero no del todo imposible. Tendría que preguntarle a Rún, pero no quería alarmarla. Por eso no había querido interrogarla por el contenido del dibujo, pese a haber visto que su hija se había dado cuenta de su reacción al coger las hojas. Pero él había preferido hacer como si no pasara nada. Óðinn estaba harto de ir siempre como pisando huevos.

—¿No será que ha estado hurgando en las cosas de Róberta y ha encontrado algo sobre el suceso? Tú no la has oído rebuscar, ¿no?

Diljá dio un soplido para apartarse un mechón de la frente.

—Sí, a lo mejor. Aunque igual no. Aquí se oye todo de un compartimento a otro, pero si Rún ha estado hojeando documentos procurando no hacer ruido, puede que no me haya dado cuenta. Aun así, dudo que lo haya hecho. ¿Desde cuándo los niños tienen curiosidad por mirar carpetas?

Óðinn se arrepentía de haber sido grosero con ella. Pese a sus defectos, Diljá era una de las pocas personas que le daban vida a la oficina.

—Por cierto, ya que dices que se oye todo de un compartimento a otro, ¿sabes si Róberta había recibido amenazas alguna vez? ¿Comentó algo al respecto?

Todavía con los brazos cruzados, Diljá negó con la cabeza y se puso en

guardia como si esperara que Óðinn fuera a acusarla de haber amenazado a Róberta.

—Nunca. —Seguidamente se le iluminó la mirada y añadió muy ufana—: Bueno, una vez recibió una llamada muy extraña. De repente alzó la voz y pareció muy alterada. Dijo algo de unos e-mails y le preguntó a la persona que llamaba si era ella la que se los había enviado. Le pregunté qué pasaba en cuanto colgó, pero no quiso hablar del asunto. Solo hizo un comentario que no entendí muy bien.

—¿Te acuerdas de lo que te dijo?

—No de las palabras exactas, pero algo así como que había gente muy rara. Que debería haberlo sabido, que ya la habían avisado de que aquella persona no estaba bien de la cabeza. Pero que eran cosas del trabajo y tenía que aceptarlas —explicó Diljá balanceando una pierna—. Luego me soltó una especie de pulla, dijo que a diferencia de otros, ella no iba a cotorrear sobre la persona que la había llamado. Que aunque esa persona se hubiera comportado como una imbécil, ella sabía estar a la altura de las circunstancias. Como si yo no supiera...

No eran ni el lugar ni el momento adecuados para hablar de la discreción de Diljá, así que Óðinn prefirió fingir sorpresa ante el comentario de Róberta.

—¿Mencionó si había sido un hombre o una mujer y de qué se conocían?

—No. Y si lo hizo, no me acuerdo. Creo que se cuidó bien de no decir si era hombre o mujer o de aclarar de qué conocía a esa persona. Pero fijo que tenía que ver con el trabajo. Aunque, no sé por qué, me parece que fue una mujer. Las mujeres de la edad de Róberta se alteran de distinta manera con hombres que con mujeres, y me pareció más una discusión entre mujeres. —Diljá dejó de balancear su elegante pierna y lo miró con una inquietante seriedad—. Te dije que no aceptarás este proyecto. Tiene algo. Róberta acabó

convirtiéndose en una lunática. Se quedaba mirando la foto de los chicos y hacía cosas extrañísimas. Y a ti ya ha empezado a írsete la pinza.

A Óðinn no le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación.

—¿Sabes si entrevistó a alguien de Krókur? —En sus fichas de control de horas no constaba pero, si la habían llamado y le habían enviado emails, al menos tenía que haber hablado con alguien. Alguien con un gran interés en que se detuviera la investigación sobre el reformatorio. Y Óðinn quería saber por qué. No quería que se montara un escándalo cuando se publicara el informe, pero era difícil pensar qué podría haber causado una reacción tan exacerbada después de casi cuatro décadas. A no ser que se tratara de algún delito grave como un homicidio—. ¿Crees que habló con alguno de los antiguos internos? El hombre que he entrevistado hace un rato dice que nadie se puso en contacto con él, pero quizá Róberta llamó a otros.

—No. —Diljá parecía contrariada por no seguir hablando de lo siniestro que le parecía el caso—. Estoy segura de que no lo hizo. Me habría enterado. Solía decirme adónde iba cada vez que salía de la oficina. Como si me importara. —Cogió la taza de café y miró su contenido—. Esta mierda de taza gotea. —Volvió a mirar a Óðinn—. Pero sí hizo entrevistas a algunos empleados. A uno o dos. Igual a más.

—¿Sabes a quién? En los documentos no encuentro ninguna información sobre los trabajadores de Krókur.

Diljá negó con la cabeza.

—No. Ni idea. Solo sé que las hizo. Quería empezar por el lado bueno, como ella decía. Supongo que pensaba que aquellos chicos estaban por debajo de ella. Aunque sean ancianos ahora.

—A lo mejor les tenía miedo. A veces no se sabe por qué la gente hace las cosas. A menudo no tiene que ver con lo que uno había pensado al principio.

Óðinn dio unos pasos y se volvió.

—Me he olvidado de pedirte disculpas. Antes me he comportado como un idiota.

—Vaya, un hombre pidiendo disculpas.

Diljá ladeó la cabeza y Óðinn temió que fuera a proponerle una cita. ¿Lo había temido o más bien esperado? No estaba seguro. Sin embargo, ella no dijo nada. Él asintió y se dirigió hacia su escritorio. Pero tras dar unos pasos, ella volvió a llamarlo asomando la cabeza tras el panel de separación.

—¿Sabes por qué cambié la silla? —Óðinn negó con la cabeza—. Porque no se estaba quieta. Lo de dársela a Denni no fue más que un plus. No podía seguir teniéndola ahí. Crujía igual que cuando Róberta se sentaba en ella y se movía sola por su compartimento. Este caso es chungo, ya te lo digo.

Dicho esto, la cabeza se esfumó detrás del panel.

Óðinn emitió un suspiro. De vuelta en su asiento, le costó concentrarse. No podía dejar de mirar en dirección a Denni, pero no veía nada raro en su silla. Al final decidió apagar el ordenador y marcharse de la oficina con Rún una hora antes de lo previsto.

Tras sentarse con su hija en una heladería del centro y pedir una tarrina para cada uno Óðinn se sentía mucho mejor.

—Creo que le gustas —dijo Rún mientras lamía el sirope de chocolate de la cuchara.

—¿A quién?

Óðinn buscaba más trozos de chocolate pero no encontraba ninguno. Su helado ya se había derretido y apartó la tarrina.

—A la del trabajo. Diljá.

—No. Creo que te equivocas.

—Estoy segura. No paraba de hacerme preguntas sobre ti. Si tenías novia, cosas así. Le gustas. —Rún deslizó la tarrina hasta el centro de la mesa; ya no

quería más—. ¿Qué pasaría conmigo si te casaras con ella? No quiero tener otra madre. ¿Podría mudarme entonces con el tío Baldur?

Óðinn cogió la mano de Rún. Tenía los dedos fríos y pegajosos por el helado.

—Rún, no me voy a casar con Diljá. No va a ocurrir. Nadie te va a echar de casa, así que no tienes por qué preocuparte.

—¿Y si te mueres? ¿Qué pasaría? ¿Me iría entonces con el tío Baldur? No quiero quedarme con la abuela.

—No me voy a morir. Al menos no en un futuro próximo. Para cuando eso ocurra, tú ya serás abuela y entonces espero que vivas en otro sitio que no sea mi casa.

Ambos se quedaron observando en silencio cómo se hundía media galleta en la tarrina de Rún. El barquillo cayó hasta alcanzar el fondo y desapareció entre el helado derretido. Sus miradas se encontraron y Óðinn detectó en la cara de su hija una tristeza que no parecía expresar miedo sino certeza.

—¿Qué has querido representar en el dibujo del coche, Rún? —preguntó con cautela.

—Unos chicos. —Desvió la mirada y la dejó perdida en el tablero blanco de la mesa—. Unos chicos muriéndose en un coche. Hay gente que muere así. Se queda sin respiración.

—¿Cómo se te ha ocurrido esa idea?

—No sé. Primero dibujé a mamá cayendo y después a esos chicos. No me apetece dibujar nada alegre. Lo intento, pero no me sale.

Menos mal que tenían cita con la psicóloga al día siguiente. Le habría gustado tenerla ese mismo día. O justo en ese momento. Óðinn no podía dejar de mirar el delicado rostro de su hija, las mejillas sonrojadas y los finos labios que mantenía cerrados como para asegurarse de no decir nada que pudiera sentarle mal a papá.

Pero no le hacía falta. Óðinn se sentía como si hubiera empezado a bajar por una rampa sin saber lo que le esperaba abajo. Solo sabía que descendía cada vez más rápido, que pronto empezaría a acelerarse y entonces ya no habría forma de parar antes de llegar al horrible final que sospechaba que le aguardaba. Se forzó a sonreír y Rún le devolvió una sonrisa agrisada. ¿Qué tendría en su pequeña cabeza?

Enero de 1974

Aldís no sabía si la había despertado el ruido de sus dientes al castañetear o el goteo del agua helada en la bañera. Abrió los ojos con cuidado y se alegró de ver que todavía era de noche. Tenía un dolor de cabeza descomunal que mejoró ligeramente al cerrar los ojos. Cayó una nueva gota y el eco tardó en desvanecerse. Si no se levantaba se iba a morir de frío allí, desnuda en la bañera. La idea de la humillación bastó para que se pusiera en movimiento.

Al principio se conformó con incorporarse. No se atrevía a ponerse de pie por miedo a desmayarse, así que permaneció un instante tiritando sin moverse, con la mitad del cuerpo metida en el agua congelada y la otra mitad en contacto con el aire helado. Por si fuera poco, tenía mal sabor de boca y, para acabar de arreglarlo, sentía náuseas. Se agarró a los bordes resbaladizos de la bañera y comenzó a levantarse. Un frío helador invadió su cuerpo, pero ella se concentró en controlar la tiritera para no caer al agua. Por fin consiguió salir y, hasta que no se vio de pie con un charco de agua bajo sus pies, no buscó una toalla con la mirada. Sin embargo, no encontró ninguna.

Aldís recogió la ropa que había tirada por el suelo; los sucesos de la noche anterior fueron aclarándose poco a poco. Era incapaz de recordar todos los detalles, lo cual era un alivio. Ya tenía bastante con recordar lo esencial. Entre otras cosas las razones por las que había terminado en la bañera. Tenía demasiado frío para ruborizarse y estaba demasiado cansada y sentía demasiadas náuseas como para sentirse avergonzada. Se secó un poco con la

ropa para entrar en calor y dejar de temblar. A continuación se envolvió como pudo con las prendas. No podía vestirse normalmente: la ropa estaba demasiado húmeda y ella se encontraba demasiado mal. Además, los pantalones le venían estrechos. No se los había puesto por casualidad; eran la única pieza de su vestuario medianamente elegante y la noche anterior había querido estar guapa. La dependienta de la tienda le había dicho que le quedaban que ni pintados, pero que tendría que tumbarse para abrocharse la cremallera. Si Aldís hubiera sabido que iba a quitarse dos veces los pantalones antes de meterse en la cama, se hubiera puesto otra cosa.

Se había acostado con Einar. Antes, Aldís se había bebido buena parte de la botella que había robado de la despensa. No recordaba exactamente cómo había sido el sexo, pero tenía el vago recuerdo de que el chico la había tratado bien, que a pesar de ser impetuoso la había dejado disfrutar, no como otros con los que se había acostado antes, que se subían encima de ella como si trabajaran a destajo. En una ocasión uno se había contentado con bajarse los pantalones hasta las nalgas antes de ponerse manos a la obra. Ella recordaba haberse limitado a cerrar los ojos e intentar pensar en otra cosa. Pero esa noche había sido muy distinto. A pesar de las lagunas de su memoria, estaba segura. No le importaba recordar vagamente sus otras aventuras sexuales pero en esa ocasión se arrepentía de haber bebido tanto. Por otro lado, nunca lo habría hecho estando sobria. Se habría negado. Aunque solo fuera porque no tomaba anticonceptivos y, por supuesto, tampoco llevaba condones. De todo eso sí se acordaba, y por eso había acabado en la bañera. A pesar de ir borracha como una cuba había seguido el consejo de una amiga que una vez le había dicho que un baño caliente después de acostarse con alguien impedía la fecundación. Más valía que fuese cierto.

Cuando se hubo asegurado de que no se oía nada en el pasillo, se asomó con sigilo. No tenía ni idea de qué hora era y no se podía guiar por la

oscuridad, ya que no amanecía hasta antes del mediodía, y tal vez los trabajadores estuvieran a punto de levantarse. Lo último que quería era toparse medio desnuda con uno de aquellos hombres. Se metió en su habitación todo lo rápido que pudo. Hasta que no cerró la puerta, se quitó la ropa y se tapó con el edredón no dejó de temblar y no pudo respirar tranquila. Todavía estaba helada, sentía náuseas y le dolía la cabeza. Y aún la atormentaban los remordimientos. ¿En qué había estado pensando?

Aldís sacó la cabeza fuera del edredón, cerró los ojos y se tapó las orejas. Por mucho que lo intentara, no podía dejar de pensar en las tonterías que le había dicho a Einar en su lamentable estado. Pero nunca podría retirar aquellas palabras y su única esperanza era que él hubiera estado tan borracho como ella. La conversación de la noche había versado sobre las injusticias del mundo y las grandes expectativas de Aldís, aunque tenía la impresión de que él se había limitado a escuchar y no había contado nada de sí mismo. Aldís le había preguntado por qué estaba en Krókur pero él no le había respondido y, por increíble que pareciera, la joven había estado demasiado ocupada hablando de ella misma como para preguntarle por su edad y por la chica de la foto. Tenía la sensación de que no se había quedado con nada dentro. Maldito aguardiente, no volvería a beber nunca más.

De repente Aldís abrió los ojos. ¿Qué habían hecho con la botella? Habían pasado la mayor parte del tiempo en el cuartito del café que había en el establo. No tenían muchas opciones así que, de todos los lugares, habían elegido aquel. Estaban seguros de que, después de lo ocurrido con Tobbi, Lilja, Veigar o los trabajadores vigilarían cualquier movimiento en el edificio principal; tampoco podían ir a la habitación de ella, con sus compañeros durmiendo al lado, y mucho menos a los dormitorios de los chicos. Con el frío que hacía, quedarse fuera tampoco era una opción, así que solo les había quedado el establo. Seguramente Veigar o cualquiera de los empleados

encontrarían la botella a primera hora de la mañana encima de aquella mesilla sucia que se tambaleaba con solo mirarla. Aunque estaba decidida a marcharse de Krókur, no quería hacerlo abochornada. Y eso es lo que pasaría si el matrimonio averiguaba que había robado una botella de aguardiente y se la había bebido con un chico del reformatorio. Si conseguía tirar la botella, nadie se daría cuenta de nada. Total, desde que Aldís había empezado a trabajar ese aguardiente no había hecho más que acumular polvo detrás de unas latas de conserva.

Sacó su mano temblorosa de debajo del edredón y buscó a tientas el despertador encima de la mesilla. Suspiró aliviada al ver que todavía quedaba una hora para que se levantaran los primeros. No le quedaba más remedio que salir de la cama. Iría al establo y se llevaría la botella y cualquier otro indicio de los acontecimientos nocturnos. Le volvió la migraña y esa vez también sintió un fuerte dolor de estómago. Casi deseó que fuera demasiado tarde y que no tuviera ningún sentido levantarse de la cama.

Pese al miedo que le había dado salir con el frío que hacía, el viento la despejó. Aún no se le había pasado el dolor de cabeza, pero al menos había disminuido y le dejaba moverse. Inhalaba el aire fresco como si se estuviera ahogando. Se le empezó a congelar el pelo y, cuando las puntas escarchadas empezaron a rozarle el cuello, le pareció que seguía dentro de la bañera de agua fría. Se ajustó el abrigo pero no se puso la capucha por miedo a que le volviera el dolor de cabeza. Prefería que se le congelara el pelo. La nieve había borrado prácticamente las huellas que delataban su sinuosa vuelta a casa. La nieve helada se colaba por sus zapatillas de verano; entraba por el empeine, se deslizaba hasta la planta de los pies y le hacía daño. Se arrepintió de no haberse puesto calcetines. Al girarse advirtió que estaba dejando un

rastros muy fáciles de seguir. Trataría de borrarlos al salir del establo; no quería que sospecharan que había habido alguien merodeando por allí de madrugada.

Sonrió mientras caminaba en silencio con las manos en los bolsillos. Pero su sonrisa se evaporó al recordar otras cosas que le había dicho Einar, además de sus planes de venganza. Sintió una punzada en el estómago y se detuvo para calmar las náuseas; no quería vomitar en la nieve. Era como si sus entrañas se rebelaran contra los comentarios que habían hecho la noche anterior y que entonces le habían parecido la mar de ingeniosos. No se acordaba de quién había empezado, pero creía que había sido ella. Aldís tomó aire varias veces y continuó su camino con el estómago algo más relajado. Aunque a menudo se había preguntado dónde habrían enterrado al bebé, en el fondo se alegraba de no tener ni idea. De haberlo sabido, seguro que Einar y ella lo habrían desenterrado por la noche y lo habrían dejado ante la puerta de Lilja y Veigar. Como un paquete procedente de un misterioso benefactor. «Para mis queridos papás.» Por la noche les había parecido un castigo justo por el robo de las cartas y el trato que el matrimonio le dispensaba a ella y a otras personas de Krókur. Aldís se estremeció y se sintió aliviada al pensar que iba en busca de una botella vacía de aguardiente y no del cadáver de un recién nacido al pie de las escaleras de la casa de Lilja y Veigar.

Al pasar por el anexo de los dormitorios ya se había acostumbrado a la oscuridad, aunque en ese momento la luna llena apareció entre las nubes y la nieve adquirió un brillo azulado. Las únicas sombras que se veían procedían de las ramas desnudas de los árboles y le recordaban a Aldís que todavía era de noche y que debería estar durmiendo, teniendo dulces sueños y pensando en lo que iba a hacer en su día libre en la ciudad. Aunque era improbable que sus previsiones se cumplieran. Difícilmente estaría en condiciones de viajar cuando se fuera el cartero y tampoco se veía en cuclillas al borde de la

carretera esperando que la llevara un desconocido. Al menos no en el estado en que se encontraba. Había echado a perder su día libre. Frustrada, hundió sus manos en los bolsillos del abrigo y se apresuró; la nieve crujía a su paso. Por aquella zona no era tan importante pisar con cuidado ya que si los chicos se despertaban y la veían, no la delatarían. Aun así, escudriñó las ventanas por si había algún curioso observándola. Pero no vio a nadie. Incluso el pájaro parecía haberse refugiado durante la noche. Sin embargo, distinguió unas vagas pisadas que debían de pertenecer a Einar y que se dirigían hacia la parte trasera de la casa. Aldís se detuvo y buscó con la mirada algún objeto con que poder borrarlas. Estaba segura de que cuando fuera a despertar a los chicos Veigar las vería y no tardaría en concluir que alguien había salido de la casa por la noche.

Sobre el entarimado vio una pala. La cogió y, tras unos torpes intentos iniciales, enseguida descubrió cómo borrar las pisadas. Decidió ir hasta la parte trasera de la casa, aunque eso supusiera volver luego por el mismo camino que acababa de alisar. Pero era mejor asegurarse; Veigar sospecharía al ver pisadas bajo una ventana.

Las nubes cerraron filas, el cielo se oscureció y la nieve adquirió la grisura de antes. La tenue luz era suficiente, aun así Aldís se sentía insegura. Además, el páramo que se extendía por detrás de la casa, más allá de las colinas y los campos de lava, le resultaba inquietante. En ese momento solo veía una masa oscura. No quería dar la espalda a aquel vacío desolador, así que decidió caminar de lado; en el caso improbable de que apareciera alguien podría verlo con el rabillo del ojo. Se fijó en el suelo y, extrañada, se detuvo y se agachó para asegurarse de que veía bien. Bajo la ventana por la que supuestamente había entrado Einar no solo estaban sus huellas sino también otras que procedían de la oscuridad del páramo. Sin detenerse a pensar cómo había conseguido Einar atravesar la verja de su ventana, se quedó mirando

ensimismada aquellas huellas desconocidas. Se giró lentamente y las siguió con la mirada hasta donde le alcanzaba la vista. Alguien había llegado caminando desde aquella extensión tenebrosa. Las pisadas estaban más hundidas y se veían más nítidas que las de Einar, así que eran más recientes. Aldís se enderezó con cuidado y se alejó de la ventana hasta llegar a la esquina de la casa. Se apresuró a borrar con la nieve sus propias huellas y las de Einar mientras intentaba ahuyentar la idea de que había un desconocido acechando en la oscuridad. Quizá se tratara de la misma persona que había estado en el comedor con Tobbi, pero, en ese caso, Aldís habría notado aquel intenso olor a sangre. De pronto, su dolor de cabeza y sus náuseas se habían vuelto insignificantes.

Dejó la pala apoyada en la pared y miró hacia el establo. Lo que antes había visto como un simple paseo, ahora le parecía una distancia insalvable. Las nubes no parecían dispuestas a apartarse para que saliera la luna otra vez. Aldís se movía nerviosa por el entarimado. No sabía qué era peor, que encontraran la botella por la mañana o que si ella iba en su busca no volviera sana y salva. Tragó saliva y se armó de valor para reanudar la marcha. Si se acercaba alguien, gritaría con todas sus fuerzas pidiendo ayuda, que con suerte llegaría a tiempo. Avanzó lentamente y, cuando el establo estuvo a tiro de piedra, recordó que cuando volviera tendría que pararse a cada paso y borrar con un pie sus huellas, así que no podría regresar muy rápido. Pero ya era demasiado tarde para arrepentirse, solo le quedaban unos pasos. Aldís dio un salto hasta la puerta y entró.

En el interior hacía calor y las vacas levantaron somnolientas la cabeza para ver quién andaba por ahí. Despreocupadas, volvieron a bajar la cabeza. «Otra vez esta. Y ahora viene sola.» Con el olor del establo las náuseas no se le pasaron precisamente, y pensó que vomitaría allí mismo. Tapándose la nariz con la mano, dio unas zancadas hasta el cuarto del café y allí buscó a

tientas el interruptor de la luz. Al encenderse la bombilla, quedó deslumbrada y de nuevo se le disparó el dolor de cabeza.

La fuente de sus problemas estaba tirada en el suelo detrás de una de las sillas. Tenía el tapón puesto y solo quedaba un tercio. Si la llenaba de agua y la dejaba en su sitio, nadie descubriría el robo hasta al cabo de mucho tiempo y, para entonces, ella ya no estaría en Krókur. Por desgracia, la sospecha recaería en los empleados, pero no podía hacer nada al respecto. «Lo siento, chicos.»

Antes de apagar la luz y salir del cuarto se aseguró de que no quedaba ningún otro indicio visible de su incursión nocturna. Levantó la sucia alfombra del suelo y ahuyentó los recuerdos de lo que había ocurrido sobre ella. No recordaba de dónde la habían sacado, así que la metió en una caja que encontró en un rincón.

Apagó la luz y se llevó la mano a la nariz antes de abrir la puerta del establo. Cuando estaba a punto de cerrar, percibió un movimiento en el ventanuco del cuarto. Aldís se quedó sin respiración y sus piernas flaquearon. De nuevo hizo todo lo posible por mantener la calma y, aunque su primera reacción había sido cerrar los ojos, se obligó a abrir uno y mirar en dirección a la ventana. Sin saber por qué, le parecía mejor tener un ojo cerrado.

No vio nada. Solo la oscuridad al otro lado de un cristal sucio. Pero eso no cambiaba el hecho de que antes hubiera visto que algo o alguien se había movido. Hasta que no supiera quién o qué, no saldría de allí. Antes dejaría que por la mañana Veigar o los trabajadores la pillaran allí con una botella en la mano. Y ese momento se estaba acercando.

La idea de ese otro riesgo, más realista, le confirió el valor para caminar a tientas hacia la ventana. Quizá debía mirar rápidamente afuera, o quizá debía esconderse bajo la ventana por si quien fuera que estuviera al otro lado se asomaba. Pero ¿qué era peor? ¿Asomarse y ver alguna monstruosidad o ser

vista desde fuera? Tras decidir que lo segundo le parecía más escalofriante, Aldís comenzó a empujar la mesa con cuidado hacia la ventana. El crujido de los tablones del suelo la paralizó. No sabía si se habría oído fuera del establo. El corazón le latía a mil por hora, y permaneció inmóvil tratando de respirar con tranquilidad. No ocurría nada. ¿Habría sido el pájaro? Aldís se mordió un labio y abandonó su plan de mover la mesa para esconderse debajo. Si quería ser azafata tenía que ser valiente y saber actuar en caso de emergencia, no quedarse parada sin hacer nada. Pero la última vez que había seguido aquel impulso, la noche del comedor, no había dado muy buen resultado. Solo con pensarlo le venía el olor a sangre.

Aldís caminó hasta el lateral de la ventana de puntillas y con la espalda tan pegada a la pared que podía notar cómo temblaba la madera con cada ráfaga de viento. Entonces giró la cabeza lentamente y se puso a escudriñar los alrededores lo más rápido posible. De pronto divisó una figura oscura junto al árbol que había a la entrada de la granja y se apartó bruscamente de la ventana. A través del endeble cristal se oía un lejano canturreo.

Cuando alguien de la oficina quería hablar a solas por el móvil solía colarse furtivamente en la sala de reuniones más pequeña, que, por otro lado, no tenía más usos. Al estar junto al cuarto del café, era gracioso observar los esfuerzos por disimular que hacían todos. Pero a Óðinn le daba exactamente igual. El hecho de que lo vieran no era nada comparado con los problemas que afrontaba en ese momento. En lugar de fingir que iba a ponerse un café o a consultar las notas del tablón de anuncios que había junto a la puerta, había entrado en la sala dando grandes zancadas delante de las narices de sus compañeros de trabajo. Sin embargo, aunque la curiosidad ajena no le molestara, no tenía ningún interés en que sus compañeros lo oyeran hablar con la psicóloga de Rún, así que cerró la puerta.

Se colocó junto a la ventana y jugueteó con la varilla de las persianas venecianas mientras marcaba el número. Antes se había asegurado de que llamaba exactamente a la hora en que Nanna le había pedido que lo hiciera. Se quedó absorto mirando las persianas mientras las abría y las cerraba alternativamente; un segundo podía ver el paisaje grisáceo del exterior y, al siguiente, las tiras de plástico blanquecino. Cuando ya pensaba que la psicóloga no iba a contestar, oyó la parsimoniosa voz de Nanna al otro lado de la línea.

—Me alegro de que llames; no estaba segura de que hubieras recibido mi e-mail de esta mañana.

Óðinn pensó que debería haber contestado el e-mail en que ella le pedía

que la llamara, pero la comunicación nunca había sido su fuerte.

—Sí, sí. Lo he visto. —Su respuesta era ridícula, claro que lo había visto si la estaba llamando. Mientras hablaba seguía jugueteando con las persianas, abriéndolas y cerrándolas tan rápido que el paisaje gris y el plástico blanco se fusionaban en uno—. ¿Qué tal con Rún? Parecía estar bien después de la visita. —Se apresuró a añadir—: ¿O igual no era de eso de lo que querías hablar?

Tal vez su tarjeta de crédito no había sido aceptada y la psicóloga solo quería que le pagara la factura.

—Ya que lo mencionas, me parece que debo hacer una aclaración. No quiero que Rún sepa que tú y yo hablamos. Es necesario que confíe en mí. Además, es bueno que entiendas que no voy a hablar contigo de nada que pudiera poner en peligro esa confianza. Mi paciente es ella. No tú. —Óðinn podía oírla respirar—. Espero que lo comprendas. Los padres tienden a pensar que deben o necesitan saber todo lo que su hijo piensa o hace, pero eso no es siempre lo mejor para ellos. Ni mucho menos.

—No insinúo nada parecido. —Óðinn soltó la manivela de las persianas—. Eres tú la que me ha pedido que te llamara.

—Es verdad. —De nuevo se escuchó la honda respiración de Nanna. Parecía como si hiciera pausas a propósito con la intención de que él las rellenara. Pero Óðinn no estaba de humor para eso—. En primer lugar quería decirte que la sesión ha ido bien. Rún está encerrada en sí misma pero intuyo que podré acceder a ella. Muy pocos se abren totalmente al inicio de la terapia pero con el tiempo aprenderá a abrir su coraza. Es importante que venga a verme semanalmente y si el coste supone un problema ya lo arreglaremos. Cabe la posibilidad de que el gobierno cubra una parte.

—Puedo pagar, no hay problema.

—Perfecto. Sin embargo, me gustaría preguntarte algunas cosas para

entender mejor a Rún.

Óðinn apoyó la espalda junto a la ventana. En la pared de enfrente había una pizarra blanca que no habían usado ni una vez desde que empezara a trabajar en la oficina; al menos seguía con los mismos garabatos que la primera vez que la había visto.

—Contestaré siempre que pueda.

No sabía si sería capaz de darle a Nanna las respuestas que esta buscaba. Lógicamente, la relación con su hija había comenzado desde su nacimiento, pero hasta hacía muy poco no había actuado como un verdadero padre.

—¿Cómo es su relación con su abuela?

—Bueno, no la va a ver tanto como a su abuela le gustaría, aunque supongo que la culpa es mía. Debería forzarla más, pero es que nunca le apetece.

—No debería hacer falta que la forzaras, te das cuenta, ¿no? En circunstancias normales, a los niños de su edad les encanta estar con los abuelos. —Al no obtener respuesta de Óðinn, la psicóloga prosiguió—: Me preguntaba si la relación entre ellas nunca ha sido buena o si tal vez tiene algo que ver con la muerte de su madre.

—No veo por qué. Su abuela no fue la causante de su muerte.

Óðinn evitó mencionar cómo había sido la relación de Rún con su abuela antes de que su hija se mudara con él. Sencillamente, no tenía ni la más remota idea.

—No tiene por qué ser la causante. Los niños quieren que el mundo sea sencillo y las cosas estén claras. La madre de Rún fallece y ella necesita un culpable al que poder dirigir su rabia. No quiero decir que su nieta la responsabilice de alguna manera del accidente sino que le basta con señalar a alguien que podría haberlo impedido. Se me ha ocurrido que quizá haya asignado ese papel a la abuela. Vivía en la casa de al lado y Rún tal vez

piense que la mujer debería haber estado allí para salvar a su hija. O algo por el estilo.

—¿Has sacado alguna conclusión de los dibujos que te di?

A Óðinn le habían venido a la cabeza los dibujos, sobre todo el que mostraba a Lára en el suelo después de caer, junto con la mujer que la miraba. Esta quizá representaba a la abuela de Rún.

—Siento decir que todavía no me dicen nada. —Nanna no parecía querer hablar más de los dibujos—. Pero volvamos al tema de su abuela. Me interesa trabajar más el aspecto de su relación, es un buen punto de partida para abordar las cuestiones más peliagudas a las que nos enfrentaremos después. ¿Por qué crees que no la quiere ir a ver?

—La verdad es que no lo sé. Nunca se lo he preguntado directamente. Pero me he dado cuenta de que la perspectiva de verla no la emociona precisamente. No sé qué razones tendrá pero lo primero que se me ocurre pensar es que Rún se siente agobiada por su abuela. Hay que tener en cuenta que es su única nieta.

—Puede ser. Es una teoría.

—¿Entonces? ¿Tengo que llevarla más veces a casa de su abuela o menos? ¿O nunca, quizá?

—De momento no hagas nada. Es demasiado pronto para saber qué le conviene más a Rún. Solo la he visto una vez.

A Óðinn no le satisfizo la respuesta y tuvo que recordarse que Nanna no se había puesto en contacto con él para darle consejos sino para obtener información. Habría sido muy ingenuo por su parte interpretar el e-mail de la psicóloga como un anuncio de que había hecho grandes avances con Rún y la terapia.

—Entiendo. El hecho de que te pregunte estas tonterías evidencia lo perdido que ando en este asunto. Me encantaría que me dieras un manual

pero no soy tan estúpido como para pensar que existe. Pregunta lo que quieras saber y haz como si no te hubiera dicho nada.

A Óðinn le dio la sensación de que la psicóloga sonreía.

—No te preocupes, ya estoy acostumbrada. Si te sirve de algo puedo asegurarte que las cosas irán mejorando poco a poco, así que no hace falta ponerse pesimistas. Rún es una buena chica, y aplicada. Ha sufrido un trauma muy duro, pero los niños resisten. Mucho más que nosotros, los adultos.

Estupendo. Óðinn miró la pizarra y vio unos signos borrosos que nadie había intentado limpiar. Tal vez la tinta se había quedado impregnada en la pizarra después de tanto tiempo y era imposible borrarlos del todo. Eran unas fechas, y al advertir que le resultaban familiares, Óðinn inclinó la cabeza hacia la pizarra para asegurarse de que las veía bien. Parecían guardar relación con Krókur; al menos era improbable que en la oficina se ocuparan de otros casos ocurridos en los años setenta. Seguramente Róberta había estado sentada en aquella sala devanándose los sesos sobre algún aspecto del caso que le resultaba incomprensible.

—Dime otra cosa —añadió Nanna. Óðinn se alejó de la pizarra para no distraerse. Ya tendría tiempo para revisar esas fechas más tarde—. Desconozco los detalles acerca del fallecimiento de su madre, pero ¿cabe la posibilidad de que no se tratara de un mero accidente?

—¿Por qué lo piensas?

Óðinn pensó que su voz había sonado más fría de lo que había sido su intención. Ahora sí que Nanna había despertado su interés. Él mismo no acababa de decidirse: un día estaba convencido de que la muerte de Lára había sido un accidente y al día siguiente pensaba que la habían empujado. A veces hasta cambiaba de parecer el mismo día. Incluso se había molestado en indagar sobre Logi Árnason, que era el principal sospechoso, pero había descubierto que estaba en el extranjero cuando se produjo el accidente. Con

todo, a veces estaba seguro de que no había sido un accidente, aunque era incapaz de imaginarse quién la había empujado. Estaba obsesionado con aquella idea, sobre todo después de que Lára se le hubiera aparecido en sueños.

—No es que yo lo piense, solo se me ha ocurrido esa posibilidad. Por las cosas que ha dicho Rún, me ha parecido que igual tiene esa impresión. Pero eso no significa nada. Podría habérselo inventado. Como te decía, a las personas nos cuesta resignarnos a la idea de un accidente.

—La policía lo consideró un trágico accidente y, por lo que tengo entendido, no ha cambiado de opinión. —Óðinn buscaba a tientas la varilla de las persianas. Necesitaba tener algo tangible y sencillo entre los dedos—. Ya sé que no quieres contarme nada que mi hija te haya confiado pero ¿me llamarías si Rún tuviera a alguien concreto en la cabeza?

—Que yo sepa, no tiene a nadie en la cabeza. Al menos no ha dicho nada explícitamente. —Nanna hizo una pausa, y en esa ocasión a Óðinn no le pareció detectar ninguna sonrisa—. ¿Duerme mal o tiene pesadillas a menudo?

—Bueno, no sé qué se entiende por a menudo ni qué se considera normal. Pero se mueve mucho en la cama por la noche y a veces tiene pesadillas, sí.

De nuevo lo apabullaba su escasa capacidad para educar a su hija. Quizá lo mejor para Rún sería que la adoptara una pareja que quisiera tener un hijo y supiera de esas cosas. Pero aquella idea no tenía ni pies ni cabeza. Obviamente, si una pareja quería tener un niño era porque no tenía hijos y, por tanto, sabría todavía menos que él cómo educarlo.

—Ha dado a entender que su madre iba a volver para vengarse del responsable. Es una idea absurda, claro, pero eso no quita para que le afecte. El miedo a los fantasmas puede convertir la vida del niño en un infierno. —Nanna hizo una pausa y suavizó su tono de voz—. Si lo he interpretado bien,

creo que su madre te está buscando. Quizá a causa del divorcio, ya que difícilmente será a causa del accidente.

—No, claro. —Óðinn notó que se le secaba la boca.

La psicóloga pareció percibir su asombro. En todo caso, cambió el rumbo de la conversación.

—Seguramente hay una explicación obvia. También tú dices que te parece escuchar cosas que no son reales. ¿Puede que Rún lo haya percibido y se haya dado cuenta de algunas reacciones extrañas, o que incluso te haya escuchado hablar de ello? Eso podría explicar sus pensamientos.

—No, imposible. Me he cuidado bien de que no notara nada. —Por muy inexperto que fuera, tenía dos dedos de frente. Pero aún no había terminado de decirlo cuando se dio cuenta de que quizá se equivocaba. Era evidente que algo tenía que haber sospechado Rún, por ejemplo, cuando se la llevó al trabajo sin explicarle realmente por qué no podía quedarse en casa. Y también podría haber visto cómo su padre se asustaba con cualquier tontería en alguna ocasión—. Bueno, no sé qué decir.

—No hace falta que digas nada. No a mí, en todo caso. Solo intenta por todos los medios que ella no perciba tu malestar. Sé que eres consciente de que nada es real, así que tienes que quitártelo de la cabeza, al menos cuando ella esté cerca. Lo digo también por ti.

—Todo eso ya es historia. Por suerte ya no tengo que preocuparme de esas cosas.

Como para delatar su mentira, un reflejo apareció junto al suyo en la pizarra. Una silueta oscura pareció indicar que había una presencia a su lado, aunque sabía de sobra que estaba solo en la sala. No podía quitar la vista de la pizarra, no quería mirar hacia su lado. Fue en ese preciso momento cuando encontró la explicación a todo lo que había visto y oído en los últimos meses. Era Lára. Lára lo estaba persiguiendo.

Óðinn terminó la conversación distraído. Contestaba sí o no en función de cómo sonaban las palabras de Nanna. Solo quería salir de aquella sala de reuniones y estar de nuevo rodeado de gente real. ¿Estaba volviéndose loco? ¿Tenía síntomas de locura? En cuanto terminaron de hablar, salió apresuradamente al pasillo y dio un portazo sin querer. Se dirigió a su compartimento bajo la atenta mirada de sus compañeros, se sentó en su silla y se quedó mirando al frente, aliviado de que nada pudiera reflejarse en la pantalla mate de su ordenador.

Estaba volviéndose loco. Decididamente. Pero, aun en el extraño caso de que sus percepciones fueran reales, ¿por qué tendría Lára que ir a por él? ¿Qué había hecho? Nada de nada. No, aquella no podía ser la explicación. No había duda: estaba volviéndose loco y más le valía aceptarlo cuanto antes. Lo peor de todo era que ya no se atrevía a volver a entrar en la sala de reuniones para mirar los años escritos en la pizarra. Aunque le picaba la curiosidad por saber lo que significaban.

Enero de 1974

Aldís solía echar de menos la luz durante el invierno pero en ese momento se alegraba enormemente de la oscuridad de los días de enero. La cortina era tan corta que no llegaba a tapar toda la ventana y, en un día de verano, el sol la habría despertado y no le habría dejado abrir los ojos. No le hacía falta tocárselos para saber que los tenía hinchados y, a juzgar por el mechón de pelo enredado que le cayó en la nariz al incorporarse, debía de tener el pelo hecho un desastre. No era justo que se despertara resacosa dos veces el mismo día, y menos todavía en el día libre que con tantas ganas había esperado durante toda la semana. La luz gris que se filtraba a través de la cortina apenas calentaba su mejilla a pesar de ser casi las dos. En esas condiciones no iba a ir a la ciudad. Aldís suspiró en voz baja, parpadeó con rapidez para intentar mantener los ojos abiertos pero terminó quedándose sentada al borde de la cama con los ojos cerrados. Era como si notara la hinchazón descender por su rostro y, aunque así sentía que se le aliviaba la presión de los ojos, tenía miedo de que le colgara la barbilla.

Un reguero de prendas de ropa conectaba la puerta de la habitación con su cama, como si hubiera querido asegurarse de que encontraría el camino de vuelta; una Gretel borracha que había perdido a su Hansel. En mitad de aquel sendero de prendas, junto a un jersey arrugado, se hallaba la botella de aguardiente que había recuperado por la mañana. Parecía balancearse al compás de los torpes movimientos de Aldís. El vidrio verde le trajo el

recuerdo de la borrachera nocturna y un segundo después regresaron las náuseas. Por suerte se le pasaron tan rápido como la habían asaltado, como la reverberación de un sueño. O de una pesadilla, más bien. Aldís se levantó con cuidado y emitió un quejido cuando las plantas de los pies se apoyaron en el helado suelo de madera. Cuando se hubo acostumbrado al frío, caminó desnuda hacia la cómoda que había bajo la ventana para coger ropa limpia. No le apetecía ponerse la que había tirada en el suelo, seguro que apestaba a alcohol y a sexo. En su estado no podría soportar ninguno de los dos olores.

El chirrido de la cómoda le atravesó los tímpanos y se le puso la carne de gallina. Sacó ropa interior, una camiseta y unos calcetines y se vistió rápidamente antes de coger unos pantalones limpios del armario. Al no haber una barra para colgar las prendas, estas formaban un triste montón en el interior de aquel agujero. Después de ponerse unos vaqueros rotos, se sintió algo mejor. Ya no tenía frío y podía pensar con más claridad. Sin embargo, aunque el calor recorría sus venas, todavía no podía quitarse de encima la carne de gallina: para eso tendría que olvidar los acontecimientos de aquella noche.

Hacía tiempo que Aldís sabía que Lilja y Veigar no eran gente normal, pero ¿por qué cantaba Lilja salmos bajo un árbol y chillaba como un cerdo por la noche? Cuando por fin descubrió con alivio de quién se trataba, había perdido el miedo y se había atrevido a asomarse por la ventana; así había reconocido la espalda del abrigo viejo de su jefa. En cuanto Lilja se apartó del árbol, Aldís, que quería volver a su habitación antes de que Veigar se levantara, se temió que la vieja se quedara por ahí en lugar de irse a la cama.

Pero todo salió bien y Aldís consiguió tapar sus huellas con eficacia en su apresurado regreso. Dejó las pisadas de Lilja, que había caminado por detrás de la casa como si no quisiera que nadie se enterara de sus paseos nocturnos. Dos mujeres deambulando la misma noche, ambas procurando no dejar

rastros. Aldís no entendía bien el recorrido de Lilja. Tenían que ser suyas las huellas que había visto bajo la ventana de los dormitorios de los chicos. Pero ¿para qué habría ido hasta allí?

Aldís subió la cortina. Los finos copos de nieve parecían partículas de polvo y caían como si alguien estuviera sacudiendo la colada desde el tejado. Vio a tres chicos dirigiéndose hacia el edificio principal, riéndose de algo. Einar era uno de ellos. También vio a Hákon avanzando por la explanada. Caminaba de espaldas a ella, inclinado hacia un lado por el peso de la caja de herramientas que llevaba en la mano. De vez en cuando dejaba escapar una bocanada de humo; como siempre, llevaba un cigarrillo entre los labios. Cuando el hombre estuvo a punto de doblar la esquina, ella dejó caer la cortina y se alejó de la ventana. No vio a nadie más. Aldís suspiró mientras paseaba la mirada por su desolada habitación. Menudo día libre.

El pasillo también estaba desierto, como era de esperar en pleno día de trabajo. Tras lavarse los dientes y quitarse de la boca el sabor a alcohol con un empalagoso dentífrico con sabor a menta, Aldís se lavó la cara con agua helada. Al menos durante un instante se sintió mejor; la cara menos pálida y un aspecto más saludable. Ya tendría otro día libre al cabo de medio mes y entonces se encargaría de no desperdiciarlo. Se miró a los ojos en el espejo y se lo prometió en voz alta: «Nunca más». La próxima vez iría a la ciudad y haría lo que le viniera en gana: tomarse un helado, bajar la calle principal mirando escaparates para luego subirla y comprarse lo que más le apeteciera. Y llamaría a su madre. O igual no. Después de sostenerse la mirada un buen rato, apartó la vista del espejo; no parecía estar muy convencida de que la persona que veía reflejada fuera a cumplir esas promesas.

Haciendo muecas de dolor se desenredó el pelo con un cepillo. La noche anterior se había encontrado tan mal que ni se lo había secado antes de

acostarse. Aun así, logró desenmarañar la peor parte y se hizo un moño para disimular su aspecto desgreñado.

Le rugió el estómago y recordó que no había comido nada desde la cena del día anterior. En la despensa no había más cosas de comer que de costumbre y se arrepintió de no haber guardado algo de chocolate de su última visita a la ciudad. Tenía dos opciones: o quedarse parada y morir de hambre o ir al comedor a por una rebanada de pan o lo que hubiera sobrado de la comida. El café se tomaba a las tres y media. Lilja empezaría a prepararlo media hora antes, así que si Aldís se daba prisa podía evitar encontrarse con ella. Sin darle más vueltas, se puso el abrigo y salió.

La nieve crujía bajo sus pies y los finos copos de nieve se le posaban en las pestañas haciendo que todo destellara en derredor. Se los quitó de un soplido y todo volvió a ser tan apagado y monótono como antes.

Como había esperado, en la cocina no había nadie. En consecuencia el mínimo ruido resonaba más de lo normal y Aldís se arrepintió de no haber esperado al ajetreo de la hora del café. De pronto recordó la tarde en que el intruso había merodeado por allí a sus anchas y le entró prisa por comer alguna cosa rápidamente y largarse. Para no oír los inquietantes crujidos de la casa, decidió exagerar todos los ruidos que hacía: cerró la panera de un golpe tras coger un panecillo plano, abrió la nevera de par en par para que chirriaran las bisagras y bebió leche de un tetrabrik haciendo todo el ruido posible. El líquido helado le refrescaba tanto la garganta que Aldís no habría dejado nunca de beber. Cuando hubo calmado su sed, dejó en su sitio el tetrabrik casi vacío y se limpió el bigote de leche. Los botes de mermelada tintineaban mientras buscaba la mantequilla en los estantes atestados del frigorífico. Al cerrar la puerta se dio un susto de muerte y dio gracias por que no se le hubiera caído el tarro de la mantequilla al suelo.

Einar estaba sentado junto a la mesita que había al lado de la puerta. Había

entrado mientras ella hurgaba en la nevera. Sobre la cabeza de Einar colgaba un bordado de Lilja en el que se leía: «Cordero de Dios». Aldís nunca había entendido lo que quería decir, pero estaba segura de que el texto no podía aplicarse a Einar. Un cordero era el último ser de la tierra al que se parecía el muchacho.

—Te he visto entrar. Espero que nadie se dé cuenta de que me he escapado. Se supone que tengo que estar estudiando —dijo meneando con la cabeza.

Aldís se encontraba demasiado mal como para avergonzarse de las pintas que tenía.

—Me acabo de levantar.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó mirándola a los ojos.

Sin embargo, ella leyó en su expresión que quería decir otra cosa, que quería preguntarle si se arrepentía de haberse acostado con él.

—Fatal. Pero se me pasará.

Einar cogió un terrón de azúcar y se lo metió en la boca antes de continuar hablando. Aldís pensó que estaba haciendo tiempo mientras buscaba las palabras correctas.

—Ayer pensé que te habías ido a casa directamente —dijo sonriendo con cierto reparo—. Después de que saliéramos del establo.

—Y eso hice. —Aldís cogió un cuchillo y comenzó a untar mantequilla en el panecillo. No estaba del todo segura, pero en su memoria recordaba haber ido directamente a su casa después de haberse despedido de él junto al edificio de los dormitorios—. ¿Por qué lo dices?

—Después de entrar, oí que llamaban a la ventana. Yo ya estaba en mi habitación, pero lo oí igualmente. No me atreví a levantarme para mirar si eras tú porque los chicos comenzaban a desperezarse. Se habrían despertado seguro.

—No fui yo. —Aldís dobló el panecillo y le dio un mordisco. Lilja hacía los panecillos y, aunque recién hechos estaban pasables, los que llevaban varios días en la panera se volvían secos e incomedibles. Tragó y dijo—: Pero creo que sé quién fue.

—¿Ah, sí? ¿Viste quién era?

Aldís miró el panecillo embadurnado de mantequilla e intentó recuperar el apetito.

—No. Salí otra vez para coger la botella que nos habíamos dejado y entonces vi que había huellas junto a la ventana, unas huellas que no eran tuyas. Después vi a Lilja. Deambulaba por ahí, detrás de la casa. Tiene que haber sido ella. —Perdió el apetito al entender lo que aquello podía significar—. ¿Crees que te ha podido ver entrando por la ventana?

—Lo dudo. Si fuera así, ya habrían fijado la verja. La solté y la dejé como estaba para que diera el pego. Así que todo está en orden. O debería estarlo. ¿No? —preguntó mirando a Aldís, aunque esta no supo qué decir—. Pero no puede haber sido ella. Hace un rato me la he cruzado y estaba como siempre. Gruñona y antipática, pero no enfadada. Además, ¿por qué iba a llamar a la ventana si sabía lo que había pasado? Como si no tuviera llave de la puerta.

Aldís no sabía qué responder. Einar tenía razón, pero eso no cambiaba el hecho de que alguien que no era él había caminado hasta su ventana y había llamado. Aunque quizá no eran más que imaginaciones suyas. Ella no había sido, y si tampoco podía haber sido Lilja todo resultaba demasiado absurdo como para haber ocurrido de verdad.

—No tiene sentido que haya sido otra persona. Dudo mucho que nadie más haya estado merodeando por ahí fuera de noche.

—No. Sería un poco raro. —Einar paladeaba el terrón de azúcar y se oía el ruido que este hacía al chocar contra sus dientes—. ¿Estás segura de que no has sido tú? Habíamos bebido mucho y tú ibas algo... ya sabes.

—Yo no he sido. —Aldís volvió a llevarse el panecillo a la boca pero al notar el olor de la harina reseca alejó la mano de nuevo. Se le había pasado el hambre—. Me he despertado antes que todo el mundo, así que he salido la primera. —No le contó que se había bañado ni las razones por las que lo había hecho. No le apetecía hablar de su relación sexual con él ni de su relación en general. Si ninguno de los dos la mencionaba, era casi como si nada hubiera ocurrido. Con el tiempo se olvidarían de ello y no les quedaría nada en la memoria. Y por tanto nunca habría ocurrido. O eso pensaba ella—. Y entonces la he visto. Fuera, junto al establo. Mucho después de que tú hubieras vuelto a tu cuarto.

—Lo que hace aún menos probable que sea Lilja la que se ha acercado a mi ventana. Oí los golpes en el cristal poco después de meterme en la cama. Dudo mucho que Lilja haya estado horas andando por ahí. ¿Qué hacía cuando la viste?

—Cantaba. Junto a un árbol. —Einar la miró asombrado—. ¿Me acompañas un momento al establo? Así te enseñaré lo que quiero decir. —Al ver que Einar no se movía del sitio añadió—: A estas horas no hay nadie. Si vamos por detrás no te verán.

Einar se levantó fingiendo indiferencia, aunque sin duda prefería volver a estudiar a que descubrieran que se había escapado.

—Diré que he ido al baño. Con eso bastará.

Ambos sabían que nadie se tragaría esa excusa. Einar tendría que aguantar una reprimenda y Lilja, o Veigar, buscaría el castigo adecuado. Aun así, anduvieron por la nieve a paso ligero en dirección al establo. Todavía caían algunos copos. Si el viento soplaba con fuerza, la nieve se levantaría y Aldís se pasaría todo el día siguiente quitándola de las puertas con una pala mientras los trabajadores y los chicos despejaban el camino de entrada. El

pájaro los siguió gorjeando sobre sus cabezas, como para recordarle a Aldís que todavía no le había dado de comer, pero pronto se rindió y se marchó.

—Estaba ahí —dijo Aldís señalando hacia el árbol, a unos metros de la entrada del establo.

—¿Estaba apoyada contra el árbol? ¿Cantándole a Dios? ¿Miraba al cielo?

—No. Solo estaba ahí de pie mirando al frente. Al árbol.

Einar no hizo más preguntas y se acercó hasta el árbol por la alfombra de nieve.

—Están pirados, no hay duda. Y ella más que él —dijo dando patadas a la nieve como buscando indicios de los sucesos de la noche anterior, tal vez para asegurarse de que Aldís le había dicho la verdad.

Después se agachó y pasó la mano por donde supuestamente había estado Lilja.

—¿No me crees?

Aldís se movía inquieta detrás de él. Tenía frío y de repente le entraron ganas de meterse en la cama otra vez. Aquel día ya lo había tirado a la basura y solo iba a ir a peor. Lo mejor era dejar que pasara. Se tenía que haber quedado en su habitación.

—Claro que sí. —Parecía pensativo, más interesado en la nieve que en ella—. Mira —dijo enderezándose y extendiendo la mano roja por el frío. En la palma sostenía un pequeño trozo de madera tallado en forma de corazón—. ¿Se le habrá caído?

Aldís sostuvo el corazón cuidadosamente con los dedos, como si pudiera deshacerse en sus manos. Curiosamente, tenía un tacto húmedo y cálido, y era más pesado de lo que parecía.

—Ni idea. Al menos yo no lo vi.

—A lo mejor lo ha dejado ahí queriendo.

Sus miradas se encontraron. No hacían falta más palabras: habían hallado

la tumba del niño. Allí, bajo sus pies, en un extremo de la explanada. Bajo un árbol solitario que estaba tan fuera de lugar en aquel paraje como los delicados huesos del bebé. Aldís se avergonzó por haberse reído del pequeño cadáver. Algunas cosas no tenían excusa, por muy borracha que hubiera ido. «Nunca más.»

Cada vez hacía más frío y Aldís notó que había comenzado a tiritar de nuevo, aunque no tanto como cuando había salido de la bañera. Dejó rápidamente el corazón donde estaba y lo cubrió con nieve.

—No quiero estar aquí. Vamos —dijo mirando a Einar, esperando que él estuviera tan angustiado como ella, aunque solo fuera por pensar en cómo se pondrían Lilja y Veigar si los pillaban.

La presencia de Aldís y Einar allí sería demasiado significativa. Pero la mirada del chico no mostraba ni inquietud ni ansiedad. Al contrario, transmitía alegría y emoción. No parecía avergonzarse de las repulsivas ideas que se les habían ocurrido por la noche. En ese momento Aldís temblaba tanto como al salir de la bañera.

A pesar de su aspecto denso, el vino tinto se deslizaba suavemente por la garganta. Óðinn sostuvo la abombada copa de pie alargado y la movió haciendo círculos. Hipnotizado, contempló cómo giraba el líquido y, al acelerarse, alcanzaba casi el borde de la copa. Pasado un rato, dejó la copa en la mesa.

—¿Te gusta?

Por la cara con que su cuñada Sigga le había hecho la pregunta, no parecía esperar una respuesta afirmativa. Sentado en un taburete junto a la isla de la cocina de su hermano Baldur, Óðinn observaba cómo Sigga salteaba una tonelada de champiñones en una enorme sartén. A juzgar por la cantidad de comida se pensaría que esperaban a muchos más invitados que simplemente a Rún y a él, pero en esa casa se cocinaba siempre en abundancia. Cuando Sigga había cortado los champiñones, Óðinn había preferido ahorrarse el comentario de que, como al resto de los niños, a Rún no le gustaban mucho. No quería que pareciera que le restregaba por la cara a su cuñada el hecho de no tener hijos. Nunca había hablado con ella sobre sus dificultades para quedarse embarazada, pero por lo que le había contado su hermano Sigga no lo llevaba nada bien.

—Baldur compró la botella este verano y se moría de ganas por probarla.

—Está muy bueno —dijo Óðinn antes de darle otro sorbo para sonar más convincente.

El vino estaba más bueno que otros que había probado, aunque

seguramente era demasiado delicado para su inexperto paladar. Dejó que le invadiera la familiar calidez del vino; aun así habría preferido una cerveza.

Sigga se encogió de hombros y siguió removiendo los champiñones en la sartén. La mantequilla saltaba y la vitrocerámica comenzó a salpicarse de gotas de grasa.

—Yo soy más de vino blanco, todo hay que decirlo. —La mantequilla se salió un poco de la sartén y Sigga retiró bruscamente la mano. Se la llevó a los labios y la sacudió con fuerza para aliviar el dolor. Su brazo bronceado contrastaba con el paisaje invernal y la nieve que caía sobre la terraza al otro lado de las puertas acristaladas. Baldur estaba fuera ocupándose de la barbacoa, lo cual tampoco era muy propio de la estación. A su lado Rún miraba atenta cómo manejaba la enorme barbacoa plateada; debía de haberles costado una fortuna—. ¡Mierda!

—¿Quieres una tirita? —preguntó Óðinn estirándose por encima de la isla para ver; la pregunta era tonta pero no se le había ocurrido nada mejor.

Sigga alargó el delgado brazo y se lo enseñó.

—No es nada. Solo me escuece un poco.

Al doblar el brazo resonaron en su muñeca las pulseras que seguramente se había comprado en la playa durante las vacaciones de Navidad. Baldur y ella habían planeado ir juntos pero finalmente él no había podido viajar a causa del trabajo. Óðinn entendía perfectamente por qué su cuñada anhelaba tener un niño. En realidad, estaba tan sola como él antes de que Rún se mudara a su casa. Baldur estaba siempre trabajando; Óðinn dudaba que su hermano distinguiera entre días laborables y festivos. La vida de Óðinn había sido igual cuando había trabajado en la empresa de su hermano; al fin y al cabo no tenía otra cosa mejor que hacer. Evidentemente la adicción de Baldur al trabajo se debía a otra razón; él era el dueño de la empresa y, si querían mantener el nivel de vida al que estaban acostumbrados, no podía bajar el ritmo.

Sin embargo, Óðinn no habría podido asegurar que Sigga prefiriera renunciar a la estabilidad y el glamour a cambio de tener una casa normal y ver más a su marido. Él no era nadie para decirlo. No la conocía lo suficiente a pesar de que la mujer llevaba muchos años formando parte de la familia.

—¿Qué tal las vacaciones?

Óðinn estaba deseando que entraran Rún y Baldur. Se le estaban acabando los temas de conversación y sería de mala educación escabullirse para ver qué hacían los otros dos.

—Bien, muy bien, a pesar de todo. —No le hacía falta aclarar lo que quería decir; saltaba a la vista—. Un poco solitarias. Pero relajantes. Sienta muy bien escaparse del mal tiempo. —Óðinn se alegró de que Sigga sacara el tema del tiempo, ese inagotable tema de conversación. Sin embargo, lo había celebrado demasiado pronto—. Tendría que haberme llevado a Rún. Le habría venido bien un viajecito.

—Un poco pronto todavía —repuso Óðinn mientras miraba a Rún dar patadas a la nieve para entrar en calor. Después vio que se giraba hacia Baldur y sonreía por algo que este había dicho. Hacía tanto que Óðinn no la veía sonreír con naturalidad que se le había olvidado que podía hacerlo. Pero con Baldur se lo pasaba en grande, como el resto del mundo. Era imposible no dejarse arrastrar por la energía positiva de su hermano—. Todavía se está recuperando. —Aunque quizá Sigga tenía algo de razón y lo que Rún necesitaba eran unas vacaciones en las que no preocuparse de nada—. Tenemos pensado ir a España en verano. Si no deja el balonmano en invierno.

—¿En serio? ¿Y si lo deja no iréis?

Sigga lo miró boquiabierta. Tenía la cara tan bronceada como el brazo. De hecho, estaba tan morena que su pelo rubio parecía casi blanco. Apenas parecía islandesa, como si procedente de un país de verano perpetuo hubiera

encallado en esas costas. No recordaba haberla visto tan morena nunca, lo que quería decir que no tenía mucho que contar sobre su viaje: levantarse, ir a la piscina, subir a la habitación, dormir. Y así catorce días seguidos. No tenía claro que Rún fuera a pasárselo bien así. Su viaje sería distinto. Si al final iban.

—De momento aguanta, así que no tengo que plantearme nada.

—Si tú lo dices... Una vez me dijo que odiaba el balonmano. —Sigga apagó el fuego al ver que los champiñones habían cogido color—. Cuando era pequeña me apuntaron a balonmano y lo odiaba. Podías recibir un pelotazo en la cara o en el costado en cualquier momento. Cuando lo dejé fue un alivio.

Óðinn se disponía a discrepar y enumerarle las ventajas del deporte cuando de pronto se abrió la puerta de la terraza. Con la ráfaga de aire helado entró en la cocina el apetitoso olor de la carne a la brasa que Baldur traía en una bandeja. Rún le llevaba la copa de vino, que contrastaba con el aire infantil de su abrigo naranja y su gorro multicolor de punto.

—Debéis de estar pelados de frío.

—¡Sí, hombre! ¿Te crees que somos unos blandengues o qué? —dijo Baldur guiñándole un ojo a Rún. Después dejó la bandeja en la encimera y recuperó su copa. Llevaba un anorak por encima de un delantal con el lema «Trátame bien o enveneno la comida», un regalo de cumpleaños de sus compañeros de trabajo en la época en que Óðinn trabajaba en su empresa—. Hablando de blandengues, ¿qué tal en tu nuevo trabajo? ¿Sigue tan aburrido como te parecía al principio?

Óðinn se ruborizó sin saber muy bien por qué. Sin duda su trabajo no era tan entretenido y dinámico como el de antes, pero tampoco tenía razones para avergonzarse.

—No, no. Para nada. Ahora me han dado un proyecto muy interesante.

—¿Ah, sí? ¿De qué va? ¿Tenéis que contar las farolas de la carretera de Reykjanes? ¿Sospecháis que falta una? —Baldur dio un sorbo de vino—. Joder, qué bueno está —dijo sonriéndole a Sigga, quien le devolvió la sonrisa y bebió a su vez un trago guiñándole el ojo a Óðinn por encima de la copa.

Él levantó la suya y brindó en el aire.

—No. Es sobre uno de esos reformatorios antiguos. Pero este era diferente; iban los chicos mayores que se descarriaban. Igual ahora no es el momento de hablar de eso —dijo señalando con la cabeza a Rún mientras esta se quitaba el abrigo.

—Papá me llevó al trabajo —dijo Rún dirigiéndose a Baldur—. No está tan bien como el tuyo. Se pasan el día sentados delante del ordenador.

—A eso iba. ¡Chin chin! —Baldur sonrió de oreja a oreja y miró a Óðinn—. ¿Por qué no lo dejas y te vuelves con nosotros? Tendrías bastante que hacer. El que contraté en tu lugar tiene muy pocas luces, para qué nos vamos a engañar. Vaya, que a su lado eres un portento.

Rún miró a su padre; parecía esperar a que se defendiera. Pero Óðinn no tenía ganas de enzarzarse en la riña inútil que sobrevendría si contestaba a su hermano; lo conocía demasiado bien como para saber que nunca le dejaría tener la última palabra.

—Ahora no. Igual en un futuro. De momento tendrás que aguantar con el tío de pocas luces.

Sigga dejó en la mesa el bol donde había colocado los champiñones. Óðinn vio que le daba un codazo a su marido como para pedirle que aflojara un poco. Baldur no pareció darse cuenta; nunca solía enterarse de esas cosas.

—¡Qué hambre! —exclamó, y tras quitarse el anorak, que todavía llevaba puesto, comenzó a servir la carne en una fuente que había sacado Sigga—. Además, no podemos perder más tiempo. ¿No se te está haciendo un poco tarde?

Óðinn negó con la cabeza.

—Me iré cuando termine. No es de esas fiestas en las que hay que ser puntual.

Lo habían invitado a un cumpleaños de uno de su antiguo grupo de amigos. En realidad, se olía que la invitación tenía que ver con su conversación telefónica con Kalli y, sobre todo, con el hecho de que hubiera llamado a altas horas de la noche y un tanto alterado. Seguro que sus amigos habían hablado del mal momento que atravesaba Óðinn y se sentían mal por haberle dejado tirado. Ahora que Lára no estaba, no había razones para no invitarlo. Todo sería como en los viejos tiempos. Con la diferencia de que ahora tenían casi diez años más y las circunstancias eran muy distintas a cuando quedaban todos los fines de semana para emborracharse y salir de juerga. Ahora estaban casados y eran hombres de familia mientras que él era padre soltero. En realidad, a Óðinn no le apetecía ir pero había aceptado porque, de no hacerlo, habría alimentado todavía más los cotilleos y no podía soportar que se compadecieran de él. Acudiría, pero se quedaría el tiempo justo. Después tenía pensado ir al centro, aprovechando que Rún se quedaba a dormir en casa de su hermano, para darse una vuelta y airearse. Tenía ganas de estar con una mujer, aunque solo fuera un lío de una noche. De hecho, para ser sincero no buscaba nada más.

Después de comer, la cantidad de comida no parecía haber menguado. Como Óðinn había previsto, Rún ni había tocado los champiñones, pero se había comido bien la carne y las patatas. Óðinn se reclinó en la silla, dio un trago a su enésima copa de vino y notó con placer cómo el alcohol fluía por su cuerpo. Quizá el vino tinto no fuera su bebida favorita, pero todo era acostumbrarse. Hasta la idea de la fiesta se había vuelto tentadora.

—Gracias. Todo estaba buenísimo —dijo paseando la mirada por los restos

de comida—. No sé qué vais a hacer con todo esto. ¿Comer sobras hasta la primavera?

—Ya se encargará Rún mañana —dijo Baldur dirigiéndole una mirada seria a la niña, que desde su asiento miraba con los ojos como platos todo lo que quedaba—. No se irá a casa hasta que no se lo acabe todo. Sobre todo los champiñones.

Rún miró a su padre y Óðinn le sonrió para darle a entender que era una broma. Ella le devolvió la sonrisa y Óðinn se sintió todavía mejor. Quizá lo más fácil era que se mudaran allí, había espacio de sobra. Sin ir más lejos, el sótano era más grande que todo su piso. Sigga los recibiría con los brazos abiertos y Baldur también. Seguro que su cuñada se olvidaría de que su marido estaba siempre en el trabajo.

Pero aquella idea era producto del vino: nunca se le ocurriría sugerir una solución tan absurda a sus problemas. Aun así, le costaba quitarse aquel disparate de la cabeza al ver lo contenta y feliz que parecía Rún junto a Baldur. No, la solución no era invadir un hogar ajeno sino reencauzar su vida hacia la misma tranquilidad y bienestar que se respiraba en casa de Baldur y Sigga. Y era él quien debía encargarse de ello. Fuera como fuese.

Los graves retumbaban en el aire caliente y húmedo del bar e invadían los rincones del local. No había forma de encontrar un lugar tranquilo, aunque de todos modos nadie entraba allí en busca de sosiego precisamente. Óðinn estaba de pie junto a la barra, que de repente se había quedado vacía. Unos segundos antes la gente había acudido en tropel para pedir una copa pero, al cambiar la canción, la mayoría había ido corriendo a la pista de baile. Cogió el vaso de cerveza húmedo que le ofrecía el camarero y sintió que su pelo se movía al ritmo de aquel ruido ensordecedor. No tenía a nadie con quien

brindar excepto el camarero, que respondió con desgana a su saludo. Casi todos los que estaban en el bar eran más jóvenes que Óðinn, y no conocía a nadie. Y para colmo de males las chicas le parecían demasiado jóvenes para él. Lo mismo había ocurrido en otro par de bares por los que se había pasado. Era como si en ese medio año que se había mantenido alejado de la marcha nocturna todo hubiera cambiado radicalmente. Los de su edad preferían divertirse en sus casas. Una pena, a juzgar por la fiesta de cumpleaños a la que acababa de asistir.

La fiesta había sido soporífera pero, a su vez, reveladora. Ahora sabía que no había nada que echar de menos de su viejo grupo de amigos. Nada más llegar sus colegas y sus esposas se habían mostrado un tanto incómodos con él pero, al cabo de un par de copas, los viejos amigos volvieron a aparecer y le confesaron que siempre habían querido llamarlo pero que, entre unas cosas y otras, se les había pasado. A partir de entonces mantendrían el contacto. Al principio Óðinn se había sentido bastante incómodo pero, a diferencia de lo que le había ocurrido con el vino tinto de su hermano, no había logrado acostumbrarse. Lo único que quería al final era mandarlos a la mierda a todos y salir a desahogarse con alguien a quien le importara. Pero prefirió callarse y aguantar hasta que no pudo más. Entonces se marchó de la fiesta bajo las miradas de soslayo de las mujeres y la insistencia de sus amigos para que se quedara un poco más: la fiesta no había hecho más que empezar. Al salir del bloque donde vivían sus amigos y sentarse en el taxi le habían entrado ganas de gritar de alegría. Nunca, nunca más. Ya tenía bastante con sus otros amigos, los que lo habían apoyado al separarse.

—¡Hombre! ¿Tú no eres el que se había divorciado? —Óðinn no habría advertido que se dirigían a él de no ser porque la persona que berreaba la pregunta lo había agarrado del hombro—. ¿Qué tal, tío? —Era un tipo joven y estaba borracho, aunque no iba como una cuba. Sonrió con sus ojos

vidriosos y dio un paso hacia atrás, aparentemente ofendido por que Óðinn no lo hubiera reconocido—. ¿Es que no te acuerdas de mí o qué? ¡El de la despedida de soltero!

Si de repente hubieran apagado la música se habría descubierto que el tipo hablaba a gritos pero, con aquel ruido de fondo, casi parecía que susurraba.

Óðinn hizo memoria. Tenía que conocer de algo a aquel individuo.

—No me sueñas.

—¿No te acuerdas? Me decías que no me casara. —El joven se acercó y le dijo al oído con complicidad—: Más me hubiera valido hacerte caso. —Entonces se enderezó de nuevo y gritó—: ¡Que no, que es coña!

En ese momento Óðinn se acordó. Era el tipo con el que había hablado la misma noche en que falleció Lára. Entonces llevaba un tutú de bailarina por encima de los pantalones y la cara naranja después de que sus amigos se la hubieran embadurnado con crema bronceadora.

—¡Ahora caigo! ¿Qué tal? —Óðinn se alegró de verlo como si fuera un amigo de la infancia. Por fin encontraba a alguien conocido—. Tienes unas pintas muy distintas con ropa normal.

No mencionó que tenía un vago recuerdo de aquella parte de la noche que habían compartido, aunque no al punto de haberse olvidado de que no había dejado de darle la paliza al pobre con sus penas.

—Estabas histérico, tío. Querías iluminarme con la verdad sobre el matrimonio. Decías que era lo peor —dijo sonriendo y dándole un codazo amistoso que desplazó a Óðinn de su sitio—. Perdona, tío. Te lo mereces. Cuando llegó el día de mi boda, una semana después, aún no me había recuperado. Me retuviste demasiado tiempo.

—Tampoco estuvimos tanto rato.

Óðinn tenía que inclinarse hacia la oreja del tipo para asegurarse de que lo

oía bien. Estaba contento de haber encontrado a alguien con quien hablar y no quería que se fuera porque él no entendiera lo que le decía.

—Anda que no. Cuando llegué a rastras a mi casa eran casi las ocho de la mañana —dijo haciéndole un gesto al camarero para pedir una cerveza. Óðinn supuso que le habría resultado difícil coger un taxi vestido de aquella guisa. Le parecía que él no había vuelto tan tarde a casa—. ¿Te fuiste al final a casa de tu ex mujer? ¿Cómo acabó la cosa?

—¿Que cómo terminó? —preguntó Óðinn con cara de sorpresa—. Me fui a mi casa.

—Pues qué suerte. Menuda bronca te habría caído si hubieras ido a su casa. Se habría puesto como una loca, tío.

—¿Loca quién? ¿De qué estás hablando?

La gente, que volvía en masa de la pista de baile, se apelotonó de nuevo contra la barra. Se llenó tanto que Óðinn tuvo que prestar atención para no derramar su cerveza por encima de su acompañante.

—Tu ex mujer. ¿Cómo se llama? No me acuerdo.

—Lára.

Óðinn no le corrigió al tipo el uso del presente, no le apetecía explicarle que su mujer había fallecido aquella misma mañana. Sobre todo porque al parecer la había puesto verde, probablemente sin razón.

—Eso, Lára. —Un tercio de cerveza se derramó sobre el zapato de Óðinn—. Querías que te acompañara a su casa, decías que ella opinaría como tú y me diría que me dejara de bodas. ¿No te acuerdas? —Óðinn asintió con la cabeza a pesar de no recordarlo—. ¿Fuiste?

—No.

—Menos mal, tío. Estaba seguro de que habías ido a su casa. Pues para eso podías haberte venido conmigo.

—¿Contigo? —Su voz empezaba a sonar como un eco.

—Sí, te pregunté si querías compartir un taxi. Más que nada porque tenía miedo de caerme redondo por el camino. Hostia, qué ciego iba. Y tú igual. Joder. Menuda pestaña llevabas.

Óðinn no estaba seguro de haber oído bien. Si había dicho «pestaña» o «castaña». Aunque daba igual. No le cabía duda de que había ido borracho como una cuba.

—¿Estás seguro de que eran las ocho cuando llegaste a casa?

Era imposible. Si aquel tipo se había ido a casa antes que él, casi a las ocho, entonces él se había ido más o menos a la misma hora o incluso más tarde. Aquello era nuevo para Óðinn. Él pensaba que había llegado a casa a las seis. Pero no tenía ninguna prueba de ello, simplemente lo creía así. ¿Había estado realmente en el centro cuando Lára murió? ¿Quizá en la zona donde vivía? De pronto ya no oía la música del bar sino el eco de unas sirenas asociadas a un recuerdo que le era imposible rescatar de su memoria. ¿Por qué se había encontrado otra vez con ese individuo? A veces vivir en una ciudad pequeña tenía sus pegas.

—¡Hey! Voy a presentarte a mi mujer. Ven, está por aquí —dijo mirando entre la multitud. Óðinn aprovechó para abrirse paso entre la gente en dirección a la salida. A sus espaldas oyó unos gritos lejanos—: ¡Eh, tío! ¡Ven! ¡Tienes que conocer a Dida!

Pero Óðinn ni siquiera se dio la vuelta. Tenía que volver a casa.

El tíquet del taxi estaba enterrado en el fondo de una ensaladera que le habían regalado Sigga y Baldur al mudarse. A ella todavía no había ido a parar ni una hoja de lechuga, pues Óðinn la utilizaba para guardar los recibos de la tarjeta de crédito. Sentado en el sofá, con demasiadas cervezas de más como para seguir un orden, revisaba los papelitos que lo rodeaban. Rompía y tiraba

un tíquet tras otro al comprobar que no era el que él estaba buscando. El que quería encontrar estaba escondido al fondo del todo, entre unos tíquets que había traído del otro piso y que al mudarse había volcado en la ensaladera. Vestigios de los viejos tiempos, antes de comenzar su vida con Rún.

Óðinn se reclinó en su asiento. Prefería mirar el blanco del techo que el tíquet de la compañía de taxis que reposaba en su regazo e indicaba a qué hora se había subido al coche y dónde lo había pedido. Por lo visto, el de la despedida de soltero no estaba tan equivocado. Óðinn se había subido poco después de que Lára cayera por la ventana. Y lo que era aún peor: lo había cogido en su calle. Enfrente de su casa, si la información del tíquet era cierta.

En el dormitorio se oyó un débil crujido y Óðinn se dijo que por nada del mundo entraría allí mientras no se hiciera de día. Le pareció notar un ligero olor a tabaco y su corazón comenzó a acelerarse y a latir con fuerza. Dormiría en el sofá; no entraría en su dormitorio bajo ningún concepto.

Enero de 1974

La tormenta llevaba tanto tiempo bramando que el fragor de los elementos y los crujidos de la casa se habían fundido en un solo rugido ininterrumpido, como si fuera a durar hasta el fin de los tiempos. Aldís casi había olvidado cómo era el silencio y, aunque dentro de la casa hacía calor, no dejaba de tener escalofríos. Tampoco ayudaba que las ventanas estuvieran cubiertas de nieve. Le preocupaba el pájaro e intentaba imaginar dónde se habría refugiado. Quizá el viento se lo hubiera llevado hasta el páramo y no lo viera nunca más. Pese a que siempre había sabido que el pobre terminaría mal, Aldís se entristeció. En la radio no dejaban de advertir sobre la tormenta, lo que no tenía sentido ya que era imposible que le pasara desapercibida a nadie. Desde su llegada a Krókur, no había habido nada igual y era la primera vez que se suspendían todas las labores de los chicos. Veigar y Lilja habían considerado que era peligroso desplazarse de un edificio a otro así que, excepcionalmente, habían permitido a los muchachos holgazanear en sus habitaciones.

La propia Aldís podría haberse tomado el día de fiesta, pues tampoco ella tenía mucho que hacer. Veigar y Lilja se las podían arreglar solos para cocinar y llevar la comida a los dormitorios de los internos. Pero la idea de pasarse otro día entero en la habitación le parecía peor que trabajar, así que después del desayuno había preferido no volver allí. En cambio sus compañeros habían aprovechado la oportunidad encantados e incluso se

habían mostrado ofendidos por que ella no se hubiera quedado con ellos. Aldís sabía que les hacía parecer vagos, pero ellos habían estado trabajando el día anterior mientras ella lo había pasado tumbada en la cama, temblando de frío y de ansiedad. Y no quería repetir la experiencia.

Todavía mojado, el suelo de linóleo se veía reluciente. Aunque Aldís sabía que cuando se secase recuperaría su aspecto viejo y apagado de siempre. Pero al menos limpio estaba. Así daba gusto fregar, sola en la cocina sin el riesgo de que alguien entrara y lo pusiera todo perdido de huellas. Aldís se había dado una buena paliza limpiando, aun así se sentía mejor que si hubiera estado sola sin hacer nada. Le sentaba bien pensar en lo que tenía ya hecho y en lo poco que le quedaba. El rugido del viento también aportaba su grano de arena al anular cualquier sonido inexplicable.

Aldís se secó las manos en la pernera del pantalón y abrió la puerta del despacho. Ya había limpiado el apartamento de Lilja y Veigar, en la planta de arriba, y el aula y el pasillo de abajo. Solo le quedaba el despacho, un baño y la entrada. Después tendría que abrigarse bien y pasar al edificio principal para echar una mano con la comida y quizá anunciarles a Lilja y Veigar que dejaba de trabajar ese mismo día. Lo decidiría por el camino. Quizá rebuscara en el rincón del final del pasillo, que supuestamente hacía las veces de biblioteca, para encontrar algún libro que pudiera entretenerla unas horas, cosa que dudaba mucho puesto que ya se había leído los más prometedores. Por otra parte, llevaba mucho tiempo sin seguir el curso de inglés. El libro de texto almacenaba polvo en su mesilla, así que quizá lo más inteligente fuera volver a su habitación después del mediodía y ponerse a estudiar. Le pareció la peor opción. Antes prefería trabajar. Lo peligroso de ponerse a estudiar inglés era que se despistara y empezara a pensar en aquel bebé que yacía enterrado a la entrada del reformatorio, o en su madre, o en la edad de Einar y

las razones por las que lo habían enviado allí. ¿Qué habría hecho? ¿Por qué lo habían mandado a un centro de menores?

Aldís entró en el despacho de Veigar con un cubo lleno de agua hasta la mitad y encendió la luz. El agua estaba sucia, pero le daba igual. Veigar no se merecía que cambiara el agua por él. Sonrió para sus adentros pensando en aquel pequeño acto de rebeldía. Como siempre, tuvo que hacer malabarismos para moverse en el angosto despacho, si bien curiosamente se le dio mejor que otras veces. Veigar había puesto algo de orden en su escritorio, así que Aldís pudo pasar el paño y quitar un buen número de cercos dejados por las tazas de café. De hecho, le sorprendía que Veigar hubiera encontrado un hueco donde apoyarlas. En su entusiasmo por limpiarlo todo, decidió atacar el teléfono y borrar las huellas de los gordos dedos de Veigar. Al terminar, el aparato parecía recién enviado por la compañía telefónica y Aldís contempló satisfecha el resultado.

Sin saber cómo, Aldís se vio de repente con el auricular en la mano. Lo había cogido sin pensar. No le hacía falta preguntarse lo que estaba ocurriendo en su subconsciente. En sus circunstancias solo había una persona en el mundo a la que podía llamar. Aldís respiró hondo y miró hacia la ventana cubierta de nieve. Al otro lado de aquella capa blanca seguía rugiendo la incesante tormenta. La nieve descendía por el cristal. Cuesta abajo, como su propia vida. Sin encontrar agarradero, un ancla para no ir a la deriva. Tenía que llamar a casa: esa era su ancla. Solo tenía que hacer girar el disco, lo podía hacer hasta con los ojos cerrados. ¿Qué era lo peor que podía ocurrir? Total, su madre estaba en el trabajo. Pero, en cuanto marcó el último número, se acordó de la tormenta que paralizaba el país. Seguro que la panadería donde trabajaba su madre estaba cerrada.

Aun así, Aldís no colgó. Apretó el auricular contra su oreja y escuchó los tonos. Se imaginó el teléfono de su casa retumbando en la mesilla de la

entrada. Aldís creía oír los timbrazos como si estuviera allí mismo. Cerró los ojos para contener las lágrimas. Contestaron al cuarto tono.

—¿Sí? —La voz de su madre no sonó como Aldís la recordaba. Sonaba artificial. Y más triste—. ¿Sí?

Aldís se quedó paralizada, arrepintiéndose profundamente de haberse dejado llevar por sus sentimientos. Esa era la mujer que había preferido a aquel cabrón antes que a ella y la había acusado de mentirosa para no admitir que había metido en su casa a un malnacido.

Pero también era la mujer que se había pasado las tardes en la máquina de coser confeccionando la ropa de su hija para que estuviera tan guapa como las otras chicas que venían de familias más acomodadas; la mujer que la había escuchado recitar las tablas de multiplicar; la mujer que le había puesto una tirita en los arañazos durante la infancia; la mujer que había escuchado comprensiva sus dramas de adolescente. Su madre. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Claro que tenía que perdonar a su madre. Si se invirtieran los papeles, su madre la perdonaría.

—¿Hola? ¿Quién es? —La voz de su madre ya no sonaba triste sino decidida. Como si supiera quién estaba al otro lado de la línea—. Aldís, ¿eres tú? Di algo. Lo que sea. —Aldís era consciente del trabajo que le costaba a su madre pronunciar aquellas palabras. Podía ser cualquier otra persona la que estaba al teléfono y le revelaría lo mucho que deseaba tener noticias de su hija. No era de las que anunciaban sus penas a los cuatro vientos. Se limitaba a sonreír y poner buena cara. No dejaba que se le notara que le habían subido el alquiler o que no había pagado la factura de la luz y se le acumulaban las deudas. Fingía que no le apetecía ir al teatro a Reikiavik con sus amigas, por muy entusiasmadas que ellas estuvieran con la idea. Solo sonreía y hacía como si nada. Sus sentimientos no eran asunto de nadie—. ¿Aldís? —Su madre parecía estar a punto de echarse a llorar.

Aldís colgó el teléfono. Se quedó mirando el aparato como si la llamada nunca hubiera tenido lugar. No tenía fuerzas para volver a llamarla. No en ese momento. Si alguna vez conseguía reunirlos. Su madre carecía de las respuestas que Aldís necesitaba. No serviría de nada llamarla salvo quizá para derramar lágrimas. Aldís tenía miedo de no poder parar una vez que empezara a llorar. No, lo mejor era olvidarse y no empeorar las cosas llamando de nuevo.

Pero su determinación no había llegado muy lejos pues, cuando de repente sonó el teléfono, lo cogió al primer tono.

—¿Mamá?

—Hola. ¿Quién es?

No, no era la voz de su madre sino la de otra mujer.

—Aldís —contestó mientras se secaba las lágrimas frotándose los párpados con las mangas desgastadas de su jersey de lana.

—Hola. ¿Hablé contigo el otro día? Estaba tan contenta de haber hablado con alguien que me olvidé de apuntar el nombre.

Era la madre de Einar. Aldís respiró hondo, llenó la boca de aire hasta que le dolieron las mejillas y lo expulsó despacio. Aquel no era su día.

—No puedo hablar con usted. No tengo permitido coger el teléfono. La persona con la que tiene que hablar se llama Veigar y en este momento no está.

Tras un breve silencio, la mujer volvió a hablar en un tono de voz mucho más grave que en la conversación anterior.

—La otra vez me dijiste que podía llamar. La semana pasada estuve llamando a la hora que me indicaste pero no lo cogió nadie. ¿Qué ocurre? ¿Ha cambiado algo?

—No. Nada —contestó Aldís con brusquedad.

No se atrevía a decir más por miedo a volver a ser la amable Aldís de

siempre. Ahora no se lo podía permitir, ya tenía bastante con sus propios problemas como para añadir las preocupaciones de los demás.

—Algo pasa. Te lo noto en la voz. ¿Le ha pasado algo a Einar?

—No pasa nada. Es solo que no puedo contestar al teléfono. —Aldís consideró hacer lo mismo que con su madre y colgar de repente. Pero igual la mujer se ofendía y llamaba más tarde para quejarse a Veigar, que sin duda deduciría que Aldís contestaba al teléfono de su despacho—. De verdad. No pasa nada.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura. —Evidentemente, eso no era del todo cierto. A Einar le pasaban un sinfín de cosas. Simplemente no tenían que ver con el reformatorio—. Dígame una cosa.

—¿Qué?

—¿Por qué está Einar aquí?

La mujer guardó silencio. Aldís podía escuchar su respiración.

—Fue un traspie. Muy gordo.

—Esto no es urgencias. ¿Qué hizo? —Aldís cruzó los dedos con la esperanza de que la mujer picara el anzuelo.

—No puedo hablar del tema. Lo siento. Te lo contaría si pudiera, pero no puedo.

—¿Quién se lo prohíbe? ¿Einar?

—No. No es Einar.

La mujer contestaba con evasivas y Aldís pensó que iba a colgar. ¿Y qué pasaría si lo hacía? ¿Por qué tendría que seguir hablando si no quería? La mujer terminaría sin aclararle las cosas y Aldís acabaría otra vez de recadera. Todo se volvería más complicado.

—¿Por qué tiene más años que los chicos a los que envían aquí? ¿No

tendría que estar en la cárcel si hubiera cometido un delito con casi diecinueve años?

—No puedo responderte. Es que no puedo —insistió la mujer casi susurrando—. Dale un beso a Einar de mi parte. Dile que he visto a Eyjalín. Que todavía está muy enferma. Que, de hecho, tiene suerte de no estar en casa estos días. —La mujer respiró como para darle tiempo a Aldís para contestar. Entonces añadió—: Si pudieras hacerme ese favor, te lo agradecería.

Dicho esto, colgó sin esperar respuesta.

Aldís miró alrededor en busca de algo que llamara su atención para apartar su mente de la conversación. ¿Por qué no se había tomado el día libre? Estar tirada en la cama pensando en sus cosas no habría sido mucho peor. Paseó la mirada por los estantes de Veigar pero no encontró nada interesante. No había más que papeles, carpetas y algún que otro objeto religioso. Solo le daban ganas de romperlo todo y hacerlo añicos.

Pero, de repente, cayó en la cuenta.

No había nadie en la casa y, al haber tormenta, lo más seguro es que ni Veigar ni Lilja asomaran la cabeza por el despacho. Quizá las respuestas que buscaba se hallaran allí, y pocas veces encontraría una ocasión mejor. Normalmente cualquiera de los dos podía aparecer en el momento más inesperado para comprobar que estaba trabajando. Revisar los documentos le llevaría unas horas y en ese momento tenía todo el tiempo del mundo. Sin darle más vueltas a las posibles consecuencias, Aldís cogió una gruesa carpeta de la estantería. Hojeó su contenido y enseguida vio que no guardaba relación con lo que estaba buscando; eran facturas y antiguos contratos que nada tenían que ver con la gestión del reformatorio. El contenido de las tres siguientes carpetas era similar: papeles irrelevantes que no tenía ningún sentido guardar. Toda clase de cartas de ministerios o instituciones públicas

con el mismo tipo de texto estandarizado. A juzgar por lo que leía, nadie quería oír hablar de la existencia de Krókur. La quinta carpeta contenía facturas sin pagar y anuncios de inminentes medidas de recaudación. Aldís la cerró; con tal de que recibiera su sueldo a final de mes aquello le importaba un bleo.

La sexta carpeta despertó su interés. Tenía el lomo marcado con el año en curso y el año anterior. Al abrirla vio que Veigar la había dividido con separadores marcados con las iniciales de cada niño. Abrió el señalado con las iniciales EA, Einar Allen. Apareció una sola hoja que no parecía contener un texto estandarizado. Aldís comenzó a leer y acto seguido se olvidó de la tormenta.

Óðinn comenzaba a reconciliarse con la idea de que se había vuelto loco. Visto así, era casi un alivio: ya no debía temerse lo peor porque lo peor ya había pasado. El hecho de que, según Nanna, los ruidos que oía habían estado siempre ahí pero nunca se había percatado de ellos lo tranquilizaba hasta cierto punto, pero no del todo. Había muchas otras cosas que no encajaban con su idea de realidad.

En los últimos días apenas había pensado en otra cosa que no fuera su posible participación en la muerte de Lára. Pero eso era lo que podía deducirse del tíquet del taxi y de la hora en que se había producido el accidente según los informes policiales: Óðinn había estado en las proximidades de la casa de Lára y se había marchado de su calle poco después del accidente. Cada vez que intentaba reconstruir los hechos, le invadía el recuerdo difuso de una ambulancia y unas sirenas. A pesar de todo, le parecía prácticamente imposible que él hubiera tenido nada que ver. No era un hombre violento, ni siquiera se había peleado de pequeño. Y aunque Lára y él podían haber discutido, nunca le había tocado un pelo. Por supuesto que los dos habían dado portazos y se habían hablado mal, pero nunca se les había escapado ni una bofetada. ¿Por qué después de llevar tanto tiempo divorciados habría decidido matarla? El hecho de que hubiera estado borracho en los alrededores no cambiaba nada. Lo más seguro es que al final no hubiera ido a su casa, o bien por cansancio, o bien por puro sentido

común. El de la despedida de soltero, su colega de copas, se había marchado en taxi y con él se le habían ido las ganas de seguir de fiesta.

De todos modos, lo que Óðinn llevaba peor era ver que Rún empeoraba con la terapia. Por las noches tenía continuas pesadillas en las que su madre la perseguía o la estaba esperando, bien fuera en el colegio, el polideportivo, la tienda o cualquier otro sitio al que soliera ir. El único sitio en que Rún parecía poder dormir tranquila era la casa de Baldur y Sigga. Pedía tan a menudo quedarse a dormir allí que a Óðinn le resultaba casi embarazoso.

Sin embargo, Nanna se mostraba reacia a sacar grandes conclusiones. Seguramente Rún había comenzado por fin a procesar la pérdida de su madre. Nadie había dicho que hacerlo fuera a ser un camino de rosas. Cuantas más vueltas le daba Óðinn, más sospechaba que tras el malestar de su hija se escondía algo peor. Por eso había contactado con la psicóloga una vez más para preguntarle directamente si cabía la posibilidad de que Rún hubiera sido testigo del accidente pero hubiera reprimido el recuerdo y, por tanto, las pesadillas se debieran a que el suceso estaba regresando a la superficie como consecuencia de la terapia. Nanna estaba desconcertada. Los recuerdos reprimidos eran polémicos en psicología, pero aun así no descartaba la posibilidad. Por desgracia.

Las ganas de preguntarle a Rún le corroían por dentro. A veces se quedaba mirándola fijamente como para sonsacarle la respuesta de forma telepática. Pero no quería preguntarle directamente porque temía no saber contentarse con un simple no. Y eso sería peligroso. Lo que más miedo le daba era empeorar las cosas, distorsionar sus recuerdos o borrarlos por completo. Quizá Rún podía confirmar que él no había estado en el apartamento. Pero lo que realmente lo aterrorizaba era pensar que su hija hubiera sido testigo de cómo agredía a su madre.

Sus problemas personales eran tan abrumadores que, por primera vez

desde que Óðinn había comenzado a trabajar en aquella oficina, tenía ganas de ir al trabajo por las mañanas. Le producía una gran satisfacción colgar el abrigo, prepararse un café, sentarse con los auriculares, encender la radio y abrir documentos. En definitiva, buscaba refugio en aquel compartimento que tan insoportable se le había hecho al principio. Allí podía distraerse escuchando a los locutores y la música de la radio y fingía que no pasaba nada mientras se concentraba en la investigación de Krókur. Por consiguiente, el caso progresaba más rápido de lo que había pensado, así que se había convertido en la estrella de la reunión de los lunes por segunda vez consecutiva.

—He hablado con cuatro de los antiguos internos y todos cuentan historias parecidas. Aunque no lo dicen explícitamente, está claro que en Krókur las cosas no eran como tenían que ser. —Óðinn percibió que sus compañeros desviaban la mirada, como si los directores del reformatorio hubieran sido ellos—. Es muy extraño que hayan guardado silencio hasta ahora.

—¿No habrán exagerado la realidad entusiasmados por el repentino interés? —preguntó Heimir, que presidía la mesa como siempre. Al menos él no le desviaba la mirada, aunque su ojo vago no pudo sino iniciar su habitual periplo—. No tengo claro que el testimonio de cuatro personas baste para despejar todas las dudas.

—Claro que no, pero sus declaraciones ponen de manifiesto que tiene sentido solicitar daños y perjuicios.

—¿Por qué no contaron nada antes? ¿Por voluntad propia?

—Me figuro que por una serie de factores. Ninguno podía o quería reconocer públicamente que había pasado una temporada en el reformatorio, ya que nadie está especialmente orgulloso de una cosa así. No hay que olvidar que, a diferencia de Breiðavík, Krókur era una especie de correccional. Los que eran enviados allí habían cometido algún delito pero

eran demasiado jóvenes para recibir un castigo de adultos. Tres de los que he entrevistado son ahora respetables padres de familia y, aunque se han mostrado dispuestos a contarme su versión, ninguno quiere aparecer en la prensa. El cuarto es medio vagabundo y todavía está intentando enderezar su vida. No siguió el caso de Breiðavík ya que, cuando no estaba en la calle, lo habían ingresado en un centro de rehabilitación. Por supuesto que oyó hablar del centro, pero no se paró a pensar que Krókur podía haber sido un caso similar. Y aunque se hubiera dado cuenta, nada nos dice que se hubiera atrevido a decirlo públicamente.

—Bien. No es que me guste, pero me alegro de que la cosa vaya avanzando. —Heimir dirigió una mirada crítica al resto de los asistentes como para dar a entender que sus proyectos también podían progresar más—. ¿Y has hablado con los antiguos trabajadores?

Los labios de Heimir continuaron moviéndose después de formular su pregunta, como si de repente hubieran desconectado el sonido. Seguramente estaría calculando cuántos años habrían tenido entonces.

—El director falleció hace unos diez años, pero mañana me entrevisto con su viuda, que llevaba con él el reformatorio. Me faltan más datos de los otros empleados. Róberta no parecía tener un registro de las personas que trabajaron allí. —Óðinn había buscado reiteradamente entre sus documentos—. Los internos con los que he hablado no conocían el nombre de ninguno de los trabajadores así que quería pedirte, Heimir, que solicitaras un listado de ellos. Debería hablar con algunos, tienes razón. Seguro que no ven Krókur con los mismos ojos que la mujer que lo dirigía.

Asombrado, Heimir levantó las cejas.

—Róberta tenía una lista por alguna parte, estoy bastante seguro.

—Vale, entonces la tendrá bien escondida. En los documentos que he encontrado no aparece nada sobre la antigua plantilla. Solo hay algunos

nombres sueltos, pero, como casi siempre falta el apellido, no sirven de mucho. Y cuando aparece el nombre completo, es tan corriente que me quedo en las mismas. Me haría falta la fecha de nacimiento o algún otro dato para estrechar la búsqueda. No querrás que me ponga a llamar a diestro y siniestro a todas las personas de Reikiavik que se llamen igual, ¿no?

—Naturalmente que no —resopló Heimir—. Veremos qué puedo hacer.

Heimir parecía estar molesto pero Óðinn no entendió por qué hasta que no terminó la reunión y habló con él personalmente. Al parecer, el ministerio había enviado un gran número de documentos originales que él había entregado a Róberta y preferiría no tener que comunicarles que quizá se había extraviado una parte. Aun así, dijo que lo miraría. La conversación tuvo un tono confidencial, como si fueran dos amigos intercambiándose secretos. Óðinn estuvo a punto de contarle lo que Pytti había mencionado sobre el accidente de los dos chicos. La historia del vagabundo era tan descabellada que Óðinn no se atrevía a contarla por miedo a que pensarán que no estaba en sus cabales. Después de treinta y siete años no había manera de saber si Pytti tenía razón. Dos de los otros tres antiguos internos con los que había hablado habían estado en Krókur antes del accidente. El tercero había llegado poco después de que se produjera, así que solo sabía lo que los demás le habían contado, y seguro que los rumores eran todavía más estrambóticos que el relato de Pytti. Óðinn seguía sin saber qué pensar.

—Me gustaría tener autorización para revisar el ordenador de Róberta. Su correo y esas cosas. A lo mejor encuentro algo. Puede que escaneara los documentos y todavía no los hubiera guardado en las carpetas correspondientes.

Óðinn todavía no se atrevía a hablarle a Heimir de las amenazas que había recibido Róberta por correo electrónico y ya había perdido todas las

esperanzas de encontrar una buena excusa para entrar en su ordenador. Con suerte acababa de encontrarla.

Con cara de suplicio, Heimir le concedió permiso para que examinara el ordenador.

En lugar de volver a su compartimento y leer por milésima vez los documentos que casi se sabía de memoria, Óðinn decidió comprobar una vez más que no se le había pasado por alto nada en los registros de Róberta.

—¿Por qué no has venido a la reunión?

Óðinn se sentó en la silla de Róberta y se deslizó en ella hasta la cajonera que había debajo del escritorio. Los trabajadores tenían la obligación de asistir a las reuniones, así que había dado por hecho que Diljá se había quedado en casa por estar enferma.

—No me apetecía, la verdad. —Diljá miró a Óðinn por encima del panel separador—. Ya sé que no te irás de la lengua, pero si Heimir me pregunta le diré que estaba esperando una llamada muy importante. Espero que no pregunte de quién.

—Dile que del ginecólogo. Seguro que ya no te hace más preguntas. — Óðinn abrió los cajones uno por uno y rebuscó en su interior—. ¿Sabes si Róberta se llevaba trabajo a casa?

—No, que yo sepa.

—¿La viste alguna vez llevando alguna bolsa con carpetas dentro o algo así?

—Hombre, alguna que otra vez llevaba una bolsa, ¿quién no?

Óðinn dejó de hurgar en los cajones y clavó su mirada en Diljá. Lo recibió una sonrisa irónica y un fuerte olor a perfume que le provocó un picor en la nariz.

—Quiero decir que si alguna vez vino con alguna bolsa vacía y luego se la llevó llena de papeles. O alguna caja.

—Ni que fuera yo la vigilante de las bolsas. Podría haber venido con cien bolsas por la mañana y llevárselas llenas a casa sin que yo me enterara de nada. Róberta solía llegar antes que yo y se marchaba después de que me hubiera ido.

Diljá volvió a sonreír, esta vez sin ironía. De pronto a Óðinn no le parecía tan molesto su perfume. Ella pareció darse cuenta y, al cerrar los ojos, el rímel de sus pestañas contrastó con el blanco de su piel.

Óðinn desvió la mirada.

—Joder, ¿qué haría con esos papeles? Faltan unos documentos.

Paseó la mirada por las fotografías de la pared como si estas pudieran esconder alguna caja secreta. Había algo que le causaba fastidio, algo que se le debía de haber escapado. Por eso iba una y otra vez al compartimento de Róberta. No lo hacía porque tuviera intenciones de ligar con Diljá, eso estaba claro.

Al volver a hablar, el tono de la mujer se había vuelto asertivo.

—¿Qué tal está tu hija?

—Bien.

Óðinn trató de hablar con serenidad, pero sus dedos no pudieron evitar ponerse a repiquetear en el borde del escritorio. Se giró hacia la pared y miró fijamente la foto de los muchachos que tanto desasosiego le había causado a Rún. Tenía razón, algo le pasaba a aquella maldita fotografía.

—Tu hija parece una niña encantadora.

—Sí, lo es. —Óðinn detuvo fugazmente la mirada en una llave que colgaba de un gancho clavado entre dos fotografías y la cogió. Era una llave normal y corriente que podría abrir cualquier puerta. Salvo las de la oficina, pues todas tenían cerraduras electrónicas—. ¿Esta llave de qué puerta es?

—Sí, es la llave de repuesto que tenía Róberta de su casa. Decidió

guardarla aquí después de habérsela dejado dentro de casa dos veces seguidas.

Óðinn se quedó mirando la llave en la palma de la mano. Quizá lo que le estaba causando fastidio era eso. El subconsciente había registrado la imagen de la llave y le había exigido educadamente que averiguara qué puerta abría. No, no era eso.

—¿Dónde vivía?

—En Kleppsvegur, ¿por qué?

—No, por nada. Tonterías. Allí no habrá nada. Además, ya se habrá mudado alguien, ¿no?

—Ni idea. Solo hay un modo de averiguarlo —dijo Diljá poniendo los ojos como platos—. Venga, vamos a ver. Uf, qué bien me irá hacer algo que no sea estar aquí sentada. Por fin. Podemos escribir «Trabajo de campo» en la ficha de control de horas. Y quizá tomarnos un café o una cerveza por el camino.

Era difícil no dejarse llevar por el entusiasmo de Diljá. A lo mejor terminaba siendo una idea nefasta, como la de visitar a Lára a primera hora de la mañana con un individuo que celebraba su despedida de soltero. Pero esa vez no lo dejarían solo. Diljá no huiría en un taxi en el último momento.

—Vale. Vamos.

En el peor de los casos se encontrarían de repente en casa de unos desconocidos, pero podrían evitarlo si primero llamaban con fuerza a la puerta. De todos modos, ya era demasiado tarde para echarse atrás: Diljá se había colgado el bolso en el hombro y le metía prisa. Antes de salir, Óðinn echó un último vistazo al compartimento de Róberta. No era esa llave lo que tanto lo irritaba. Era otra cosa. Pero ¿qué?

Al ser un día entre semana, había aparcamiento de sobra junto al bloque de Kleppsvegur. En las ventanas de los salones colgaban estores y, en las de las cocinas, visillos con volantes. Una vez en la entrada del inmueble, Diljá no tardó en localizar el buzón de Róberta; el montón de cartas asomaba por la ranura como un grotesco ramo de flores.

—Yo diría que aquí no se ha mudado nadie. —Diljá sacó uno de los sobres con sumo cuidado pero no pudo evitar que algunos cayeran al suelo. No pareció inmutarse y leyó el que había cogido—. El fondo de pensiones. Seguramente el resumen anual. ¿A quién le corresponderá ahora ese dinero?

—A nadie —dijo Óðinn recogiendo los sobres del suelo de baldosas. Por mucho que a Róberta ya le dieran igual los papeles mundanos, le parecía una falta de respeto dejárselos tirados por el suelo—. No estaba casada y no tenía hijos. En esos casos dudo que el fondo de pensiones pague nada.

Diljá incrustó el sobre en el buzón con aire de haber perdido todo su entusiasmo.

—Genial. Yo estoy soltera y sin hijos —dijo girándose hacia Óðinn, que intentaba dar con el timbre de Róberta—. Ahora todavía me da más rabia ingresar dinero en ese pozo sin fondo. Si contraigo cáncer terminal, puedes casarte conmigo y quedarte con mi pensión.

—Supongo que tienes otras cosas en que pensar en este momento, pero gracias de todos modos. —Óðinn tuvo la impresión de que Diljá estaba esperando que le propusiera el mismo plan, pero prefirió no recordarle que

tenía una hija. Guardándose el comentario, apretó el timbre del piso de Róberta, que por fin había conseguido localizar—. Ojalá haya alguien —dijo Óðinn como si sus palabras pudieran influir en el tono que emitía el pequeño altavoz escondido bajo el timbre. «Contesta, contesta.»

—¿Alguien? ¿Quién?

—No sé. Algún familiar o amigo recogiendo sus cosas.

—Pues ya puedes esperar sentado. No va a haber nadie y menos aún uno que nos dé una caja en la que ponga «Documentos del trabajo». Cuando fui al entierro me senté en el segundo banco. Los pocos familiares que asistieron se pusieron a mirar el móvil al primer salmo. Todos querrán recibir su parte de la venta del piso pero ninguno se tomará la molestia de empaquetar sus cosas. Es ese tipo de gente.

Óðinn comenzaba a arrepentirse de haber ido con Diljá. Aun así era mejor que estar solo y, además, él nunca habría tomado la decisión de entrar en ese apartamento. Y, ya que estaban allí, debían echar una ojeada al lugar. En realidad, habría sido preferible seguir el procedimiento adecuado, pero eso solo habría dificultado las cosas. Óðinn habría acabado paseándose por el mismo piso y habría examinado los mismos objetos que a nadie importaban ya, con la única diferencia de que lo habría hecho ante la atenta mirada de un administrador o de algún pariente en lugar de Diljá. Además, si querían ajustarse a las normas seguro que era complicado obtener los documentos necesarios.

Esos argumentos le habían bastado para justificarse hasta que se encontró ante la puerta.

—¿Y si lo dejamos?

—Sí, hombre —dijo Diljá frunciendo la nariz—. Ahora que ya estamos aquí. ¿Qué es lo peor que puede pasar? —preguntó sin esperar respuesta—. Ya te lo digo yo: nada. Así que no tiene sentido rajarse ahora. —Le quitó la

llave de las manos y se dirigió a la puerta—. Me lo voy a pensar dos veces eso de casarme contigo cuando esté terminal —dijo mientras intentaba en vano introducir la llave en la cerradura—. ¿Qué narices pasa?

—Será la llave de arriba. No la del portal.

Óðinn respiró más tranquilo. Róberta habría confiado en poder entrar llamando a los vecinos. Reprimió una sonrisa de alivio.

Diljá se acercó a los timbres y apretó uno al azar. Al ver que no funcionaba lo intentó con el siguiente bajo la mirada silenciosa de Óðinn. ¿Qué podía hacer él? No podía agarrarla y sacarla de allí a la fuerza. Aquello le serviría de piedra de toque: si Diljá conseguía entrar, la seguiría sin rechistar. Si no, fingiría frustración y volvería al trabajo. Pero ¿cuál de las dos opciones elegiría si pudiera? No lo sabía.

—¿Sí? —Diljá casi besó la rejilla de plástico que cubría el micrófono.

A continuación se oyó un chirriante «¿Hola?» que parecía salido de una lata.

—Hemos venido a por unas cosas del apartamento de Róberta. Se llevó a casa unos documentos del trabajo y los hemos venido a buscar. —No le hizo falta decir nada más. Ni dar ningún nombre, ni especificar cuál era su lugar de trabajo ni explicar cómo pensaban entrar en el apartamento—. Toma ya —dijo Diljá agarrando el pomo de la puerta tras oír un zumbido.

La moqueta de las escaleras estaba tan desgastada en algunas zonas que se veía el entramado, sobre todo en la parte pegada a las puertas. En el primer piso distinguieron los entrañables esfuerzos de Róberta por decorar la entrada a su piso. Un felpudo con la palabra «¡Bienvenidos!» tapaba la moqueta y en la puerta colgaba un cartel que decía «Hogar, dulce hogar». A un lado, Róberta había colocado un jarrón con unas flores cutres de plástico que estaban tan llenas de polvo como las de la oficina. Óðinn se preguntó si las habría elegido ella.

—¿Qué pasará con todas estas cosas?

—Supongo que irán a parar a alguna tienda benéfica. O a la basura. Dudo mucho que los herederos se peleen por ellas.

—Ya.

Óðinn pensó en la entrada de su casa. Estaba tan vacía como la de los apartamentos donde todavía no se había mudado nadie. Nada de «Hogar, dulce hogar». Le pareció recordar que su vecina, la anciana, sí tenía un felpudo en la puerta. Por lo visto, la gente acostumbraba a señalar su vivienda de alguna forma y él no se había enterado.

—Madre mía, aquí hace mucho que no entra nadie —dijo Diljá frunciendo la nariz y dejando asomar dos grandes incisivos; durante un segundo su cara pareció la de un conejo.

El polvo relucía en el aire y el olor a cerrado indicaba que no se habían abierto las ventanas desde tiempos inmemoriales. Diljá encendió la luz y entraron. A primera vista todo parecía estar limpio y ordenado. La casa se hallaba atiborrada de estatuas y objetos decorativos que no denotaban muy buen gusto. Sin embargo, todo estaba bien colocado y no se veía desorden por ningún lado. En la rejilla para el calzado, los zapatos parecían dispuestos con escuadra y cartabón. Dos bolsos pequeños y elegantes colgaban de un gancho. Óðinn no recordaba haberla visto nunca con ninguno de los dos. Tenía que haber llevado alguno en la cena de empresa pero, aunque Óðinn estaba bastante seguro de haberla visto, no conseguía recordar cómo había ido vestida y menos aún qué bolso había llevado aquella noche. Se figuró que nadie de la oficina se acordaría, sobre todo el sector masculino. Iba a preguntarle a Diljá si se acordaba pero ella se le adelantó.

—Ni que hubiera sabido que no iba a volver. Qué ordenado está todo. Yo creo que intuyó que había llegado su hora.

Óðinn estaba de acuerdo con Diljá, pero no quería azuzar aquellos

pensamientos.

—Quizá siempre lo tenía igual de limpio. Hay personas que nacen ordenadas y han de tenerlo todo como una patena. Si está así todo el apartamento no tardaremos mucho en encontrar los documentos. Si es que se los trajo a casa. —Vio que Diljá levantaba una estatuilla azul de un niño rollizo y sonriente que sostenía una concha como si fuera un tesoro—. No rompamos nada. Tenemos que procurar tocar lo menos posible.

Diljá hizo como que se le caía la estatua y, tras mirar al techo con cara de desespero, la dejó en su sitio.

—¿De dónde sacaría estas cosas? —preguntó negando con la cabeza escandalizada, como si Róberta hubiera decorado su hogar con plantas de marihuana.

—Ni idea. —Óðinn no quería hablar de ese tema. Le resultaba violento y de mala educación. No habían ido hasta allí para cotillear las pertenencias de Róberta y cuestionar su gusto. Él no, al menos—. Concentrémonos en buscar los papeles del trabajo, que para eso estamos aquí. —Entró en la cocina, que parecía estar tan ordenada como el resto de la casa. Ni siquiera el polvo había logrado atenuar el brillo de los radiantes azulejos verde musgo. La ventana estaba tapada con los visillos de volantes que Óðinn había visto desde el aparcamiento. No le parecían más bonitos ahora que los veía de cerca—. Aquí no hay nada, me parece.

Sobre la mesa de la cocina reposaba un mantelito redondo de ganchillo con una tetera encima. Tampoco se veía nada en la encimera o en los estantes. Difícilmente habría guardado los documentos en el cajón de los cubiertos o en el frigorífico.

—Espera. —Diljá pasó por delante de Óðinn y se metió en la cocina—. En toda cocina hay un cajón donde se guardan trastos. —Abrió los cajones uno por uno y se llevó una pequeña decepción al ver que solo contenían trapos y

utensilios de cocina—. A lo mejor esta es la excepción que confirma la regla. —Aún no había terminado de hablar cuando abrió el cajón que estaba buscando—. ¡Ahí lo tienes! —exclamó haciendo un gesto a Óðinn para que echara un vistazo—. Te lo dije.

En el cajón había unos sobres abiertos. Óðinn los cogió y al levantarlos quedó al descubierto un inesperado caos de bolígrafos que desentonaba con el orden general de la casa. Echó un vistazo a los sobres y le extrañó que ninguno estuviera dirigido a Róberta. Los sellos estaban más descoloridos de lo normal y, aunque no sabía de filatelia, se notaba a la legua que eran bastante viejos.

—Mira —le dijo a Diljá mostrándole un sobre y leyendo en voz alta la dirección que aparecía en el siguiente. En ambos había un nombre que le resultaba un pelín familiar: Einar Allen. Todas las cartas parecían estar dirigidas al reformatorio Krókur y remitidas al mismo chico—. Róberta había mencionado unas cartas en sus fichas de control de horas. Debía de referirse a estas. Pero ¿por qué se las habría traído a casa?

Diljá había sacado la carta del sobre y había comenzado a leerla.

—Igual se aburría en casa y quería leerlas tranquilamente. A lo mejor ella no recibía ninguna carta. Yo qué sé. —Continuó leyendo en silencio—. La carta es de una tal Eyjalín —anunció mirando a Óðinn—. Qué nombre más raro. Creo que me suena de algo. ¿No es el nombre de alguna empresa? O de una crema o algo así —dijo Diljá mirando fijamente el extraño nombre escrito al pie de la página—. ¿Tú lo habías oído antes?

Óðinn negó con la cabeza. ¿Qué más daba el nombre del remitente?

—¿Qué pone?

—Parece escrita por una chica joven, no una mujer mayor. Mira la letra. —Diljá le tendió la carta. La caligrafía era infantil, abombada y alegre, muy distinta a la letra angulosa y seria que suelen tener los adultos. En la firma, el

acento sobre la í de Eyjalín tenía forma de corazón—. Le pregunta por qué no responde a sus cartas. Está desesperada. Luego le pregunta si es que ya no la quiere y dice que odia a su padre.

—Parece el típico drama de adolescentes.

¿Cuánto tiempo tardaría Rún en odiarlo?

—No sé. El resto suena extraño. Dice que no se arrepiente de nada y que más adelante podrían tener un niño y ser felices. Diga lo que diga el médico. Luego empieza a preguntarle de nuevo por qué no le responde.

—¿Y qué hay de raro?

—Me da que la tal Eyjalín no llegaba a los veinte años, que tendría entre quince y diecisiete. A esa edad uno no piensa en la procreación sino en cabalgar a lomos de un caballo blanco con su príncipe azul. ¿Y qué es eso del médico? —Diljá le dio la carta y el sobre para que los guardara—. A ver, dame las otras. Ahora me ha entrado la curiosidad.

Óðinn podía negarse a pasárselas tranquilamente, pero sabía que no se daría por vencida. A veces tratar con ella podía ser como quitarse un esparadrapo, lo mejor era dar un tirón y acabar de una vez.

—Miraré las otras habitaciones mientras tanto. No podemos quedarnos mucho tiempo.

Diljá no puso ninguna objeción y se limitó a arrebatarle los sobres y coger una silla de la cocina. Óðinn salió para echar un vistazo en las otras habitaciones del piso mientras ella se entretenía leyendo las cartas. No le apetecía verla hurgando en cada rincón de la casa, sobre todo en el dormitorio, donde cabía esperar que se encontraran los objetos más personales. Por esa razón empezó por ahí; prefería revisar el salón con Diljá.

El dormitorio estaba impecable, igual que el resto de la casa. La cama estaba hecha y Róberta había colocado unos cojines bordados que no pegaban con el estampado de rosas de la colcha. Óðinn nunca había entendido para

qué servían las colchas y menos aún los cojines. Aparte de complicarle a uno la vida a la hora de irse a dormir. Se preguntó qué habría hecho Róberta con todo aquello al acostarse e imaginó que lo dejaría en el sillón de la esquina ya que no había espacio sobre la cómoda o la mesilla de noche. La cómoda estaba cubierta de marcos y estatuas y sobre la mesilla había una enorme y aparatosa lámpara, un libro con un marcador y un vaso de agua vacío. Los cajones de la mesilla estaban prácticamente vacíos, solo había un antifaz para dormir, un bote de leche de magnesia y unas pinzas para las cejas. Óðinn echó una ojeada a los cajones de la cómoda y los iba cerrando en cuanto veía que solo contenían ropa. El último cajón contenía utensilios para hacer punto, unos ovillos de lana y una manga a medio tejer.

Cerró el cajón y se enderezó. Para su sorpresa y contra todo pronóstico, no se sentía incómodo en aquella casa. Obviamente, no estaba bien entrar sin permiso en el apartamento de una mujer fallecida, pero había esperado sentir la presencia de Róberta a sus espaldas o verla de repente reflejada en el espejo, pero no había ocurrido nada de eso. Ni tenía la piel de gallina ni la continua certeza de que algo le acechaba detrás de cada puerta o en el armario. Quizá el pánico a que los pillaran los familiares de Róberta había cerrado el paso a sus otros miedos. Óðinn quería interpretarlo como una señal de que estaba mejorando y que volvería a ser el mismo de siempre; pronto dejaría atrás al Óðinn que andaba siempre con un nudo en el estómago y creía ver y oír cosas imaginarias. Tal vez aquel piso le daba buenas vibraciones. De ser así ya estaba tardando en comprarlo, preferiblemente con todo lo que contenía para no alterar aquella energía positiva. Sonrió ante sus propios disparates pero su sonrisa se desvaneció al oír los pasos de Diljá.

—Esa Eyjalín estaba fatal de la cabeza —dijo Diljá desde la puerta mientras agitaba las cartas como un abanico—. Si las lees en orden cronológico te das cuenta de que cada vez está más enfadada con el tal Einar.

En la última carta se vuelve totalmente loca. Dice que la ha traicionado y que nunca la ha querido y Dios sabe qué más. Escribe su nombre abajo del todo y lo tacha varias veces como para mostrarle cuánto lo odia. Casi no se puede ni leer. Le he tenido que dar la vuelta al papel para entenderlo. Einar debió de tener una buena vuelta a casa al salir del reformatorio.

—Murió antes de salir.

—Oh —exclamó Diljá entrando en la habitación—. ¿Era uno de los que se asfixió en el coche?

Por lo visto, en las reuniones de los lunes había estado más atenta de lo que aparentaba.

—Sí.

Óðinn abrió la puerta del armario y le invadió un fuerte olor a perfume. De la barra colgaba tal cantidad de vestidos, chaquetas y camisas que la parte central estaba combada. Al agacharse para comprobar si se escondía algo en la parte inferior deseó no encontrar nada. Su deseo se cumplió: allí solo había zapatos viejos, casi todos pasados de moda.

—Vi a esta mujer en el entierro. Es más, me senté a su lado —dijo Diljá mientras miraba las fotos que había encima de la cómoda—. Era un poco rara.

Óðinn se enderezó.

—¿En qué sentido? En un funeral todo el mundo está un poco raro, ¿no? ¿Cómo hay que comportarse?

—No lo sé. Al menos no como ella.

Era una foto de estudio pero resultaba difícil adivinar en qué ocasión la habían sacado. La mujer no iba ni vestida de novia ni parecía haber obtenido una licenciatura. Nunca se le había dado muy bien calcular la edad de la gente pero parecía que tenía sesenta años, la edad de Róberta.

—Igual es su hermana.

En ese caso serían medio hermanas, ya que apenas se parecían. Róberta estaba entrada en carnes, tenía los ojos grises y era de apariencia anodina, mientras que la mujer de la foto tenía los ojos marrones y los pómulos altos. Seguramente había sido un bellezón en sus tiempos y seguía siendo atractiva a su edad.

—No. Los familiares se sentaban al otro lado. Era una amiga. Igual su novia. Fuera quien fuera, era rara. —A Diljá le dio un escalofrío—. Me inquietaba. Se sentaba rígida como una estatua, mirando al frente todo el rato. Estoy segura de que ni pestañeaba.

—Estaría llevando el dolor a su manera. No todo el mundo se pone a llorar en público. —Óðinn revisó el estante superior del armario y solo encontró unas cajas y unas bolsas con logotipos de supermercados que llevaban tiempo en quiebra—. Aquí no hay nada.

Después de que Diljá hubiera mirado debajo de la cama y hubiera hurgado un poco más en el armario se dirigieron al salón. Ni allí ni en el pequeño comedor adyacente encontraron nada relacionado con el trabajo. Óðinn observó a Diljá abrir los armarios de una estantería donde había un televisor último modelo y repetir la búsqueda en el aparador del comedor, que tintineaba sin cesar mientras lo revisaba.

—Igual solo trajo las cartas que hemos encontrado en la cocina.

La cara de Diljá no podía ocultar su decepción.

—Eso parece. —Óðinn esperaba frente al televisor, apoyado en un sillón con mantillas de encaje sobre el respaldo y los brazos—. Vámonos. Ya hemos buscado por todos los rincones.

—Menos en el baño.

Óðinn no respondió y dejó que Diljá echara una ojeada. No la siguió, no le apetecía mirar cosméticos y otros artículos que irían a parar al cubo de la basura. Nadie usa el jabón, la pasta o el perfume de una persona que ha

fallecido. Mientras esperaba junto a la puerta del apartamento reparó en una llave que colgaba de un pequeño gancho. El llavero de plástico indicaba «Garaje». La letra estaba borrosa, como si la etiqueta se hubiera mojado alguna vez. La extraña sensación que Óðinn había echado de menos comenzó a invadirlo y notó que se le erizaba el vello del brazo. Aparentemente seguía tan loco como antes. No se estaba recuperando en absoluto y tendría que aprender a vivir con ello. Era hora de afrontarlo. Si el instinto le decía que dejara la llave en su sitio y se olvidara de su existencia, él haría justo lo contrario.

—¡Diljá! La casa tiene un garaje. ¿No tendrá más sentido buscar ahí que en el baño? —preguntó con inesperado ímpetu.

Salieron del piso y no tardaron en encontrar el garaje que abría la llave. Las viejas bisagras chirriaron cuando Óðinn levantó la pesada puerta de madera.

—¿Dónde estará su coche? —preguntó Diljá mientras entraba y miraba alrededor.

—Aquí no, desde luego.

En su fuero interno Óðinn se resistía a entrar en ese garaje.

—Seguirá en el centro, hasta arriba de multas.

Diljá levantó una bolsa de plástico apoyada contra una bicicleta y miró hacia Óðinn, como esperando a que entrara. Óðinn se obligó a penetrar en aquella caja de cemento y sintió un nudo en el estómago. Luchó contra las ganas de girarse para comprobar que la puerta seguía abierta, temiendo que se cerrara para siempre. Tragó saliva y trató de centrar su atención en lo que Diljá sostenía en la mano. A juzgar por la cara que ella ponía, debía de estar pálido. Diljá abrió la boca como para decirle algo pero la cerró y se limitó a darle la bolsa, atada con doble nudo. Óðinn la abrió y sacó unos papeles. Bingo. Los documentos del trabajo. También encontraron una caja de cartón

que contenía otros documentos relacionados con Krókur. Estaba pegada a la pared, como si Róberta hubiera querido meterla en el coche para devolverla y luego se hubiera olvidado. Quizá la misma mañana en que había salido de aquel garaje por última vez.

Al oír el portazo del garaje al salir, Óðinn sintió que se le quitaba un enorme peso de encima. Sentía la misma sensación que en las pocas ocasiones en que se había salvado de milagro de un accidente. Decidió que llevaría la llave a la oficina en vez de volver a subir al piso. No era seguro que pudieran entrar de nuevo en el edificio. Y las ganas de marcharse de allí se habían hecho insoportables.

Febrero de 1974

Tobbi se retorció en la silla con cara de querer que se lo tragara la tierra. Estaba tan pálido que sus pecas resaltaban más de lo normal. Aldís no pensaba soltarlo hasta que no contestara sus preguntas y, en cierto modo, también disfrutaba viéndolo sufrir. La hacía sentir mejor, como si proyectara su propia frustración en él. Lo había cogido por banda a la salida del comedor y lo había metido a la fuerza en la pequeña sala de estar.

—Estás mintiendo. Sabes de sobra dónde guardan las cartas.

—No. Te lo juro, Aldís. Se las llevan y luego no sé qué hacen con ellas. Te lo juro. —Sus enormes ojos azules brillaban bajo su pelo desgreñado—. Te estoy diciendo la verdad.

Aldís estaba bastante segura de que no mentía. Tobbi le tenía miedo y, si hubiera podido poner freno a aquella avalancha de preguntas, ya lo habría hecho.

—¿Por qué tendría que creerte? —A Aldís le daban ganas de sacudirlo—. Llevas meses ayudando a Lilja y Veigar a coger lo que no es suyo y a impedir que los chicos, que encima son amigos tuyos, reciban lo que les envían sus padres. Son unos ladrones y tú los has ayudado, ¿y sabes qué? —El niño negó con la cabeza pero parecía saber la respuesta—. Tú no eres mejor que ellos. Eres un ladrón. —Tobbi se mordisqueaba el labio inferior y pestañeaba a toda velocidad. Parecía estar a punto de echarse a llorar y Aldís decidió calmarse un poco—. Pero si me dices qué han hecho con las cartas,

entonces serás mil veces mejor que ellos. Todos cometemos errores pero pocas veces tenemos la posibilidad de enmendarlos. Tienes suerte de que te dé una segunda oportunidad.

En los ojos del niño se divisó una chispa de esperanza que enseguida desapareció al comprender que Aldís seguía interesada en obtener la misma información.

—No sé qué hacen con las cartas. Me encantaría saberlo y decírtelo, pero es que no lo sé.

Aldís se enderezó. Tenía las manos apoyadas en los brazos de la silla y se inclinaba hacia Tobbi, amenazante. Como si hiciera falta amenazarlo. No era más que un chiquillo y ella una persona adulta. Aunque no se sentía como tal.

—Vamos a hacer como que te creo. —Él abrió la boca para balbucear algo pero no encontró las palabras. En lugar de hablar, se limitó a asentir con la boca abierta—. Y que pienso que si supieras dónde guardan las cartas me lo dirías. —Tobbi volvió a asentir y cerró la boca para deshacer el nudo que tenía en la garganta—. Pero tengo una solución.

Sus enormes ojos se entornaron ligeramente.

—¿Qué quieres decir?

—La furgoneta del correo viene dentro de un rato, ¿no?

—Sí, los martes y los viernes. Sobre las tres. Me mandan a buscarlo a las dos y media para que no me pele de frío si llega tarde. En verano me daba igual si me enviaban antes de hora. Se está mejor en la carretera que aquí. Hasta cruzaba los dedos para que llegara tarde la furgoneta.

—No te he pedido que me cuentes tu vida. —Aldís se arrepintió de sus palabras nada más pronunciarlas. Lo poco que sabía de la vida Tobbi era desolador. Su padre pasaba más tiempo en la cárcel que en la calle, y en casa el niño recibía todo el odio que el hombre sentía por el mundo. Aldís había oído que Tobbi se había roto más huesos que todos los chicos de la residencia

juntos. Suavizó el tono de voz—. Quiero que les des a Veigar y Lilja todo el correo, ya sean cartas o paquetes, y que después veas lo que hacen. Así sabremos dónde las guardan —le explicó Aldís cruzando los brazos—. Excepto mis cartas. Esas las quiero todas inmediatamente, ¿entendido?

—Pero...

—Nada de peros. Me importa un comino cómo te las apañas.

Lo decía en serio. Había registrado concienzudamente el despacho de Veigar y otros posibles escondites pero no había encontrado nada. Frustrada, había tratado de olvidar el asunto y centrarse en el trabajo. Pero aquella mañana se había levantado decidida a sonsacárselo a Tobbi. Tenía que hacerse con el correo como fuera. Sobre todo quería sus propias cartas para averiguar cómo se había marchado aquel cabrón de casa y si su madre se arrepentía de verdad. Entonces podría decidir si quería ponerse en contacto con ella o no.

También le interesaba leer las cartas de Einar para esclarecer el porqué de su estancia en Krókur. Aquella única hoja que había encontrado en la carpeta lo decía todo y, a la vez, nada. Pero, al menos, tras leerla estaba convencida de que allí ocurría algo raro. La carta se dirigía a Veigar y la firmaba un tal Jóhannes Ólafsson, que parecía ser un juez. Sin embargo, no hablaba en virtud de su cargo sino que escribía a Veigar como si fueran viejos amigos o conocidos. Le pedía que acogiera a un muchacho mayor que los internos de Krókur. Su ingreso no se llevaría a cabo según el procedimiento habitual sino que se haría sin la intervención de organismos oficiales. No hablaba de nada ilegal sino de una medida que beneficiaría a todos y no perjudicaría a nadie. El juez decía que se lo explicaría mejor por teléfono pero, en todo caso, aclaraba que la intención era aplicar un castigo merecido sin la intervención del sistema judicial. Sin duda un juicio era la vía pertinente para cualquiera que infringiera la ley, pero en aquel caso solo saldría perjudicada una víctima

inocente, es decir, la hija del remitente. Sin embargo, no se mencionaba ni una palabra sobre lo que Einar le había hecho a la chica. Lo primero que pensó Aldís fue que la había violado, pero la idea le parecía bastante improbable. Volvió a inclinarse sobre Tobbi.

—Si no lo haces, se lo contaré a los demás. Y ellos no serán tan comprensivos como Einar. Créeme.

Tobbi volvió a tragar saliva y se humedeció los labios. Se le veía tan poca cosa en aquella enorme silla y era tan enclenque que las rodillas y los codos parecían el doble de anchos que las piernas y los brazos. Entonces Aldís pensó en los huesos fracturados y curados, y estuvo por decirle que se olvidara de todo. Pero él se le adelantó:

—Lo intentaré. Te lo prometo. —Su voz era casi un susurro, sensible y frágil como el primer hielo del invierno.

Aldís notaba el aliento del niño en su cara. Olía a la sopa de carne del mediodía.

—Bien. Ven a buscarme cuando lo hayas hecho. Y si Lilja y Veigar te mandan hacer algo, les mientes y les dices que te duele el estómago.

Tobbi se puso de pie con cuidado, procurando no tocarla, como si temiera que le pudiera dar calambre. Se marchó cabizbajo y se detuvo al llegar a la puerta.

—¿Y si me pillan? Mataron a su propio hijo. Yo les doy igual.

Se dio la vuelta y se fue corriendo sin esperar la respuesta.

Veigar levantó la vista del libro y se quedó mirando a Aldís. Por primera vez, ella le sostuvo la mirada. Hasta entonces, cada vez que le clavaba esa mirada ceñuda, ella había bajado la suya. Nunca le había visto bien los ojos, era como si tuviera algún problema para abrirlos debidamente.

—¿Qué te pasa hoy? —preguntó en tono condescendiente.

Aldís continuó quitando el polvo sin bajar la mirada.

—Nada. ¿Por qué?

—No sé. —Volvió a entornar tanto los ojos que quedaron reducidos a una mera línea negra y brillante. Luego se aclaró la garganta y dejó el libro—. Pareces distraída.

Ambos sabían que no era cierto. Aldís lo hacía todo con la misma rapidez y eficiencia de siempre. Hasta se había afanado más al ver que su jefe estaba allí sentado. Además, tampoco había mucho que limpiar. Solo utilizaban aquella habitación, que llamaban «el auditorio» aunque simplemente se tratara de un salón grande, para predicar la palabra de Dios y enseñar buenos modales a los chicos. Las oraciones diarias no eran especialmente largas; nadie entraba con los zapatos puestos y todos tenían que lavarse primero la cara y las manos. Como si Dios no mirara a los niños que llevaran las uñas sucias.

—Lo estoy haciendo todo tan bien como siempre. —Aldís disfrutó dando su respuesta y no se ruborizó ni murmuró una disculpa—. ¿O es que quieres que lo haga de otra manera?

Veigar se levantó y se dirigió hacia ella. Estaba claro que no sabía cómo reaccionar ante semejante insolencia, si es que el pequeño acto de insumisión podía calificarse así. Deslizó sus gruesos dedos por la tapa del piano, se examinó las yemas y sopló fingiendo que tenían polvo.

—Ya no asistes a las reuniones. No estaría de más que volvieras. A todos nos ayuda escuchar la palabra del Señor. A superiores y a inferiores.

Aldís sabía que, a los ojos de Veigar, ella pertenecía al segundo grupo.

—Claro, claro. —Aldís tuvo la impresión de que él había captado su mensaje: no, gracias—. Ya he terminado con lo de siempre, ¿quieres que limpie algo más? —dijo sin sonreír y con cara inexpresiva. Veigar no se

merecía que lo tratara con amabilidad. Lo mejor era imaginar que le hablaba a la pared del fondo, que, al igual que Veigar, había visto tiempos mejores: el empapelado estaba descolorido y desconchado en las juntas y Veigar tenía profundas arrugas entre los ojos—. ¿El pupitre, tal vez? —Veigar y Lilja lo llamaban «altar» pero no era más que un viejo pupitre de madera delante de un aparador cubierto por un manto blanco; sobre él habían colocado un crucifijo desmesuradamente grande y dos candelabros de distinta procedencia. Más arriba, en la pared, colgaba un cuadro de Jesucristo en la cruz. Era extraño pensar que el cuadro original podría haber decorado alguna imponente catedral europea y Aldís se había preguntado más de una vez si la expresión de dolor del redentor no se debería más bien a que no podía creer dónde había terminado. Allí lo único que hacía era escuchar los sermones hipócritas de Veigar—. ¿O qué? ¿No está bien así?

Veigar caminó hacia ella y Aldís se arrepintió de no haber mantenido la boca cerrada y no haberse marchado. Recordó las palabras de Tobbi y entendió lo que había querido decir. Ella tampoco le importaba a aquel hombre, tan pronto podía darle una bofetada como hacerle algo peor. ¿Quién la iba a creer, si sería su palabra contra la de él? Dio un paso hacia atrás y el crujido de los tablones del suelo retumbó por la habitación. El sonido hablaba por sí solo y volvía a poner las cosas en su sitio: él, amenazante, y ella doblegada ante él.

—Guárdate esos humos conmigo, muchacha.

Sus ojos se cerraron aún más y Aldís pensó en lo diferentes que eran de los ojos oscuros del bebé, desproporcionados en su pequeña cabeza deformada.

—Solo preguntaba.

Se sintió bien al escuchar la firmeza de su voz. Tenía que salir de allí. Se le pasó por la cabeza la idea de espetarle que sabía dónde estaba enterrado el niño, pero enseguida se dio cuenta de que sería una mala jugada. ¿Qué

pensaba decir a continuación? ¿Eh? Pero aquel pensamiento fue esclarecedor: ¿cómo sabía Tobbi que el bebé estaba vivo al nacer? Muy pocos podían saberlo. Ella no le había mencionado a nadie que había visto señales de vida en el niño, ni siquiera cuando borracha le había hablado a Einar sobre el recién nacido. Él solo sabía que el matrimonio había tenido un hijo que había desaparecido. Un niño que había nacido muerto. No un niño que había abierto los ojos. Ella había borrado ese detalle de su mente porque quizá no había visto bien; tal vez los ojos se habían abierto solos al relajarse los músculos. No hacía falta poner el grito en el cielo ya que podía tener alguna explicación natural o podía haber sido una ilusión óptica. Aldís decidió que volvería a interrogar a Tobbi cuando regresara con el correo. Si es que traía las cartas.

El ceño de Veigar se relajó ligeramente y dio paso a una sonrisa adulatora.
—No vamos a discutir aquí. No delante del redentor.

Aldís no sabía cómo responder a su comentario. A juzgar por la expresión de Cristo, este tenía otras cosas mejores de que preocuparse que sus discusiones.

—Iré a preparar café. —Miró la hora en el reloj de pulsera que su madre le había regalado para su confirmación y vio que ya eran las dos y media. Observó la correa y se dio cuenta de que debía renovarla, igual que la relación con su madre—. No quiero que se me haga tarde.

Pero Veigar no iba a dejarla escapar tan fácilmente y se interpuso en su camino.

—¿Has estado dando vueltas por ahí de noche?

Aldís sintió que la invadía un sudor frío. ¿Se habría dejado algo en el establo la noche en que había estado con Einar? Ya hacía tiempo de su escarceo, pero tal vez no lo habían descubierto hasta entonces. Veigar no podía referirse a otro momento ya que era la única vez en que Aldís había

salido de su habitación después de trabajar. Einar había hecho insinuaciones sobre la posibilidad de repetir la aventura pero ella siempre le esquivaba. Se había propuesto mantenerse alejada del muchacho todo lo posible mientras no averiguara más sobre él. Después de leer la carta dirigida a Veigar ya no pensaba que todo podría haber sido un malentendido, que era un buen chico, que era inocente. Ahora sabía a ciencia cierta que Einar había cometido un delito y seguramente contra una chica. Ya no le parecía tan guapo y atractivo como antes. Ahora solo quería saber más, en parte por pura curiosidad y en parte para entender mejor qué tipo de persona era. Por muy ridículo que pudiera sonar, pensaba que ella podría cambiarlo y hacer de él un hombre mejor, contradiciendo lo que su madre le había repetido hasta la saciedad: la gente no cambia, por mucho que uno se haga ilusiones de lo contrario.

—No. No he salido de mi cuarto.

—¿Estás segura? —Notó el olor de su aftershave. Se lo echaba por las mañanas y el olor se atenuaba a lo largo del día, pero en ese momento le pareció tan intenso como a primera hora y, para colmo, venía acompañado de un fuerte olor a sudor. Intentó en vano dejar de respirar esa peste. Le picaba la nariz y le daban ganas de sonarse—. Alguna vez he visto a una chica por fuera, y no es que haya muchas por aquí, ¿verdad?

—No. —Aldís se apartó inclinando la espalda hacia atrás pero no se libró del olor del hombre. Por primera vez se dio cuenta de que la nariz de Veigar estaba repleta de puntos negros. No sabía que los adultos también podían tener espinillas, pensaba que la vida las reservaba para los adolescentes—. No he salido de mi habitación. ¿Cuándo la has visto exactamente?

—Ayer por la noche, por ejemplo.

—No. Yo no era. Habrá sido otra persona.

Aldís se sintió aliviada. La estaba confundiendo con otra persona. Pero

¿con quién? Ninguno de los chicos tenía un aspecto especialmente femenino, aunque de lejos no se notaba mucha diferencia.

Veigar la miró con escepticismo. Los músculos de su cara se relajaron tanto que su rostro pareció derretirse.

—¿Estás segura? Entonces ¿quién era? —No parecía estar buscando una respuesta sino, más bien, hablando solo.

—Yo no. —Aldís respiró tranquila al ver que Veigar se alejaba de ella. Por fin dejó de verle las espinillas y oler su aftershave—. Igual era Lilja. O alguno de los empleados. Estaba oscuro, ¿no?

—Siempre está oscuro.

—Lo habrás soñado —dijo Aldís con una simpatía que ninguno de los dos se esperaba.

—No —aseveró Veigar clavándole la mirada y frunciendo el ceño.

Entonces cogió su libro y se marchó sin despedirse.

Eran casi las cinco cuando Tobbi le dio un toque en la espalda a Aldís. Respiraba muy rápido, como si llegara corriendo, aunque Aldís ni lo había oído acercarse. Se alegraba de verlo, lo había estado buscando a la hora del café y había comenzado a pensar que Lilja y Veigar lo habían pillado espiándolos.

—Ya sé dónde las guardan —dijo mirando nervioso a su alrededor.

Ya no tenía la cara pálida como antes. Al contrario, la tenía tan roja que apenas se le distinguían las pecas. Se encontraban en la entrada al recinto y ella acababa de desmenuzar una galleta en la nieve para el pájaro, que piaba impaciente en el tejado esperando a que se marchara. Aun después de varios meses dándole de comer, todavía no le había cogido confianza y nunca se lanzaba a por la comida hasta que Aldís no se había alejado una distancia

prudencial. Daba igual cuánto tiempo tardara en volver a darle de comer. Después de haberse perdido en la tormenta lo había encontrado aún más huidizo que antes, como si la culpaba a ella de la tempestad que se lo había llevado volando. Pero Aldís hizo como si nada, simplemente se alegró de que hubiera encontrado el camino de regreso.

Aldís se sacudió las manos en el pantalón para quitarse las migas.

—¿Tienes mis cartas?

La pregunta era absurda: no llevaba nada en las manos sucias.

—No. No me he atrevido a cogerlas. Hay una caja entera y era imposible llevártela sin que te vean.

—¿Dónde está la caja esa?

—Abajo, en el sótano. Yo no puedo ir ahí. No me atrevo. —Sin dejar de mover sus pies sobre la grava, Tobbi se humedeció los labios. A sus espaldas, el sol había comenzado a descender y el horizonte parecía estar en llamas. Su madre le decía de pequeña que una puesta de sol bonita auguraba buen tiempo al día siguiente. Tal vez fuera una señal de que muy pronto se arreglarían las cosas con su madre. ¿Quizá al día siguiente? Aldís recuperaría sus cartas y cuando las hubiera leído todas podría hacer las paces con ella. A pesar del frío, aquella idea la hizo entrar en calor—. Le he dado las cartas a Lilja y después he mirado lo que hacía. Ha entrado con ellas en el despacho de Veigar y luego ha salido con las manos vacías. Yo miraba por una rendija escondido en la habitación de enfrente. Después de un buen rato, Veigar ha salido con las cartas. Lo he seguido hasta el edificio principal y he visto que bajaba al sótano.

—¿Cómo sabes que las ha metido en una caja?

—He salido corriendo y me he asomado por la ventana pequeña. Ha estado a punto de verme pero me he podido esconder a tiempo. Espero. —Los ojos

del chico se abrieron como platos y sus labios se echaron a temblar—. ¿Crees que me habrá visto?

Aldís negó firmemente con la cabeza.

—Claro que no —le aseguró pese a no poder saberlo—. ¿Dónde está la caja exactamente? Si bajo a buscarla no quiero perder mucho tiempo.

—En la estantería que hay al lado de las escaleras. —Tobbi se giró y estiró el brazo derecho como para saber a qué lado estaba la estantería—. A la derecha. —Sus mejillas estaban menos sonrojadas y su cara había comenzado a brillar—. ¿A que lo he hecho bien?

—Lo has hecho genial —dijo Aldís sonriéndole y conteniéndose las ganas de acariciarle el pelo. De vez en cuando había piojos en la casa y, de momento, ella se había librado de ellos. No quería irse de allí con un corte de pelo a lo chico, ya que así no la llamarían nunca para hacer una entrevista de trabajo de azafata—. Dime una cosa más, Tobbi, y con eso te dejo que te vayas.

Tobbi dejó caer los hombros y se le volvió a inquietar la mirada.

—Debo irme. Todavía tengo que hacer los deberes y quiero terminar antes de cenar.

Aldís hizo oídos sordos a sus objeciones. Para ella eran como el zumbido de su pequeño aparato de radio, al que no hacía ningún caso.

—¿Por qué has dicho que Veigar había matado a su hijo?

Tobbi escarbaba en la grava con sus zapatillas rotas.

—Por nada.

Aldís lo agarró del mentón y lo obligó a mirarla a la cara. En los ojos azules del muchacho podía leer una súplica silenciosa: «Vete, ¡ojalá no hubieras venido nunca!».

—Dime quién te lo ha contado. Te prometo que no se lo diré a nadie. Confía en mí.

—¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo. Solo dime por qué crees que Veigar lo había matado. Te prometo que entonces te dejaré en paz.

—Lo vi —dijo Tobbi mientras se retorció para intentar librarse de la mano de Aldís. Sus ojos se movían en todas direcciones para evitar mirarla a la cara—. Estaba trabajando con Veigar en el establo cuando lo llamaron porque Lilja estaba a punto de parir. —Tobbi tragó saliva—. No sabía qué tenía que hacer yo y no me atrevía a irme. Igual volvía enseguida. No sé cuánto tarda un niño en nacer.

—Suele llevar un buen rato.

—Sí, ahora ya lo sé. Cuando me di cuenta de que no iba a volver, se había hecho tan de noche que no me atrevía a salir yo solo. —El chico se ruborizó. Seguro que los mayores se habían reído de él por su miedo a la oscuridad—. Decidí quedarme a dormir ahí, en el heno. Pero no podía dormirme y, cuando oí que había alguien fuera, entré al cuarto del café para asomarme por la ventana. Entonces vi a Veigar bajo la luz de la luna. —Tobbi volvió a tragar saliva.

—¿Y qué hacía?

—Llevaba algo envuelto en una sábana blanca que estaba llena de sangre. —Aldís se sintió aliviada. Tobbi había malinterpretado la sangre—. También llevaba una pala. Dejó el bulto en el suelo y se puso a cavar un hoyo al lado del árbol. La pala no se clavaba bien y soltaba palabrotas sin parar.

—El niño había nacido muerto, Tobbi. La sangre no era del bebé, sino de Lilja. Las mujeres sangran al parir.

Aldís había pensado muchas veces en los partos. Las experiencias personales que contaban las amigas de su madre le bastaban para saber que no quería pasar por uno.

—Estaba vivo, Aldís. Lloraba.

—¿Lloraba? —Esa vez fue ella la que tragó saliva.

—Sí, y seguía llorando después de que lo metiera en el hoyo. Hasta que la tierra no dejó que se oyera más.

La historia era más espeluznante de lo que se había imaginado. ¿Por qué tenía que enterarse de lo ocurrido justo en aquel momento? Ojalá lo hubiera averiguado un poco más tarde. No quería visualizar la cara del niño cuando bajara al sótano aquella noche. Y menos aún imaginarse sus llantos. Pero mientras veía a Tobbi alejarse y resbalarse dos veces sobre las piedras, sabía que no conseguiría quitárselo de la cabeza. La imagen del niño muerto se había quedado grabada en lo más profundo de su mente.

La anciana sonrió agradecida y le dio a Óðinn un billete de mil coronas.

—Gracias por la ayuda. —Le había pedido que le arreglara una puerta medio caída de un armario de la cocina. Al ver que no le aceptaba el dinero, añadió—: Dáselo a tu hija si no lo quieres tú. Seguro que está ahorrando para comprarse algo.

Óðinn se guardó con reparo el billete en el bolsillo. Cerró la caja de herramientas y comprobó por última vez que la puerta se abría y se cerraba sin problema.

—Debería aguantar un tiempo. Al menos un año.

—Con eso me basta —dijo la mujer apoyándose en la encimera. Óðinn la vio más débil de lo habitual, quizá porque no solía verla sin el abrigo grueso que llevaba siempre—. No creo que dure mucho más en este mundo.

—Pero... —Óðinn esperaba que no se notara en exceso su incomodidad—. ¿Eso no es ponerse demasiado pesimista? —preguntó mientras cogía la caja de herramientas.

—No, no. Ya he tenido suficiente. —La mujer no parecía especialmente apenada por dejar la vida terrenal—. Vosotros os llevaréis la peor parte. Os quedaréis solos en el edificio. Aunque a lo mejor se venden más pisos, con un poco de suerte. A tu hija le hace falta algún amigo con el que jugar. Igual cuando me vaya se muda aquí una familia con un niño.

—Espero que Rún no tenga que esperar tanto. Y estoy seguro de que le queda a usted más tiempo del que se piensa.

Óðinn se estaba impacientando. Tenía ganas de subir a casa pero no quería ser maleducado.

—No, siento que me va llegando la hora —dijo ajustándose el jersey al cuello con una mano de aspecto sorprendentemente joven. Hacía frío en la casa, como en el resto del edificio—. Me está pasando como a mi madre y a mi abuela: que se me avisa con tiempo. —Soltó el cuello del jersey y este volvió a caer en el mismo sitio—. Perdona que os molestara a ti y a tu hermano por lo de los ruidos del rellano, pero es que no había caído en lo que era.

—Ahora sí que me he perdido —resopló Óðinn.

A pesar de que la caja de herramientas no pesaba mucho, el hombro se le hundió ligeramente.

—Normal —dijo sonriendo—. En mi familia ocurre que, cuando a uno le llega la hora, comienzan a pasar cosas inexplicables. Ve y escucha cosas que no existen. Como los ruidos que oía el otro día. No tengo ninguna explicación, de lo cual supongo que me alegro. El tiempo dirá.

Óðinn tragó saliva.

—Ya. —Se cambió de mano la caja de herramientas—. Entonces ¿oye cosas imaginarias? —Quizá había algo en la casa, algún compuesto de la pintura o del plástico que fuera perjudicial para el cerebro. A Óðinn nunca se le habría pasado por la cabeza que podría haber estado inhalando alguna sustancia tóxica—. ¿No tendrán que ver las alucinaciones con algún producto químico?

—No, hijo mío, no. Es una especie de fantasma en nuestra familia y no tiene nada que ver con ninguna sustancia. Mi abuela me dijo que ocurría cuando uno tenía ya un pie en la tumba. Cuando no queda nada para que llegue el momento, uno entra en contacto con el más allá. Ella vivió algo así justo antes de morir y mi madre también. Yo me lo creía a medias pero ahora

sé que es así. —Terminó su explicación con una amplia sonrisa—. Así tiene uno un poco de tiempo para prepararse.

—¿Está segura de que no es nada que haya en el ambiente? —Óðinn deseaba sacar a aquella enclenque mujer de su convencimiento—. Se lo pregunto porque yo también experimento algo parecido. Oigo y veo cosas que no existen.

La alegría se borró de la cara de la anciana, que parecía más frágil y débil que antes.

—Mal asunto. Mal asunto.

Así pues, se encontraba a las puertas de la muerte. Solo entonces, dos horas después de haber subido a casa, Óðinn podía sonreír pensando en aquel disparate. Todavía mantenía la sonrisa cuando vio que en las noticias aparecía un tanque avanzando por una calle desierta. Tal vez los habitantes de aquella calle habían experimentado lo mismo que él en los últimos días. El cañón rotó y disparó contra una casa, que desapareció entre una nube de polvo negra.

—¿Quién te ha escrito, papá? —Rún sujetaba la bolsa del garaje de Róberta. Cuando Diljá y él habían subido de nuevo a la oficina Óðinn había preferido dejar las cartas en el coche por miedo a que la mujer se las enseñara a todo el mundo. Lo último que quería era tener que darle explicaciones a Heimir sobre aquella visita irregular. Al llegar a casa no se había atrevido a aparcar el coche en el garaje del sótano, así que lo había dejado en la calle y había subido a casa con la bolsa y la caja—. Qué montón de cartas. ¿Son viejas?

Óðinn la saludó desde el sillón mientras intentaba concentrarse en las noticias de la televisión. En ese momento daban el resumen de lo más

importante: disturbios en Oriente Próximo y conflictos en el Parlamento islandés. Al coger la bolsa, sus dedos se rozaron con los de su hija; ella los tenía suaves y fríos mientras que los suyos eran ásperos y estaban calientes.

—Son del trabajo, cielo. Nada importante. Ya no, al menos.

—¿Por qué recibís cartas tan viejas en la oficina? Pensaba que era un trabajo nuevo.

—No son cartas que nos escriban a nosotros. Tienen que ver con mi proyecto. Un caso viejo. Nada emocionante. —Óðinn alargó el brazo para coger el mando a distancia y apagó el televisor—. ¿Has hecho los deberes?

Rún no respondió.

—Pensaba que no estaba bien leer las cartas de los demás. Eso dice la abuelita.

—Y tiene razón. Pero a veces uno está obligado a hacer ciertas cosas. De hecho, no he leído las cartas y puede que no lo tenga que hacer.

—Yo nunca he escrito una carta.

No parecía que esa carencia la preocupara demasiado.

Rún llevaba el flequillo sujeto con un pasador y Óðinn recordó que había querido llevarla a la peluquería la semana anterior pero se le había pasado. La niña necesitaba tantas cosas que él no podía con todo. ¿Cómo se las arreglaba la gente con más de un hijo? Seguramente llegaría un momento en que Rún requeriría menos atenciones.

—Yo tampoco es que haya escrito tantas, y mira que tengo más años que tú. Solo mando e-mails. —Volvió a hacer un nudo en la bolsa y la dejó en el suelo—. Hay que hacer algo con ese pelo. ¿Te acuerdas de que teníamos que ir a la peluquería?

Rún se ajustó el pasador.

—Está bien así —dijo tocándose ligeramente su colorido pasador de niña—. Me ha llamado la abuelita.

—¿Ah, sí? —Óðinn se enderezó—. ¿Cuándo?

—A mediodía. Cuando estaba en el colegio.

—¿Al móvil? —Rún asintió. Óðinn daba por hecho que él era el único que la llamaba. Una vez había preguntado en el colegio por qué sus amigos nunca la llamaban, pero le habían contestado que allí tampoco se relacionaba con muchos niños. Eso le había afectado, pero no sabía qué hacer al respecto. Lára debía de haber hecho todo lo posible y, si ella no lo había conseguido, no parecía muy probable que sus torpes intentos de estimular la popularidad de Rún fueran a dar mejores resultados—. ¿Qué quería?

—Que la fuera a ver, pero no quiero ir.

—Ya hablaré con ella y se lo explicaré. —Rún puso una cara de horror tan exagerada que rozaba lo cómico—. Le diré que necesitas descansar y estar tranquila. —Óðinn vio que seguía preocupada y añadió—: O si no, le digo que en los próximos días queremos estar solos tú y yo y que, de momento, no habrá más visitas.

El espanto fue desdibujándose del rostro de Rún, pero no desapareció del todo.

—¿Y qué pasa con el tío Baldur? Entonces ¿tampoco podré ir a su casa? Me habían invitado a cenar pizza y ver una película, ¿te acuerdas?

Su hermano se lo había prometido en la última visita, encantado por la admiración que despertaba en su sobrina.

—La abuela no tiene por qué saber todo lo que hacemos. Hace tiempo que quedamos en que irías a casa de tus tíos.

No le hacía gracia enseñar a su hija que a veces no estaba mal modificar un poco la realidad, pero su bienestar era lo primero.

Rún sonrió.

—Vale. ¿Puedes llamarla ahora? No quiero que vuelva a llamarme mañana.

Pocas llamadas podían apetecerle menos a Óðinn, pero lo mejor era quitársela de encima cuanto antes.

—Sí, ahora la llamo —dijo observando los brazos esqueléticos de Rún, que asomaban por las mangas de su camiseta arrugada y descolorida de Mickey Mouse. Pronto le quedaría pequeña: le asomaba el ombligo y eso le hizo recordar cuánta aprensión le daba ver a Lára desinfectar con un bastoncillo de algodón los restos negros del cordón umbilical cuando era una recién nacida. Si hubiera sido padre soltero desde el principio, seguro que su hija no habría recibido ese cuidado—. ¿Echas de menos a mamá?

—Sí. Trato de no pensar mucho en ella. Porque entonces me siento mal. Nanna dice que tengo que pensar en los buenos momentos con mamá. Dice que tengo que mantener esos recuerdos hasta que sea adulta. Entonces me alegraré de no haber intentado olvidarme de ella. Pero me cuesta tanto. Si pienso mucho en ella tengo pesadillas, peores de las que ya tengo.

—No debes tenerle miedo a los sueños, Rún. Son tonterías que el cerebro se inventa porque está dormido y se confunde. La psicóloga tiene que habértelo dicho también. ¿No sueñas muchas veces con que te caes? —Rún asintió—. ¿Y con que puedes volar? —Rún volvió a asentir y al hacerlo se le movió el pasador. Se lo quitó y se lo colocó más arriba—. ¿Lo ves? Cuando sueñas no te estás cayendo, y no digamos ya volar. Son tonterías.

«Tanto como que los que están a punto de morir pueden ver y escuchar a los muertos», pensó.

—Ya lo sé. —Pero una cosa era saberlo y otra creérselo—. Mamá está enfadada conmigo en mis sueños.

—No está enfadada, Rún. Los muertos no pueden estar enfadados, ya lo sabes. Después de la muerte se olvida todo lo malo y solo queda lo bueno. —Óðinn escogía cada palabra cuidadosamente aunque el resultado no sonaba tan convincente como él habría querido. Estaba claro que la terapia estaba

dando resultado ya que, hasta entonces, Rún se había metido en su caparazón cada vez que Óðinn intentaba hablar de su madre y el accidente—. Aunque sueñes con que está enfadada te aseguro que en el cielo nadie se pone a pensar en si los demás han ordenado su habitación o si han dicho palabrotas. Lo único que a uno le importa son las cosas que le hicieron feliz.

—Ojalá mamá hubiera vivido un poco más después de caerse. Estaba enfadada conmigo cuando me fui a la cama.

Óðinn no estaba de acuerdo. Lára había muerto en el acto y dudaba que a Rún le hubiera hecho algún bien estar sentada junto a la camilla de su madre agonizante.

—Ya sé lo que puedes hacer: escribirle una carta a mamá mientras hablo con la abuela.

—¿Y cómo la va a leer?

Rún cruzó los brazos, pero al menos no rechazó la idea de buenas a primeras, tal y como Óðinn había vaticinado.

—Pues no lo sé muy bien, pero ya veremos. Igual se la podemos dejar en su tumba, o podemos quemarla para que el mensaje llegue en forma de humo hasta el cielo. O bien la guardas en tu habitación y la próxima vez que tengas una pesadilla le pides a mamá que lea la carta. ¿Qué te parece? Inténtalo al menos.

Rún aceptó de mala gana. Óðinn encontró una libreta y un bolígrafo y la mandó a su habitación. Allí podía estar tranquila y despedirse de su madre mientras él hablaba con su abuela. Pero, antes de que se fuera del salón, le hizo la pregunta que tanto tiempo llevaba carcomiéndolo por dentro.

—Dime una cosa, Rún. Y no hace falta que me respondas si te hace sentir incómoda.

—¿Qué? —preguntó frunciendo el ceño.

—¿Es posible que la mañana en que mamá murió te hubieras despertado y

hubieras oído que alguien estaba con ella? ¿Alguien que conocieras?

Desconcertada, Rún se quedó mirándolo fijamente mientras en su cabeza Óðinn formulaba la pregunta y la respuesta que en realidad quería oír. «¿Estaba yo allí?» «No, papá, claro que no estabas en casa.»

—¿Por qué lo preguntas? —preguntó con aire triste, como pidiéndole a su padre con la mirada que no complicara las cosas más de lo que estaban.

«No digas que alguien pudo haberle hecho daño a mamá. No digas eso. Se cayó y ya está.»

—Por nada en especial. Solo me lo preguntaba.

Vaya estupidez haberlo mencionado.

—No vi a nadie. Estaba dormida y no me desperté. Pero no había nadie, estoy segura.

Dio media vuelta y se metió en su habitación con la libreta en el pecho como si fuera un escudo. Aturdido, Óðinn hundió la cabeza entre las manos y cerró los ojos. Rún le había mentado. La conocía demasiado bien. Había visto o notado algo. Habría sido una experiencia horrible y por eso le costaba tanto afrontar la pérdida. Pero ¿por qué no había dicho nada? No podía haber muchas personas a las que quisiera proteger. Él era una de ellas.

Sin pensar más en ello, llamó a su ex suegra.

—Hola.

Óðinn se reclinó y miró al techo.

—¿Quién es?

Ni que la llamaran muchos hombres.

—Óðinn.

—Ah —dijo sin ocultar su decepción—. ¿Pasa algo?

—No, no. Nada. —Óðinn se inclinó tan rápido hacia delante que se mareó—. Me ha dicho Rún que la has llamado cuando estaba en el colegio.

—Sí, ¿y qué?

Su respuesta era infantil: si quería hablar con su nieta, lo normal era que la llamara después del colegio.

—Pues que no puede hablar por teléfono cuando está en el colegio. —A Óðinn le pareció que la conversación no iba por buen camino. Como todas las que tenían. Era como si no pudieran hablar sin acabar discutiendo. Siempre la misma historia: ella no le podía perdonar que le hubiera fallado a su hija en el peor momento y él no podía soportar que se lo recordara constantemente. ¿Iba a ser así siempre?—. Quiero decirte algo que debía haberte dicho hace tiempo.

—¿Qué? —Aquella única palabra rezumaba suspicacia.

—Solo quiero que sepas lo mucho que me arrepiento de todo lo que ocurrió con Lára. No estoy diciendo que fuera un error separarme de ella, pero lo podría haber hecho con más elegancia, y también podría haberme portado mejor con ella y con Rún después de marcharme. Ya es tarde para cambiarlo, pero quería que supieras que me arrepiento. Más de lo que puedo expresar.

—Ajá. —Su voz mostraba signos de decepción, como si hubiera preferido que hubiera dicho algo que alimentara su enfrentamiento con él. Quizá el odio hacia él era de las pocas cosas que le daban sentido a su vida—. Espero que lo digas de verdad.

—Así es.

—¿Has llamado para decirme esto?

—No. De hecho no quería hablar de ello, aunque ya era hora de hacerlo.

—Entonces ¿para qué llamabas?

—Solo quería decirte que Rún va a una psicóloga para que la ayude a superar el trauma. —No podía imaginarse diciendo «la muerte de Lára» a su suegra—. Está teniendo dificultades, duerme mal y, en general, no se encuentra bien, así que espero que la ayude. —Al otro lado de la línea solo

había un silencio sepulcral y Óðinn se apresuró a añadir—: Es muy importante que esté lo más tranquila posible. Así que espero que entiendas que, por el momento, no podrá hacerte visitas. —De nuevo un silencio. Óðinn pensó que se había cortado el teléfono—. ¿Estás ahí?

—Sí.

—Espero que entiendas que no es nada personal contigo y que lo superará.

—Lo que Rún necesita no es ninguna psicóloga. Nos necesita a ti y a mí. Si fueras un padre como es debido lo entenderías. Esas terapias son eternas; te atrapan y ya no te sueltan. La estás condenando a que tenga que ir al psicólogo el resto de su vida.

—No se trata de ninguna terapia eterna sino de la visita a una psicóloga independiente. Está especializada en niños y no retendrá a Rún más de lo necesario. He hablado con ella personalmente y puedo opinar mejor que tú.

—Eres un inútil.

Colgó el teléfono.

A Óðinn no le colgaban el teléfono desde que Lára había empezado a darse cuenta de los defectos de su ex marido, así que ahora le cogió demasiado por sorpresa como para enfadarse o indignarse. Además, había sabido desde el principio que la conversación terminaría mal. En realidad, había pensado que se enfadaría por lo de las visitas y no por haber buscado ayuda para Rún. ¿Sospecharía, igual que él, que su nieta había visto u oído más de lo que decía? ¿Pensaría que él tenía algo que ver con el accidente? Ella vivía en la misma calle, dos casas más abajo, y podía haberlo visto por la ventana haciendo eses en dirección a casa de Lára aquella fatídica mañana. O quizá lo había oído mientras ponía la lavadora y luego mintió diciendo que había llevado la colada a casa de su hija la noche anterior para evitar decir que lo había visto. En ese caso, era perfectamente comprensible que la abuela de Rún no quisiera que se hurgara en la memoria de su nieta; nunca podía

saberse qué podía salir de ella. Rún sufriría un golpe devastador si saliera a relucir que su padre había asesinado a su madre. El amor por su nieta era seguramente más grande que el odio hacia él. Pero seguramente se estaba dejando llevar por la imaginación; no era tan raro que le hubiera colgado el teléfono.

Óðinn deseaba con todas sus fuerzas recordar lo ocurrido aquella mañana. Quizá pudiera recuperar sus recuerdos mediante hipnosis, aunque hubiera estado borracho aquella noche. En algún rincón de su cabeza se escondían aquellos fragmentos, la cuestión era localizarlos. Pero cuantas más vueltas le daba, más arriesgada le parecía la idea de la hipnosis: nunca podría confiar en que el hipnotizador fuera a mantener la boca cerrada si salía a la luz algo grave.

Óðinn se levantó. No había remedio. Al menos tenía claro que, en caso de estar involucrado en la muerte de Lára, prefería no saberlo. Quizá su subconsciente había deducido que lo más sabio era guardar los recuerdos bajo llave y luego tirar esta. Sus alucinaciones eran consecuencia de los intentos de su cerebro para recuperarlos; no eran augurios de una muerte inminente. Solo tenía que convencerse a sí mismo de que él no tenía nada que ver con el accidente y que debía dejar de romperse la cabeza, y pedirle a la psicóloga que no le hiciera más preguntas a Rún acerca de la mañana en que Lára había muerto. A no ser que su recuperación dependiera de ello.

—Ya está —dijo Rún mientras sostenía en la mano la libreta y la hoja de papel, que había doblado para que cupiera en un sobre—. Pero no sé cómo hacer para que mamá la lea.

Rún lo miró y Óðinn se sorprendió de lo mucho que su hija se parecía a su madre.

Cogió la carta y le inquietó tener aquel papel entre los dedos. Quizá contenía algo que pudiera aclararlo todo. Esa misma idea lo convenció de que

no quería saberlo. Cualquier cosa era mejor que confirmar lo peor, aunque supusiera seguir teniendo experiencias extrañas durante un tiempo.

—Ya sé lo que podemos hacer —anunció esbozando una sonrisa—. Vamos a quemar la carta y dejar que el humo se lleve los cachitos de papel al cielo, hasta donde está mamá. Así ya no tendrás más pesadillas y todo irá bien. Lo presiento.

Rún le devolvió la sonrisa y salieron juntos al balcón. Óðinn abrió la barbacoa y colocó la carta encima protegiéndola del viento. Puso una briqueta sobre la hoja blanca y la encendió. Ambos observaron en silencio cómo las llamas engullían el papel y hacían que se contrajera. Rún miró el humo ascender hacia el cielo y desaparecer en la oscuridad.

—¿No te sientes mejor?

—Sí. Mucho mejor. —Sonrió dejando asomar unos incisivos desproporcionados que con el tiempo se ajustarían mejor a su cara—. Muchísimo mejor. Ahora mamá ya no estará enfadada.

—Ya verás cómo no.

Se metieron de nuevo en casa para resguardarse del frío. Óðinn tenía la impresión de que Rún había dado un gran paso y que parecía más contenta. Pero ojalá pudiera decir lo mismo de él. Se dirigió lentamente hacia el salón. Mientras la carta se arrugaba había alcanzado a leer un fragmento de una línea: «... tienes que perdonar a papá, no fue su intención...».

Febrero de 1974

La noche era tan bonita como la puesta de sol que la había precedido. Entre las nubes se veía un cielo negro salpicado de estrellas centelleantes y, aunque solo había media luna, la luz bastaba para iluminarle el camino a través de la nieve. En el colegio, el profesor les había contado que antiguamente la gente creía que el cielo era un manto que separaba la tierra del reino de los cielos y que las estrellas eran agujeros por los que se veía la luz plateada del paraíso. Aldís había escuchado fascinada y, al terminar la explicación, había levantado la mano para preguntar por qué Dios no hacía que los ángeles zurcieran los agujeros. Su madre sabía coser y seguro que el cielo estaba lleno de madres que podían echar una mano. Sus compañeros de clase se echaron a reír y el profesor sonrió con benevolencia y le dijo que seguramente los agujeros estaban para que en la tierra supiéramos qué bonita era la casa de Dios y cuánta luz había en ella. Nadie volvía a casa después de haber ascendido, así que esa era la única manera de enseñar a los hombres el esplendor del reino de los cielos. Aldís pensó que Dios ya podía haberle regalado a la tierra algo de aquel esplendor. Buena falta le hacía.

Una nube blanca de vaho se arremolinó en el aire helado y silencioso de la noche. La nieve crujía tanto bajo sus pies que caminaba lentamente por si había alguien despierto y la oía. Sobre todo le preocupaba Veigar. Tenía miedo de que acechara escondido tras la cortina de su dormitorio, esperando ver a la chica que, según él, merodeaba por ahí de noche. Por eso no podía

evitar levantar la vista continuamente hacia la fachada de la casa. Desde allí, la ventana le devolvía la mirada y Aldís no quitaba los ojos de las cortinas blancas. Se imaginaba a Veigar sentado a oscuras en aquella enorme silla, que ella apenas podía mover cuando fregaba el suelo, clavándole su sucia mirada entornada desde la penumbra de su dormitorio. Si la pillaban ya nadie creería que no salía nunca de la habitación por las noches. Aldís se frotó los brazos, aunque sabía que el frío que sentía procedía de su interior. Se concentró en fijar la mirada en su destino en vez de girarse otra vez hacia la casa de Veigar y Lilja. Le quedaba poco, pero se le estaba haciendo eterno. Solo a ella se le ocurría castigarse de ese modo a sí misma y ponerse a caminar bajo las estrellas. Pero el deseo de leer las cartas escondidas en ese sótano oscuro era superior a sus fuerzas.

A pesar de que debería estarle agradecida a Tobbi por haberle indicado dónde guardaban el correo incautado, seguía enfadada con él. Sabía perfectamente que debería dirigir su rabia hacia ella, pero nunca había sido su fuerte enfadarse consigo misma. Los responsables de su infelicidad y sus errores eran siempre los demás, así que estaba acostumbrada a echarles la culpa de sus desgracias. Le había sonsacado a Tobbi lo que este sabía del bebé muerto pero, a su vez, el niño también le había contado lo que no quería saber. Aunque en ese momento no viera el árbol, no podía quitárselo de la cabeza y le parecía oír el ruido de las pocas hojas secas que todavía se aferraban a sus ramas. Sonaban como un susurro entre las casas.

No veía al pájaro por ninguna parte. La habría reconfortado notar cómo la seguía con la mirada. La última vez lo había visto escuálido y desgredado. El día anterior después de cenar había añadido un poco de mantequilla a las migas de pan, pero el pájaro no las había tocado. Aldís esperaba que no le hubiera sucedido nada y que al menos sobreviviera hasta la primavera.

Pasó por delante del coche de Veigar. Tras las últimas nevadas había

quedado cubierto de nieve y los chicos habían tenido que desenterrarlo. Cuando las palas se acercaban a la pintura azul tenían que dejarlas y terminar de limpiar con las manos. Ella les había ayudado a quitarse los restos de nieve de los guantes cuando se les entumecieron las manos por el frío. El día que se marchara de allí quizá cogería un clavo y le rayaría el coche. Sería una justa venganza en nombre de los chicos, que casi siempre terminaban su estancia en Krókur con las manos destrozadas. El reflejo de la luna en el parabrisas impedía a Aldís ver el interior del coche, lo cual le generaba más desasosiego que mirar hacia las ventanas de la casa. Nadie que espicara desde las cortinas podría asaltarla por detrás, pero si había alguien dentro del coche, no tendría más que abrir la puerta y le daría alcance antes de que Aldís pudiera darse cuenta. La idea la obsesionó tanto que no podía dejar de mirar el coche y decidió dar unos pasos hacia atrás para evitar caminar de espaldas a él. De todas maneras no había pisadas alrededor, por lo que seguramente nadie se había acercado al vehículo en unos días.

Cuando llegó al final de su recorrido, Aldís se alegró inmensamente. Abrió la puerta con cuidado para evitar que chirriaran las bisagras. Las nubes habían ocultado la luna así que sacó a ciegas la vela y las cerillas del bolsillo. La casa estaba en silencio; el único sonido que se oía era el tictac del gran reloj de pie que había en un rincón de la entrada. Hasta entonces aquel sonido le había parecido agradable, pues le recordaba el reloj tallado de mesa que su abuelo le había regalado a su madre al volver de su último viaje en el buque de carga. Aldís no había conocido a su abuelo ya que había fallecido súbitamente el día después de su último viaje, pero le parecía que el tictac de aquel reloj conservaba el latido de su corazón y le decía que, aunque no hubiera tenido un padre que la quisiera, su abuelo velaba por ella en el cielo. Ojalá el tictac de ese otro reloj le confiriera la misma seguridad. Pero era

como si aquel sonido no procediera de un corazón vivo, sino que estuviera contando las horas que faltaban hasta el aterrador momento de la verdad.

Aldís se conocía al dedillo todos los rincones del edificio, pero la oscuridad parecía haber alterado las proporciones. Se dio un golpe contra el marco de la puerta y estuvo a punto de tirar al suelo una mesilla del pasillo. Las continuas oscilaciones de la llama tampoco la ayudaban a orientarse mejor. El resplandor de la vela apenas iluminaba más allá de su nariz así que tenía que sostenerla lo más alejada posible de su cuerpo y avanzar despacio. El familiar entorno bailaba al ritmo de la llama y cada paso que daba hacia el sótano era más y más pesado. Cuando por fin llegó hasta la trampilla del final del pasillo sintió el impulso de salir corriendo con el rabo entre las piernas. Pero se puso firme, agarró el mango y la abrió. Bajó la mirada hacia la escalera de madera y permaneció un momento escuchando cómo se le aceleraba la respiración. La vela solo iluminaba los primeros peldaños y dejaba el resto sumido en la penumbra. Del sótano ascendía un fuerte olor a humedad. Aldís se inclinó y comenzó a bajar lentamente. El sonido de la trampilla al cerrarse resonó en la oscuridad del sótano y tuvo que reunir todo su coraje para no dar media vuelta y escapar.

Acuciada por el impulso de subir y salir de allí cuanto antes, se puso manos a la obra nada más entrar. Enseguida encontró la caja. Estaba en la estantería, rodeada de bombillas, detergentes y papel higiénico. La tranquilizaba ver objetos tan cotidianos; la temblorosa luz de la vela no conseguía conferirles un aspecto extraño o amenazador. Aldís se acercó la caja tratando de sujetar la vela al mismo tiempo. Había decidido que saldría de ahí con sus cartas y que leería las de Einar allí mismo. De algún modo le parecía menos reprochable: una cosa era leerlas y otra robarlas.

Dejó sobre las escaleras las cartas que no estaban dirigidas a ella ni a Einar. Para la cantidad de chicos que residían en Krókur, le pareció que había

pocos sobres. Quizá había otra caja con cartas viejas en otro sitio, aunque también podía ser que las familias de los chicos no los echaran mucho de menos. Algunas cartas mostraban indicios de haber estado pegadas a algún paquete, pero este no se veía por ninguna parte. Le parecía increíble que Lilja y Veigar hubieran tenido el valor de quitarles los dulces y los regalos.

De vez en cuando encontraba un sobre con la letra de su madre y se la llevaban los demonios al ver que estaba abierto. Embutió todas sus cartas en el bolsillo del abrigo y comenzó a revisar las de Einar. Trató como pudo de ordenarlas cronológicamente a pesar de que los matasellos estaban tan desgastados que apenas podían leerse. Además, ninguna carta estaba fechada, como si su contenido fuera atemporal.

Tanto la primera carta como la más reciente eran de la madre de Einar. En la primera hablaba bien de su hijo y de lo mucho que lo echaba de menos. Hacía referencia a «lo que hicisteis» pero en ningún sitio especificaba a qué se refería ni quién era el copartípe. La madre le decía que todo quedaría perdonado con el tiempo y que no tenía que preocuparse o dejar que los remordimientos lo torturaran. Estupefacta, Aldís levantó las cejas. No le daba la impresión de que Einar fuera un pecador arrepentido, ni mucho menos. En caso de que sus errores lo atormentaran, lo disimulaba muy bien. Puede que pasara alguna noche sin dormir pero, a juzgar por lo que aparentaba, se le daba bastante bien reprimir el pasado. La curiosidad de Aldís aumentaba a medida que avanzaba su lectura. Sin embargo, después de leer a toda velocidad la última carta de su madre, apenas había aclarado la situación. En su carta más reciente explicaba que había intentado hacerle llegar un mensaje pero no sabía si lo había recibido. Aldís sintió una punzada en el estómago al darse cuenta de que Veigar y Lilja también habían leído aquella carta. Pero la frase era tan ambigua que podía referirse a cualquiera, incluso a algún funcionario de Reikiavik. Aun así, leyó la frase una y otra vez hasta quedar

convencida de que no cabía ninguna posibilidad de relacionarla a ella directamente con lo del mensaje. El resto de la carta no tenía mayor interés: repeticiones sobre lo mucho que echaba de menos a su hijo y lo orgullosa que estaba de él por haber tomado aquella decisión. No decía a qué decisión se refería pero aclaraba brevemente que así había salvado su reputación y su futuro.

Indignada por que la madre no se expresara con claridad, Aldís cogió el resto de las cartas remitidas a Einar. Estaban escritas con una letra muy distinta que parecía de chica. Sorprendida, Aldís se detuvo un segundo y acarició las palabras preguntándose si sería una carta de su hermana, aunque sabía perfectamente que no lo era. Ninguna hermana escribía a un hermano con tanta asiduidad. Había casi diez cartas y, como quien dice, Einar acababa de llegar a Krókur. Además, cada sobre estaba decorado con corazones en una esquina. La remitente había escrito en papel azul claro con sobres a juego. Eran mucho más bonitas que las otras cartas de la caja. Seguro que había comprado aquel papel en el extranjero. Copenhague, París o Londres. Aldís se moría de celos.

Todas las cartas eran de una misma chica llamada Eyjalín. Escribía su nombre con un corazón sobre la í en vez de una tilde. Aldís nunca había oído ese nombre. Sintió que la invadía una profunda tristeza. Eyjalín era un nombre mucho más bonito que Aldís; era distinto y exótico. Se acordó de la foto de aquella chica tan guapa que Einar guardaba en su cartera. Tenía que ser ella. El nombre pegaba con su extraordinaria belleza. Seguro que también tenía un apellido elegante. Aldís olfateó la primera carta pero no notó el perfume que había esperado sino la peste a humedad del sótano. Sin embargo, aquel repugnante olor a moho la reconfortó; una sensación nueva que le hizo olvidar momentáneamente su eterna ansiedad.

Cuando comenzó a leer las cartas se dio cuenta de que los corazones

dibujados en los sobres seguían cierto código. Si el corazón estaba atravesado con una flecha, la remitente estaba loca de amor. Por el contrario, una flecha rota significaba que la chica estaba dolida o furiosa. Las flechas rotas eran más frecuentes con el tiempo y eran el único signo que adornaba las cuatro últimas cartas.

Aldís se sumergió en la lectura y se olvidó de todo. La curiosidad, los celos y la incomprensión se turnaban a la hora de ahuyentar su miedo a la oscuridad del sótano. En sus primeras cartas, Eyjalín dedicaba un buen número de líneas a confesar su amor, pero en cada nueva carta escribía menos al respecto. A menudo le preguntaba por qué no respondía y si realmente ya la había olvidado. También mencionaba a su padre; a veces decía que lo odiaba y otras que estaba intentando persuadirlo para que perdonara a Einar. Si no lo hacía tendrían que huir juntos al norte del país o incluso al extranjero. Ella prefería la opción de Estados Unidos y hablaba del viaje que había hecho con sus padres a Nueva York. Podrían casarse y vivir sin que sus padres se entrometieran. No podrían tener hijos pero daría igual, porque ella no quería y él tampoco. Lo expresaba como una afirmación, no como una pregunta, así que Aldís dedujo que ya habían hablado antes de su futuro en común. Sin embargo, en otro lugar decía que quería tener hijos con él, así que sus planes de futuro parecían cambiar de un día para otro. A su madre la mencionaba solo en una ocasión para decir que la vieja todavía no podía mirarla a la cara. Aquí y allá aparecían de la nada unas frases cortas y extrañas sobre la salud de Eyjalín, como si se hubieran colado en el texto sin su conocimiento. No explicaba si se refería a alguna enfermedad o a algún tipo de lesión. «El médico dice que tengo suerte. Todavía sangra. Me duele mucho. Los analgésicos me trastornan. Quieren ingresarme otra vez.»

Por desgracia en las cartas de Eyjalín no había ninguna explicación sobre el delito que Einar había cometido ni se hacía referencia a él en ningún sitio.

Aldís volvió a dejar las cartas en la caja y las cambió de orden para que no fuera obvio que alguien las había estado mirando. Las revolvió con fuerza, contrariada por no haber obtenido las explicaciones que buscaba. Pero toda su rabia desapareció de repente cuando cerró la caja y los papeles dejaron de hacer ruido. Entonces volvió a invadirla el siniestro vacío del sótano. La vela había empezado a humear; tenía que cortar la mecha. Con tal de que siguiera encendida, el humo le daba igual; al fin y al cabo no desentonaba con la oscuridad que la rodeaba. Cuando se disponía a incorporarse con la caja bajo un brazo y la vela en la otra mano, vio una carta que debía de haberse salido del montón y había ido a parar a un peldaño. Reconoció enseguida el sobre azul. Tenía dibujado un corazón tachado con furia. Aldís dejó la caja y abrió la carta.

¿Quién es esa puta? Os he visto juntos. No te lo voy a perdonar en la vida, pensaba que me querías. ¿Cómo has podido preferirla a ella? Seguro que es sucia, estúpida y andrajosa. Y esa coleta rubia asquerosa tiene que estar llena de piojos. No tiene ni una goma para el pelo y se lo tiene que atar con el cordón de un zapato. Y ese jersey morado horripilante se lo habrán dado en una casa de beneficencia. Es una puta.

Aldís clavó la mirada en la oscuridad que se extendía más allá de la llama. Ella tenía un jersey morado que estaba bastante viejo. Pero tampoco parecía que se lo hubieran dado en una casa de beneficencia. También llevaba coleta. Y una vez había tenido que sujetársela con un cordón porque no encontraba la goma. Aldís se sentía tan insultada que notó cómo le brotaban las lágrimas. Su madre le había dicho una vez que los que fisgoneaban a los demás no oían cosas bonitas sobre ellos. No era elegante, eso lo sabía. Tampoco era lista, y seguro que las chicas de familia bien la veían como una puta. Nunca sería azafata. Cogió la carta otra vez y se obligó a leer las últimas líneas. Pero no avanzó mucho.

Einar, si vuelves a hablar con ella, la mato. Tienes que quererme, me lo debes. Papá dice que igual ahora ya nadie querrá casarse conmigo. Así que más te vale que dejes de hablar con ella. O la mato.

El suelo de madera crujió en el piso de arriba.

Era desolador visitar departamentos geriátricos y residencias de ancianos y sentir que los internos lo miraban embobados con la esperanza de que les entretuviera un rato. Óðinn hacía todo lo posible por mantener la mirada al frente pero no podía evitar percibir con el rabillo del ojo cómo las cabezas se levantaban lentamente de la almohada para ver quién pasaba por ahí. Recordó que una vez había hecho un presupuesto para Baldur que incluía el alojamiento temporal de los trabajadores. Estaba terminantemente prohibido que hubiera más de una persona por habitación y, sin embargo, en esa residencia le parecía que había cuatro pacientes en cada una. Adelantó a una anciana que recorría el pasillo a paso de tortuga con ayuda de un andador. En el cuello llevaba un cartelito escrito a mano con el nombre de la institución y el número de teléfono.

Una enfermera ajetreada le había indicado que la sala de estar donde le esperaba Lilja Sævarsdóttir se encontraba al final del pasillo. Óðinn prefería no hablar con la anciana en presencia de sus compañeros de habitación. El mobiliario de la sala seguía la línea de cualquier institución pública: unos sofás de madera y unos cojines de un solo color más apropiados para una sala de espera que para la sala de estar de una residencia. En la pared colgaba la reproducción de un cuadro de Gunnlaugur Scheving en el que se veía a un hombre ataviado con un impermeable amarillo y un gorro a juego subiendo pescado a bordo de un barco. Otros objetos eran un televisor con la pantalla manchada y una estantería con un batiburrillo de libros que debían de haber

dejado los internos después de ser trasladados o de haberse marchado al otro mundo. Los libros se apilaban en los estantes y dejaban asomar algunas hojas sueltas entre las tapas. Al ver el estado de los internos, Óðinn dudaba que nadie se peleara por aquellos libros viejos y desgastados.

En la sala esperaba una mujer sentada en una silla de ruedas que miraba por una ventana con las cortinas medio cerradas. Tenía los ojos clavados en la torre de la iglesia que se erguía al final de la calle. Según los documentos de Óðinn, el matrimonio que había dirigido Krókur había sido muy devoto, pero quizá las cosas habían cambiado con el tiempo.

El rostro de la anciana no permitía adivinar el aspecto que había tenido de joven. La vejez había castigado sus facciones y ahora una piel pálida y profundamente arrugada le desdibujaba el contorno de la mandíbula y los pómulos. Su moteado cuero cabelludo brillaba a través del ralo cabello blanco. A juego con el patrón trenzado de su jersey de lana asomaba por la manga una mano de venas prominentes y dedos retorcidos. La anciana apartó la vista de la ventana y miró a Óðinn con sus ojos húmedos y turbios.

—Hoy día la gente no tenéis ni idea de nada.

—No. Probablemente no. —Óðinn forzó una sonrisa de cortesía—. ¿Es usted Lilja?

Sin responder a la pregunta, la mujer continuó:

—Al final esta nación dejada de la mano de Dios se ha visto obligada a morder el polvo —dijo mirándolo con desaprobación.

—No sé si estoy de acuerdo. —En el pasillo se oyó el tintineo de unos platos. Estaban recogiendo el almuerzo. De camino a la sala, Óðinn había tenido que hacerse a un lado para dejar pasar un aparatoso carrito metálico en el que se llevaban las bandejas llenas de restos de comida. Dudaba que él se hubiera terminado esa bazofia—. Me llamo Óðinn, me encargo del informe sobre la gestión del reformatorio Krókur.

—Ya lo sé. ¿Qué ha pasado con la mujer?

—¿La mujer?

—La mujer que vino una vez. Dijo que ella estaba escribiendo ese informe. ¿Es que todo el mundo está escribiéndolo?

—Me lo encargaron a mí tras el fallecimiento de Róberta.

No pareció que la noticia la afectase. La muerte debía de ser algo cotidiano en aquel lugar, nada de lo que escandalizarse.

—De todos modos prefiero hablar con hombres que con mujeres, así que no pasa nada. Pero haz el favor de no volver a preguntarme lo mismo. Qué aburrimiento.

—Me temo que tendré que repetir algunas preguntas. Pero le pido por favor que no se ponga nerviosa.

La mujer soltó un bufido.

—Una panda de chapuceros, eso es lo que sois.

Óðinn acercó uno de los pesados sillones, parte del tresillo institucional, y lo colocó frente a la anciana. No se atrevía a girar la silla de ruedas por miedo a su reacción. Se sentó y sacó sus papeles.

—No sé si en su momento siguió las noticias que aparecieron sobre Breiðavík y otros centros similares.

—Paparruchas. —La mujer se giró y se puso de nuevo a mirar por la ventana. Su cabeza daba sacudidas, como si le fallara el sistema operativo. Óðinn interpretó que no quería mirarlo a los ojos, quizá por remordimiento, pero cambió de parecer cuando la anciana añadió con acritud—: Es una vergüenza cómo atacaron a aquellos centros y ahora ya sabemos lo que va a pasar: algún fantoche del ministerio se colgará una medalla calumniándonos a Veigar y a mí cuando él ya ni siquiera puede defenderse. Todo el mundo sabe que es una farsa. Tú y los de tu calaña presumiréis en la radio y en los periódicos a nuestra costa, aunque no digáis más que mentiras. Pues que os

aproveche. Eso es todo lo que tengo que decir. No te olvides de que tus acciones también serán pesadas en la balanza de la justicia el día del Juicio.

—Nuestra intención no es buscar cabezas de turco. Solo investigamos el trato que el gobierno dispensó a los menores durante un período que incluye los años en que Krókur estaba en funcionamiento. El objetivo no es dañar su reputación, he venido para darle la oportunidad de explicarme su versión. Naturalmente, todo el mundo espera que la investigación demuestre que todo estaba en orden —añadió, obviando puntualizar lo mucho que dudaba que la versión de la anciana pudiera cambiar sus propias impresiones.

—¿Y cómo se supone que debían llevarse esos centros? —preguntó girándose de nuevo hacia él; su cabeza osciló durante unos segundos.

La anciana exasperaba a Óðinn. Sintió el impulso de tirarla por el balcón, pero mantuvo la calma. Desde la tarde anterior no había podido quitarse de la cabeza su posible participación en el accidente de Lára. Tenía que controlarse.

—Supongo que esperamos que los chicos fueran tratados con respeto y cariño.

—Unos miserables. Del primero al último.

Óðinn no sabía si se refería a él y a sus compañeros de trabajo o a los chicos de Krókur. Pero no importaba. Era el grito de una persona sola en medio de un desierto, la única persona que podía defender el trabajo del matrimonio y de otras autoridades. A Óðinn le daba igual que se alterase con tal de que respondiera a sus preguntas.

—Me gustaría hablar con usted de algunos aspectos relacionados con Krókur. Entiendo que Veigar ya no está aquí para responder por él y no sabemos a cuántos de los antiguos empleados podremos entrevistar. He obtenido algunos nombres pero no quedan muchos con vida. Casi todos parecen ser mayores que usted y que Veigar. —La caja que Diljá y él habían

encontrado en el garaje de Róberta contenía, entre otras cosas, un registro de las nóminas; a partir de él Óðinn había confeccionado una lista de los trabajadores. La lista era sorprendentemente corta, así que sospechaba que faltaba algún nombre. Después de llamar al Registro Civil supo que solo quedaban tres vivos—. Me da en la nariz que me falta algún nombre. ¿Cuántas personas trabajaron con ustedes durante aquellos cuatro años?

—No me acuerdo. La gente iba y venía.

—¿Diez? ¿Veinte? ¿Treinta?

En su lista aparecían doce nombres.

La mujer contó laboriosamente con los dedos mientras murmuraba. Después volvió a apoyar las manos en los reposabrazos de la silla de ruedas y miró a Óðinn satisfecha.

—Quince. Por ahí andaré. Tengo buena memoria, no creas, aunque no soy buena con los nombres —dijo dándose unos toques en la frente reseca con un hinchado dedo índice rematado por una uña amarillenta.

—¿Cree que podría recordar quién falta en esta lista si le leo los nombres que tengo?

—Qué pregunta más estúpida. ¿Cómo lo voy a saber de antemano? Léelos y ya veremos.

Óðinn apretó los dientes y comenzó a leer. La mujer escuchaba con la cabeza ladeada. La mandíbula se le hundía lentamente conforme Óðinn leía y la anciana terminó con la boca abierta, como si hubiese querido decir algo pero se hubiera quedado agarrotada. Con los ojos cerrados, fue asintiendo al oír un nombre tras otro, pero no se pronunció hasta que Óðinn hubo concluido.

—No sé si falta alguien. Pero algunos nombres no recuerdo haberlos oído en la vida. ¿Estás seguro de que todos trabajaron en Krókur?

Óðinn dijo que sí, por lo que él podía determinar basándose en la escasa

información con que contaba.

—Falta una —dijo la anciana frunciendo el ceño—. La fulana.

—¿La fulana? —En la lista solo había nombres de varón—. ¿Se acuerda de cómo se llamaba?

—No. Ya te lo he dicho. Se me olvidan los nombres. Una pelandusca de cuidado.

—Eso no me ayuda mucho.

Los esfuerzos de Óðinn por intentar que Lilja recordara el nombre fueron vanos y lo único que obtuvo a cambio fue una sarta de improperios contra sus antiguos empleados. No quería darle a la mujer la satisfacción de preguntarle por qué aquella empleada había sido una pelandusca, así que se dio por vencido y cambió de tema.

Le preguntó sobre el trato que dispensaban a los chicos: a qué se dedicaban, qué les daban de comer y en general cómo habían cubierto sus necesidades. La mujer siguió salpicando sus palabras con groserías pero, al menos, Óðinn consiguió sonsacarle un mínimo de información. Según ella, los castigos se aplicaban por necesidad y la severidad de los mismos dependía del caso. Tras muchos rodeos, Óðinn sacó en claro que a los chicos se les castigaba física y psicológicamente; por ejemplo, se les dejaba encerrados a oscuras en una habitación o se les obligaba a limpiar los baños. A esas alturas Óðinn tenía mal sabor de boca. De niño, él también había hecho trastadas y sus padres le habían impuesto disciplina. Pero, por mucho que se enfurecieran, nunca le habían puesto la mano encima ni lo habían humillado, ni a él ni a su hermano. En lugar de ello, les habían regañado y les habían prohibido todo tipo de cosas con el fin de que aprendieran. Eso les había bastado para enmendarse. No le habría gustado experimentar la disciplina de la que Lilja hablaba. Además, tenía que haber sido duro sufrirla

de manos de unos desconocidos: sin empatía, sin cariño ni afecto y sin nadie al que acudir para hallar consuelo.

—No parece que Krókur fuera muy rentable, ¿por eso vendieron la propiedad? —preguntó con el mayor tacto posible.

El centro había ido rápidamente a la bancarrota y las dificultades económicas no suelen sacar precisamente lo mejor de la gente. Quizá eso explicara la dureza del matrimonio descrita por los antiguos internos.

—Pero ¿qué barbaridades estás diciendo? —preguntó la anciana ofendida—. ¡Que no era rentable! En la vida he oído cosa igual.

—¿Por qué decidieron cerrar, entonces?

Por primera vez desde que Óðinn había tomado asiento, la mujer se quedó sin habla unos instantes.

—Veigar encontró un buen trabajo en la ciudad. En el sector público. Vendimos la propiedad, pero el comprador no quiso continuar con el reformatorio, solo quería explotar la antigua granja, así que tuvieron que trasladar a los chicos. O enviarlos a sus casas.

—Entonces ¿no les ordenaron cerrar?

—¿Cerrar? —La cabeza de Lilja volvió a oscilar—. ¿Es eso lo que crees? ¿Que, como no hacíamos bien nuestro trabajo, nos mandaron cerrar? Más bien fue al revés. Nos rogaron que siguiéramos, pero ya habíamos tenido bastante. Queríamos volver a la ciudad y nunca nos arrepentimos de dejarlo.

—Entiendo. Pensaba que igual la muerte de los dos chicos había tenido algo que ver. No creo que las autoridades vieran el suceso con buenos ojos.

—No fue una gran desgracia, lo ocurrido. Sobre todo lo del mayor. El otro no era más que una pobre criatura; de hecho, uno de los mejores.

Óðinn fingió consultar sus papeles para que la anciana no viera su cara de desprecio. ¿Es que no tenía sentimientos o representaba el papel de una anciana que se defendía ante un sistema que se había vuelto contra ella? Los

pocos antiguos internos a los que Óðinn había entrevistado habían descrito al matrimonio como despiadado, pero era difícil evaluar la veracidad de aquellas afirmaciones.

—¿Qué ocurrió? ¿Podría haberse hecho algo para evitarlo?

—Eres peor que la mujer de la otra vez.

—¿Ah, sí?

—Preguntaba otras cosas.

—¿Qué cosas?

—Preguntaba más sobre uno de los chicos, el mayor. ¿Cómo se llamaba?
—preguntó mirando a Óðinn en busca de ayuda.

—Se llamaba Einar. Einar Allen.

—Sangre extranjera. Se me había olvidado. Seguro que eso tuvo algo que ver.

—Igual. ¿Qué quería saber Róberta sobre él?

—Me acosaba a preguntas. No me acuerdo ahora sobre qué. —Lilja se miró el regazo y su cuerpo pareció relajarse—. A algunos les viene todo dado y luego no son más que unos desagradecidos y cometen acciones imperdonables. Otros rezan y se matan a trabajar pero no reciben nada a cambio. Dios nos pone a prueba de maneras muy distintas. A veces es difícil entender sus designios.

Óðinn respiró hondo. Ahora sí que estaba perdido. No podía referirse a Einar. Era hijo de madre soltera y seguramente no le había venido todo dado. Y tampoco podía referirse a Róberta.

—¿Tiene usted una dirección de correo electrónico?

La pregunta era disparatada vistas las circunstancias de la mujer, pero aun así quería asegurarse. Lilja parecía la típica persona capaz de enviar cartas de amenaza como las que había recibido Róberta. Era la persona que más

beneficio podía obtener con el cese de la investigación. De hecho, era la única persona con unos intereses que proteger.

—¿Correo electrónico? Qué va. No tengo ordenador ni lo he tenido nunca. ¿Para qué lo querría? Apenas recibo cartas, conque imagínate e-mails. Por no tener, no creo ni que tenga dirección postal.

—¿Se le ocurre quién podría tener interés en detener esta investigación?

—El portador de la justicia.

—¿El portador de la justicia?

—Sí, el Señor querría detenerla. Y yo. Otros, no creo. Son todos unos dejados de la mano de Dios, ya te lo he dicho.

Lilja irguió la cabeza y deslizó un pie hacia el suelo revelando sus gruesas medias marrón oscuro. Era como si con los años su pantorrilla hubiera descendido y hubiese engullido el tobillo. Óðinn desvió la mirada.

—¿Nadie más? —Al no obtener respuesta, Óðinn decidió reencauzar la conversación hacia los dos chicos—. No ha respondido a la pregunta sobre la muerte de Einar y Þorbjörn. ¿Puede decir algo al respecto?

—Uno se lo tenía merecido. El otro se vio involucrado por error.

—¿Está insinuando que no fue un accidente?

—Nada es un accidente. Dios provee siempre. Y sus caminos son inescrutables.

—¿Qué ocurrió? —Óðinn no era especialmente ateo, pero le incomodaba hablar de Dios como si fuera un hombre de la calle—. Dejando a Dios aparte.

—Se escaparon de sus habitaciones. Veigar sospechaba que alguien deambulaba por las noches, pero pensaba que era la chica. La golfa. Seguramente había sido Einar, pero la noche en que murió el pequeño también había salido con él. Einar ya se había escapado en una ocasión en plena noche, así que igual no era la primera vez que los dos salían juntos. Pero aquella fue la última.

—¿Podían salir los chicos por la noche? ¿No había ningún vigilante?

—Un momento, ¿es que piensas que nos sobraba el dinero? Cerrábamos con llave pero se escapaban por la ventana quitando la verja. Veigar y la policía lo descubrieron después de que ocurriera todo. Los chicos lo dejaban todo tal y como estaba, así que era imposible darse cuenta. A no ser que la muy lagarta lo hubiera sabido y se hubiera callado. La expulsaron después del incidente.

—Así que se escaparon a escondidas. ¿Para qué? ¿Y qué hacían en el coche y por qué estaba en marcha? ¿De dónde habían sacado las llaves?

—No tengo respuestas para todo. Las llaves estaban en el contacto. Veigar se las dejaba siempre puestas. En aquellos tiempos solo había islandeses en Islandia. Nadie le robaría el coche a otro. —Óðinn abrió la boca para mostrarse en desacuerdo, pero se contuvo. La mujer era un caso perdido. Ella prosiguió—: Lo mismo querían huir y marcharse a la ciudad. O solo entrar en calor. Quién sabe, ya da igual. La nieve había tapado el tubo de escape y los gases entraron dentro del coche. Se asfixiaron. —Entonces miró a Óðinn con el ceño fruncido—. Cuando los encontraron estaban los dos tirados en el asiento de atrás. Con la cara azul. Como durmiendo.

A Óðinn le pareció que ese detalle no cuadraba con la idea de que tuvieran pensado ir a la ciudad. En ese caso se habrían sentado en los asientos delanteros.

—Según me han dicho, es posible que no fuera la nieve lo que obstruyó el tubo de escape sino un trozo de algodón. ¿Cree que hay algo de verdad en eso?

La cabeza de la anciana se puso a oscilar con más intensidad y Óðinn pensó que Lilja le rehuía la mirada.

—No. No, no, no.

Óðinn no la creía. Pero daba igual cómo intentara sonsacarle la historia:

ella lo negaría todo rotundamente.

A Óðinn le pareció que Lilja se estaba cansando. Estaba encorvada en su silla y tenía la voz ronca.

—Una cosa más. ¿Le preguntó Róberta por una tal Eyjalín? Entre los documentos del caso figuran unas cartas que envió una chica con ese nombre, que tal vez despertó cierto interés en Róberta.

Lilja estaba tan débil que apenas podía responder a la pregunta.

—Los hay a los que se les da todo pero lo tiran a la basura. Otros tienen que conformarse con desear.

Óðinn le pidió que fuera más clara pero no lo consiguió. Se puso de pie, se despidió y le dijo que llamaría a los enfermeros para que fueran a buscarla. En el pasillo se encontró con la misma enfermera que lo había recibido. Parecía menos ajetreada.

—¿Cómo ha ido? —preguntó con complicidad—. No es precisamente la persona más fácil del mundo. Por el día no hace más que gruñir y por la noche llama a gritos a un niño que nadie sabe quién es. Si no tuviéramos escasez de camas la pondríamos en una habitación a ella sola. Pero no podemos hacer nada. —Dicho esto continuó su camino por el pasillo mientras Óðinn regresaba al mundo exterior. Ya había llegado al recibidor cuando la enfermera se acercó corriendo—. Quiere decirte algo, ¿podrías ir a verla un segundo?

Óðinn reprimió su deseo de respirar aire fresco y volvió a entrar.

—Ya me acuerdo de cómo se llamaba. La pelandusca. —Clavó sus ojos azul oscuro en los de Óðinn—. Se llamaba Aldís.

—¿Aldís? —Óðinn sintió unas imperiosas ganas de carraspear, pero se contuvo—. ¿Se acuerda de cómo se apellidaba?

—Aldís Anna Agnarsdóttir. Tres aes seguidas. Por eso me he acordado.

Óðinn asintió y se marchó sin despedirse. Se había quedado sin habla. De

sobra sabía quién era Aldís Anna Agnarsdóttir.

Febrero de 1974

Instintivamente, Aldís apagó la vela de un soplado y todo quedó a oscuras. No quería que nadie la encontrara, fuera quien fuese, así que la oscuridad era su mejor amiga. Agazapada en la escalera, oyó unos pasos que se acercaban por el piso de arriba. El corazón se le aceleró y comenzó a respirar frenéticamente. Entonces se dio cuenta de que si encendían la luz del sótano, la pillarían de lleno. Se palpó el bolsillo en busca de las cerillas para iluminar el camino hacia un escondite mejor, pero se detuvo en seco al pensar que quizá el intruso no se dirigía al sótano y que, por otro lado, la vela solo serviría para delatarla. La humeante llama de la vela no alumbraba en exceso, pero no era impensable que pudiera verse el resplandor entre los tablones de madera. Y, por otro lado, si caminaba a ciegas entre los trastos correría el riesgo de tirar algo.

Al rebuscar en el bolsillo encontró el envoltorio de un caramelo, y el ruido le pareció ensordecedor; lo mismo pensó del sonido que hizo la cerilla al encenderla. Tenía la impresión de que la luz de la vela brillaba excesivamente, justo lo contrario de lo que había pensado hacía un segundo. Se levantó despacio sin saber qué hacer con la caja que había dejado en el peldaño. Si el intruso la veía se daría cuenta de que había alguien en el sótano. Pero si intentaba moverla, seguro que el ruido se oiría desde arriba. Prefirió cerrarla con cuidado y dejarla donde estaba.

De pronto la humedad del aire le pareció nauseabunda. Las sombras que

arrojaba la vela temblaban por todo el sótano y Aldís buscó angustiada un escondite. Podía ocultarse tras una rueda, una caja o unos tablones amontonados, pero si pasaba alguien la vería enseguida. Cuanto más se adentraba en el sótano, más disminuía la esperanza de encontrar un escondite seguro. Entonces descubrió una pequeña puerta al fondo del todo. Los pasos y los crujidos de la madera en el piso de arriba indicaban que el intruso se encontraba justo encima de la trampilla del sótano, así que Aldís se dirigió a la puerta sin pensar en otras posibilidades ni preguntarse qué haría si resultaba estar cerrada con llave. Se mordió los labios y notó un ligero sabor a sangre en el momento en que agarró el pomo. Respiró aliviada al comprobar que la puerta se abría. Reanimada por el sabor a hierro y el escozor de sus labios, traspasó el umbral y cerró silenciosamente pese a la acuciante angustia que sentía. Apagó la vela y cerró los ojos. Prefería imaginarse rodeada de luz que verse encerrada en un cuartucho, envuelta en la oscuridad total, sin otra cosa que hacer que esperar su destino.

No le había dado tiempo a echar un vistazo mientras la vela estaba encendida, así que no se atrevía a mover un solo músculo. Ese escondrijo podía estar atestado de tarros de cristal que se romperían con estrépito si tropezaba con ellos. Por eso prefirió quedarse quieta como una estatua, atenta a los sonidos procedentes del desconocido mientras rogaba en silencio que se marchara de una vez. Era curioso que la fe apareciera justo cuando se veía en apuros. Normalmente no pensaba mucho en Dios pero le venía bien tenerlo a mano cuando no había escapatoria. Sabía que era un poco descarado por su parte exigirle al Todopoderoso que estuviera siempre alerta por si recibía una llamada de socorro, como si fuera un botiquín de primeros auxilios que acumula polvo hasta el día en que se produce un accidente y al abrirlo uno se da cuenta de que olvidó reponerlo.

Aldís oyó un crujido en la trampilla y contuvo la respiración. Hasta que no

sintió que sus pulmones estaban a punto de estallar no expulsó el aire e inspiró de nuevo. Tuvo que luchar contra el impulso de dar un paso atrás y alejarse de la puerta, como si la oscuridad fuera más espesa cuanto más se adentrara en aquel hueco. Permaneció inmóvil y se concentró en su respiración hasta que logró calmarse. Pero al apoyar la oreja sobre la puerta se le congeló la sangre: el crujido de los peldaños de madera indicaba que el desconocido estaba bajando al sótano. Se consideró afortunada por haber entrado en ese recoveco. Entonces vio un haz de luz moverse por debajo de la puerta y a través de la cerradura. Los continuos movimientos de la luz le hicieron pensar que se trataba de una linterna y no de la lámpara del techo. Por tanto, no podía ser ni Lilja ni Veigar sino alguien que no debería estar allí, igual que ella.

Cada vez que un rayo entraba por el ojo de la cerradura se dibujaba un pequeño punto de luz en la manga de su abrigo. Sin saber muy bien por qué, se arrepintió de no haber escogido un tono más claro cuando lo compró. Quizá porque en ese momento habría sido más alentador ver un tono amarillo o rojo en contraste con la tenebrosa penumbra en lugar de ese azul oscuro. Se arrodilló con cuidado delante de la puerta, con los nervios en tensión por si golpeaba algo sin querer. Pero no ocurrió nada y pudo mirar por la cerradura con el ojo derecho. Apenas tenía campo de visión, pero menos daba una piedra. El cemento del suelo le hacía daño en las rodillas pero el dolor era una sensación cotidiana agradable, como el escozor de los labios cuando se los había mordido. Hasta la humedad del suelo la reconfortaba.

El haz de la linterna parecía recorrer el sótano metódicamente. Su brillo aparecía y desaparecía ante los ojos de Aldís y, sin embargo, era imposible ver al intruso a través de la cerradura. Deseaba poder distinguir los zapatos, el pelo o la pernera del pantalón, lo que fuera, para poder adivinar quién era. Después de haber hecho tantas coladas identificaba las prendas de los chicos

tan bien como las tuyas, así que quizá reconocería algún remiendo o estampado familiar en la ropa. Si fuera uno de los internos, saldría de repente sin pensárselo dos veces y le daría un susto de muerte que, de paso, le serviría para liberar adrenalina. A no ser que fuera Einar. Entonces no sabía lo que haría. Seguramente cerraría los ojos y cruzaría los dedos para que no la encontrara.

Llevaba un tiempo evitando quedarse a solas con él. En las últimas dos semanas, Einar había conseguido acorralarla en alguna ocasión, pero ella se había hecho la tonta y le había dicho que estaba ocupada estudiando inglés y que no podía salir por las noches. Las mentiras sobre una posible prueba de nivel y una entrevista para ser azafata salían de sus labios de forma tan natural que casi se las creía ella misma. Sin embargo, a pesar de su poder de convencimiento, Einar sabía que lo estaba evitando. Por suerte no puso a prueba sus conocimientos de inglés, puesto que llevaba semanas sin tocar el libro.

Al fondo divisó la silueta de las escaleras y se maldijo por no haber mirado antes por el ojo de la cerradura. Entonces podría haber visto al intruso cuando bajaba y quizá habría distinguido su cara o, al menos, las piernas y el torso. Para su horror, en ese momento divisó el sobre rectangular en el último escalón e instintivamente se llevó la mano al bolsillo. Mientras palpaba el reconfortante fajo de las misivas de su madre, cayó en la cuenta de que la de las escaleras era la carta dirigida a Einar que había terminado de leer cuando oyó a alguien entrando en la casa. Afortunadamente el intruso no la había visto al bajar, pero quizá Aldís no tuviera tanta suerte cuando el intruso volviera sobre sus pasos.

El aumento en la intensidad de la luz le indicó que la persona de la linterna se estaba acercando. Debido a la dificultad que esta encontraba para moverse entre los trastos del sótano, el haz se movía en todas direcciones. Aldís deseó

con todas sus fuerzas que no estuviera dirigiéndose hacia la puerta de su escondrijo. Hasta ese momento la luz todavía no se había enfocado directamente hacia la puerta, pero cuanto más se adentrara el intruso, más probabilidades había de que la descubriera.

De pronto se oyó el estruendo de un objeto al caer al suelo. Aldís se dio un susto de muerte y se llevó la mano a la boca para ahogar un grito. A través de la cerradura vio que la linterna iluminaba una nube de polvo. Y, por primera vez, oyó la voz de la persona. Refunfuñó en voz baja, como maldiciéndose por su torpeza o por los trastos que habían caído al suelo. Aldís no entendió sus palabras pero le pareció que la voz transmitía inseguridad y miedo, así que tanto el intruso como ella se encontraban en igualdad de condiciones. La linterna se movía rápidamente hacia delante y hacia atrás, como si el desconocido quisiera asegurarse rápidamente de que no había nadie.

«¿Quién anda ahí? Da la cara», susurró. Aldís sintió cómo se le aceleraba el corazón. Era una voz femenina pero le era imposible distinguir si se trataba de una mujer joven o madura. «Sé que estás aquí.» Titubeaba al hablar y tardaba ligeramente en pronunciar cada palabra. Aldís pensó que la mujer, o la chica, no estaba del todo segura. Instintivamente, cruzó los dedos y repitió sus súplicas al padre celestial para que se acordara de ella, pero su oración apenas le confirió valor. «Sal de ahí. Tengo una cosita para ti.» La oferta sonaba de lo menos tentadora. «Cuando haya terminado contigo todo el mundo se va a enterar de lo puta que eres. Y lo zorra.» Aldís cerró los ojos con fuerza. «Ven aquí. Llevo un cuchillo. Un cuchillo pequeño y afilado. Pequeño pero matón.»

De pronto se hizo un silencio. Una lágrima se deslizó por la mejilla de Aldís, que seguía tapándose la boca con la mano. No tenía nada con que defenderse, pero si aquel agujero hubiera estado lleno de cuchillos y pistolas, no se habría atrevido a moverse por miedo a que el ruido la delatara. En su

desespero por ver mejor, apretó con tanta fuerza la cara contra la cerradura que probablemente tendría una marca alrededor del ojo durante días. Aun así, la presión del metal helado y los dos tornillos no le hacía tanto daño como para desistir. Todo seguía en silencio y, cuando a Aldís le pareció que el rayo de la linterna daba media vuelta y enfocaba la escalera, estuvo a punto de echarse a reír de alivio. Se mordió el labio con tanta fuerza que volvió a sentir el familiar sabor a sangre invadiendo su boca de nuevo. La mujer, o la joven, se estaba marchando. Se había rendido, o bien se había convencido de que Aldís no estaba ahí abajo. Solo tenía que esperar a escuchar que se cerraba la trampa y después la puerta del edificio.

Con todos sus músculos en tensión, fijó la mirada en las escaleras y en el sobre, que estaba apoyado de pie contra el último peldaño. El haz se dirigió hacia el suelo como para mostrar el camino hacia la escalera. Todo parecía ir bien. «¡Sube! ¡Sube!» De pronto la luz se detuvo en la carta. Unos pies aparecieron en el campo de visión de Aldís. Al agacharse, el pelo largo y oscuro de la persona ondeó. Su rostro se iluminó fugazmente y desapareció antes de que Aldís pudiera determinar si era la chica de la foto que Einar guardaba en su cartera. Aun así estaba segura de que se trataba de una joven o una adolescente, ya que sus movimientos y sus piernas delgadas no parecían las de una mujer mayor. La figura cogió el sobre del suelo y enfocó la linterna hacia arriba de forma que Aldís apenas pudo ver nada. Después dirigió la luz hacia abajo en busca de más cartas y la detuvo en la caja. Aldís vio que la chica levantaba la tapa y oyó el ruido de los papeles seguido de un jadeo. Al cabo de un rato, la chica cerró la caja de nuevo y Aldís siguió con la mirada aquellas piernas delgadas mientras desaparecían por las escaleras. Todo volvió a quedar en penumbra y Aldís se alegró de verse envuelta en la oscuridad, aliviada de estar sola y no haber sido descubierta. No se movería de allí hasta estar segura de que la chica se había ido.

Aldís tenía el cuerpo entumecido cuando se despertó en posición fetal sobre el suelo de cemento. Debía de haber adoptado esa postura una vez dormida porque lo último que recordaba era que se había apoyado muerta de sueño contra la pared y había decidido pasar la noche ahí. Había pensado que esperaría a que la gente se levantara y entonces saldría del sótano con la mayor naturalidad y haría como si ya se hubiera puesto a trabajar. Menos mal que la noche anterior había salido ya vestida y no con un simple abrigo por encima de una camiseta y los pantalones del pijama. Al ser temprano, nadie se daría cuenta de lo despeinada que iba y de que no se había lavado los dientes. Siempre podría escaparse un momento a su habitación y arreglarse un poco a media mañana.

La profunda oscuridad del cuartucho no le permitía deducir qué hora era. No obstante, tenía la sensación de que debía de ser por la mañana. Aun así no se atrevería a abrir hasta que no oyera el ajetreo de las tareas cotidianas en el piso de arriba. Unos segundos después oyó unos pasos en al menos dos sitios distintos de la casa y el rumor de unas voces. Estuvo a punto de echarse a llorar de alegría. Todavía sin tenerlas todas consigo, abrió la puerta con sumo cuidado.

El sótano estaba desierto. A causa del frío le dolían los dedos de los pies y casi no notaba los de una mano. Por otro lado, sus ojos se habían acostumbrado tanto a la falta de luz que veía en la oscuridad. Se levantó pesadamente y le crujieron las articulaciones. Al salir ni siquiera notó el olor a humedad; probablemente ya se había vuelto insensible a él. Se detuvo: quizá alguien lo percibiera y le preguntara qué era esa peste. Esperaba que no. Una vez que hubo subido las escaleras, esperó hasta asegurarse de que no había nadie y salió del sótano. La luz y el calor le dieron la bienvenida y,

aunque se habría arrodillado en señal de agradecimiento, resistió la tentación, cerró la trampa y se sacudió el polvo de la ropa.

Alguien le dio unos toques con el dedo en el hombro.

—¿De dónde sales? —Se giró y se encontró con la mirada perpleja de Einar—. ¿Qué ha ocurrido?

Aldís se pasó la mano por el pelo fingiendo indiferencia. Le sostuvo la mirada, tratando de ignorar deliberadamente sus oscuras pestañas y sus pómulos marcados.

—Nada, es que me he quedado dormida y no me ha dado tiempo de arreglarme.

Escéptico, Einar levantó las cejas pero no le hizo más preguntas.

—Te echo de menos. No nos vemos nunca.

—Ya te dije que tengo mucho que estudiar. —La voz de Aldís sonaba ronca y polvorienta, como si la acabara de desenterrar de una caja del sótano. Se aclaró la garganta—. No quiero quedarme aquí atascada toda la vida.

Einar sonrió y Aldís recordó por qué le resultaba tan atractivo. Daba igual el contexto. Destacaba sobre los demás, en Krókur y en cualquier otro sitio.

—Yo tampoco. —Le retiró un rizo de la cara y se lo puso detrás de la oreja. Después dejó caer la mano—. ¿Por qué no te tomas la tarde libre? Solo una hora o así. Podemos meternos en el establo y charlar un rato. Me estoy volviendo loco aquí dentro.

Ella sabía muy bien cuáles eran sus intenciones.

—Puede. No lo sé.

—¿Cuándo crees que lo sabrás? No me arriesgaré a escaparme para que tú no vengas. A Veigar se le ha metido en la cabeza que hay alguien rondando por aquí algunas noches y está muy nervioso. Ayer vino con el cuento de que somos nosotros.

Al oír hablar de aquellos misteriosos paseos nocturnos, Aldís evitó sonreír

o decir algo. Todavía estaba traumatizada y, además, no estaba segura de querer revelar lo que sabía de la chica. A menos que le sirviera para sonsacarle su historia.

—Te digo algo a la hora del café.

Aldís se marchó sin despedirse. El cielo estaba nublado y la mañana seguía oscura. Se dirigió corriendo hasta la casita. Quería lavarse la cara y los dientes. Y vomitar. De pronto sentía unas terribles náuseas.

—Ya sé de qué me sonaba el nombre.

Diljá apareció súbitamente mirando a Óðinn con una mano apoyada en la cintura. Iba tan emperifollada como siempre.

—¿Qué nombre?

Óðinn la miró consciente de su cara de bobo. Desde que había vuelto de la residencia de ancianos no había despegado la vista de la pantalla; era incapaz de trabajar y, menos aún, de responder a las continuas preguntas que lo bombardeaban. Por primera vez se alegraba infinitamente de tener un lugar de trabajo tan aburrido. Nadie lo había molestado ni le había preguntado qué hacía petrificado en su silla. Hasta que apareció Diljá.

—Eyjalín. ¿Te acuerdas de que me sonaba el nombre? Ahora sé de qué. — Diljá le dio una hoja recién impresa todavía caliente—. Escribió una nota necrológica sobre Róberta.

Óðinn examinó la hoja y trató de concentrarse en el texto. Era breve y no daba razones para pensar que ambas mujeres fueran parientes o que tuvieran una relación especialmente cercana. Simplemente, Róberta parecía haber ayudado a Eyjalín cuando otras personas le habían dado la espalda y le estaría eternamente agradecida por ello.

—Tampoco es que nos diga mucho.

Visiblemente contrariada, Diljá le arrebató el papel, y al hacerlo el amasijo de colgantes que le llegaba hasta la cintura emitió un tintineo.

—¿Qué esperabas? —preguntó mirándolo con los ojos entornados—. Por

cierto, ¿estás bien? Dicen que se te ve un poco raro, y que pareces una estatua delante de la pantalla.

—No me pasa nada. Solo estoy pensando.

—Pues piensa en esto —dijo agitando el papel en su cara—. ¿Qué te parecería llamar a esta mujer y preguntarle sobre su relación con Róberta? —preguntó exasperada mientras negaba con la cabeza y sus colgantes sonaban otra vez—. ¿O quieres que lo haga yo?

Óðinn no sabía lo que quería. Le superaba tener que abordar aquel caso desde dos puntos de vista, sobre todo cuando uno de ellos le tocaba tan de cerca.

—Sí, por favor. —Trató en vano de esbozar una sonrisa—. ¿Desde cuándo te interesa este proyecto? ¿No pensabas que traía desgracias y no sé qué chorradas más?

—Es que me aburro. Eso es todo. Además, me da la impresión de que te hace falta ayuda. Te está afectando personalmente.

—Me temo que tienes razón. —Óðinn lanzó un lapicero hacia el bote de los bolígrafos pero no acertó—. Así que si quieres llamar, por mí estupendo.

—Vale.

Por un momento pareció que Diljá iba a añadir algo, pero se dio la vuelta y, tras un nuevo tintineo de sus colgantes, se dirigió hacia su compartimento. Antes de doblar la esquina, se giró y sus miradas se cruzaron. A Óðinn le pareció ver lástima en los ojos de la mujer. No soportaba que la gente lo compadeciera. Podía caerles bien o mal, pero no soportaba darles pena. Su indignación pareció devolverlo a la realidad. ¿En qué estaba pensando para dejar que le afectara tanto? Si le parecía extraño que la abuela de Rún no le hubiera mencionado que había trabajado en Krókur lo que tenía que hacer era preguntárselo. Desde luego, no iba a encontrar la solución en el protector de pantalla de su ordenador. A lo mejor su silencio tenía una explicación

normal. Es más, tal vez por eso se había comportado últimamente de forma tan extraña. Quizá había perdido la oportunidad de contárselo y luego no había encontrado el momento de hacerlo. Pero tenía que haber atado cabos cuando Róberta se presentó ante ella: sabía perfectamente dónde trabajaba su yerno. A lo mejor Róberta no había dado el nombre de la oficina, pero, en todo caso, Óðinn no podía entender el silencio de su suegra cuando él le había hablado de su nuevo proyecto la última vez que había estado en su casa con Rún. ¿Se avergonzaba de su relación con Krókur o tenía miedo de que ese vínculo fuera a afectar al puesto de trabajo de Óðinn? Cuantas más vueltas le daba, más plausible le parecía esa teoría. Corrían tiempos de austeridad y era comprensible que su suegra temiera que Óðinn perdiera su empleo por esa razón, y que su única nieta pagara las consecuencias. Quizá fuera una reacción algo exagerada, pero no imposible.

Los compañeros de oficina de Óðinn levantaron la mirada al ver que se dirigía hacia la pequeña sala de reuniones en busca de privacidad. Al entrar hacía tanto frío que cerró la ventana antes de marcar el teléfono de su suegra. Mientras esperaba respuesta reparó en un póster enmarcado que no había visto la última vez que había estado allí. Se preguntó si lo habían colgado en broma o si Heimir no había pillado el sarcasmo. El póster mostraba el vuelo majestuoso de unas águilas con un lema debajo: «Los líderes son como las águilas. Aquí no encontrarás ni a unos ni a otras». Óðinn desvió la mirada hacia la pizarra, que por fin alguien había borrado. No quedaba ni rastro de aquellos años que durante tanto tiempo habían estado allí escritos sin que él hubiera podido descifrar su significado.

—¿Sí?

La abuela de Rún sonaba como si la acabaran de despertar de la siesta. Al enterarse de quién era, resopló. Óðinn se alegraba maliciosamente de al fin

poder darle la vuelta a la tortilla: ahora era ella la que había obrado mal. Y no él. Fue directo al grano.

—¿Por qué no me dijiste que habías trabajado en Krókur? —No obtuvo respuesta—. ¿No habría sido lo normal decírmelo?

Óðinn esperó y le dio tiempo para recobrase. Cuando por fin contestó, su voz sonaba débil y había perdido el tono arrogante que tenía siempre.

—¿Acaso hubieran cambiado las cosas? Solo estuve limpiando unos meses. No me ocupaba de los chicos.

—Pero ¿sabías lo que ocurría allí?

—Igual que todo el mundo.

—La mayoría de los antiguos empleados ya han fallecido. Tú eres seguramente la más joven que pasó por allí.

—¿Cómo voy a saberlo, Óðinn? Cuando me fui me olvidé de ese sitio. No sé quién trabajó allí antes ni tampoco después.

—Me da igual, tenías que habérmelo dicho. Ahora habré de informar de que tengo lazos de parentesco con una de las antiguas trabajadoras del reformatorio y explicar por qué no lo hice saber nada más comenzar con el proyecto. Si me lo hubieras contado desde el principio, eso quizá no habría supuesto ningún problema. Pero ahora resultará sospechoso. O, como mínimo, muy raro.

Esa afirmación no era del todo cierta. De haber conocido esa relación desde el principio, Heimir le habría pasado el caso a otra persona, por mucho que Óðinn «tuviera formación de ingeniero y no le afectaran las pequeñeces», en palabras del propio Heimir.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó con tono incriminatorio, como si alguien hubiera traicionado su confianza.

—Eso no importa. —Aunque hubiera sido su suegra, Óðinn no tenía ninguna intención de revelar detalles de su proyecto. No quería complicarle

las cosas a la persona que retomara el caso. Esperaba que esa persona fuera Diljá. Ella podría lidiar con aquella inflexible mujer—. Y ya que esto ha salido a la luz, ¿te importaría decirme cuándo trabajaste allí?

—¿No puedes averiguarlo tú mismo?

Óðinn se arrepentía enormemente de haberle pedido disculpas a esa mujer por cualquier error cometido en los años anteriores; no se las merecía.

—Claro que sí, pero he pensado que igual querrías ahorrarme el esfuerzo. Si no es mucho pedir...

Tras un breve silencio, la mujer respondió:

—Empecé en septiembre de 1973 y trabajé hasta febrero o marzo de 1974.

—¿Así que estabas allí cuando ocurrió el accidente?

—¿El accidente?

Sabía perfectamente de lo que hablaba, solo quería darse un tiempo para pensar. Quizá estaba tan acostumbrada a mentirle que lo hacía de forma automática.

—Ya sabes de lo que hablo. El accidente que costó la vida a dos muchachos, Einar Allen y Þorbjörn... no recuerdo el apellido.

—Jónasson. Tobbi Jónasson.

Hablaba tan bajo que Óðinn tenía que apretar el auricular contra la oreja para oír lo que decía.

—Entonces ¿recuerdas lo que ocurrió?

—Sí. ¿Saldrá en el informe?

—Entre otras cosas. Pero será otra persona la que te entreviste. —Óðinn se moría de ganas por coserla a preguntas, pero sabía que solo serviría para que le colgara el teléfono—. ¿Habló Róberta contigo?

—No —mintió.

Si Róberta no hubiera contactado con ella, Aldís le habría preguntado a Óðinn de qué mujer le estaba hablando.

—Entiendo.

—No. No entiendes nada.

Y con esas palabras dio por concluida la conversación.

—No te vayas. Tenemos visita y este lugar es perfecto para recibirla. —A Óðinn le parecía que Diljá actuaba como su viejo gato, que de vez en cuando le llevaba a casa un pájaro o un ratón—. A no ser que te apetezca hacer café e ir a por unas tazas. Tenemos que ser profesionales si queremos sonsacarle algo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Óðinn, que acababa de salir de la salita de reuniones; había desistido de llamar a Aldís tras tres intentos fallidos.

—Eyjalín quiere vernos y la he invitado a que se pasara por aquí. Por lo visto tiene mucho que contar y me ha dicho que vendría pronto.

—Diljá, no tengo claro que haya de estar yo también. Ha ocurrido algo que altera mi papel en el proyecto y doy por hecho que me van a asignar otro.

—¿Otro? Pero ¡si no hay más! —Diljá le dio unos golpes en el pecho con su fina uña pintada de verde—. ¿Te estás volviendo loco?

—No lo sabes tú bien. —Le contó su conversación con Lilja—. Sería un error seguir involucrado en el caso. Espero que me creas cuando digo que no lo he sabido hasta ahora.

—Venga, hombre, no me seas llorica —dijo mirándolo escandalizada—. ¿Desde cuándo importan los lazos familiares en este país? ¿Estás bien de la cabeza? Todo el mundo es pariente de todo el mundo. No pienso hablar sola con esa mujer; no conozco tan bien el caso como tú, así que ya estás pasando de esos principios éticos tuyos y siguiendo el camino de la corrupción, como

todo hijo de vecino. —Lo apartó con la mano—. Coge las tazas. Yo me encargo del café.

Al cabo de un rato avisaron desde recepción de que Eyjalín había llegado. Se levantaron, y cuando la mujer se quitó los guantes de cuero, le estrecharon la mano. A Óðinn le pareció que su mano era inesperadamente cálida, delgada y fina. Procuró no apretársela con demasiada fuerza por miedo a romperle sus delicados huesos.

—Hola.

Era la mujer de la foto que Diljá le había mostrado en el dormitorio de Róberta. Estaba claro que no era el único que tenía algún tipo de vínculo con las personas que aparecían en el informe.

La mujer rondaba los sesenta años, como su suegra, aunque Eyjalín aparentaba diez menos. Quizá el aire joven se lo proporcionaba su elegancia en el vestir: llevaba un abrigo largo con cuello de piel auténtica, unos pantalones marrón oscuro y un jersey trenzado de tonos claros con aspecto de haber costado un ojo de la cara. Llevaba dos collares de oro reluciente, muy distintos de las baratijas de Diljá, además de silenciosos. No se veía ni una cana en su media melena oscura y tenía el pelo tan recio como el de una mujer mucho más joven. Quizá fuera una peluca. Tenía un rostro aristocrático: pómulos altos, ojos grandes y labios carnosos. Los únicos indicios de su edad eran unas finas arrugas alrededor de los ojos. Todo lo demás era prácticamente perfecto.

—Buenos días. —Sonrió con timidez y paseó la mirada por la habitación—. Qué lugar más agradable.

Diljá hizo una mueca detrás de ella y le ofreció asiento y un café, que Eyjalín aceptó agradecida. Bebió de la tosca taza de la oficina como si fuera de porcelana fina.

—Qué bien, algo caliente.

Dejó la taza en el platito y miró al techo con la mirada perdida. Óðinn comenzó a sospechar que Eyjalín estaba un tanto desequilibrada y que en cualquier momento iba a echarse a llorar o a hacer algo más desconcertante. Por suerte allí estaba Diljá, seguro que ella sabía cómo manejar ese tipo de situaciones mejor que él.

—Ante todo queríamos agradecerle que haya accedido a venir a hablar con nosotros a pesar de la escasa antelación con que la hemos llamado. Debe saber que Óðinn ha ocupado el puesto de Róberta y yo lo estoy ayudando. Como sabe, Róberta falleció repentinamente, y todavía andamos algo perdidos en algunos aspectos. Por ejemplo, no sabemos qué le preguntó Róberta o qué no le preguntó. Así que la entrevista de hoy puede que le resulte algo tediosa.

Diljá apartó la mirada de Eyjalín y la fijó en Óðinn. En ese momento ambas dirigían su mirada hacia él: Diljá, como si lo acabara de poner en un aprieto; Eyjalín, con inocencia y ojos expectantes, como si tuviera la esperanza de que al fin iban a darle las respuestas cruciales que llevaba tanto tiempo esperando.

—Eyjalín. —La mujer asintió como para confirmar que era ella—. Nos gustaría que nos recordara brevemente cómo era su relación con Róberta, que nos contara por encima de qué hablaron y cómo se conocieron.

—Ella me llamó —dijo con la mirada clavada en su taza, como si estuviera leyendo unos apuntes en el café—. Había encontrado mis cartas en los documentos sobre Krókur, y mi nombre no es muy común. Salvo en mi familia, claro, pero después de que yo naciera ya nadie lo ha usado. No querían que la gente pensara que se lo habían puesto a su hija por mí.

—Oh —exclamó Diljá sin querer.

Cerró la boca y guardó silencio.

—Lo primero que me preguntó Róberta fue si yo sabía por qué el correo

enviado a los chicos había terminado entre los documentos de Krókur; quería saber por qué a los muchachos no les llegaban las cartas de sus parientes y amigos. —Se aclaró la garganta y enderezó la espalda—. O de sus amantes.

Óðinn intentó erguirse para imitar la distinguida postura de la mujer. Tenía la impresión de que estaría más dispuesta a colaborar si los veía del mismo estatus.

—¿Y tenía usted alguna idea de lo que ocurría?

—Sí. No recibían las cartas. La maldad de los directores del reformatorio no conocía límites. Así que, como se imaginarán, los remitentes no entendían por qué nunca les llegaban cartas de respuesta. Algunos todavía no lo aceptan.

Óðinn vio con el rabillo del ojo que Diljá levantaba una ceja y esperó que Eyjalín no se hubiera dado cuenta.

—Hemos visto las cartas, me gustaría aclarar que no las hemos leído palabra por palabra pero sí lo suficiente como para saber que usted le escribía a Einar Allen, el muchacho que falleció durante su estancia en Krókur. —Eyjalín asintió en silencio y Óðinn prosiguió—: Se consideró un accidente, y sin duda lo fue, pero me han llegado rumores, aún sin confirmar, de que tal vez no lo fuera. ¿Tiene algo que decir al respecto?

—Sí. —La mujer volvió a estirarse. Parecía hundirse gradualmente cada vez que Óðinn tenía la palabra pero se volvía a enderezar cuando recuperaba el turno—. Einar y Þorbjörn fueron asesinados. Estoy absolutamente convencida de ello y, de no haber sido por mi padre, el caso se habría investigado debidamente y se habría descubierto la verdad.

—¿Su padre? —Diljá se inclinó sobre la mesa y se oyó el tintineo de sus colgantes. Eyjalín lanzó una mirada a las baratijas y a Óðinn le pareció detectar cierto desdén en sus ojos—. ¿Qué tiene que ver él con la investigación?

—Mi padre, que en paz descanse, era juez. Puedo detallarles mi árbol genealógico si lo desean pero probablemente se aburrirían. En resumen, les diré que mi familia ha ocupado elevadas posiciones sociales durante generaciones y siempre se la ha considerado cultivada y... —buscó la palabra correcta— refinada.

—Pero eso no explica por qué su padre detuvo las investigaciones. Precisamente cabría esperar que él, y los de su posición, hubieran querido que se respetaran las reglas.

—Pensó que los había matado yo. —Eyjalín dio un sorbo de café—. ¿Está recién molido?

Ninguno de los dos supo qué decir. Diljá fue la primera en romper el silencio.

—¿Por qué pensaba eso?

—En aquel entonces yo pasaba una mala época y me escapé en varias ocasiones para visitar a Einar. O intentar visitarlo, más bien. Solo quería verlo. Yo estaba allí aquella noche, pero no estuve implicada en su muerte. No le habría hecho ningún daño. Yo lo quería y él me quería a mí —dijo sonriendo con melancolía, aunque sus ojos tenían un matiz de demencia—. Estábamos muy enamorados. —Dejó la taza y se limpió los labios con la punta de los dedos—. Le había enviado muchas cartas, pero no me había respondido a ninguna. Entienden cómo me sentía, ¿verdad? —Ambos asintieron tratando de parecer sinceros—. Si esos miserables le hubieran hecho llegar las cartas todo habría sido diferente. Me hubiera respondido y yo habría podido calmarme, como el médico me aconsejaba.

Ni Diljá ni Óðinn preguntaron sobre su enfermedad. La mujer era una mezcla tan extraña de formalidad y espontaneidad que prefirieron limitarse a dejarla hablar. Era imposible saber qué detalles aportaría de forma voluntaria.

—Róberta fue la primera persona en creerme. Los demás piensan que

estoy loca. En cuanto menciono el tema empiezan a hablar de internarme, así que he aprendido a mantener la boca cerrada. —Sonrió—. A veces es mejor callar. Pero cuando conocí a Róberta, por fin pude hablar. Nos hicimos muy amigas. Me entendía, pero lo que más le agradecía era que me creía. Su pérdida fue un golpe muy duro. Me había prometido que iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para que la verdad saliera a la luz.

—¿Sabe quién fue el causante de las muertes, ya que no fue un accidente?

Óðinn se arrepintió de haber cerrado la ventana. En la habitación hacía demasiado calor y le mareaba el perfume de la mujer.

—No estoy segura. Pero tengo mis sospechas.

—¿Estaría dispuesta a compartirlas con nosotros?

Diljá vocalizaba tanto que resultaba violento. Parecía que le estuviera hablando a un niño pequeño.

—Estoy convencida de que el culpable fue Veigar. En el tubo de escape había un trozo de algodón, pero alguien lo retiró y metió nieve en su lugar. Lo más absurdo de todo fue que mi padre estaba tan desesperado por evitar que las sospechas recayeran sobre mí que hizo un trato con Veigar, el asesino, sin saber de qué calaña era. Mi padre siempre pensó que los había matado yo. Le consiguió a Veigar un buen trabajo en la ciudad, un piso a buen precio y un comprador para la granja. Todos contentos. —Frunció el ceño—. Menos yo.

—Tu padre debió de actuar muy rápido. —Óðinn no estaba seguro de haber entendido bien la sucesión de acontecimientos—. ¿Quién encontró el algodón y cómo pudo asegurarse tu padre de que no cayera en manos de la policía? Debieron de llamar a los agentes enseguida para que acudiera al lugar.

—Veigar encontró el algodón. Mi padre y él. Y yo. —Al ver que ambos seguían sin entender lo que había pasado, Eyjalín intentó explicarse—: Antes

de que ocurriera todo, Veigar me pilló detrás de la casa. Yo ya había desistido de intentar ver a Einar y volvía a donde había escondido el coche de mi madre. Algunas noches me escapaba hasta allí sin que se enteraran mis padres. De hecho, no entendían cómo dormía tanto durante el día, pero lo achacaban a mi enfermedad. El caso es que Veigar me dio alcance, me llevó hasta su despacho y me machacó a preguntas. Cuando se enteró de quién era, llamó a mi padre y le pidió que viniera a buscarme. Por eso estaba allí cuando ocurrió.

—¿Veigar y tu padre fueron los primeros en descubrir lo que había pasado? —Óðinn iba viendo las cosas claras poco a poco.

Eyjalín asintió.

—Yo también estaba; mi padre me llevó hasta el coche. Fue horrible.

—¿Y dice que Veigar descubrió el algodón?

—Sí, si no recuerdo mal. —Eyjalín permaneció inmóvil unos segundos con los ojos cerrados. Entonces los abrió ampliamente y miró a Óðinn y Diljá —. Sí, así fue. Lo encontró Veigar.

—¿Por qué iba a llamar Veigar la atención sobre el algodón si lo había metido él mismo? ¿No debería haberles llevado a usted y a su padre a la casa y hacerlo desaparecer sin que nadie lo viera? La policía tardaría un buen rato en llegar, así que tenía tiempo de sobra.

Óðinn observó cómo se borraba la expresión complacida de Eyjalín.

—No lo había pensado. —Se humedeció los labios con la lengua. Sus dedos cargados de anillos dorados tamborileaban nerviosos en el borde de la mesa. Sacudió los hombros como si le hubiera dado un escalofrío. Difícilmente podía tener frío: el calor en la habitación era más sofocante a cada minuto que pasaba—. Entonces fue ella —murmuró entre dientes.

—¿Ella? —preguntó Diljá, desconcertada.

—Ella. La puta. —Eyjalín se llevó al corazón su mano temblorosa—.

Aldís. —De pronto miró al vacío con ojos desorbitados, pero al instante relajó la mirada—. Quién si no.

Marzo de 1974

Por fin parecía vislumbrarse el final del invierno. Los augurios primaverales eran casi imperceptibles, pero a Aldís le bastaban para que el camino de su casa hasta el comedor se le hiciera menos pesado. Todavía estaba oscuro y faltaba una hora para que saliera el sol, pero le daba la sensación de que la oscuridad no era tan intensa como en las semanas anteriores, como si se estuviera disolviendo. Tampoco hacía tanto frío y no se le congelaban ni las mejillas ni los dedos. El pájaro revoloteaba por encima de su cabeza como si él también percibiera esos cambios sutiles. Se había recuperado en los últimos días, como si creyera que lo peor ya hubiese pasado: el invierno no iba a durar eternamente.

Para celebrarlo, Aldís había decidido vestir sus mejores galas y dejarse el pelo suelto. Hasta se había puesto rímel y le gustaba lo que veía en el espejo. Estaba guapa y aquel día prometía hacer buen tiempo. Pero había más razones para su buen humor. Si hubiera estado triste como los últimos días, se habría puesto los harapos de siempre y no habría percibido los cambios en el tiempo y en la luz. Sentía como si alguien hubiera ahuyentado su dolor, y todo era gracias a las cartas de su madre. Las había leído en orden palabra por palabra por lo menos diez veces, deteniéndose en ocasiones a causa de las lágrimas. La añoranza era más fuerte que su resentimiento. Pero también lloraba por la injusticia que las había separado.

Visto en perspectiva, era como si una fuerza misteriosa les hubiera

impedido ser dueñas de sus actos. Las cartas eran un claro ejemplo. Si Aldís hubiera recibido las reiteradas súplicas de perdón de su madre y las continuas descripciones de lo insoportable que le resultaba el dolor y de cuánto la echaba de menos, su rabia habría ido apaciguándose en lugar de magnificándose. Aunque no explicaba por qué había echado a aquel malnacido, al menos aclaraba que se lo había quitado de encima casi inmediatamente después de que Aldís se hubiera marchado, lo que demostraba que su madre la había creído y se había dado cuenta de qué tipo de sinvergüenza había metido en su casa.

Aldís dejaría de trabajar ese mismo día. También iría al despacho de Veigar, aunque no le tocaba limpiarlo hasta el día siguiente, y llamaría a su madre. No es que le apeteciera tener aquella conversación, pero la superaba el deseo de librarse por fin de la rabia contra su madre.

El pájaro seguía revoloteando por encima de la granja sin dejar de piar. Por un instante su satisfacción por la idea de abandonar Krókur se ensombreció. ¿Qué sería del pobre pájaro sin sus cuidados? Por otro lado, la perspectiva de anunciarles a Veigar y Lilja que dejaba el trabajo le daba pavor. No sabía cuál de los dos se lo tomaría mejor, o si sería más adecuado hablar con los dos a la vez. Ahora que por fin había decidido marcharse no quería pasar ni un día más en ese lugar.

Le habría gustado hacer la maleta esa misma noche y abandonar Krókur por la mañana, pero sabía que ese plan era poco realista. No podían sustituirla inmediatamente y dudaba mucho que Lilja se ofreciera a hacer las tareas de Aldís para que esta pudiera marcharse. Temía que el matrimonio le recordara que debía de haber avisado con antelación, pero ignoraba cuánto tiempo era eso. ¿Una semana? ¿Dos? ¿Un mes? ¿O el tiempo que fuera hasta que encontraran a un sustituto? ¿Y si no aparecía nadie? ¿Se quedaría allí para

siempre? Ni loca. Aldís dio un rodeo para evitar un ventisquero y resolvió que si ocurría eso se largaría sin más.

Para su sorpresa, al llegar a la cocina la recibió un aroma a café y vio a Hákon sentado con una taza humeante. La encimera estaba inundada de agua, y Hákon parecía haber esparcido a propósito el café por toda la mesa. Aldís cogió una bayeta del fregadero, decidida a no permitir que ese desastre le amargara el día.

—Te has levantado temprano.

—Sí.

Hákon dio un sorbo de café y se quedó mirando al vacío. Cuando Aldís regresara de nuevo al norte o viviera en Reikiavik no tendría que volver a tratar con personas que apenas notaban su presencia.

—¿Por algo en especial? —preguntó Aldís mientras empujaba el agua con la bayeta hacia el fregadero.

—No me he acostado todavía. Ahora me iré a la cama. —A pesar de su anuncio, dio un generoso trago de café—. Veigar me pidió que vigilara la granja. Cree que hay alguien pululando por aquí de noche. —Hákon tomó otro sorbo de café y la miró por encima de la taza—. De hecho, sospecha que eres tú.

Aldís notó que se le enrojecían las mejillas y se dio la vuelta para escurrir la bayeta.

—Yo no estuve fuera anoche, si es eso lo que estás pensando. —Afortunadamente había rechazado la proposición de Einar de encontrarse por la noche. Debía admitir que se moría de ganas de verlo a solas, pero primero quería saber más de él. No había averiguado mucho y empezaba a plantearse interrogarlo ella misma. Igual esperaba al día en que se despidiera—. ¿Cómo se le ocurre que salgo por ahí de noche? Además, ni que estuviera prohibido. No tiene por qué poner un vigilante.

—Creo que le preocupa más el hecho de que no seas tú.

—¿Y has visto a alguien?

—Ni un alma. —Hákon dejó la taza y buscó el rapé en el bolsillo de su viejo abrigo. Preparó una generosa raya de tabaco en el dorso de la mano izquierda y, antes de esnifarla, miró fijamente a Aldís y ella le sostuvo la mirada—. Sabes que ese chico no te conviene, Aldís.

—¿Qué chico? —Sabía perfectamente a quién se refería.

—Solo te lo digo por si sales a hurtadillas por la noche para encontrarte con él. Eres demasiado buena para él —dijo con la nariz llena de restos de tabaco.

—No lo hago —objetó sin especial firmeza—. ¿Por qué estás tan seguro de que no es bueno para mí?

Cuando soñaba despierta con una vida nueva, lejos de aquel lugar, Einar estaba presente algunas veces y otras no. Cada vez que visualizaba el reencuentro con sus compañeras de clase en el norte, él aparecía también. La mayoría de sus amigas vivían con chicos del instituto que eran cualquier cosa menos interesantes. Einar también estaba incluido en su sueño de ser azafata. Sin embargo, no la acompañaba en el reencuentro con su madre. Pero aquellas ensoñaciones no tenían por qué ser realistas.

—Da igual. —Un oscuro rastro de tabaco se deslizó desde sus fosas nasales hacia su labio superior. Aldís notó que se le revolvía el estómago. Desvió la mirada, se agarró con ambas manos al fregadero y sintió arcadas, pero solo se le llenó la boca de saliva. A sus espaldas oyó el murmullo de Hákon—: Te digo que da igual.

Aldís notó que un sudor frío le recorría la frente y supo que tenía la cara pálida. Con las arcadas se le habían llenado los ojos de lágrimas y seguro que se le había corrido el rímel.

—Estoy enferma.

—No. Tienes náuseas. —Hákon se levantó, se acercó al fregadero y dejó la taza—. Y es por la mañana.

Aldís escupió la saliva y lo miró sin comprender su comentario.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo averiguarás —dijo antes de salir de la cocina.

Sus piernas larguiruchas apenas llenaban los pantalones.

Aldís se giró de nuevo hacia el fregadero y le dio una nueva arcada. Esta vez expulsó un potente chorro de bilis marrón.

Aldís decidió que llamaría a su madre más tarde. Su euforia por haber decidido despedirse del trabajo y llamar a su madre se la había llevado el viento, dejando un poso del mismo desaliento que la había atenazado las semanas anteriores. No había vuelto a vomitar, pero había seguido con náuseas hasta el mediodía; un niño con mocos, los restos de gachas de avena en un cuenco, el olor a cloaca del baño, todo se le hacía cuesta arriba. Por supuesto que podía ser solo un virus estomacal y que al día siguiente despertase tan optimista y radiante como esa mañana. Pero sabía que no era eso. Le dolía el pecho y, además, se le había retrasado el período. No le hacían falta más pruebas. Calculó que hacía dos semanas que tendría que haberle venido la regla. El hecho de que no se hubiera dado cuenta era una prueba de la monotonía que reinaba en Krókur. Cada día era idéntico a los demás; las jornadas se sucedían sin nada que las distinguiera.

Pero no debía sucumbir. Fregaría los platos después de cenar, igual que había podido hacerlo por la mañana, al mediodía y por la tarde. Estar ocupada la hacía seguir adelante, era como un salvavidas que le permitía no venirse abajo.

—Pronto me iré a mi casa.

Aldís se giró y a sus espaldas se encontró con Tobbi, que le dirigía una sonrisa inescrutable y le tendía el plato como si fuera una ofrenda especial para ella. Había llegado tarde a comer porque había estado ayudando a Veigar a reparar el tejado del establo.

—Déjalo en la mesa. —Aldís se quedó mirándolo, despeinado y con las mejillas enrojecidas debido al contraste del calor de dentro con el frío de fuera—. Enhorabuena. ¿Tienes ganas?

Aldís no sabía qué reacción esperaba Tobbi de ella y no estaba inspirada para pensar otra respuesta.

Tobbi se movía nervioso.

—Sí, claro —contestó rascándose la cabeza—. Mamá está enferma. Por eso puedo irme.

—Se pondrá bien —dijo Aldís, aunque algo le decía que no tenía buen pronóstico. No soltaban a los chicos porque sus padres cogieran la gripe—. ¿Cuándo te vas?

—Mañana. Por la mañana. —Le asomaban los dedos gordos de los pies por los calcetines. Los pantalones le quedaban pequeños y Aldís reparó en que había dado un buen estirón desde que había comenzado a trabajar en Krókur en otoño. Pero no había engordado, su ropa desgastada le quedaba tan ancha como cuando lo había visto por primera vez—. No sé si te veré más. Solo quería decirte adiós.

—Digo yo que me verás en el desayuno —dijo Aldís en un tono más brusco del que habría querido. La amistad que el niño le demostraba la había conmovido más de lo que podía soportar en ese momento. Sentía que se echaría a llorar a la mínima y no quería que el pobre niño levantara la vista y la viera hecha un mar de lágrimas—. Pero gracias, Tobbi. Te echaré de menos —dijo forzando una sonrisa—. De hecho, pronto dejaré de trabajar aquí, así que a lo mejor te veo por la ciudad.

—¿Cuándo? ¿Y te mudas a Reikiavik? —preguntó con una alegría desgarradora. No era normal que un niño de su edad se ilusionara tanto con la idea de un posible reencuentro con una mujer que no conocía de nada—. Entonces podré hacerte una visita.

—Claro.

Aldís se giró hacia los pocos platos que le quedaban por fregar.

Tobbi no hacía ningún gesto de querer marcharse. Aldís escuchaba su respiración detrás de ella.

—¿Se lo puedo decir a Einar?

Las manos de Aldís se detuvieron en el agua sucia. A través del agujero de su guante ascendió una pequeña burbuja de aire.

—Claro, ¿por qué no?

Oyó que Tobbi daba media vuelta y salía corriendo, claramente entusiasmado por tener algo que contar. Una nueva burbuja de aire se escapó de su guante de goma y Aldís continuó fregando. Golpeó dos vasos sin querer y uno se rompió por la mitad. Aldís cogió los trozos y los tiró a la basura. No se molestó en ocultarlo entre los desperdicios como habría hecho normalmente. Ya no le daban miedo las reprimendas de Lilja y Veigar, tenía otras cosas en que pensar. En ese momento cayó en la cuenta de que, a la mañana siguiente, Tobbi le contaría a Veigar en el coche que Aldís tenía pensado marcharse de allí. Debería hablar con su jefe cuanto antes. Sacó el último vaso del agua sucia y lo dejó amontonado en la vajilla del escurrerplatos sin preocuparse de su suciedad y de los restos de leche que tenía en el fondo.

Aldís sabía que Lilja y Veigar se encontraban en la sala donde solían reunirse después de cenar, según ellos para rezar, aunque Aldís sospechaba que lo hacían para librarse de recoger el comedor. Quizá estaban simplemente sentados leyendo o descansando después del día de trabajo.

Aldís apagó la luz y salió al pasillo. La puerta de la sala estaba cerrada pero oyó un murmullo que podía ser el de una persona rezando. Tomó aire, se pasó los dedos por el pelo y decidió llamar a la puerta con fuerza antes de que la abandonara el valor. Se sentía como en la clase de natación del colegio: a veces era mejor tirarse a la piscina de cabeza que meterse en ella poco a poco. Abrió la puerta sin esperar a que le dieran permiso. Lilja y Veigar estaban sentados en el banco frontal y giraron la cabeza a la vez para ver quién osaba molestarlos. Lilja todavía juntaba las manos.

—¿Qué pasa?

Veigar parecía más sorprendido que enfadado. Incluso angustiado. Quizá pensaba que Aldís traía malas noticias sobre el techo del establo que había estado arreglando.

—Dejo el trabajo. Solo quería hacéroslo saber. —No se había preparado nada más. Tras sus palabras se produjo un silencio que nadie se atrevió a romper—. ¿Cuándo puedo irme?

—¿Que te despides? —Lilja parecía dolida.

Veigar mantuvo la calma a pesar de que se le notaba en la cara que la decisión de su empleada no le parecía bien y que la consideraba una impertinencia.

—No te puedes ir así como así.

—Quiero dejarlo. ¿Cuándo puedo hacerlo? —Aldís sabía que tenía la cara roja. Deseaba que todo terminara, pero estaba orgullosa de sí misma por haber tenido el valor para decirlo—. Sé que tengo que avisar con antelación. ¿Con cuánta?

Veigar balbuceó algo. Aldís no recordaba haberlo visto así nunca.

—¿No quieres pensártelo un poco, Aldís? Justo el otro día estuvimos hablando de reajustarte el salario y otros detalles. No hace falta precipitarse.

—Estoy embarazada. No puedo seguir trabajando aquí. ¿Cuándo puedo

dejarlo?

Las palabras salieron de su boca como el vómito de esa mañana. En su fuero interno sabía que una vez que las hubiera pronunciado, ya no habría vuelta atrás. La parte de ella que deseaba marcharse había vencido y quería asegurarse de que no se dejaba seducir por promesas tentadoras.

Ambos la miraron boquiabiertos. Veigar le pasó el brazo por los hombros a Lilja, que desvió la mirada hacia Jesucristo.

—¿Has dicho embarazada? —Veigar se humedeció los labios y evitó mirar a Aldís a los ojos.

—Sí. Eso creo. Mejor dicho, lo sé. Tengo que dejarlo.

Aldís se agarró con fuerza al marco de la puerta como si eso pudiera impedirle salir corriendo.

—¿Quién es el padre? ¿Es de aquí?

—Eso no es asunto tuyo.

Se ruborizó aún más y se agarró con más fuerza todavía.

—¿Vas a tener el niño? —preguntó Lilja sin desviar la mirada de Jesucristo, como si le dirigiera a él la pregunta.

—Sí. Bueno, ya veremos.

De pronto a Aldís le pareció todo absurdo. Para empezar, ni siquiera sabía si tenía un niño dentro, así que aún menos podía saber qué iba a ser de él. O de ella misma. La angustia la superaba: simplemente no era posible. Pero si lo era, no tendría más remedio que afrontarlo. Quizá Einar asumiría la responsabilidad. No cabía duda de que todo sería más fácil con su ayuda; Aldís sabía por experiencia lo que era ser hija de madre soltera. Y no podía imaginarse como su madre, por mucho que la quisiera. Einar y ella lo decidirían juntos. Sería lo mejor para ella y para el niño. Y también para él. Pero primero tendrían que aclarar algunas cosas.

Veigar parecía haberle leído la mente.

—Si el padre es el que yo creo que es, entonces quizá él te pueda ayudar si decides no tener el hijo —dijo poniéndose de pie.

Aldís no entendió exactamente qué había querido decir, pero no le pareció un comentario bienintencionado. La rabia por el robo de las cartas y el intolerable comportamiento del matrimonio la invadió de nuevo, como si le hubieran dado una bofetada.

—¡Mira quién habla! Al menos yo no enterraré a mi hijo en medio de la nada. —Aldís se dejó arrastrar por la cólera—. ¡Y encima vivo!

Sin esperar su reacción, salió al pasillo y no respiró hasta que estuvo fuera. Tuvo que taparse los oídos para no oír los espeluznantes gritos de dolor de Lilja. Le sentó bien el aire fresco y sonrió amargamente. Seguro que ya no la obligarían a avisarles con antelación de que se marchaba.

La luna seguía en su sitio y las estrellas estaban tan dispersas en la bóveda celeste como en cualquier otra noche. La vida de Aldís había dado un giro de trescientos sesenta grados pero el universo no parecía inmutarse. Se sentó en el banco de la parte trasera de la casa y se quedó con la mirada perdida en la oscuridad. Escuchó unos crujidos en la nieve pero no se giró, solo se quedó con la boca abierta mirando al frente. La persona que fuera pasaría de largo o hablaría con ella. Qué más daba.

—Tobbi me ha dicho que te marchas.

Einar se sentó junto a ella con las manos en los bolsillos del abrigo.

—Sí. Tengo que irme de aquí como sea.

Al ver la nube de vaho que se había formado ante su cara, le entraron ganas de fumarse un cigarrillo. Pero fumar ya era cosa del pasado. Quizá podría fumarse un pitillo de celebración si al final resultaba que no estaba embarazada.

Einar dejó escapar un suspiro.

—La verdad es que esperaba que no fuera cierto.

Ambos se quedaron con la mirada perdida en la oscuridad que se extendía más allá de la granja.

—Veigar me dijo algo sobre ti, Einar, y necesito una explicación. — Continuó sin mirarlo a la cara—: Es muy importante para mí saber qué hiciste y por qué estás aquí. No puedo darte las razones en este momento pero espero tener oportunidad de hacerlo más adelante. —Aldís escuchó que Einar respiraba profundamente y vio de soslayo que agachaba la cabeza—. Debo saberlo, Einar. Tienes que confiarme tu secreto.

Y cuando Aldís pensaba que las cosas no podían ponerse más negras, ocurrió lo imposible: empeoraron del todo. Pero hasta que no descubrió al pájaro muerto sobre la nieve junto a la puerta de la casa, no comenzaron a brotar las lágrimas.

Diljá entró en el compartimento de Róberta, donde Óðinn se había refugiado nada más terminar la conversación con Eyjalín, y se sentó en la esquina de la mesa. El hombre no había tenido el valor de regresar a su sitio y hablar con sus compañeros, o continuar con ese informe que a todas luces no terminaría nunca. Su primer impulso había sido salir corriendo del edificio, pero tampoco sabía adónde ir. Diljá le puso la mano en el hombro y Óðinn notó su calor.

—Lo que te decía. Es el problema de vivir en un país tan pequeño. Cada dos por tres te encuentras con viejos amigos, parientes o novios. Aquí, como quien dice, todos estamos relacionados con todos.

Óðinn dejó escapar una risa melancólica.

—Da igual.

—No tiene sentido. No creo que tengas que dejar el proyecto. —Diljá cruzó los brazos y se realzaron las curvas de sus pechos. Por un segundo Óðinn se olvidó de sus problemas y desvió la mirada avergonzado—. En serio. ¿Quién va a enterarse? Heimir no lo descubriría ni aunque lo llevaras tatuado en la frente.

—Tengo que dejarlo. No es por quién pueda saber de mi relación con Aldís; es por mí. —Era incapaz de sentarse delante del ordenador y teclear esa información para que quedara recogida en el informe. Ya era difícil ser objetivo si uno conocía a la persona involucrada, así que más todavía si se trataba de su ex suegra, la abuela de su hija, y encima era sospechosa, casi

cuatro décadas más tarde, de haber causado la muerte a dos jóvenes. Daba igual que la persona que la inculpara fuera una loca—. Ya tengo bastante con mis cosas y, además, por mucho que me esforzara en exponer con claridad las acusaciones de Eyjalín siempre me parecería que estaba manipulando los hechos.

—¿Tienes buena relación con Aldís?

—Ni mucho menos. No me aguanta y yo no la aguanto a ella. —Óðinn resopló—. Estoy pensando en Rún. Mi hija lo está pasando muy mal y solo le faltaría ser testigo de un revuelo mediático cuando se supiera que su padre la había cagado en una investigación y que su abuela era una posible asesina.

—Venga, hombre. Yo creo que esta mujer no tenía ni pajolera idea de lo que decía. ¿Qué importa que, según ella, tu ex suegra hubiera estado colgada del tal Einar? Que yo sepa, las chicas no van por ahí matando a los chicos de los que están enamoradas. ¿No crees que tiene que estar mal de la cabeza para que todavía esté enamorada de un chico que murió hace la tira? —Diljá se puso de pie—. Le falta un tornillo. Espero que te des cuenta. —Óðinn se encogió de hombros. En sus circunstancias, no era el más indicado para juzgar a quién le faltaba un tornillo—. Pero seguro que se alegró mucho de conocer a Róberta y apostararía a que el sentimiento fue recíproco.

—¿En qué sentido?

—Róberta estaba sola y no tenía muchos amigos. De pronto aparece una mujer elegante que la ve como su salvadora y la considera su confidente. Para la pobre tuvo que haber actuado como una droga. Estoy segura de que se llevó todas esas cosas a casa por eso; igual quería ganarse la amistad de Eyjalín devolviéndole las cartas o asegurándole que nadie haría referencia a ellas en la investigación. A no ser que quisiera guardárselas por ella misma. En cualquier caso, el motivo de que Róberta se tomara el caso tan a pecho tuvo que ser Eyjalín. Ya viste la foto. ¿Quién demonios le da su retrato

enmarcado a una persona que apenas conoce? ¿Y quién pone una foto así en su dormitorio? Se juntaron el hambre con las ganas de comer. Deberías haber visto a Eyjalín en el entierro. Parecía que estuviera despidiéndose de su hermana gemela.

—Eso no cambia mi decisión. No puedo seguir con esto. —Óðinn se frotó los ojos. El interior de sus párpados parecía papel de lija—. Por no hablar de lo poco observador que soy. Por ejemplo, ¿por qué no me había fijado en la fecha de nacimiento de Einar? Estaba escrita en la pizarra.

—Róberta había recopilado muchos datos. A veces es mejor trabajar con menos.

—Seguro que tú lo solucionas, Diljá. El caso estará en mejores manos si te encargas tú. Libre de conexiones con los involucrados. —Óðinn miró fijamente la foto de los chicos pegada en la pared. Ellos le devolvieron la mirada, atrapados eternamente en 1974, año en que debió de haberse hecho la fotografía. Iba a calcular mentalmente la edad que tendrían ahora cuando, de repente, se le hizo la luz y arrancó la foto de la pared—. Joder.

—¿Qué? —Diljá se inclinó para mirar la foto—. Ni que fuera la primera vez que la ves.

—No. Pero es la primera vez que soy consciente de lo que hay en ella.

La foto de Einar y Tobbi se había tomado en Krókur a comienzos del año 1974, antes del 5 de marzo, día en que habían muerto en el coche. Lára había nacido en noviembre de 1974. Su parecido con la cara inmadura de Einar se veía a la legua. Óðinn emitió un gemido. Eso también explicaba el odio de Eyjalín hacia Aldís, que había tenido una relación mucho más íntima con Einar de lo que la mujer había insinuado en su visita. Según ella, Aldís le había ido detrás pero él le había dado calabazas. Probablemente por eso había achacado a Aldís la muerte de Einar y Tobbi ahora que no se sostenía la teoría de que Veigar había sido el culpable.

Óðinn intentó recordar todo lo que Lára le había contado de su padre. De hecho, apenas habían hablado de él, y Óðinn, por su parte, nunca se había interesado en exceso por los asuntos familiares de su mujer. Aun así recordaba que el padre había muerto mientras la madre estaba embarazada de ella, y que nunca habían vivido juntos. También recordaba vagamente que la familia de su padre vivía en América, aunque tal vez se equivocaba. El apellido de Lára era Karlsdóttir, que era uno de los patronímicos utilizados cuando no estaba clara la paternidad de un hijo, o bien cuando la madre quería ocultar la identidad del padre. Pero dos y dos eran cuatro: Einar era el padre de Lára y el abuelo de Rún.

—Ya está bien por hoy. No puedo más.

Sentado en la sala de espera, Óðinn pasaba distraído las páginas de una revista. No sabía por qué lo hacía, pero el hecho de mirar las fotografías de celebridades extranjeras que ni siquiera conocía le sentaba bien. Quizá la solución sería que Rún y él comenzaran una nueva vida en el extranjero, lejos de la tumba de Lára y de todo lo relacionado con ella; lejos de Aldís y de su confuso pasado. Dejó la revista en la mesilla. Irse al extranjero no era la solución: ellos nunca serían tan guapos y felices como los de las fotos. Pero nadie le decía que el padre y la hija que había visto antes en una revista de golf no estuvieran afrontando los mismos problemas que ellos. Quizá el padre de la foto también temía haber asesinado a la madre de su hija y que su suegra hubiera matado al abuelo. Tal vez los invadiera la depresión cada vez que dejaban los palos de golf. Menudo disparate.

Óðinn sospechaba que Nanna y su colega de la consulta habían decidido que no hubiera reloj en la sala de espera para que el tictac no generara ansiedad en los pacientes. A pesar de que no tenía otra cosa mejor que hacer

que esperar a Rún, era demasiado tentador sacar el móvil y ver pasar el tiempo. De repente se abrió la puerta y apareció Nanna acompañada de Rún, con las mejillas sonrosadas. Óðinn apartó la vista del móvil. Todavía quedaban casi diez minutos de terapia.

—¿Te importaría hablar conmigo un momento? —Nanna sonrió a Rún amablemente—. Tú espera aquí fuera. En el estante hay tebeos del pato Donald.

Rún pasó por delante de Óðinn en silencio, se sentó y bajó la cabeza. A Óðinn no le hacía gracia dejarla sola pero no le quedaba más remedio que acompañar a Nanna a su despacho. Al entrar, Óðinn se giró y vio que Rún levantaba la cabeza. Sus miradas se cruzaron un segundo antes de que se cerrara la puerta.

—Siéntate. No te entretendré mucho.

—Perfecto. Tenemos que ir a otro sitio.

Era mentira, lo que quería era volver con Rún cuanto antes.

—De acuerdo. —Nanna actuaba como si le hubieran encargado comunicar una defunción—. Solo quería hablar un poco más contigo sobre lo que me pediste el otro día, que no mencionara a Rún la muerte de su madre.

—Sí. Prefiero que no lo hagas.

Si la psicóloga le hubiera preguntado por qué, Óðinn no habría sabido qué contestar.

—No sé qué tienes en contra, pero debo decir que no me parece muy razonable. Evidentemente, lo respetaré, pero me gustaría que volvieras a planteártelo.

—No voy a hacerlo. Al menos por ahora.

Nanna parecía sorprendida. Abrió los ojos ligeramente y luego entornó los párpados.

—Fuiste tú quien me preguntaste si tu hija podía venir a mi consulta. Ella

se muestra reticente, algo normal ya que los niños tienen mil cosas más divertidas que hacer que hablar conmigo. No está aquí por consejo médico ni por necesidades terapéuticas, así que doy por hecho que dejarás de traerla si digo que no puedo continuar tratándola sin abordar la cuestión de la muerte de su madre. ¿Me equivoco?

—No. —Deseaba poder confiarle sus preocupaciones, abrir las compuertas y soltarlo todo. Pero no funcionaría. Si salía a la luz que él pensaba que era la persona que había empujado a Lára por la ventana, Nanna lo denunciaría a la policía—. Quizá podamos discutirlo más tarde, pero no ahora.

—Entonces me temo que no puedo hacer mucho por ella. —Nanna parecía realmente decepcionada. Juntó las manos y Óðinn se fijó en lo pequeños y finos que eran sus dedos—. Ese accidente es como una pesadilla para tu hija. De hecho, no es lo único que la aflige, pero sí es el factor que más pesa.

—¿No es lo único? —preguntó Óðinn estirándose—. ¿Qué quieres decir?

—Por ejemplo, la relación con su abuela es más compleja de lo que yo había pensado en un principio. Rún le tiene pánico. Y luego hay algunos asuntos pendientes con su madre que no tienen que ver con su muerte. La vida de Rún no ha sido precisamente ningún camino de rosas, como ya sabes. —Descruzó los dedos—. Y ahí tienes tú parte de culpa. Eres consciente de ello, me imagino.

A Óðinn le entraron ganas de taparse los oídos. Oír que Lára y Aldís le habían fallado a Rún no le afectaba, pero que le dijeran a la cara que él había hecho lo mismo le dolía profundamente. No obstante, admitía su culpa.

—Sí, lo sé. Pero estoy tratando de compensarlo. Desgraciadamente no puedo deshacer el pasado.

—No basta con decirlo. Como padre de fin de semana podías divertirte mientras dejabas a un lado todo lo demás. Ahora debes ocuparte también de

lo difícil y lo aburrido, del día a día. Y no puedes fallarle. No te olvides de que eres lo único que tiene.

—Soy muy consciente.

Nanna respiró con tanta fuerza que pareció suspirar.

—Aunque esté en contra de tu decisión, me gustaría continuar viendo a Rún —dijo ladeando la cabeza—. ¿Te das cuenta de que lo que exiges no es habitual? Los padres no se meten nunca en la terapia de esta manera. No recuerdo ni un solo caso.

—No lo sabía —dijo Óðinn para el cuello de su camisa.

No le podía importar menos; él solo pensaba en Rún. Y en sí mismo.

—No. Claro que no. —Pensativa, Nanna se humedeció los labios—. En fin. Puedo hablar con Rún sobre su vida en general, su relación contigo y, con suerte, su relación con su abuela. A los niños suele irles bien pasar tiempo con sus abuelos, pero eso no quiere decir que automáticamente nos volvamos mejores personas al hacernos abuelos. Así que puede que su abuela sea mala compañía para Rún. Si consideramos que no es bueno que se vean a solas, entonces quizá tendría que haber siempre una tercera persona y reducir el número de visitas. —Miró a Óðinn esperando que mostrara alguna reacción—. ¿Tú qué crees? ¿Hay razones para pensar que la mujer sea una mala influencia para Rún? ¿Qué tipo de persona es?

—Sinceramente, no lo sé. No es que nos conozcamos mucho.

Al despedirse, Rún le dirigió a Nanna un tímido adiós con la cabeza agachada. Condujeron en silencio a través de la aguanieve hasta llegar a casa. Óðinn se fijó en que todos los ocupantes de los coches que adelantaba o que le adelantaban miraban al frente; al contrario que Rún, que miraba fijamente hacia un lado. Seguro que la gente pensaba que su hija estaba de morros: por ahí va una niña mimada que no se ha salido con la suya.

Algo extraño estaba ocurriendo junto a su bloque de pisos. Óðinn llamó la

atención de Rún dándole un ligero codazo.

—Mira. Una luz intermitente. En nuestra casa.

Rún se giró y se inclinó para ver mejor.

—Una ambulancia.

A Óðinn le parecía una falta de respeto llegar con el coche a toda velocidad, así que aminoró. Se preguntó si debía dar media vuelta e invitar a Rún a un helado, o fingir que se había olvidado de pasar por la tienda. La última vez que su hija había visto una ambulancia de cerca, esta se llevaba el cadáver de su madre. Pero ya era tarde para girar; Rún se daría cuenta de que la estaba engañando. Aparcó despacio, bajó del coche, y se encontró demasiado cerca de las luces parpadeantes. Se oyeron unos portazos en la ambulancia y dos hombres de uniforme aparecieron por cada lado.

—Buenas tardes. —Óðinn le dio la mano al conductor—. ¿Qué ha pasado? —Al ver que el hombre iba a hacerle las preguntas de rigor, se apresuró a añadir—: No vivimos más que tres personas en el edificio. Nosotros dos y una anciana. ¿Le ha ocurrido algo?

El hombre dirigió la mirada hacia Rún y asintió con la cabeza con gesto serio. Se subió al vehículo, apagó las luces, arrancó y se fue. Rún miró a su padre.

—¿Por qué ha apagado las luces?

—Igual se han estropeado —dijo apretando la pequeña mano de su hija.

Ahora estaban solos en todo el bloque. Él y Rún. Rún y él. La anciana había estado en lo cierto: le quedaba poco para morir. Lo cual no auguraba nada bueno.

Óðinn no tenía ganas de entrar. Bajó la cabeza hacia Rún y ella levantó la mirada hacia él. Envuelta en la luz amarillenta, el parecido con su abuelo Einar era indiscutible. Se agachó y le dio un beso en la cabeza.

—Dime una cosa, Rún.

Su hija frunció el ceño con recelo.

—¿Qué?

—Sé que no quieres hablar del tema pero para mí es muy importante. Te prometo que no volveré a hablar de ello. Nunca. —Le dio otro beso en la cabeza, que olía al champú que le costaba tanto compartir con él. Óðinn la entendía: olía demasiado bien como para desperdiciarlo—. ¿Por qué no quieres hablar con tu abuela? ¿Se porta mal contigo? ¿Te hace daño o hace algo que no quieres que haga?

Rún negó con la cabeza.

—No. ¿Me prometes que no hablaremos nunca más de esto?

—Sí. —Óðinn se llevó la mano al pecho—. Te lo prometo.

Rún pareció aceptar.

—Es que siempre me está preguntando. Me agarra con fuerza y no quiere soltarme. Yo no quiero contestarle.

—¿Qué es lo que te pregunta?

—Sobre la mañana en que murió mamá.

Óðinn vaciló.

—¿Si estabas despierta?

Rún desvió la mirada hacia la acera. Las tuberías subterráneas de la calefacción habían derretido la nieve, dejando al descubierto los adoquines mojados. Óðinn esperaba que no estuviera visualizando el trozo de acera donde había caído su ex mujer. La niña contestó que sí con un hilo de voz.

Óðinn decidió lanzarse. No tendría otra oportunidad.

—¿Quiere saber si me oíste o me viste en casa?

Rún volvió a fruncir el ceño y lo miró extrañada.

—¿Tú? No. Solo habla de ella misma. Me pregunta si, cuando ella llegó a casa, yo estaba despierta.

Óðinn se quedó sin palabras. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Él no

había pisado el apartamento en ningún momento. Era Aldís la implicada. Ahora que se le habían abierto los ojos, lo veía claramente: Aldís había ido a hacer la colada y de paso había subido a ver a Lára un momento, quizá para tomar un café. Sin embargo, debían de haber tenido una discusión; Aldís había perdido el control y había empujado a Lára mientras fumaba sentada en el alféizar de la ventana. Queriendo o sin querer.

Óðinn se sentía como en estado de embriaguez. Su alivio era tal que le parecía haber nacido de nuevo. No como si fuera otra persona, sino como él mismo de nuevo, tal como era antes de que comenzara todo. No había cometido ningún crimen. Los errores del pasado quizá no eran como para estar orgulloso, pero al menos no tenía nada que reprocharse a sí mismo, a diferencia de Aldís.

Se le había pasado el frío. De pronto lo invadieron un valor y un optimismo que se había olvidado que tenía. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Todas aquellas percepciones extrañas que lo habían estado acosando tenían que ser intentos del subconsciente para que se le encendiera la bombilla, para alertarle de que había algo que no casaba. No guardaban ninguna relación con una posible conexión con el mundo de los muertos. ¡No estaba a las puertas de la muerte! Ahora su vida comenzaría de nuevo.

No había tiempo que perder, a partir de ahora haría las cosas bien con su hija.

—¿Sabes qué, Rún? El día de hoy es el comienzo de una nueva etapa para los dos. Mañana hablaré con tu abuela y en el futuro te dejaré en paz. Esta vez lo haremos bien. —Miró hacia el este como si esperara ver un prematuro amanecer en su honor, pero no se encontró más que la oscuridad del cielo que se preparaba para la noche—. Una vida nueva, Rún. A partir de hoy mismo.

Escéptica, Rún miró la boba sonrisa de su padre y, al cabo de un rato, ella también sonrió. Óðinn metió las manos en los bolsillos del abrigo para buscar

la llave de casa, pero sacó las llaves de Róberta. La llave del garaje que se había olvidado de devolver. Se la metió en el bolsillo mientras un inexplicable escalofrío le recorría la espalda. La devolvería al día siguiente. El primer día de su nueva vida.

Marzo de 1974

Aldís tenía la lengua como una lija, pero era incapaz de levantarse para ir al cuarto de baño y saciar su sed. Estaba tumbada bocabajo sobre el cubrecama multicolor con el que tapaba el edredón por las mañanas. Ya no le quedaban lágrimas. Su vida estaba hecha pedazos y no tenía futuro. Pero eso ya lo sabía antes de haberle contado a Einar todo lo que sabía y haberle preguntado por lo que no sabía. Ella le había confesado que había leído sus cartas y que creía haberse cruzado con Eyjalín, que estaba completamente loca. Al ver que Einar no lo desmentía, Aldís se inquietó más todavía al pensar en lo que la joven era capaz de hacer. Pero esa no había sido la peor parte de su conversación.

Qué tonta había sido. Pero una cosa sí había hecho bien: no haberle dicho a Einar que estaba embarazada. Después de que Einar hubiera terminado de contarle su historia ya no existía esa posibilidad. Aldís había palidecido y había vuelto a su habitación, deteniéndose en el camino para enterrar los restos del pájaro en la nieve. Entonces se había echado a llorar, destrozada por el triste final de aquella pobre criatura pero, sobre todo, por su propia estupidez y por los sueños rotos en que Einar y ella criaban juntos al bebé, felices para siempre.

Einar había hecho todo lo posible para restar importancia a su participación en los actos que Eyjalín y él habían cometido y para dar a entender que ella había sido la única responsable. Pero tenía la mirada inquieta mientras

hablaba y Aldís se había vuelto de repente lo suficientemente madura como para saber cuáles eran sus intenciones. Nadie se habría dejado engañar.

Deshecha en lágrimas, Aldís se dio la vuelta en la cama. Le dolían los pechos de haber pasado tanto tiempo bocabajo. Pensaba en Eyjalín y en si ella habría sufrido igual después de que Einar la dejara embarazada. Así tenía que haber sido, aunque por razones muy distintas. Aldís sufría porque no sabía hacia dónde se dirigía su vida, solo sabía que las perspectivas eran nefastas. Eyjalín había sufrido a causa de un padre autoritario que se oponía por completo a su relación con Einar y más todavía a que tuviera un hijo suyo. La dama y el vagabundo. Aldís había crecido sin presencia paterna, así que no podía ponerse en el lugar de la chica. Y, aunque hubiera tenido un padre, estaba convencida de que ella nunca habría recurrido a semejante método para acabar con su embarazo.

Einar le había explicado los detalles con indiferencia, como si hubiera sido un mero espectador. Aldís se llevaba las manos al vientre y cerraba los ojos con fuerza al imaginar las perchas metálicas y pensar en los comentarios de Einar sobre lo mucho que se utilizaba aquel método en todo el mundo. Aldís había cruzado las piernas instintivamente en el banco, como si esperara que él fuera a sacar una herramienta por el estilo y sugerirle que la probaran.

Al darse cuenta de su reacción, Einar había hecho una pausa hasta que ella le pidió que continuara. Sin embargo, no pudo aguantar hasta el final de la historia. ¿Por qué se compadecía tanto de sí misma? En comparación con Eyjalín, no tenía razón para quejarse. El método había terminado siendo un éxito y un fracaso; consiguieron destruir el embrión, pero su torpeza le había provocado a Eyjalín una hemorragia. Eyjalín les había ocultado su estado a sus padres y siguió haciéndolo aun cuando su salud empezó a deteriorarse. Pero los padres acabaron por darse cuenta dos días después del aborto cuando se desmayó a causa de una pérdida masiva de sangre y estuvo a punto de

perder la vida. Para colmo de males, Eyjalín tuvo una infección y, tras una larga estancia en el hospital, le anunciaron que nunca más podría tener hijos.

Según Einar, la pérdida de sangre le había causado daños cerebrales y nunca había vuelto a ser la misma persona después de su enfermedad. Aldís quiso puntualizar que aquello no era una enfermedad, pero se guardó el comentario. No servía de nada intentar abrirle los ojos.

Su historia explicaba muchas cosas. El padre de Eyjalín había dispuesto que, aunque Einar tuviera edad para ir a prisión, lo enviaran a Krókur y no a la cárcel. Así podrían silenciar el caso; él recibiría su castigo y protegerían la reputación de Eyjalín. No se había celebrado ningún juicio del que se pudiera rumorear, y algunos hombres que le debían un favor al juez habían hecho desaparecer los informes médicos. La madre de Einar tuvo que decirle a su hijo que no había otra solución; el aborto era ilegal excepto en caso de que la vida de la madre corriera peligro o el feto pudiera sufrir daños, así que no le esperaba nada bueno si seguían la vía judicial. También empeoraba las cosas el hecho de que hubieran practicado el aborto en un secadero de tiburón y luego hubieran arrojado el feto al mar.

Si no hubieran cometido aquel acto, Einar nunca habría aparecido en Krókur y Aldís ya habría llamado a su madre y se estaría preguntando adónde tenía que ir, si a Reikiavik para perseguir su sueño de ser azafata o al norte de Islandia, donde estaba su hogar. Ahora no tenía escapatoria y solo quería echarse a dormir y no levantarse jamás. Quizá el pájaro la esperaba al otro lado, lozano y feliz en la tierra de la luz eterna. De todas maneras, no sería justo que pusiera fin a su propia vida por algo que habían hecho Einar y Eyjalín. Pero cuando se cometía un crimen, siempre había alguien que sufría el castigo, aunque no fuera el culpable.

Tirada en la cama, Aldís lloraba su suerte desconsoladamente. Pero, al mismo tiempo, pensaba que al menos había tomado una decisión sensata:

nunca le diría a Einar que él era el padre de su hijo. No quería mantener ninguna relación con él; ya solucionaría el problema del patronímico más adelante. Y cuando se lo encontrara por la calle haría como si nada, aunque él fuera con una chica del brazo y ella fuera sola. Porque por supuesto que iría sola: ningún hombre querría el hijo de otro. Desde luego, su madre nunca se había casado, y el único hombre que había vivido con ella ni siquiera la había querido lo suficiente como para mantener las manos alejadas de su hija. Lo más seguro es que acabara en una panadería, como su madre, y que el mejor momento de la semana fuera el día en que no se vendieran todos los gofres franceses y pudiera llevarse los restos a casa.

Aldís se levantó y como recompensa sintió un fuerte dolor de cabeza y mareos. No quería seguir compadeciéndose. El agua fría del grifo la refrescó y, aunque continuaba teniendo la cabeza a punto de estallar, se le pasó el mareo. Recogió el abrigo del suelo donde lo había tirado y observó preocupada la estrecha prenda. Cuando tuviera barriga no podría abrocharse la cremallera. ¿Iba a tener que gastarse todos sus ahorros en una ropa de embarazada que luego no podría ponerse más? No, antes dejaría que se le enfriara la tripa.

Lo más curioso era que ya no dudaba de estar embarazada. Por la mañana se había permitido albergar la esperanza de que había una explicación racional, pero ahora le parecía una ingenuidad de niña pequeña. Tendría que haberse rendido a la evidencia durante las últimas dos semanas, pero siempre lograba desviar el pensamiento y, si Hákon no le hubiera hecho aquel comentario en la cocina, seguramente continuaría ignorando lo obvio.

Oyó unos leves golpes en la puerta. El sonido era hueco y a Aldís se le aceleró el pulso mientras preguntaba quién era. ¿Qué haría si era Einar? Le entraron náuseas de solo pensar en el plan que le había contado. Pensaba desenterrar al niño de Lilja y Veigar y amenazar con delatarlos si no lo

dejaban irse. Esa era la gota que había colmado el vaso. Einar no era normal. Su falta de escrúpulos le había pasado desapercibida todo ese tiempo. Por un momento se preguntó si debía escapar por la ventana y saltar el piso que la separaba del suelo.

—Soy Hákon.

Aldís sintió tanta curiosidad por saber lo que quería Hákon que abrió la puerta una rendija sin pararse a pensar en las pintas que llevaba. Nunca había llamado a su puerta ninguno de los empleados. Y no es que le importara, le gustaba estar tranquila en su habitación sin tenerse que preocupar de las visitas inesperadas.

—Hola —dijo con la voz ronca.

Hákon la miró de arriba abajo con cara extrañada.

—Perdona que te moleste. —El hombre iba descalzo y los pantalones del pijama se le salían por encima de la cintura de sus vaqueros—. No sé qué está pasando, Aldís, pero Lilja ha venido aquí hace un rato. Quería hablar contigo, pero estaba tan alterada que no la he dejado pasar.

—¿Ah, sí? —Aldís sintió un mareo y se agarró con fuerza a la puerta. Solo le faltaba enzarzarse en una pelea con Lilja. Además, para reprenderse se bastaba ella solita—. ¿Qué quería?

—No sé cómo decirlo, pero... quería que te fueras. —Hákon se pasó los dedos por su cabeza despeinada. Llevaba una barba canosa de tres días y en las mejillas se veía una red de capilares rotos—. Esta misma noche.

—¿Esta noche? —Aldís tragó saliva—. ¿Y adónde se supone que tengo que ir? —Intentó hacer memoria para recordar si tenía algo colgado en el tendedero y cuánta ropa tenía. Había llegado a Krókur con una maleta vieja medio rota y prácticamente no había añadido nada nuevo a sus posesiones—. ¿Adónde voy a ir?

Era evidente que Hákon no conocía la respuesta, pero ¿a quién más podía

preguntar?

—¿No tienes algún amigo o pariente en la ciudad? —Aldís negó con la cabeza. Se sentía como una niña pequeña—. ¿Quieres que hable con Lilja? Tienen que darte tiempo para organizarte.

—No. —Aldís se mordió el labio y volvió a desgarrárselo en el mismo sitio donde se lo había abierto la noche del sótano. Esta vez, el sabor de la sangre no cambió las cosas. Ni la revitalizó ni le hizo olvidar momentáneamente sus problemas—. Me voy y punto. No quiero estar aquí ni un segundo más.

La invadió el deseo infantil de que Lilja se arrepintiera de su actitud. Ojalá se muriera de hipotermia, sola en la calle con una maleta en plena noche invernal, y todos le echaran la culpa al matrimonio.

—Aldís, no te irás a ninguna parte si no tienes donde pasar la noche. ¿O es que piensas dormir a la intemperie?

—Ya veré lo que hago.

Sintió que sus rodillas estaban a punto de ceder.

—¿Qué está pasando, Aldís? —Hákon se metió las manos en los bolsillos y pareció percatarse de que se le salían los pantalones del pijama. Con reparo, trató de metérselos aparatosamente dentro de los vaqueros—. Lilja estaba tan histérica que he pensado que iba a explotar. Te ha puesto a parir de tal manera que le he tenido que parar los pies. Me he quedado de piedra.

—Es una bruja estúpida. Me voy. Si viene otra vez se lo dices. Hago la maleta y me voy.

Aldís estaba al borde de las lágrimas, pero apretó los dientes.

—No pensarás ir andando... ¿Te has vuelto loca? Lilja ha dicho que Veigar te llevaría en coche a la ciudad. Ha dicho que cuando estés preparada te metas en el coche, que Veigar estará listo en veinte minutos. ¿Podrás hacerte la maleta en tan poco tiempo?

—Sí. —Si le enumeraba las pocas cosas que tenía, se echaría a llorar—. Sí que podré.

—Dile que te lleve hasta la estación central de autobuses. Seguro que te dejan pasar la noche en la sala de espera. Y por la mañana coge un autobús que te lleve a casa. —Hákon le tendió la mano—. Ha sido un placer conocerte, Aldís. Espero que te vaya muy bien. Recuerda que nada es tan malo como parece.

Aldís notó los callos de la mano de Hákon.

—Gracias. Igualmente.

Cerró la puerta, puso la maleta en la cama y comenzó a embutir dentro toda su ropa. A continuación vació la mesilla de noche y la cómoda. Coronó el montón de cosas con su libro de inglés y cerró la maleta. Unos minutos después añadió los objetos de aseo personal que había recogido en el baño, donde había aprovechado para calmar la sed y salpicarse la cara con agua helada.

Con el abrigo y los zapatos puestos, se sentó en el borde de la cama y paseó la mirada por la habitación. No echaría de menos nada de aquel lugar. Se acercó a la ventana y echó un vistazo a través del cristal. El coche parecía estar en marcha, pero sería raro que fuera para que estuviera caliente mientras esperaba dentro. En el camino de entrada a la granja divisó una pequeña figura que avanzaba dando zancadas mientras miraba a su alrededor. Al verla, Tobbi la saludó con la mano y echó a correr hasta llegar a su ventana. Jadeando sin aliento, le hizo un gesto para que abriera.

—Quería decirte adiós. He oído que Lilja gritaba que quiere que te vayas esta noche.

Aldís habría deseado coger al niño y subirlo hasta su habitación.

—Gracias, Tobbi. Seguro que nos vemos de nuevo. Lo más seguro es que me vaya al norte. Igual pasas por ahí alguna vez.

El niño escudriñó los alrededores y luego levantó la cabeza para mirarla.

—Perdóname por no haber dicho la verdad sobre lo de aquella chica horrible del comedor. Me daba mucho miedo. Me estaba esperando cuando fui a buscar el correo y me forzó a decirle cuál era la habitación de Einar. Me obligó a quedar con ella por la noche y me amenazó con hacerme daño si no conseguía que se viera con Einar. En ese momento llegaste tú. Era espantosa. Olía a sangre. —Respiraba entrecortadamente—. ¿Por eso Lilja quiere echarte?

—No. No es por eso. No es por tu culpa. Es culpa mía.

Iba a continuar hablando cuando se quedó paralizada al ver aparecer una silueta tras la esquina. Conocía esos andares y esa manera de protegerse contra el viento. Quería despedirse rápidamente de Tobbi y cerrar la ventana. Si la noticia de que la habían echado también había llegado a oídos de Einar, este querría saber la razón y Aldís no tenía ninguna explicación preparada. Aun así, le pareció que era mejor hablar con él por la ventana en lugar de hacerlo en su habitación.

—Aquí estáis los dos. Justo los dos que quería ver. —Einar hablaba en voz baja, igual que Tobbi. Le quitó la capucha al pequeño y le pasó la mano por el pelo dejándolo más despeinado de lo que ya iba siempre. Entonces levantó la vista—. Solo quería avisaros. Está aquí. La acabo de ver detrás de la casa, así que id con cuidado. —No le hacía falta explicar más: Tobbi se volvió a poner la capucha y, muerto de miedo, comenzó a mirar frenéticamente a su alrededor. Einar no parecía haberse enterado de que Aldís se iba a marchar y ella respiró aliviada. Ahora ya no volvería a verlo nunca más y podría concentrarse en poner orden en su vida. Él pareció haberle leído la mente y la miró fijamente como si quisiera grabar en su memoria cada rasgo de su rostro—. ¿Estás enferma?

En ese momento Einar pareció darse cuenta del estado de Aldís. Ella negó

con la cabeza y se acarició la cara instintivamente como para que recuperara la suavidad de siempre. Al ver que Einar se disponía a seguir preguntándole, Aldís se despidió a toda prisa, cerró la ventana y vio alejarse a los dos juntos por el camino.

Aldís sintió un nudo en el estómago al detectar un movimiento en la esquina del edificio principal. Había visto fugazmente un color verde claro que desentonaba con la siniestra oscuridad del entorno. Subió la cortina unos centímetros más para ver si lo distinguía de nuevo y creyó oír unos gritos y un alboroto. Einar y Tobbi también parecían haber oído los ruidos porque de pronto se habían detenido junto al coche, todavía en marcha. Entonces aparecieron dos siluetas tras la esquina y los chicos se agacharon inmediatamente al ver que caminaban en dirección a la explanada central de la granja. Asustados, Einar y Tobbi se metieron en el asiento trasero del coche después de que Einar hubiera abierto la puerta con cuidado. La persona más grande tenía dificultades para arrastrar a la más pequeña. Pero hasta que ambas figuras no se acercaron lo suficiente, Aldís no pudo reconocer quiénes eran.

Dejó caer la cortina y se alejó de la ventana. Con la carne de gallina, se apresuró a apagar las luces para que no pudieran ver que estaba en su habitación. ¿Y si Eyjalín se zafaba de Veigar? Igual todavía llevaba el cuchillo con el que la había amenazado la noche del sótano. La curiosidad arrastró a Aldís de nuevo a la ventana. Vio a Veigar tratando de arrastrar a Eyjalín, que estaba hecha una furia, hacia el edificio de su despacho. Seguramente la quería mantener encerrada hasta que llegara la policía en aquel cuarto inmundo donde a veces metían a los que se portaban mal para bajarles los humos. La imagen de Eyjalín encerrada a oscuras hizo que Aldís se sintiera mejor.

Aldís no quitaba ojo de lo que ocurría. Eyjalín no dejaba de dar patadas y

golpes y consiguió arañarle la cara a Veigar mientras este abría la puerta. Él perdió el control y le dio una bofetada. Eyjalín se desplomó al suelo y Veigar la arrastró adentro. La puerta se cerró y todo quedó como antes, como si la escena anterior no hubiera sido más que un sueño. Entonces se encendieron las luces de la casa.

Aldís dirigió la mirada hacia el coche. No se detectaba ningún movimiento; ni Einar ni Tobbi asomaban la cabeza para saber si había moros en la costa. A lo mejor habían salido mientras ella observaba a Veigar y Eyjalín. Seguro que había ocurrido eso. Una extraña atmósfera de tranquilidad rodeaba el vehículo, aunque Aldís no sabía muy bien a qué se debía.

Se sentó en el borde de la cama y se quedó mirando la maleta, preparada junto a la puerta. El conductor del autobús que la había llevado hasta el sur había atado el asa con una cuerda. Quizá le tocaba el mismo conductor de vuelta a casa. Básicamente no tenía otro sitio al que acudir. Sus ahorros no le llegarían para una estancia prolongada en la ciudad y, además, ¿quién iba a querer darle trabajo a una joven promiscua y embarazada? Lo que más lamentaba Aldís era no haber llamado a su madre. Habría preferido darle la noticia por teléfono. Recordaba haber leído en alguna parte que nadie puede regresar a casa cuando es adulto; que ningún polluelo puede volver al nido. Nada volvería a ser igual.

Pero ya se enfrentaría más tarde a ese problema. Quizá podría llamar desde la estación de autobuses. De momento, lo que importaba era saber cómo reaccionar aquí y ahora. No le apetecía esperar sentada en el coche mientras Veigar se ocupaba de Eyjalín; se podía pasar toda la noche. Tal vez no saldrían hasta la mañana siguiente. Aldís se tumbó boca arriba en la cama. Cerró los ojos y trató de anular todos sus pensamientos. Necesitaba estar tranquila un instante y limitarse únicamente a existir.

Se levantó de un sobresalto al oír el rumor de un coche. Se puso de pie tambaleándose, segura de que Veigar se dirigía a Reikiavik con Eyjalín. Pero el coche seguía quieto en el mismo sitio. Otro vehículo había aparcado en la explanada y de él salía un desconocido vestido con un abrigo largo. El hombre miraba a su alrededor y parecía algo desorientado. Entonces apareció Veigar y le hizo una señal para que se acercara.

Durante un momento no ocurrió nada. Aldís no podía despegarse de la ventana, así que al final vio que Veigar, Eyjalín y el recién llegado salían de nuevo.

Eyjalín caminaba cabizbaja mientras el desconocido le pasaba un brazo por los hombros. Cuando llegaron al coche de Veigar, este abrió la puerta del lado del conductor con la intención de parar el motor, pero entonces dio un paso atrás y se llevó la mano a la nariz. Consiguió apagarlo en un segundo intento y después le gritó algo al hombre, que acudió hasta donde se encontraba. Eyjalín se soltó y miró en el interior del coche pese a los inútiles esfuerzos del desconocido por detenerla.

El grito desgarrador de la joven rasgó el silencio. Los tres permanecieron de pie sin saber qué hacer hasta que Hákon apareció corriendo en pijama. Apartó a Eyjalín del coche, miró por la ventanilla y abrió la puerta de atrás.

Aldís se llevó una mano a la boca al ver que Hákon sacaba un cuerpo del coche y lo dejaba en la nieve. Era Einar. Después sacó a Tobbi.

Ambos yacían inmóviles sobre la nieve. Como el pájaro.

Desde la ventana, mientras veía entre lágrimas que Veigar sacaba del tubo de escape algo que parecía un trapo negro, se dio cuenta de que era ella la que debería haber estado sentada en el asiento trasero; era ella la que debería estar allí tirada sobre la nieve mirando el cielo nocturno con ojos vidriosos. Y no el pobre Tobbi.

Cuando se cometía un crimen, siempre había alguien que sufría el castigo,

aunque no fuera el culpable.

—Me da igual que me creas o no, Óðinn. Hace mucho que he dejado de preocuparme por lo que piensen de mí los demás. Si no hubiera sido por Lára, y luego por Rún, hace tiempo que habría hablado con la policía. Durante los primeros años después de irme de Krókur, estaba convencida de que nadie me escucharía, que nadie haría caso a una joven madre soltera, y que si hubiera explicado lo ocurrido, me tendría que haber dado con un canto en los dientes por que no me ingresaran en un manicomio. —Aldís se frotó los brazos y volvió a reclinarse en el sofá. Estaba rodeada de estrambóticos cojines bordados con dibujos de ciervos y flores de colores chillones sobre un fondo en tonos vino y verde musgo. A Lára y a él les habían regalado dos cojines al mudarse, y las pocas veces en que Óðinn había pasado por su antiguo piso después del divorcio se había dado cuenta de que su número aumentaba progresivamente. ¿Qué habría sido de aquellos cojines tan cutres? Quizá le habían colocado uno bajo la cabeza en el ataúd—. Por no decir que el acceso a la información que tenemos hoy no tiene nada que ver con el de antes. En aquel entonces, el hecho de no encontrar noticias sobre la investigación del caso no significaba que no estuviera en curso. Pero como dos años después seguía sin encontrar nada en los periódicos, perdí las esperanzas de que fuera a pasar algo.

—Ahora ya no me ocupo yo. Tendrás que exponerle tu punto de vista a la persona que me sustituya. Y probablemente también a la policía.

Óðinn tenía ganas de tomarse un café, pero Aldís no le había ofrecido

nada.

—No se trata de mi punto de vista. Fui testigo de lo que pasó. Te estoy contando lo que vi y lo que sé.

—Eso no quita que tendrás que contárselo a otra persona, no a mí. Esta misma semana se sabrá quién sigue con el informe, no tenemos tiempo que perder si queremos cumplir con la fecha de entrega.

—¿Crees que todo esto se reduce a un informe?

—No. Ya sé que no es así. —Óðinn se contuvo. Sus conversaciones siempre terminaban en pelea—. Pero el informe te dará la oportunidad de hacer público el asunto. Si tú quieres. Ya me imagino que no recibirías a Róberta con los brazos abiertos precisamente.

—Era una necia. No sé muy bien cuáles eran sus intenciones pero parecía estar fisgando en mis asuntos en beneficio de los intereses de Eyjalín. Así que ya te imaginarás las ganas que tenía yo de ayudarla.

Ahora que comenzaban a atarse los cabos, era obvio que quien le había enviado a Róberta aquellas amenazas por e-mail era Aldís, liberando así la rabia acumulada durante décadas. Óðinn había visto en el comedor un viejo ordenador con una aparatosa pantalla de tubo y estaba seguro de que el aparato corroboraría su teoría.

—¿La amenazaste?

Aldís cruzó los brazos con firmeza.

—No me escuchaba cuando le decía que no quería hablar con ella. Al final me cansé de tanta llamada a casa, al móvil y al trabajo. Ni que yo fuera imprescindible en mi oficina; ya tengo sesenta y compito con inmigrantes que son menos exigentes. Nadie quiere tener de empleada a una mujer mayor que se pasa el día al teléfono. Me quedan todavía seis años para jubilarme y no te dan más de dos años de paro. Tú que tienes estudios podrás calcular la diferencia. Una no puede permitirse estar unos años viviendo del aire. —

Aldís separó los brazos y su pecho se expandió—. Sí, le envié algunos e-mails. ¿Qué iba a hacer si no?

—No lo sé. —Óðinn se acomodó en la silla, que crujió. Probablemente hacía mucho tiempo que nadie se sentaba en ella—. No he venido para juzgar el pasado, Aldís. —Él no era nadie para juzgar o evaluar cómo había vivido su vida ni tenía ningún interés en hacerlo. El pasado ya no importaba, excepto ciertos detalles que Óðinn había ido a aclarar para que Rún y él pudieran llevar una vida normal—. En caso de que Lilja hubiera querido asesinarte metiendo el algodón en el tubo de escape del coche, entonces habría que acusarla, pero yo no me haría muchas ilusiones. Aunque solo ella hubiera sabido que eras tú la que tenía que esperar en el coche, hará falta algo más que tu simple testimonio después de todos estos años para despertar el interés de la fiscalía. Sobre todo porque Eyjalín hará todo lo posible para convencerlos de que fuiste tú. No soy abogado pero creo que, entre otras cosas, tendrían que estudiar los posibles motivos. La gente no va por ahí matando porque sí. Si la mujer no tenía ninguna razón concreta para eliminarte, no te escuchará nadie.

—¿Es que crees que no he pensado en por qué lo hizo?

Entonces Aldís le contó la historia del niño deforme que Veigar había sacado de la cama de Lilja y había enterrado junto a un árbol. Le describió detalladamente cómo les había soltado que sabía lo ocurrido con el recién nacido y le explicó que por la reacción de Lilja ella había supuesto que ignoraba la verdadera historia hasta que Aldís se la había revelado. Lilja se había vuelto loca al enterarse de que, después de todo, su hijo había nacido vivo y de que su marido le había causado la muerte.

Su locura había encontrado un desahogo en intentar silenciar a Aldís, a quien Lilja llamaba la ramera de Babilonia. Cuando todo lo demás falla, matar al mensajero suele ser una solución.

—Pensé en ello en el autobús de camino al norte y pensé en ello todas las noches de los años que vinieron. No es que tuviera una vida muy emocionante, sola con Lára en casa de mi madre. En caso contrario quizá me habría olvidado de todo. Aunque cuando Róberta apareció hacía tiempo que ya no le daba vueltas a esa historia.

Aldís se puso un cojín en el regazo y lo acarició como si fuera un gato. De pronto parecía agotada, como un abogado defensor que ha enumerado todos los hechos que apuntan a la inocencia de su cliente y, sin embargo, aún le parecen insuficientes.

—No he venido para hablar de esto, Aldís —dijo Óðinn mirando hacia el cojín. Ella lo retiró—. Necesito hablar contigo sobre tu relación con Lára. Y con Rún.

—En ese caso, más te vale que vayas con cuidado.

Sus mejillas se encendieron de rabia y de pronto Óðinn se la imaginó de joven. Guapa, pero no demasiado; lo suficiente para gustar a la mayoría de los hombres.

—¿Qué quieres decir?

La voz de Óðinn delataba el cansancio que le solían producir sus eternas discusiones.

—Ya sé cuál es tu juegucito. Ahora me vas a echar en cara algo que no te puedes permitir. —Soltó un resoplido—. Eduqué a Lára para que no tuviera la misma vida que mi madre y yo. Así que ya te podrás imaginar cuánto sufrí cuando la abandonaste y cuando vi que la historia se repetía por mucho que me hubiera esforzado en que no ocurriera. —Clavó tal mirada de desprecio en Óðinn que este sintió que el rubor afloraba a sus mejillas—. Así que tú tienes la culpa de que nuestra relación fuera tan tirante. Lára malinterpretaba cualquier cosa que dijera o hiciera para intentar reconstruir su vida y se lo

tomaba todo como un reproche. Pero quién sabe si no lo vivirás tú en tus propias carnes. Espero que no, quiero demasiado a Rún.

—Creo que sé lo que pasó aquella mañana. —Tenía dos opciones: sacar el tema inmediatamente o quedarse allí sentado aguantando insolencias—. No es ningún jueguito, solo quiero que dejes de ver a Rún. Tiene que mirar hacia delante. Si se acuerda de algo, solo quiero que lo olvide. Me da igual que sea justo o no. Solo quiero pensar en Rún y en lo que pueda ser mejor para ella. Lo que hagas es cosa tuya, pero que sepas que no se lo he dicho a nadie, así que no tienes por qué preocuparte de que te delate.

El desprecio desapareció súbitamente de la cara de Aldís. Pero no por miedo, sino por asombro.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

—De Lára y la caída. Sé que la empujaste tú. Me da igual si fue queriendo o no porque ya no hay nada que hacer. Pero no voy a acudir a la policía. Solo quiero que nos dejes en paz a Rún y a mí.

—No puedes ser más imbécil.

Sorprendentemente, su voz sonaba cálida y compasiva. A Óðinn le pareció ver el brillo de una lágrima en los ojos de Aldís, pero quizá no había visto bien y no había sido sino el reflejo de la lámpara ladeada que estaba encendida junto al sofá. Aldís miró hacia el techo y dejó escapar un leve suspiro. Luego miró a su yerno y le contó toda la historia. Él la escuchó en silencio hasta que ya no pudo aguantar más y se marchó sin despedirse. Todavía llevaba en el bolsillo del abrigo las llaves del garaje de Róberta.

El lapicero se deslizaba de un lado a otro sobre la primera cuartilla de la libreta dejando un brillante rastro de color acero con la marca blanquecina de lo que se había escrito en la hoja anterior: la hoja de Rún que Óðinn había

quemado en el balcón. Se había propuesto pintar primero toda la cuartilla y luego leer la carta de un tirón, pero no había podido evitar ver palabras sueltas. Al acabar se le habían pasado las ganas de leerla, pero se obligó a hacerlo. No podía malinterpretar nada: había mucho en juego. La lectura lo dejó desolado. Arrancó la hoja y la arrugó; no se veía capaz de leerla otra vez, no quería ni tenerla otra vez ante sus ojos. Permaneció sentado en la cocina con el papel arrugado en la mano pensando en qué hacer a continuación. ¿Qué pasaría a partir de entonces y cuál era la mejor solución, la mejor manera de salvar lo que aún pudiera salvarse? Pero, por mucho que se rompiera la cabeza, no veía salida. Daba igual cómo lo planteara, nunca estaría satisfecho con el resultado. ¿Estaba dispuesto a caminar sobre el fuego para salvarse? ¿Resurgiría con el cuerpo quemado y se reconciliaría con la vida y el tormento que le aguardaba? No. ¿Le pediría a Rún que también lo hiciera? No.

Hizo la hoja pedazos, salió al balcón y dejó que se los llevara el viento. Después dio vueltas por el salón reflexionando hasta que le entró dolor de cabeza. Se masajó la frente, se dio unos cachetes en las mejillas y llamó a su hija.

—Rún, cariño. Vamos a visitar al tío Baldur.

Óðinn se puso los zapatos, marcó el número de su hermano y le dijo que iban para allá. Después colgó y miró a su hija mientras esta se ponía el abrigo. Rún le sonrió, ilusionada con aquella grata sorpresa, y él le devolvió la sonrisa.

Era la misma sonrisa que puso en la hamburguesería mientras le metía en la Coca-Cola las pastillas para dormir que le había recetado el médico después de la muerte de Lára. Recordaba su risa despreocupada en casa de Baldur y Sigga. Recordaba una y otra vez su alegre voz de niña al decirles adiós y prometerles que volvería el fin de semana. Y recordaba también el

momento en que él le había dicho en el coche que podía dejar el balonmano y luego le había propuesto ir a cenar a la Fábrica de Hamburguesas, lo que le reportó un beso como recompensa. Todo como en una relación normal entre padre e hija. Nadie habría sospechado que, poco después, él mandaría a ambos a dormir el sueño eterno.

Quien hubiera mirado en el interior del coche cuando el medicamento comenzó a actuar y la cabeza de Rún empezó a bambolearse, se habría quedado sin habla. Sobre todo si hubieran visto las lágrimas caer por las mejillas del padre después de que Rún quedara inconsciente. Pero nadie trató de detenerlo. Y nadie hizo nada por impedir que se metiera en el garaje de Róberta con su hija dormida en el asiento delantero y después cerrara la puerta, aunque sí le pareció que antes de entrar se había movido la cortina de uno de los pisos.

Óðinn había apagado el motor del coche mientras cerraba la puerta del garaje. En ese momento estaba sentado en el asiento del conductor, junto a su hija dormida, pensándose por última vez. En cuanto pusiera de nuevo el coche en marcha, ya no habría vuelta atrás.

Visualizó la desgarradora carta con los ojos cerrados como si fuera una película.

Querida mamá:

Perdona que te empujara. No tienes por qué estar enfadada conmigo porque la culpa fue tuya. Estaba intentando barrer los cristales como me habías dicho que hiciera, y si hubieras dejado de reñirme no te habría empujado con la escoba. Cuando la agarraste, no tuve fuerzas para cogerla y levantarte con ella. Pero también había sido culpa tuya que hubiera roto el cuenco. Estaba tan enfadada contigo. Me dijiste que me lo estaba inventando. Pero no mentía cuando te dije que había visto a papá por la ventana de mi habitación. Estaba ahí y seguro que venía a buscarme, como te dije. Es que me enfadé tanto cuando me dijiste que era un imbécil y que no podía haberse levantado tan pronto, y menos para venir a buscarme. No tenías por qué estar diciendo siempre tantas cosas feas de papá. A lo mejor es que no le gustaba que lo regañaran todo el tiempo y por eso

nos dejó. Así que tienes que perdonar a papá, no fue su intención. Me quiere. Ahora ya te he pedido perdón, mamá, ¿puedes dejar de aparecerte en mis sueños? Te quiero. Un beso.

Rún

La carta corroboraba la versión de Aldís.

Aquella mañana, cuando con mano temblorosa había abierto la puerta del piso, vio que Rún estaba despierta y en estado de shock. Aldís malinterpretó lo que había ocurrido y pensó que la niña había presenciado la caída de Lára por la ventana y, confusa, la mandó a su habitación. Cuando llegó la policía, Aldís estaba sentada en el borde de la cama de Rún; su nieta le acababa de contar que había empujado a su madre pero que la culpa no había sido suya. Horrorizada, Aldís mintió y dijo que acababa de despertarla para así impedir que la interrogaran en el acto. Al quedarse a solas con Rún, le dijo que, si le preguntaban, tenía que decir que estaba dormida cuando ocurrió. La niña la miró y le dijo que no sabía de qué le estaba hablando: por supuesto que estaba dormida, no había más que hablar. Ofuscada, Aldís comenzó a dudar de su propia percepción. Aun así, siempre había sabido que no era así y aprovechaba cualquier ocasión para interrogarla y forzarla a hablar, pero nunca lo conseguía. Preocupada por su nieta, Aldís nunca se lo había contado a nadie ni había informado a la policía.

Esa misma preocupación impulsó a Óðinn a girar la llave en el contacto y abrir las ventanillas. Si salía a la luz lo ocurrido, la vida de Rún quedaría arruinada para siempre. La ingresarían en un centro psiquiátrico de menores y luego la enviarían a alguna residencia especial hasta que se hiciera mayor y se la llevaran a otra. Los adultos cumplían condena y eran rehabilitados al cabo de ciertos años, pero con los menores era diferente. Temía que Rún tuviera algún tipo de trastorno mental, una frialdad interna que, por mucho

que él se esforzara en ayudarla, la llevara a terminar cometiendo un acto similar: empujar contra un coche a algún compañero de clase que la molestara, ahogar en la bañera al niño que Baldur y Sigga querían adoptar... O alguna otra atrocidad. Por mucho que en esa ocasión consiguiera encubrir las circunstancias de la muerte de Lára, nada le decía que le fuera a salir bien una segunda vez, y a Rún menos aún.

Óðinn agarró la diminuta mano de su hija. Sus delicados dedos se agitaron ligeramente y los apretó con cuidado. El aire se volvía cada vez más espeso y grisáceo, como si los hubiera engullido una especie de niebla. Ya no se encontraba tan mal. Se sentía bien. Sonrió y respiró profundamente. Poco después sentía tal euforia que ya se había olvidado de todo, incluidas las razones por las que estaba sentado allí, junto a su hija, en un garaje desconocido, envuelto en un aire viciado y gris.

Sonrió de oreja a oreja, feliz de tener cerca a su hija. Los párpados le pesaban y los dejó caer. Unos segundos antes de cerrarlos le pareció ver a Lára pasando por delante del parabrisas, con cara de resentimiento. Le costó un duro esfuerzo volver a abrir los ojos, pero cuando lo consiguió vio que no había nadie. Sus labios volvieron a dibujar una sonrisa. Ahí estaban los dos: Rún y él. No recordaba por qué, pero sabía que todo iba bien. No podía ir mejor.

Epílogo

El periodista terminó de dar la noticia sobre las investigaciones policiales en torno a la muerte de Óðinn.

—Quita esa mierda —dijo Baldur sentado en bata junto a la isla de la cocina mientras observaba a Sigga preparar el café del desayuno. Delante tenía la edición de los periódicos del fin de semana y refunfuñaba cada vez que veía publicado un nuevo artículo sobre su hermano o sobre Krókur—. Deberíamos pedir que dejen de enviarnos estos periódicos. Es intolerable.

—Se pasará. —Sigga bostezó y se llevó un grano de uva a la boca—. Pronto ocurrirá otra cosa que desviará la atención de los medios. Ya es mala suerte que estos días no haya nada más interesante en las noticias.

—Como mínimo podrían pensar en los familiares antes de destruir la reputación de alguien.

Sigga tragó el grano de uva y cogió dos tazas de café.

—Tú mismo habrás leído miles de noticias que habrán perjudicado a terceros y no habrás vuelto a pensar en ellas. A nadie le importa la gente que no conoce. A nosotros tampoco. —Se colocó delante de la cafetera como para meterle prisa—. Tíralos y ya está. No tengo ganas de seguir leyendo sobre el tema; además, no quiero que Rún los vea.

A pesar de sus sentenciosas palabras, Baldur continuó leyendo.

—Ahora hay un tipo listo que opina que lo de Krókur no fue un infanticidio, ya que los huesos enterrados que encontró la policía indicaban que el niño había nacido sin cerebro y que, por tanto, no se considera una

persona. Fue prácticamente como matar un órgano, y ninguna ley del país prohíbe, por ejemplo, matar un hígado. Espero que eso reconforte a la mujer que diera luz a aquel niño; desde luego, no creo que encuentre compasión en ningún otro sitio. —Resopló—. Y aquí viene otra noticia donde se comparan los gases que salen de los tubos de escape actuales con los de 1974. Según pone aquí, que Óðinn muriera ha sido cosa de mala suerte. En aquel entonces hubiera hecho falta menos cantidad porque los gases eran mucho más tóxicos. —Levantó la vista del periódico—. Pero ¿a quién se le ocurre pensar en eso? ¿Qué más da?

Sigga se abstuvo de volver a decirle que dejara de leer las noticias y los artículos relacionados con lo ocurrido en el garaje y con la investigación de Óðinn sobre Krókur. Era imposible escribir sobre una de las cuestiones sin mencionar la otra. A Baldur le dolía cómo se trataba en la prensa el tema de su hermano y estaba harto de los acontecimientos de las últimas semanas.

—Diré que no queremos recibir los periódicos gratuitos y cancelaré la suscripción al de pago. Ya está bien. —Dobló el periódico y lo tiró a la basura—. Tendría que haberlo hecho la primera vez que llamaron. —Se ajustó la bata. Hacía frío en la casa; la noche despejada había dado paso a una mañana helada y la calefacción tardaba en encenderse—. ¿Quién habla con la prensa cuando ocurren estas cosas?

—Pues, para empezar, la mujer que vio a Óðinn entrar en el garaje de su ya fallecida vecina y que fue la que llamó a la policía; también está Diljá, que lo ayudaba con el puñetero informe; y luego la abuela de Rún, y seguro que hay unos cuantos más que me estoy dejando. A lo mejor el periodista solo quería contactar contigo para entender mejor lo que pasó. Yo lo habría hecho en su lugar. —El café por fin había comenzado a caer. El embudo todavía goteaba pero Sigga cogió la jarra y sirvió las tazas. El aroma la despejó, como si al fin

se hubiera despertado del todo—. No podían saber que tú estabas igual de confundido que los demás.

Baldur cogió su taza en silencio y le dio vueltas para que la leche se mezclara con el café.

—¿Crees que podría haberlo evitado? —Dio un sorbo y cerró los ojos mientras esperaba que la cafeína hiciera su efecto—. No dejo de preguntarme si, cuando pasaron por aquí, dijo algo o lo dio a entender, algo que debería haberme alertado.

—Ya lo hemos hablado, Baldur. Ni dijo nada ni se comportó de ninguna manera extraña.

—Es que no me lo explico.

—No. Ni tú ni nadie. —Sigga dio otro sorbo de café y se calentó las manos con la taza humeante—. Ah, se me había olvidado decírtelo. La abuela de Rún llamó ayer otra vez. Todavía está desesperada por hablar contigo.

Baldur tenía una memoria de elefante y era muy rencoroso con los que consideraba que le habían causado algún daño. Al ver que Aldís había hablado sobre Krókur en la prensa, decidió romper todo contacto con ella para siempre. Así que la mujer había intentado acceder a él a través de Sigga.

—¿No le aclaraste que ya está todo dicho por mi parte?

—Sí, le dije que no querías hablar con ella y que dejara de llamar.

—¿Y qué te contestó?

—Creo que por fin lo ha entendido. Aun así me pidió que te dijera que había llamado a los medios porque la policía se negaba a escucharla. Así que no había tenido más remedio.

—Sí, sí. Claro. —Baldur señaló el cubo de la basura donde estaban los periódicos—. Se podía haber esperado a que pasara más tiempo desde la muerte de Óðinn y nos habríamos ahorrado toda esta comidilla. ¿Tanto le

costaba? La muy gilipollas se pasa décadas sin ir a la policía y de repente parece que le va la vida en ello.

—Me dijo que era crucial para ella adelantarse a una tal Eyjalín. —Sigga levantó la mano al ver que Baldur comenzaba a alterarse—. No me eches la bronca. Solo te estoy repitiendo lo que me dijo. De hecho, no creo que vuelva a llamar en mucho tiempo.

Baldur dejó caer los hombros y relajó el rostro.

—Bien. Me alegro.

—Bueno, a ver si es verdad. Prometió que dejaría de llamar, pero aun así insistió en que tenía no sé qué información que te interesaba y que te arrepentirías si no la oías. Una cosa muy rara.

Sigga se comió otro grano de uva.

—¿Y por qué no te la contó sin más, si tan importante era?

—Se lo quería contar a un familiar. A mí no me lo podía confiar porque igual nos divorciamos algún día. —Sigga le sonrió a Baldur—. Pobre mujer, está mal de la cabeza.

—¿Quién?

La voz que escucharon en la entrada de la cocina no parecía la de una niña con sueño. Sigga y Baldur se miraron avergonzados. A partir de entonces tendrían que acostumbrarse a que ya no eran dos en casa. No sabían cuánto tiempo llevaba Rún en la puerta y ninguno de los dos tenía tanta experiencia con niños como para averiguar con alguna triquiñuela cuánto podía haber escuchado.

—Buenos días, señorita. —Baldur extendió sus brazos—. ¿Qué tal has dormido?

—Muy bien.

Rún se encaramó en el taburete que había junto a Baldur. Llevaba el pijama que Sigga le había comprado al recibir el alta del hospital. Baldur se

había negado a meter en su casa nada que procediera del piso de Óðinn. Quería dejar claro que Rún debía romper todos los lazos con el pasado. Habían acondicionado a toda prisa una habitación a gusto de una niña de once años y habían llenado el armario de ropa. Daba comienzo una nueva vida y esconderían la antigua bajo la alfombra. Sigga no tenía claro que resultara adecuado un cambio tan radical, pero no dijo nada. ¿Cómo iban a saber cuál era la mejor manera de actuar ante semejante tragedia? Nadie tenía la respuesta. Salvo los expertos, pero Baldur se negaba en redondo a que hablaran con Rún. Los médicos le habían aconsejado que la llevara a un psicólogo cuando se recuperara del todo, pero le daba igual. Sigga también tenía sus dudas, debía reconocerlo, sobre todo después de enterarse de que el propio Óðinn había acudido a un especialista. A la vista estaba que la terapia no había salvado a su cuñado.

—He soñado con papá.

Ambos se intercambiaron una mirada. Antes de que el silencio se prolongara demasiado y se hiciera violento, Sigga se apresuró a hablar.

—¿Sabes qué? Yo también he soñado con tu padre. No me extraña que lo hagamos, con lo que nos acordamos de él.

Sigga sonrió a pesar de que no estaba de ánimo. En realidad, no mentía. Había soñado con Óðinn y, aunque no recordaba los detalles, su sueño le había generado cierto desasosiego.

—No era feliz.

Rún apoyó los codos sobre la encimera y luego la barbilla en las palmas de las manos.

—¿Qué? —Baldur le dio unas palmadas cariñosas en el hombro—. Cómo que no. ¿Cómo no va a ser feliz? Está en el cielo. Allí siempre hay buen rollo. Así que no hace falta que pensemos más en él. Vamos a hablar de algo más

divertido. Por ejemplo, estaba pensando en que podríamos ir al cine mientras Sigga está en el gimnasio.

Rún forzó una sonrisa y hundió más la barbilla. Luego separó las manos y asintió. Le dio un escalofrío y dijo que iba a vestirse.

—Qué frío tengo.

Al llegar a la puerta, se dio la vuelta. Los pantalones de su pijama rosa recién estrenado le quedaban un poco largos y casi los arrastraba, dándole un aire de niña desamparada. A Sigga se le encogió el corazón, contrariada por no haber acertado con la talla. Se consoló pensando que Rún crecería rápido y, antes de que se diera cuenta, tendría que volver a comprarle ropa. Le guiñó un ojo a su sobrina y ella le respondió con una leve sonrisa antes de desaparecer por el pasillo.

—Todo irá bien. —Sigga se inclinó sobre la mesa y cogió a Baldur de las manos. Sintió el frío de la encimera de granito a través de la bata y se le puso la carne de gallina—. Ya lo verás. —Trató de quitarse de la cabeza el sueño de aquella noche y repitió sus palabras como para darse ánimos—: Todo irá bien.

Baldur le dio un beso en el dorso de la mano y le dejó una mancha de café.

—Claro. ¿Cómo va a ir si no?

No sonó tan convincente como a ella le hubiera gustado.

De pie junto a la puerta de la cocina, Rún ladeó la cabeza, a la espera de oír algo más. Dio un suspiro sin saber si lo hacía por felicidad o por miedo. Se encontraba a gusto. Su tío Baldur la quería y Sigga también. Era mucho mejor que con su padre y muchísimo mejor que con su madre. Era una pena que sus padres no lo hubieran entendido. Si la hubieran querido tanto como decían, habrían sido felices sin más y la habrían dejado en paz.

Abrió lentamente la puerta de su cuarto y echó un vistazo antes de entrar. La lámpara de la mesilla de noche estaba encendida. No se había molestado en encender la luz del techo porque tenía prisa en ir a la cocina para estar con Baldur y Sigga. Era mucho mejor que estar sola entre las sombras de aquella habitación tan bonita. Alargó el brazo hacia el interruptor y encendió la luz. Las sombras desaparecieron y todo cobró un aspecto mucho mejor. Rún respiró más tranquila y entró. Todo iría bien, como había dicho Sigga. La preocupaba un poco la idea de que, en algún momento, Baldur tendría que irse a trabajar. Pasaba mucho tiempo fuera. Eso había dicho papá. Notó que se le erizaba el vello de la nuca. La sola palabra «papá» la hacía sentir mal. «No pienses en él. No pienses en él.» Lo mejor era pensar en que todo iría bien. Claro. ¿Cómo iba a ir si no?

Se vistió a toda velocidad. A pesar de tener el armario lleno de ropa multicolor, siempre se ponía los mismos vaqueros y el mismo jersey con el dibujo de una gran cruz. Se sentía cómoda llevando esa ropa y no le apetecía ponerse otra cosa. Dios vería la cruz y pensaría que era buena y cuidaría de ella. Quizá debería pedirle a Sigga que le comprara un crucifijo para colgárselo del cuello. Así seguro que Dios pensaba que era una buena chica. Todo iría bien.

Rún salió de la habitación dejándose la luz encendida y cerró la puerta. Se apresuró por el pasillo. Sentía ganas de correr, pero se contuvo para que Baldur y Sigga no le preguntaran adónde iba con tanta prisa. No quería tener que explicarles qué era lo que le parecía que la perseguía. Aun así, entró en la cocina como un rayo.

—Pero ¡qué rápida! —exclamó Baldur levantando las cejas y sonriendo, contento de verla.

Estaba claro que la quería. Rún sintió que de pronto la invadía el calor y se sintió bien. Ahora tenía todo lo que podía desear. Pero el calor se disipó y un

leve escalofrío le recorrió la espalda. Todo sería perfecto si solo fueran Baldur y ella. Si Sigga no estuviera allí, entonces Baldur tendría que cuidar de ella; no iría a trabajar y se quedaría siempre en casa. Y estarían juntos todos los días.

Rún le sonrió a Baldur de oreja a oreja. Él le sonrió a su vez.

Todo iría bien.

Yrsa Sigurðardóttir (Reikiavik, Islandia, 1963) es la autora de la serie protagonizada por Thóra Gudmundsdóttir y de otros thrillers. Su debut se produjo en 2005 con *El último ritual*, que fue traducida a más de treinta idiomas y la convirtió en una autora con gran éxito de ventas. Sus novelas han sido calificadas por la crítica especializada como «la mejor novela negra contemporánea». La revista *Times* saludó su irrupción en el género como «lo más exquisito a nivel mundial».

La segunda novela de la serie, *Ladrón de almas*, fue finalista del premio Shamus. *Sé quién eres* (Roja y Negra, 2014), novela que no pertenece a la serie de Thóra Gudmundsdóttir, ganó el Premio Islandés de Novela Negra y fue nominada para el Glass Key. La versión cinematográfica de *Sé quién eres* se ha empezado a rodar a cargo de una productora británica, según ha adelantado Sigurðardóttir, aunque ha renunciado a participar en la adaptación del guión y lo ha dejado en manos de los profesionales del cine, mientras ella trabaja en la segunda parte.

Los indeseados, su nueva novela (que tampoco forma parte de la serie), ya ha llegado a las listas de libros más vendidos y ha vuelto a recabar una gran aceptación entre librereros y especialistas en el género.

En 2015 ha obtenido el prestigioso premio Petrona por su novela *The Silence of the Sea*, de próxima publicación en Roja y Negra.

Título original: *Kuldi*

Edición en formato digital: noviembre de 2015

Esta traducción ha contado con el apoyo financiero de:



© 2012, Yrsa Sigurðardóttir. Publicado por acuerdo con Salomonsson Agency

© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2007, Fabio Teixidó, por la traducción

Adaptación del diseño original de la portada de www.buerosued.de: Penguin Random House Grupo Editorial

Imagen de portada: © www.buerosued.de

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16195-67-1

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Los indeseados

El final

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Epílogo

Biografía

Créditos